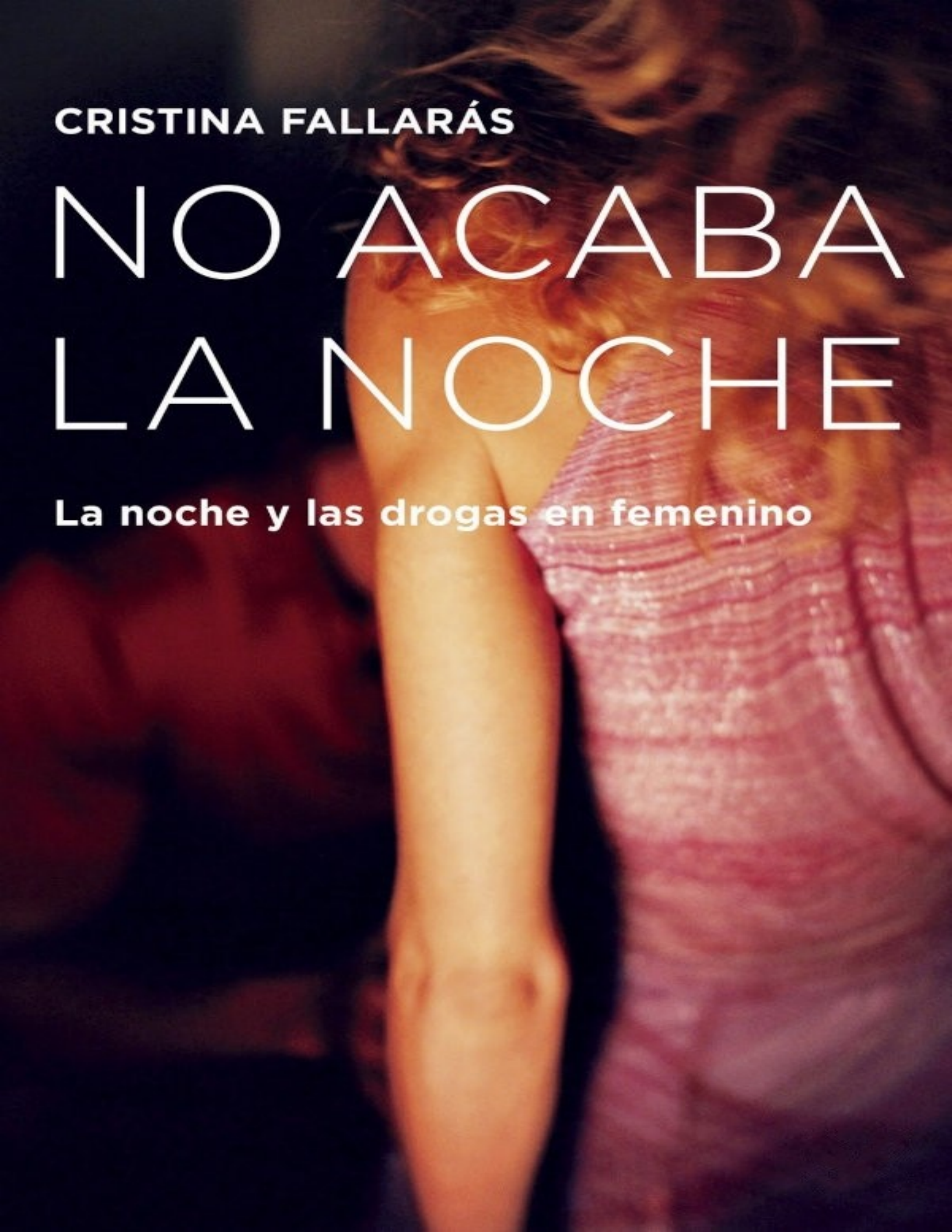


A close-up, low-angle shot of a woman from behind. She has long, wavy, reddish-brown hair and is wearing a light pink, textured dress. Her right arm is extended downwards. The background is dark and out of focus, suggesting an indoor setting with warm lighting.

CRISTINA FALLARÁS

NO ACABA LA NOCHE

La noche y las drogas en femenino

«De todas las personas que se encontraban la mañana del pasado 30 de abril en el *after-hours* Paradís, solo una de ellas me era totalmente desconocida. La que apretó el gatillo».

Tres mujeres asesinadas en un *after* de Barcelona. No se conocían, no han llegado juntas. ¿Qué las lleva hasta allí? ¿Qué tienen en común? ¿Por qué las matan? ¿Quién paga al sicario?

En una ciudad acelerada por la cocaína, un periodista en las últimas se empeña en no dejar morir la noticia. La búsqueda de respuestas lo llevará a descubrir la peor cara de su profesión, del poder, de las élites urbanas e incluso de las ONG. Un perdedor cada vez más rabioso enfrentado a su propia inocencia.

Cristina Fallarás

No acaba la noche

Título original: *No acaba la noche*
Cristina Fallarás, 2006

Índice de contenido

[No acaba la noche](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Sobre la autora](#)

Prólogo

De todas las personas que se encontraban la mañana del pasado 30 de abril en el *after-hours* Paradís, solo una de ellas me era totalmente desconocida. La que apretó el gatillo. Es la que centra y desencadena todos los datos que se han conocido después, pero a mí no me importan demasiado él ni su automática. Slovo Ras es irrelevante, en la medida en que puede serlo alguien que dispara a bocajarro contra tres personas y las liquida. Ras mató porque mataba bien. Pero fue una muerte azarosa. Ahora ya sé que esto no puedo probarlo. ¿Quiero? Ni siquiera sé si he querido alguna vez.

Es igual, de eso hace ya tiempo, y lo cierto es que me siento a escribir estas líneas solo para dar consuelo a todo el material que acumulé aquellos días pensando en un largo reportaje que nunca se publicó. A los periódicos no les gustan los asesinatos, sino desentrañar y destripar sus causas para servirlos en bandeja y convertirlas en ficción. Lo que quieren es saber qué relación existe entre el señor X que aprieta el gatillo o golpea la cabeza hasta la muerte y el propietario del miembro golpeado, del cuerpo con agujero. Si las causas no existen o si no les parecen lo suficientemente convincentes o si sencillamente no les parecen, buf, se acabó lo que se daba y todo el material termina en la papelera. No fue ese el destino de mis pesquisas. Yo nunca llegué a redactar los descubrimientos que durante las dos semanas siguientes al asesinato de las tres mujeres me mantuvieron con la boca abierta. En seguida me di cuenta de que era un esfuerzo inútil, laboralmente inútil. En cuanto empecé a hablar con las muertas, a meterme en

sus vidas, a odiar a todos aquellos que las habían llevado de la mano hacia las balas, supe que jamás amortizaría todo el tiempo empleado.

En fin, lo importante es que aquel tipo, Ras, apareció en el Paradís hacia las siete horas y cincuenta minutos del pasado 30 de abril, viernes. Da la casualidad de que, a causa de mi profesión, es la única de todas las personas que a esa hora estaban allí, las muertas y las vivas, a la que yo no conocía. Ahora, después de su certera intervención, he ampliado mucho el campo de mis conocidos. Por desgracia. El paso de Ras y su automática por el local me ha dado, por así decirlo, mucho mundo, si es que a la *jet-shit* —el término es de Álex Ayerdi— de una Barcelona aburrida de mirarse en el espejo de sus propios cronistas se la puede considerar un mundo.

Y es que esta es una ciudad muy pequeña. Aunque se las dé de gran metrópolis y presuma de cosmopolita, los que vivimos aquí sabemos sus dimensiones reales. De los diez distritos en los que está dividida, nos podemos ahorrar siete, en los que, a efectos de lo que nos interesa, no pasa nada de nada. Vive gente, sí, se relacionan, tienen sus pequeñas historias, pero nadie se desplaza hasta allí para participar a menos que sea imprescindible. Fuera con ellos. Con esta simple operación hemos eliminado de un plumazo a más de un millón de habitantes, que son los que ocupan esos barrios. Si tenemos en cuenta que Barcelona es una ciudad de millón y medio de vecinos (según las últimas estadísticas) que conviven en una superficie de cien kilómetros cuadrados justitos, ¿qué resulta tras la eliminación? Una población que no llega al medio millón de personas que se mueven por el área que ocupan Ciutat Vella, el Eixample y la zona de Sarrià, que sin ser altísima, la podríamos calificar de bienviviente, o sea, una discreta capital de provincias con ínfulas internacionales aferrada a Gaudí, santo patrón de los japoneses.

Creo que ellos son los protagonistas de esta historia, los pobladores de esa mini Barcelona central de gloriosa memoria y presente pacato. Forman una elite lo suficientemente numerosa

como para llamarla ciudadanía, pero la verdad es que se conocen todos, más o menos; digamos que se han oído nombrar y se tienen en cuenta. No es extraño. Acaban encontrándose una y otra vez, y aunque solo sea por el roce, a la fuerza se recuerdan. Comen en los mismos restaurantes (cuatro), van a las mismas terrazas, gimnasios y locales de copas, paren en las mismas clínicas (dos), y compran en las mismas tiendas. En las grandes fiestas de la ciudad, en las recepciones de postín o en inauguraciones varias, se cruzan personas que creen no conocerse, pero si se pararan y cada una dijera su nombre, la otra le contestaría «Hombre, claro, si yo a ti te conozco». Este grupo de pululantes está formado sobre todo por: artistas y creadores de todas las disciplinas, periodistas y gentes del «mundo de la comunicación», políticos y altos técnicos de la administración, empresarios, cocineros, gente que sale en la televisión sin profesión conocida, algún deportista, ex modelos, algún alcalde del cinturón, arquitectos, editores, escritores y diseñadores, tanto gráficos como de objetos.

Como en estos grupos suele consumirse con frecuencia algún tipo de estupefaciente, generalmente cocaína, el negocio del menudeo florece en sectores nuevos. Es normal. Los consumidores han crecido, han salido del barrio, tienen un estatus y no es cosa de acercarse a las casas baratas, Sant Roc o La Mina a pillar algo. Barcelona es una ciudad con un nivel de vida tan alto y estable, de tal calidad, que vive un fenómeno relativamente «natural», lógico: manejan el mercadeo aquellos que se mueven constantemente por la ciudad, a quienes tienes acceso en mitad de cualquier calle de la forma más normal y que transportan su propia área de intimidad consigo. O sea, los taxistas. Ojo, tampoco todos los taxistas trapichean, ni siquiera creo que lo haga un número significativo, pero como ya he dicho que aquí somos cuatro y el de la guitarra, acabas conociéndolos. Sus horarios, eso sí, son inflexibles: los que comienzan antes lo hacen a las cuatro de la tarde, y los que acaban más tarde, sobre las dos de la madrugada. Diez horas de oferta a domicilio que, sin embargo, resultan insuficientes. Y aquí entra el

Paradís, el lugar en el que un sicario rumano gastó tres balas; solo tres, para conseguir otros tantos agujeros, fueron suficientes, y les robó la vida a tres mujeres a las que ya nunca, por más que viva, olvidaré.

Cuando la noche se encanalla hacia el amanecer, los *after-hours* relevan a los sacrificados profesionales del volante, y ahí se junta lo mejor de cada casa.

De entre todos los *after* de la ciudad, que suelen ser una docena que va abriendo, cerrando, cambiando de nombre y de dueño y eludiendo con más o menos garbo su ilegalidad, el Paradís es un pequeño rincón oscuro que ha permanecido invariable durante la última década y que por eso ha acabado teniendo una clientela fija más o menos «elegante» que le permite negar el acceso a quien no ofrezca ciertas garantías de saber estar. Todo, claro, teniendo en cuenta cómo se está y hasta qué punto sobrevive la elegancia cuando a las siete de la mañana el cuerpo te pide más. Hay quien asegura que la permanencia tranquila del Paradís, sin redadas ni molestias de ningún tipo, no se debe a la discreción del local, que le obliga a enfrentarte a una mirilla para demostrar que eres persona grata, sino a ciertos contactos de Enrique, el dueño, con las fuerzas de seguridad, pero esto yo no me atrevería a asegurarlo. Enrique es un tipo achulado que vivía de vender cocaína con poca cocaína y mucho aditivo a los últimos de Filipinas, esos que llegan tan ciegos y necesitados que se meterían por la nariz la cal de la pared con tal de continuar la noche que ha terminado. Se involucraba poco, nunca se comportaba con amabilidad, y mantenía su cuartel general en un pequeño almacén construido a modo de altillo sobre el local. Hacía falta mucho tiempo de trato y buena conducta para acceder al lugar. Eso, o ser una jovencita ávida y sin un duro dispuesta a ofrecer otro tipo de pago por un par de rayas. Imagino que ahora, desde su celda en Can Brians, debe de dedicarles más de un pensamiento, no todos necesariamente lascivos.

Pero, en fin, toda esta perorata es solo una excusa, la justificación para lo que me propongo hacer: explicar las pequeñas

circunstancias que llevaron al Paradís a todos los clientes la madrugada del pasado 29 de abril, o, si se prefiere, la mañana del 30. Como he dicho, conozco o conocía a todos los asistentes. Si no personalmente, los había oído nombrar, cosa común por aquí.

Capítulo I

SE IGNORA EL MÓVIL DEL CRIMEN

UN DESCONOCIDO ACRIBILLA A TRES MUJERES EN UN CLUB NOCTURNO CLANDESTINO DE BARCELONA

LA POLICÍA ENCUENTRA EN EL INTERIOR DROGAS Y DOS PISTOLAS PERTENECIENTES AL PROPIETARIO.

JOSÉ ORTEGA.— A las ocho de la mañana de ayer, según informan fuentes policiales, un desconocido irrumpió en el club Paradís, un after-hours situado junto al barcelonés parque de la Ciutadella, y disparó contra tres mujeres. El arma utilizada fue una automática de fabricación polaca. Dos de ellas murieron en el acto y una tercera falleció en la ambulancia que la trasladaba al hospital del Mar de la capital catalana.

Por el momento se desconocen tanto las causas del crimen como la relación entre las tres mujeres, aunque sí se sabe que acudieron al lugar por separado. La policía no descarta que se trate de un ajuste de cuentas relacionado con drogas, dado que en el interior del local se encontraron numerosas dosis de cocaína, así como pastillas de éxtasis y un par de armas de fuego. Todo indica que tanto unas como otras pertenecían al propietario, E. L., que ha pasado a disposición judicial.

Las fallecidas son A. P., de 39 años, E. S. de 33 y S. L. de 20. Según la narración de los hechos facilitada por las fuerzas de seguridad, las tres se encontraban trasnochando en el local cuando las sorprendió la muerte. El asesino, todo parece indicar que perteneciente a alguna banda organizada, entró, disparó y volvió a

salir sin que ninguno de los presentes acertara a reaccionar. Cuando lo hicieron, ya era demasiado tarde, y las mujeres yacían en el suelo en medio de un charco de sangre. La policía admite que las declaraciones de los presentes no aportan muchos datos. Se trata de «un hombre blanco, moreno, de estatura media y complexión normal», según varios testigos.

El lugar de los hechos, Paradís, forma parte del negocio clandestino de los after-hours, locales que abren sus puertas de madrugada, cuando el resto de los establecimientos de ocio las cierra.

Esta era la noticia que apareció en mi periódico, es decir, el único diario que de vez en cuando me compra alguna pieza, el sábado 1 de mayo, festivo. Se publicó en las páginas de local con llamada en portada incluida —no siempre se mata a tres mujeres en circunstancias tan extrañas—, y estaba firmada por el gran Pepe Ortega, Orteguita, redactor de este tipo de asuntos a quien yo tenía un respeto muy menguado desde que, para interesarse por la edad de una menor violada y asesinada, preguntó al interlocutor por teléfono: «Pero, a ver, Martínez, a lo que vamos, ¿tenía ya pelos en el coño o todavía no?».

Desde luego, el morbo estaba servido, y esperé poder leer algún dato más en los días sucesivos, pero no. Es extraño que una noticia tan jugosa como la muerte de tres mujeres jóvenes y probablemente tendentes a la politoxicomanía a manos de un pistolero desconocido en un *after-hours* no arrastrara al menos un par de días o tres de informaciones gregarias: nuevos datos, puntualizaciones, declaraciones y ese tipo de cosas. A lo mejor se trataba de uno de esos grandes embriones de redacción que nacen con mala pata y por razones fatales no prosperan. En este caso, pensaba yo, el hecho de ir a ocurrir justamente la víspera de un sábado festivo significaba una falta total de referencias e interés hasta, por lo menos, el martes siguiente. Demasiado tiempo. Y me dio rabia, porque no negaré que el lugar de los hechos, como lo llamaría Ortega, contribuía a mi interés por el asunto. Solía frecuentar el Paradís, y tenía para mí cierta carga sentimental después de haber

terminado allí algunas noches memorables y, sobre todo, era un lugar impagable de encuentro con ciertos personajes pertenecientes al arte y la farándula, cuya colaboración tenía que agradecer en más de tres o cuatro reportajes extravagantes, especialidad de la casa.

El lunes, temiendo ver frustradas mis esperanzas de más, telefoneé al ínclito redactor de sucesos en busca de datos. «La cosa está chungu, qué digo chungu, chunguísima, maestro, aquí nadie dice ni mu, y todo me huele a que andan en pelotas». Es decir, que si la policía iba despistada, lo que podía aclararme Orteguita, cuya única actividad profesional consistía en descolgar el teléfono y esperar a que el comisario de turno le contara algo que escribir, era si entre las víctimas había alguien conocido, nada más. «Afirmativo, colega, afirmativo, mira tú que precisamente ahí está el meollo del asunto, en la identidad de las interfectas. Agárrate, que te vas a cagar. La más conocida es la De Pablos, ya sabes, ojito derecho de Maragall cuando era alcalde, que le rechazó la Concejalía de Cultura para seguir cobrando sus honorarios por organización de eventos y campañas succulentas; hablo de peculio, pasta gansa, maestro, pasta gansa. Una sola bala que le entró por el cogote, como quien dice, solo de pensar en el orificio craneal que se habrán encontrado... No sigo, no sigo. La segunda se llama Estrella Sánchez, que dicho así no sé si te suena, pero si te añado que era la mujer de Juan Santos, el oscuro letrista de Los Corazones cuando el grupo movía masas a finales de los ochenta, guionista de pro venido a menos, ya la centras más. Ella, un bombón de armas tomar, muy moderna pero ya retirada hace algún tiempo de la circulación. Un tiro en medio del puto corazón, trabajito fino. En cuanto a la tercera, abre el último número de *El País Semanal* y la tienes en la página 85 anunciando la quincena de la lencería de El Corte Inglés. La chica es mona, flaca para mi gusto, pero con veinte empezaba a estar ya un poco vieja para convertirse en algo en el mundo de la pasarela. La bala le atravesó la ingle, como si el tío hubiera querido volarle el pubis, la vulva, ya sabes, toda la raja. Lo que yo te diga, a esta, el pájaro le

intentaba hacer el chichi granizado. Y sangre, colega, mucha sangre. Pero ahora viene lo bueno: ¿por qué coño llega un pirao del Este y les da matarile? Pues como no sea porque era un hijo de puta y odiaba a las mujeres golfas que además se colocan, no se me ocurre nada convincente. Ni a mí ni al Cuerpo, ya te digo».

Desde luego, era un pleno. No había tenido trato con ninguna, pero conocía de sobras a las tres, entendido a la barcelonesa. Se lo comenté a Ortega, que además ya debía de saber que con quien yo sí había tenido conexión era con el dueño detenido, Enrique el distante. «Quieto parao, no tienes ni idea, colega, espera que siga, porque esto es la bomba. ¿A qué no sabes quiénes completaban aquella mañanita la clientela del Paradís? Agárrate, porque los han pillao con todo el marrón e igual podríamos haber sido tú o yo, gente del gremio. ¡Álex Ayerdi y Pitu Gallo! Nada menos que el dúo dinámico, colega, ellos han aportado los pocos datos que por ahora se conocen. Ayerdi y Gallo, no te digo... a esas alturas debían de ir tan ciegos que solo se les ocurrió decir que el matarife era un tío normal, ya vesss, como todos, ¿no te jode?, con una automática de sobaco y recién llegado del Este, no te quepa duda. Bueno, bueno, sigo porque la cosa es mucho mejor. Allí, el único testigo ha acabado siendo el hijo de puta de Ayerdi. ¿A que no te imaginas dónde lo pilló el espectáculo al pringao de Gallo? En el retrete, maestro. Se mete el tío al mingitorio del Paradís, te puedes imaginar a qué, y justo entonces sucede fuera lo único impresionante que le va a pasar en su puta vida. Si es que es un desgraciao...». Se regocijaba el periodista de pensar en sus colegas envueltos en un fregado de agua sucia, con un disfrute que no acabé de entender si era fruto de la rivalidad o de la envidia por la experiencia vivida. Me daba igual, y colgué deprisa porque el resto solo podían ser conjeturas orteguianas de mucho morbo y poca realidad.

Una pena de noticia, pensé. Hay tres mujeres asesinadas, una pequeña masacre ¿«de género»? No se conocen, vaya, todo indica que no se conocen, y además dicen los presentes que no han llegado juntas, pero alguien llega y pim, pam, pum, las mata. Por

otra parte, las tres estaban a la misma hora en el mismo lugar, que no es precisamente la sección de lencería de El Corte Inglés, sino un local clandestino donde ir a beber a deshoras y a comprar y consumir drogas.

El triple asesinato había dejado un hueco en los diarios que seguramente no se me había hecho evidente solo a mí. Lo que pasa es que yo me dedico a detectar esos agujeros que la realidad deja en los periódicos para llenarlos a cambio de cuatro perras. Ese es el oficio de los «colaboradores», buscar un buen tema y exprimirlo hasta que algún jefe considere que merece ser publicado. Generalmente los asuntos son mucho más prosaicos, y el interés que despiertan en los jefes de sección suele ser inversamente proporcional al que avivan en mí. Sin embargo, este caso era diferente, todo me resultaba tremendamente familiar, me exigía seguir adelante y aprovecharme de que un puente de primero de mayo había matado una noticia que podría ser un retrato, una buena estampa de la otra cara de la luna.

Por eso me propuse elaborar un reportaje de las tres muertes a deshora, no policial ni de sucesos, sino como una crónica casi de época. Las razones eran otras, claro, eran más, íntimas. Pero esto es algo que jamás puedes contarles a tus jefes.

En cambio, sí: «Tenemos a tres mujeres asesinadas en un *after*. Si es verdad que no se conocían, es lógico pensar que lo único que las une es el lugar del crimen, el Paradís. Por tanto, mi propuesta es retroceder un poco, casi nada, solo regresar al punto de partida de ese día (ya el día anterior para cuando murieron) y averiguar por qué acabaron precisamente allí. Hablar con sus allegados, tirar de aquí y de allá y recorrer en lo posible su tránsito hasta que llegan al Paradís y alguien las mata. Solo a ellas, a las tres únicas mujeres del local. Planteado así, la hipótesis más tonta es la de que un chalado vengador sale de las filas del conservadurismo radical para eliminar a toda hembra que esté fuera de su casa a partir de las cinco de la mañana. Y a partir de ahí, cualquier resultado será interesante...».

Solo los que lo han tenido que hacer alguna vez saben lo difícil que resulta convencer a un superior de redacción sobre las bondades de una idea que no se le ha ocurrido a él.

«... Piensa una cosa. El primer punto de interés se centra en saber con quién fueron al Paradís, ¿no? Pues según las declaraciones de los testigos, las tres llegaron solas. Amalia de Pablos, la más veterana, fue la primera en aparecer y estuvo todo el rato alternando entre su copa y Enrique. Estrella apareció una hora después, y la cantidad de alcohol y cocaína que llevaba en la sangre hace bastante improbable que estuviera consciente; aún se preguntan como podía andar, pero lo cierto es que una vez dentro entabló conversación con el periodista Álex Ayerdi hasta que ocurrió lo que ocurrió. Pero, ojo, el tipo asegura que no habían quedado ni nada semejante. Más que amigos, eran conocidos de las épocas en las que Estrella todavía echaba la noche por la ventana, y Ayerdi asegura que la vio tan hecha polvo que se acercó a ver qué pasaba. En cuanto a la joven Sara Pop, entró a hacer algún trapicheo, salió una vez hubo conseguido lo que quería y pasados cinco minutos volvió a entrar. Solo que esta vez lo hizo con el pistolero adosado a la espalda...».

A los jefes les suele poner calientes lo de las mujeres sin bragas, los ministros practicantes de alguna aberración sexual y los deportistas drogadictos.

«... Piénsalo bien: tenemos a tres mujeres que van solas a un *after* discreto de la Ciutadella pasadas las seis de la mañana, borrachas las tres y seguramente con suficiente cocaína en sangre para que las detengan por tráfico de estupefacientes. ¿A qué van? ¿Acuden cada una a lo suyo? Y si es así, ¿por qué las matan a las tres?».

Sinceramente, aquel trabajo no tenía nada que ver con el dinero, aunque se lo hice creer al jefe, no me había puesto manos a la obra como me enfrentaba a otros tantos textos, para sacarme una pasta. Así es, lo admito ahora que ya no quiero saber más de todo esto y lo admití desde el primer momento. Allí había algo que nos sacudía a

todos y, por lo que a mí respecta, mucho más de lo que me esperaba.

Pese a que la noticia quedó colgada por desidia o por incompetencia, el asunto de las chicas sí despertó un tremendo revuelo entre cierto sector de la ciudad, el formado por amigos, amantes, ex amantes y admiradores de las tres. Y más allá, tanto si las conocían como si solo se habían cruzado con ellas, no eran pocos quienes se sintieron salpicados. Ya he dicho que Barcelona acaba resultando poco más que una población de provincias, y las mujeres, de una manera u otra, pertenecían a los sectores aparentes. Así que el viernes que amaneció con la muerte triple se produjo desde el mediodía un baile de llamadas y mensajes para confirmar si era cierto que, si había datos acerca de si realmente los nombres eran... Se trataba entonces de los más cercanos, periodistas, modelos, agencias de comunicación y prensa... el primer paso de un murmullo morbosos que no hacía más que empezar. Y justo en los sectores menos dados a la discreción. El primero de mayo, sábado, los teléfonos de la ciudad empezaron a sonar desde bastante temprano. Todos los diarios traían la noticia, las iniciales coincidían, y el asunto estaba pasando de las bocas de los iniciados al parloteo de los figurantes, unos secundarios, todo hay que decirlo, muy entregados a un duelo tan apetitoso. No se lloraba el asesinato en bloque, el *pack*, por utilizar el término más feo que se me ocurre, sino que cada uno lloraba a su muerte y dedicaba algún gemido suelto, periódicos cabeceos, a las otras dos. Después, nada, era necesario estar en los corrillos de afectados para seguir el tema.

A mí, en cambio, la conmoción me llegó en grupo. La muerte de las tres mujeres empezó a obsesionarme desde el mismo momento en que me enteré. Intentaré explicarlo. A mi modo de ver, existen dos tipos de personas —aquí, no en Kenya ni en Bolivia—, las normales y las anormales. Son normales aquellas que se levantan por la mañana, trabajan de día, pagan hipoteca o alquiler, se casan, crían hijos, tienen vacaciones, ven la televisión y aspiran a que todo siga de esa manera hasta el momento en que les toque una lotería

del Estado y puedan acabar de pagar las deudas para después llevar una vida exacta a la anterior pero durmiendo con tranquilidad. Son anormales aquellas personas que no hacen nada de todo lo anterior. No existen ejemplares mixtos, aunque algunos crean conseguirlo. Las personas normales hacen todo lo normal, y las anormales no suelen hacer nada de eso. Voy al detalle. Tres eran las muertas y, de ellas, solo una pertenecía al mundo de los normales, Estrella Sánchez. Pero era una recién llegada, una desertora todavía tierna. Amalia de Pablos y Sara Pop eran ejemplos claros de anormalidad. La primera llevaba veinte años rechazando costumbres, sola, cabalgando en lo que a primera vista podría parecer una carrera profesional y personal triunfante, encarnando ese modelo masculino que muchas mujeres de su generación abrazaron en su momento, sin pausa. La segunda había aterrizado pronto en una pasarela y, en el momento de su muerte, resultaba imposible predecir su rumbo. Lo indudable es que no era normal, claro, nadie que represente un modelo público de belleza lo es, por definición. Al menos mientras ejerce.

Y aquí entro yo. Yo soy un tipo normal que juega, un infiltrado, un topo, un *voyeur* que lleva años observando la capacidad de los anormales para destacar y convertirse en ejemplares dentro de una sociedad timorata y conservadora que necesita a este grupo para reafirmar sus costumbres. Cada época tiene sus anormales, en unas son intelectuales, en otras delincuentes y en algunas ambas cosas a la vez. También se los suele denominar elites, pero resulta un término demasiado genérico. Las elites económicas, por ejemplo, no suelen estar formadas por anormales, aunque alguno haya. Los anormales son, sencillamente, aquellos ciudadanos que voluntariamente optan por no seguir las pautas de comportamiento de la mayoría. Han existido anormales con conciencia de serlo, que ejercían su papel de forma ostentosa, y otros que han necesitado el paso del tiempo para que quedara clara su condición, una categoría que hasta ellos mismos ignoraban representar. Mi juego consiste en detectar a los anormales entre la gente con la que convivo y estudiar

sus comportamientos, diseccionarlos, aprender con qué alimentan sus motores, cuáles son sus estímulos, cómo funcionan sus cabezas. Yo soy normal, es imprescindible conocer al otro. En el fondo, tiene mucho de parasitismo, poder disfrutar de sus excentricidades sin necesidad de sufrir por los excesos ni de poseer la audacia o la estulticia necesarias para protagonizarlas.

Me gustan esas gentes del mundo del espectáculo con vidas disparatadas, que se operan constantemente en lucha contra el tiempo, como si eso fuera posible. Me fascinan los poetas suicidas, los artistas dolientes, los fracasados sociales refugiados en paraísos químicos, las criaturas de la noche, los genios excéntricos... Todos ellos suponen que están creando *obras*, que producen algo, pero su verdadero papel, su aportación, son sus propias vidas. Están ahí para que el resto pueda llevar vida normal y observarlos desde los medios de comunicación, no interesado por sus obras, sino fascinado por cómo ese señor adulto ya entrado en años es capaz de dedicar las horas de sus días a pintar, como si estuviera en el colegio, o a representar obras, a disfrazarse de otro, cosas poco serias. Cuando el escritor dijo que quería ser poema y no poeta, tenía toda la razón. De hecho, era poema, del mismo modo que el pintor es un cuadro y el actor toda una obra. Son ellos la representación, da igual qué fruto le dejen al mundo, a un mundo como este, al que sus frutos, dicho sea de paso, le duren lo que tarda en llegar la noche.

Pienso que quizá yo sea un fracasado, como esos críticos literarios que pasan toda la vida diciendo que están escribiendo un libro y, mientras tanto, se dedican a vivir de los que escriben los demás. Solo que la amargura de la incapacidad yo la mitigo inmiscuyéndome entre ellos, compartiendo sus vidas, jugando a formar parte de una anormalidad que, desde luego, no padezco.

Jueves, 29 de abril. 7.35 horas

A las siete y media de la mañana, la sinuosa carreterucha que baja hasta Barcelona por la sierra de Collserola parece una broma, un pedazo de camino entre dos aldeas gallegas trasplantado. Amalia de Pablos reduce a tercera y decide que esa es la mejor marcha para seguir ruta. Conduce su A6 color guinda aferrada al volante, las manos como garras mojadas contra el cuero de la rueda, intentando controlar el molesto parpadeo nervioso y los tics que la obligan cada tres segundos a arrugar la nariz y a boquear como un pez en un cubo. Al salir de la curva donde una señal indica que a diez kilómetros se encontrará con las primeras casas de Horta y, por fin, la ronda de Dalt, decide detenerse, no sabe si para hacerse una raya o una paja. Sea para lo que sea, no tiene más remedio que salir de la carretera, y elige un caminito de tierra pedregosa que debe de formar parte de alguna ruta forestal para urbanitas de espíritu excursionista. Sabe de la existencia del sendero por Enrique, su amante. Un par de veces he tenido que acompañarlo hasta la entrada misma para que él cierre algún negocio turbio más allá, coca seguramente, en algún punto al que ella nunca ha querido llegar.

En cuanto para el motor, se da cuenta de que ha amanecido. La luz todavía sucia de la noche que le llega por la derecha la pone de mal humor. Pronto se le echará encima y no le gusta que el día la sorprenda en el exterior, en ningún exterior, mucho menos al volante de su coche. ¿Cómo se ha hecho tan tarde? ¿Se ha parado ya antes y no lo recuerda? Ha salido de Sant Cugat con tiempo de sobras para llegar al Paradís antes de que amanezca, como quien dice, acaba de salir de aquel puto pueblo de urbanizaciones cursis y

arbolitos jardineros. Está segura de haberse despedido de la tediosa fiesta de los Pàmies pasadas las cinco, pero el reloj del Audi marca sin concesiones las 7.35, y es a todas luces imposible haber empleado dos horas en los quince o veinte kilómetros que lleva recorridos, pese a los tics y las curvas. En fin, la realidad tiene en ocasiones sus agujeros negros, el tiempo se para o se precipita cuando te dan las tantas con la cabeza acelerada, y no es momento de preocuparse por esas cosas. Mejor salir a hacer un pis, poner música y tirar lo más discretamente posible a refugiarse en el vientre negro del Paradís. No pasa nada —se dice—, no mires a los currantes al coger la ronda, no pienses en que toda esa gente ya se ha levantado y va a trabajar, porque seguro que muchos de ellos, como tú, aún están rematando la noche del miércoles. Lo que pasa es que no habrán tenido la mala pata de aguantar durante horas a una panda de pesados padres de familia recientes ejerciendo de los juerguistas que fueron una vez. Qué coñazo de noche, todos ya criando, preocupados por sus vástagos tiernecitos, conectados con ellos a través de los móviles de un batallón de canguros ecuatorianas, y aun con todo desconfiados. ¿Qué tiene en común con ellos, qué los une a esas alturas? Solo la nostalgia de haberse considerado amigos cuando todavía eran capaces de tener amigos, el recuerdo, una añoranza por ese tipo de cariño hacia los no familiares que empieza a desaparecer al llegar a la cuarentena. La mayor diferencia entre ella y los demás estriba en que el resto de la panda, excepto el muy marica de Juan José, ya lleva cómodas vidas de pareja con retoños. Las tensiones pequeñas, domésticas, que dejan escapar denotan complicidad y una compacta seguridad en sus idílicas uniones. Invariablemente, y quizá de un modo no del todo inocente, cada vez que los ve la obligan a recordar a Felipe. Algún comentario suelto como por casualidad, el recuerdo de una velada del pasado cuando aún él estaba presente. Todo muy inocente, los muy putas. Su matrimonio con Felipe, al contrario del resto, estéril en todos los sentidos, no conoció un minuto de placidez. ¿Pero acaso ella lo habría permitido? Vergüenza ajena es lo

que siente de verlos jugar a hacer travesuras con un par de pastillas y tres papelas, mientras aseguran escandalizarse por la vida que suponen que había llevado ella, que está llevando. Que os den a todos por culo, farsantes, os quedan dos Navidades para desempolvar el papel heredado de vuestros progenitores y empezar a decirles a los niños «no te toques, cariño, que eso no se hace; mira que los Reyes Magos, que todo lo ven, están al caer». Mientras, en algún paréntesis como el de la noche recién cumplida, se dedican a niñar intercambios inconclusos de parejas, insinuaciones picantes y un principio de orgía blanca fruto de una raya de más.

Sale del coche y tira por entre la maleza hacia un pequeño terraplén donde esconderse de la gente para aliviar la vejiga. La carretera que ha tomado huyendo de calzadas con presencia de orden público es una ruta en vías de extinción, un vestigio de las épocas en que los barceloneses domingueaban e incluso todavía veraneaban por los alrededores de La Floresta y Las Planas. El triunfo de la segunda residencia sobre los domingueros, la victoria del centro comercial, la construcción de los túneles de Vallvidrera y varias autovías, todo contribuye a mantenerla desierta. Amalia de Pablos presenta a esas horas una imagen que desconcertaría al posible observador. Una mujer larga y delgada, con una melena negra y lacia que le llega a media espalda, vestida con Levi's negros, chaqueta de ante color avellana de evidente buena factura y unas camperas de tacón ancho, agachada en la maleza entre las brumas del amanecer allí donde el bosque aún no es bosque pero todavía no hay ni rastro de la mole urbana que está a tiro de piedra.

En eso piensa, y en que tanga y vaqueros son prendas incompatibles, cuando un sonido animal, diferente del de los trinos que ya picotean el aire, la obliga a incorporarse de golpe, con los pantalones en las rodillas y las últimas gotas cayendo. Teme que se trate de un jabalí, de los que hay a montones por estos parajes esperando a que caiga la noche para llegarse hasta los barrios nortños de la ciudad a hozar entre los contenedores de basura en busca de tesoros. Se le acelera el corazón, más allá de la taquicardia

habitual en su estado, pero no sale corriendo, sino que intenta dirigir la mirada casi sin mover la cabeza hacia el lugar desde donde le llega el sonido. No es miedo, es emoción. De repente, aquello que sucede en algún lugar cercano la ha sacado de sus pensamientos, que ya empiezan a bajar en espiral, y es tal el alivio que se centra en el ruido con todos sus sentidos. Aguza el oído y vuelve a recibir aquel sonido, esta vez claramente. Es un gemido y le parece humano, pero también puede ser un gato. Piensa deprisa mientras se sube y abotona el pantalón, haciendo movimientos lo más silenciosos posible. Quiere ver qué es aquello, quién o qué gimotea o solloza por los alrededores, pero ni el bosque es su medio natural ni la hora y su estado los más indicados, así que hace todo el ruido que se le supone a un urbanita colocado entre matojos.

En medio de la maleza, un pequeño claro, no más de tres por tres, y allí un colchón destripado del que es evidente que provenían los sonidos producidos por las mismas personas que ahora oye en forma de pasos apresurados, como un resuello lejano. Amalia de Pablos se para al borde del colchón y, con ella, su corazón también parece detenerse. Quienquiera que estuviera follando o lo que fuera en aquel despojo de tela costrosa y muelles viejos se ha marchado y ella ya no tiene ganas de ver nada más. Ha amanecido, la luz pálida del primer sol dibuja en el lugar un cuadro violento y sucio del que tiene que huir, restos húmedos de líquidos corporales indefinidos y de sangre sobre otros restos pasados ya secos. Aun así, las piernas tardan en responderle más de lo deseable y tiene tiempo de añadir a la miseria circundante un vómito líquido y alcohólico que pone fin a su noche y destierra cualquier idea anterior. Solo quiere llegar a casa, borrar la noche, desaparecer. De repente ella ha pasado a formar parte de una escena que sin saber por qué le resulta insoportable. Estar ahí, eso es lo insoportable. ¿Con qué fin? ¿Qué coño pinta parada en mitad de Collserola, acelerada y sola? La realidad le pone delante de las narices su propia imagen parando a masturbarse camino de mayor oscuridad, y entonces piensa en Enrique, que es realmente el lugar adonde se dirige. La cama de

Enrique, otro sucio colchón en otro agujero de la maleza, allá arriba en lo alto del Paradís, mientras abajo algunos alegres derribados deben de estar a esa hora, con toda seguridad, reclamándole como ella iba a hacer, de forma distinta pero con la misma finalidad de olvido.

Se gira ya para andar hacia el coche cuando se da cuenta de que no está sola. Una figura entrevista por el rabillo del ojo durante una milésima de segundo, casi imaginada, un hombre, de pie en el extremo opuesto del claro, escondido tras varios arbolillos. Echa a correr con todo su cuerpo y toda su cabeza y toda su alma. Corre entre el miedo y la náusea con el corazón desbocado, y solo cuando entra en el coche y retoma la carreterucha puede empezar a llorar a gusto. Grita. No para de llorar y de gritar hasta que deja el coche en el garaje de casa y alcanza temblando la cama.

Capítulo II

La historia en la carretera de la Arrabassada parecía una bonita fantasía, el delirio de una mente histérica, pero resulta que era real. Al menos Laura, la preciosa secretaria de Amalia de Pablos, Laurita para los amigos, aseguraba que era la narración que su mayor le había contado entre jadeos apenas una hora después de vivirla, justo antes de meterse en la cama.

La verdad es que Laura no era exactamente una secretaria, en el sentido administrativo del término, ni en el sexual, como pensé en un principio, dejándome llevar por las malas lenguas. Laurita era la compinche menor de la potente Amalia. A su sombra se había hecho con un oficio y unas buenas credenciales de futuro —no es lo de menos en esta ciudad plantarle a alguien en la cara cinco años de trabajo con la De Pablos—, pero la chica sobre todo había conseguido una tutora de gestos y de vida. A la vista de sus modos, desde luego no había perdido el tiempo. Enmarcaba sus palabras con hielo, su expresión, su mirada, congelaba los alrededores. Su carita perfecta de veinteañera de principios de siglo con la treintena recién estrenada reinaba sobre el cuello de garza como se gobiernan los poderosos, con poco esfuerzo. Conocía sus armas, el futuro era suyo y de su gente, pero sobre todo suyo, porque hay pocos elegidos para gozar de tanta belleza física. Confieso que agradecí al instante que la chica no fuera real; habría caído en sus redes como un atún.

¿Por qué empecé mi particular recorrido por el mapa de las muertas en aquella oficina? Probablemente porque, como jefa de

prensa y de casi todo de Amalia, la supuse acostumbrada a indagaciones; o porque era joven y preví que despistada, inocente, desolada por lo ocurrido, indefensa, yo qué sé. Porque suelo equivocarme y no iba a ser esa la excepción.

Laurita no estaba, como cabía esperar, arrasada por la pena, ni rastro de ojeras ni mala cara. Laurita no estaba arrasada por la pena porque en sus cálculos o en sus temores anidaba desde hacía tiempo la posibilidad de que Amalia de Pablos desapareciera. Ella se había imaginado algo más parecido a una evaporación, en fin, una salida de naja de su mayor que le prestara a la historia un tinte mítico y legendario, algo así como un viaje sin retorno a una playa lejana donde vivir su particular noche de la iguana. Se refería a la muerte de la De Pablos con decepción y un punto de rabia. Y eso que habían pasado cuatro días desde el asesinato. Pensé que habría que oírla transcurridos cuatro meses.

—Creo que es del todo injusto —decía como si alguna muerte violenta fuera justa, o incluso como si pudiera ser injusta—. Es injusto conmigo, no con ella, quiero decir, conmigo y con todos los que le dedicamos tantas horas y tantas atenciones. No debería haberse dejado morir en esas circunstancias, como una vulgar participante en un ajuste de cuentas.

—Bueno, tampoco es que tuviera ella la culpa... —No me prestaba atención.

—Ya sabía que Amalia frecuentaba ese local infecto, incluso fui un par de veces con ella, hace ya mucho tiempo, y conocí a ese Enrique que le daba algo que no podré entender, un muerto de hambre, un camello de medio pelo y un hijo de puta peligroso. Porque de Amalia puedo entender cualquier cosa, incluso sus salidas de guion más extravagantes o autodestructivas, pero no que se la chupara a ese gilipollas en un antro a cambio, ¿de qué? ¿Qué recibía ella, qué sacaba de todo eso? Yo prácticamente vivía con Amalia, así que conmigo no había engaños. Solo teníamos una especie de pacto no dicho, según el cual ella me daba su versión de los hechos y yo la creía, pese a saber que no era cierta. Amalia no podía soportar la

verdad, su papel de triunfadora la hastiaba tanto como el de toxicómana amnésica. La diferencia es que del primero sí hablábamos, echaba pestes, y el segundo no creo que se lo confesara ni en sus momentos más íntimos... Sencillamente, las cosas desaparecían de su cerebro en el momento exacto en el que caía muerta sobre su propia cama. Amalia bebía hasta quedar inconsciente, y con ese gesto daba por olvidado lo que había vivido en las horas anteriores. No quiero decir que decidiera darlo por perdonado, sino que realmente lo olvidaba.

¿Me estaba recitando el guion de alguna obra ya escrita? Me sentí como si presenciara una escena que la chica había interpretado en los últimos días varias veces. Parecía que la muerte de Amalia no le hubiera afectado, por la simple razón de que no era la muerte que ella esperaba recibir de su maestra. Me imaginé a la De Pablos llamando por teléfono la mañana de aquel 29 de abril que le amaneció frente al horror de un colchón de ribazo, quizá su incapacidad para decirle a aquella sobre la que se levantaba su engaño que lo que había visto era su propio rostro, el mapa detallado de su geografía en ruinas estampado en el colchón. Le contó, sí, lo que había visto y que pasó miedo y que salió corriendo, pero no sé si lo que le quería decir es que el miedo se lo dio a sí misma.

—Cuando dices que Amalia se olvidaba de las cosas, ¿te refieres a que no las compartía contigo o a qué?

—Me refiero —la pregunta le había dolido, y me respondió en tono impertinente— a que la señora tenía memoria selectiva, una enfermedad de cuyo nombre científico no me acuerdo, pero que parece bastante habitual entre alcohólicos, yonquis y similares. Borraba de su cabeza todo lo vivido a partir de un momento determinado, nada, cero. Era como si lo viviera ya inconsciente. Actuaba, pero la mente...

Laurita me había recibido en el despacho que tenían en la calle del Rec con Princesa, en pleno barrio del Born, es decir, donde tenían que estar: zona de moda para locales de ocio, estudios de

diseño, tiendas de últimas tendencias en casi todo y residencia pasajera de jóvenes extranjeros ricos y cultos, generalmente en bicicleta. Era un ático acristalado en el que a esas horas de la mañana, antes de las diez, la luz del exterior aún no molestaba como prometía en horas sucesivas. Nada más entrar, adjetivaban el lugar un par de acuarelas de Perico Pastor donde mujeres naranjas de tetas pequeñas fingían no ser perfectas. Sumadas a otras obras de Peret y Mariscal aquí y allá, confirmaban la vocación de barcelonesa progresista con más contactos que imaginación de la dueña, o de quien hubiera decorado el lugar. Como eso, todo el resto remitía al municipalismo hecho diseño de los años noventa, años dorados de Barcelona, de un triste dorado Navidad, oro bisutería, las paredes pintadas en tonos estridentes, desde el mandarina hasta el añil, la iluminación excesiva y el empeño de los detalles por llamar la atención en su lucha contra la ostentación, el triunfo de lo levemente lúdico frente a cualquier atisbo de circunspección. En fin, una agencia de comunicación montada como tantas otras agencias de comunicación o de promoción o de diseño gráfico. Ese era el ámbito de una mujer normal, algo que Amalia distaba mucho de ser. Pero quizá me equivocaba y quien teñía el espacio de vulgaridad era la distante Laurita, un ejemplar poco recomendable de proyecto de normalidad.

Allí, desde luego, no había ni rastro de la mujer de la que me estaba hablando ella. Cuando uno decide matarse poco a poco, no se monta un despacho clónico, a no ser que no lo sepa, que ignore su autodestrucción y crea que su vida es un asco de lo bien que le va, que habiendo logrado el objetivo de montar el puzzle, sencillamente se acabó el juguete. Pero a Amalia de Pablos, pese a su empeño por adelantarse sola al momento de su muerte pasito a pasito, la había matado el tiro de una automática, para desespero de la pobre discípula y su proyecto de futuro.

—¿Por qué fue Amalia aquella noche al Paradís? —La chica me miró como se mira a los tontos de baba.

—¿No te he dicho ya que estaba liada con el dueño, Enrique? Creo que habían discutido o algo así. Era la noche de la Cena de la Solidaridad, no sé si lo recuerdas, el evento de la temporada, un exitazo; además, nosotras llevamos la prensa... Amalia se presentó muy enigmática. Tenía ganas de ver a ese tipo, de eso estoy segura porque me lo dijo ella misma. Solía acabar sus peores noches en el Paradís y, mira, esta sí que la acabó del todo.

Su frialdad no dejaba de sorprenderme. Lo que estaba haciendo, ni más ni menos, era seguir echándole en cara a la muerta las costumbres que a ella le parecían reprobables, pero no de la manera en la que se les recrimina a los muertos el hecho de morir, no como la esposa le echa al féretro del muerto de cáncer de pulmón la última bronca por lo mucho que fuma. Estaba diciéndole: «Te lo tienes bien merecido, por idiota».

—¿Qué pasará con la agencia? ¿Vais a cerrarla?

—No lo sé. Eso dependerá ahora de su madre. Creo que parte del capital pertenece a la Serra, a Pilar Serra, la madre, y, en cualquier caso, Amalia no tiene hijos ni familia ni ningún otro vínculo de sangre que no sea con ella. Habrá que ver cómo quiere gestionarlo.

—¿Y tú?

—Yo mientras tanto pienso seguir con los proyectos que habíamos empezado, no se puede dejar a la gente colgada así como así y, al menos este año, lo tenemos bastante cubierto. —Pareció darse cuenta de repente de que yo era su único interlocutor, es decir, de que me lo estaba contando solo a mí, cosa que no le hizo ninguna gracia—. No sé por qué puede interesarte todo esto. Si, como dices, lo que quieres es saber qué hizo Amalia las veinticuatro horas antes de morir, ya te lo he dicho. La pilló el amanecer con un ciego considerable camino de Barcelona, me llamó con la historia del colchón en la carretera, que yo creo que era una excusa, y se metió en la cama. No se despertó hasta la tarde, que en eso era ella muy señora, pese a que teníamos el lío de la Cena de la Solidaridad en nuestras manos. Luego apareció allí con tal resaca que fue

incapaz de mover un dedo. Se fue al Paradís a ver a Enrique, y la mataron.

—¿Conocías a las otras dos? —Era ya una despedida.

—¿A las muertas? —Pregunta innecesaria—. Pues no. Bueno, más o menos. A la modelo sí la había visto en más de una fiesta. La verdad es que no se perdía una, esas chicas tienen que hacer mucha vida social, ya me entiendes, para mantenerse donde están. — Preferí dejarla continuar, pero me moría de ganas de decirle que no, que no la entendía. Jugar con ella habría resultado inútil, no tenía ninguna pinta de saber divertirse—. Esa misma noche, la de las muertes, también estuvo en la Cena de la Solidaridad, aunque eso no quiere decir nada, porque la verdad es que estuvo todo el mundo.

—¿Y a la otra, a Estrella Sánchez?

—No, de nada. Me han dicho que era una diseñadora de joyas con cierto nombre, pero no debía de ser mucho, si no me suena. Además, mira, parece ser que era vecina de aquí, del barrio.

Los ciudadanos normales no perdonan. Les gusta la presencia de los anormales, pero deben cumplir unas mínimas reglas; para empezar, la de morir como se espera de ellos. Amalia de Pablos había defraudado a Laura en lo básico. Crucé el Pla de Palau con la intención de recorrer el frontal marítimo de la ciudad hasta Colón y allí subir por las Ramblas; uno de los pocos lugares en Barcelona donde la mezcla es real, donde no importa de dónde vienes o por qué has llegado, puedes ser poli o caco, turista o residente de toda la vida, puedes ir disfrazado para la ópera o en zapatillas, a nadie le importa. Allí, normalidad y anormalidad se toman un respiro, el que yo necesitaba para entender por qué Laura no se creía nada de lo que le decía Amalia, ni siquiera lo del colchón; se lo había detallado de tal manera que costaba considerarlo falso, sobre todo después de tanto tiempo de convivencia.

La antipatía de la joven me había despertado una franca simpatía por su jefa. ¿Qué sabía yo de Amalia de Pablos? Que, como ya me había dicho Pepe Ortega, era una de las niñas mimadas del

ayuntamiento de izquierdas, lo que, dedicándote a la comunicación, supone muchos puntos. Pertenecía al grupo de los «hijos de». Su madre, Pilar Serra, había ido en las listas socialistas en las primeras o las segundas elecciones, no recordaba si municipales o autonómicas. En aquel tiempo eran todavía muy pocas las mujeres que podían presentar un currículum con todos los requisitos para aparecer en cartel electoral. Se consideraba que habían sido y eran buenas luchadoras sociales, sí, pero no como para ocupar una concejalía o un puesto de diputada. Sin embargo, la Serra cumplía la exigencia de pertenecer a una familia catalana de las de toda la vida. Apta. Así fue como ganó su silla en política, no recordaba cuál, y fue jaleada como algo que en aquellos tiempos todavía no se llamaba cuota femenina hacia la paridad, pero ya significaba exactamente eso: era mujer, era joven, era inteligente, y su padre había tenido serios enfrentamientos con el régimen de Franco que lo habían llevado a un par de estancias en la cárcel. Todo en orden.

De la hija sabía menos. Encerrada en su celosa independencia, podía haber jugado el papel de soltero de oro de su época si no fuera porque sus desmanes nocturnos eran conocidos entre los sectores pretendientes. Me había cruzado varias veces con ella en locales poco recomendables, y desde luego su aspecto no invitaba a la ternura. Mantenía la facha de roquera de los ochenta, con la melena negra suelta, los ojos enmarcados en negro, pantalón ajustado, tacón alto y gesto desabrido. Yo guardaba sobre todo en la memoria una imagen de ella, precisamente en la barra del Paradís. Debía de ser una hora prudencial, calculo que las cinco o las seis de la mañana, cuando apareció con un grupo al que no prestaba la menor atención. Pensé entonces, viéndola entrar, que la noche propicia compañías de circunstancia, útiles únicamente en su función de eso mismo, de comparsa. Yo estaba solo, como de costumbre, a la espera de que apareciera alguno de los habituales para cruzar cuatro palabras cálidas o incluso para un intercambio de grandes proyectos mundiales, qué más daba. Amalia se acodó a dos metros escasos de mí, saludó a Enrique sin especial calor y pidió una

ginebra sin hielo en vaso bajo, exactamente; esas cosas se te graban. Miraba hacia el fondo de la barra sin acabar de sentarse en el taburete, con la copa en la mano, y toda ella era puro desafío. Tardó en advertir mi presencia, pese a que tenía la vista fija en algún punto por encima de mi hombro, y cuando lo hizo me saludó con un ademán leve de la cabeza. Yo no sabía que Amalia de Pablos me conocía. Claro que habíamos coincidido, incluso allí mismo, pero nunca habíamos cruzado el más mínimo saludo. Me pareció una mujer imponente, excesiva, y recuerdo que su gesto me turbó. Hay personas que entran en un espacio y su presencia desplaza el doble de aire que la del resto de los mortales, y en el caso de ser mujeres, siempre tienen aspecto de desdichadas.

La mañana de aquel martes de principios de mayo era radiante, los turistas ocupaban las terrazas ya vestidos de playeros empeñados en que Barcelona fuera una sucursal de Benidorm, y flotaba en el aire la calidez salina del mar preestival. Giré por el anacrónico edificio del Gobierno Militar y enfrenté las Ramblas tras los pasos de la mujer muerta, la mayor de las tres, pensando que en realidad no me interesaba tanto por qué habían matado a Amalia de Pablos como qué parte de responsabilidad tenía ella en su propia muerte. Mentalmente, la agarré del brazo, sintiéndola, alta como era, superior, y así empecé a caminar hacia la plaza de Catalunya pisando fuerte. ¿Sabes que un día me aceleraste el corazón? ¿Eres capaz de relajarte, Amalia, para contarme algo de ti? ¿Has hablado en los últimos tiempos con alguien íntimamente? ¿Y qué piensa tu madre, a todo esto?

Jueves, 29 de abril. 8.40 horas

Álex Ayerdi sale del pasaje Valeri Serra a la Gran Vía barcelonesa sin estar satisfecho. Generalmente, tras una noche de juerga basta una visita a alguno de los burdeles del pasaje para calmar el alma y poder dormir hasta el mediodía. Sin embargo, hoy no solo no ha logrado entrar en materia con la puta de turno, una colombiana pequeñita y solícita con quien ya se ha cruzado más de una vez, sino que tiene toda la sensación de estar más excitado que cuando entró. Se dice que es la ansiedad, y se acuerda de su padre. Casi siempre que sale de las putas se acuerda de su padre, porque la hora en la que él va de retirada suele coincidir con el momento en el que el viejo abre la peluquería de la carretera de La Bordeta. Antes habrá barrido y fregado el suelo innecesariamente, porque hace ya más de una década que una señora se ocupa de eso a primerísima hora de la mañana. Después habrá ido a comprar todos los diarios deportivos, *El Periódico de Catalunya* y *La Vanguardia*, habrá desayunado en el bar de Manuel un bocadillo de fuet y una agua de Vichy, y habrá abierto el local impecable con el sonido de fondo de la Cadena SER, es decir, aguantando el muermo de los comentaristas mañaneros, a quienes ya conoce por su nombre y de quienes habla con su hijo como si fueran viejos amigos. Cuando era un chaval le tocaba a Álex la limpieza y los periódicos, pero desde que empezó la universidad su padre lo eximió de ese tipo de tareas con un «estas cosas ya no son para ti». ¡Un hijo periodista! Fue entonces, acabado el primer curso, en cuanto se creyó que de verdad su hijo iba a estudiar una carrera, cuando cambió la música ambiental por las noticias y el programa de Gabilondo. Luego, al empezar Álex en *La*

Vanguardia, decidió incluirla en el grupo de diarios de la peluquería, y al principio obligaba a todos los conocidos y clientes a ojear, si no leer, cada una de las noticias firmadas por él. Ahora ya se le ha pasado la obsesión, pero Álex sabe que sigue recortando cada hoja en la que aparece su firma y las guarda en una especie de álbumes que compra para eso mientras sigue insistiendo: «Y ahora, a por el libro, ¿eh?».

Odia salir de las putas y pensar en su padre, así que, si además sale insatisfecho, su estado se le hace insoportable. Cruza la Gran Vía, coge la calle de Muntaner y, a la altura de la plaza de Goya, se sienta en un banco. La plazoleta es un pequeño triángulo formado por las calles Muntaner, Sepúlveda y la ronda de Sant Antoni con una estatua en medio, que nadie cruza porque se ha convertido en un criadero de palomas; las hay a cientos. Álex Ayerdi sabe ya a esas alturas que no va a dormir. Está totalmente despejado y solo quiere hacer tiempo antes de llegar a casa para no cruzarse con Anita, su novia. Pensar en Anita en esas condiciones es más o menos como lo de su padre. Además de ser un poco tonta, lo justo, ella cumple la función de elevarle el ego cuando los días son normales, pero últimamente los días nunca son normales y las noches siempre acaban de día, y si no existieran ni su novia ni el maldito peluquero pulcro a lo mejor no se sentiría como la mierda mayor entre los millares de pequeñas mierdas de paloma que lo rodean. Anita. Papá. Es la ansiedad.

Álex se repantiga en el banco, desliza el culo hasta el borde del asiento, apoya la nuca en el respaldo y estira las piernas abiertas. Desde su situación, rodeado de árboles y coches aparcados, no ve a la gente que pasa por la calle. Los únicos seres vivos que distingue, además de las palomas, son un mendigo y sus tres perros. Al mendigo ya lo conoce, un Nick Nolte deteriorado al que incluyó en un artículo sobre la vida perra porque se deja fotografiar a cambio de un par de tetrabriks y diez euros. Ahora, el tipo parece que está dormido, y Álex tiene que reprimir las ganas de levantarse y robarle la caja de vino. Lo frena saber que algunos mendigos mean dentro

de sus envases para disuadir a los posibles bebedores miserables. Sorprendentemente, porque no le van ese tipo de cosas, la idea del mendigo sacándose la picha y metiéndola en la caja vuelve a excitarlo. Mucho. Es la ansiedad, Anita, es la puta ansiedad. No se da cuenta y ya se está tocando con furia su propio miembro, que lucha contra el cierre del vaquero. No le va a dar tiempo más que de pasar por casa y darse una ducha. Si estuviera más tranquilo podría echar una cabezada hasta la hora de comer. Acelera el ritmo de su mano derecha sin quitarle ojo al doble de Nolte, pensando que si se corre probablemente se relaje y entonces sí podrá descansar. Le queda una noche dura. Tiene que ir a la Cena de la Solidaridad, que te enteres, papá, tu hijo, que iba a ser el futuro Truman Capote, se va a una comilona solidaria presidida por las autoridades locales e internacionales donde un montón de gente guapa y rica se va a poner las botas en honor de los pobres de la tierra. He aquí mi indeleble fondo social, piensa. Y no solo no se les cae el culo de vergüenza, sino que ahí está tu hijo para contarlo y para ver si de paso alguna de las periquitas del lugar me hace una buena mamada en el váter de turno a cambio de lo que yo pueda ofrecerle, quizá poner su nombre en algún sitio destacado. Acelera el ritmo de la mano, necesita un poco más, solo un pequeño empuje de nada para que el mecanismo de eyaculación se ponga en marcha, un pequeñísimo estímulo, justo cuando el mendigo abre los ojos y se despereza. «¡Félame, joder, félame!», le grita, mientras por fin consigue mojar el calzoncillo.

Capítulo III

Dejé tranquila a la mayor de las muertas y me senté a una mesa del Gótico intentando no pensar tampoco en su secretaria. Vaya perrita, no hacía ni cinco días que se le había muerto la amiga y ya tenía una versión cerrada y coherente que vender al interesado, fría ella, helada. Con *La Vanguardia* delante, me encontré buscando la crónica de Álex Ayerdi, el único de los presentes el día de autos al que yo había tratado de tú a tú, aparte de Enrique, claro. Coger el diario, acudir a los preferidos, confirmar opiniones. Si el hijoputa de Ayerdi hubiera contestado a mis llamadas, no habría tenido que empezar el periplo por aquella Laurita que tan mala espina me había clavado en las expectativas, pero el tipo llevaba varios días fuera de control. En la redacción, nadie sabía dar noticia, y todo indicaba, después de llamar a algunos amigos comunes, que los teníamos, que había decidido pasarse una temporada en el otro lado, jugando a las madrugadas y acostándose a la hora de comer, si se acostaba. Así que me quedaba la posibilidad de darme un garbeo por los tres o cuatro antros que recogen los días laborables a los que no se deciden a ir de vuelta. Aun así, nada perdía volviéndolo a probar; saqué el móvil y marqué su número. La señal acabó mandándome a la mierda. Al menos, tenía el teléfono encendido, y yo sentí un cierto alivio tras no recibir respuesta. No es Ayerdi un hombre con el que andar concertando citas, ni creía yo que fuera a encajar bien mis pesquisas. Su sola mención me hacía sentirme un completo pipiolo. Hay pocos maestros que admita haber tenido, y él era uno, creo que el de mayor talento.

Seguía con la De Pablos en la cabeza. Amalia y Ayerdi se conocían seguro, tenían que conocerse. Si no habían coincidido nunca, cosa que dudaba, los dos sabían al menos de la existencia del otro. Existe poca gente en Barcelona, entre los lectores de periódicos, que no haya leído una crónica de Ayerdi. Se trata de uno de esos periodistas cuya eficacia radica en lo poco que les importa su profesión. Un anormal en toda regla. No abundan. Ayerdi, además, es uno de los poquísimos *enfants terribles* de la prensa en estos tiempos en que la prensa carece de tales especímenes. Si sumamos que su dedicación en el diario era eso que se llama cronista de sociedad, alguna relación había tenido con Amalia de Pablos.

Pasaban de las doce y media. Podía pedirme otra caña o salir a probar suerte por la zona de la plaza Orwell, al final de las Ramblas, entrando por Escudellers, el centro de reunión de los últimos de Filipinas y los primeros de la tarde. Si era verdad que Ayerdi dormía de día, lo más probable es que esperara a la hora de comer para meterse en la cama, es la costumbre. Por lo que me había dicho Ortega, además de a Amalia, conocía, y bastante bien, a Estrella Sánchez, la segunda muerta del Paradís. Y para terminar, era el único testigo. Me di cuenta de que necesitaba echar mano de todos los argumentos a mi alcance para convencerme de una visita a las ruinas de uno de mis mitos profesionales. Era un calambre pequeño, la duda, algo que traía consigo la muerte triple, el primer tufo a decadencia. Joder —me dije—, déjate de gilipolleces y sal a ver si tienes suerte. Había contado con Ayerdi como primer contacto con los acontecimientos del Paradís, con el suceso más allá de interpretaciones de ideales secretarias, y lo mejor que podía hacer era sacudirme los complejos de encima.

En el Cubano de la plaza Orwell se suelen mezclar, a la hora en que el resto de los mortales comen, jóvenes desayunando café con leche entre aromas de cerveza rancia, la división más destartada del sector vecino echándose al cuerpo el primero y quizá el último bocata del día y algún que otro reenganchado de la noche anterior

que intenta que la cerveza o un bocado rápido le bajen la euforia, la depresión, la ansiedad o lo que quiera que lo mantiene en pie hasta el borde de la tarde. Ayerdi era uno de estos últimos. Allí estaba, como había temido, más que deseado. Consumía una jarra sentado solo ante una de las mesas del fondo del local con los ojos vidriosos y aspecto de no tener fuerzas para llegar a casa. Algunas veces, cuando la noche se te acaba y el mediodía te pilla fuera de combate, el fondo de lugares como el Cubano resulta un refugio mucho más placentero y tranquilo que el propio hogar. Me senté a su mesa sin pedir permiso y pedí yo también una cerveza. Levantó la cabeza, me miró sin gesto y volvió a bajarla para dejar bien claro que su interés hacia mí era tan insignificante que mi presencia ni siquiera lo molestaba. Escuchó las preguntas que había ido a hacerle, exactamente si conocía a Amalia de Pablos y qué pasó la noche de marras, sin inmutarse, y al final abrió la boca con cara de pocos amigos.

—Hay muchas fulanas de tal sueltas por esta ciudad, y casi todas acaban en un *after* u otro. Comprenderás que entre la noche y el ruido de los carros estoy hasta los cojones de este tema. —Esto fue lo que me dijo, y no me pareció recomendable insistirle en lo referente a la De Pablos. Pero no me di por vencido.

—¿Cómo ocurrió todo? ¿El tipo entró y las mató o se detuvo a hablar con alguien?

—Si te parece, pidió un teléfono y llamó a la policía para dar la noticia. —El esfuerzo de comunicación había sido excesivo, y tuvo que agarrarse la cabeza con ambas manos.

Ayerdi no iba a ser un hueso fácil de roer. Demasiada cultura e inteligencia para ser periodista; peor aún, para trabajar en un diario. Los informes que había recabado aquí y allá, entre sus colegas y los míos, ofrecían la credibilidad que garantizan las pequeñas comunidades profesionales, poca, pero me prestaban al menos un retrato aproximado de aquel único testigo con el que yo podía contar. Por lo que se sabía, había negociado un par de veces la entrega de un libro en una editorial solvente, pero nunca había

cumplido los plazos. Fuera de la profesión, lo único suyo que se puede encontrar es la participación en un libro colectivo de relatos de viajes en el que narra su aventura por un lejano paraje ruso en busca de unas hierbas alucinógenas que no logró encontrar. Un texto bueno pero insuficiente. Después dejó colgada a la editorial tras recibir un adelanto, con lo que pasó a engrosar las filas de los cientos de escritores sin libro que viven de dedicar restos de talento y poco esfuerzo a una prensa que ni se lo exige ni los merece. Tenía una novia intermitente a la que periódicamente pedía disculpas y sin la que, aseguraban, hacía una década que no podía vivir. Imagino que había terminado ejerciendo de hijo díscolo de ella, algo que jamás iba a admitir, porque para ello antes tendría que confesar que era su novia. Uf.

Recordé todo esto mientras lo veía levantarse, ir hacia la barra, pedir una cerveza más y volver a sentarse, esta vez a otra mesa. Me había equivocado. La reciente entrevista con Laurita me había llenado la cabeza de Amalia, y en realidad, por quien debería haberle preguntado era por Estrella Sánchez. Al fin y al cabo, Ayerdi fue la última persona con la que ella habló antes de que le descerrajaran un tiro certero. Ya era tarde. Pude ver cómo se frotaba el pelo con las manos antes de apurar el vaso en un largo trago y salir a la tarde incipiente.

Me levanté y salí detrás de él por inercia y porque no tenía nada mejor que hacer, pero fue un corto paseo. Cincuenta metros más allá, entró en un bar cochambroso de barrio con la barra grasienta y solo cuatro clientes, todos árabes, repartidos en las tres mesas de plástico marrón.

29 de abril. 11.45 horas

«Por fin ha salido el sol, amigos, y eso hoy es especialmente importante, amiguitos, porque el día es de los grandes, mítico, diría yo, de los que hacen historia. Están ya en la ciudad, no diré en qué hotel, je, je, no os hagáis ilusiones, Bono, el mítico líder de U2, Nelson Mandela, ya sabéis todos quién es Mandela, el mítico luchador africano que, si no me equivoco, pasó por la cárcel de su país antes de llegar a ser presidente, y ahora es todo un símbolo de los derechos humanos, varios ministros y... ¡la gran Linda Gangstey! Sí, amiguitos, nada menos que la mítica Linda Gangstey en la Ciudad Condal. Sus larguísimas piernas patearán hoy el Palau Sant Jordi, sus medidas perfectas irán a Montjuïc para apoyar la gran cena internacional por los derechos humanos que este año tiene el honor de acoger la ciudad de Barcelona. Para sus fans tengo que decir que, aunque no viene con ella su noviazgo Charles Amis, ha llegado acompañada de al menos tres guardaespaldas y que acercarse a ella es tarea totalmente imposible. Ha salido el sol y por fin el alcalde Clos puede respirar tranquilo, la ciudad cumple, nosotros cumplimos y el cielo también. Os dejo con Sting...».

Sara se decide por fin a abrir los ojos. La luz que entra por la ventana y le llega a través de la piel de los párpados le indica que la mañana ya está a punto de convertirse en mediodía y la radio despertador lleva más de una hora sonando. Es su momento. Dada la orientación de la ventana, en primavera el sol no entra en la habitación hasta alrededor de las once; entonces, los primeros rayos cruzan el umbral dirigidos directamente al cabecero de la cama. Cuando siente el calorcillo del primer rayo matinal, Sara decide que

ya puede abrir los ojos. Hace tiempo que ha determinado que, si el día está nublado, no merece la pena madrugar tanto. El calor y la intensidad de la luz que entran este jueves hasta su cabecero no son los propios de ese primer rayo que la pone en funcionamiento todas las mañanas, sino que delatan un sol ya centrado en el vano de la ventana. Deben de ser cerca de las doce. Abre los ojos.

Frente a ella, un gigantesco poster reproduce la portada que la revista *Elle* le dedicó hace un par de años. Sin incorporarse, solamente estirando las piernas en un primer arranque de vida móvil, se saluda como todas las mañanas: «Hola, guapa, hoy va a ser un día largo, casi no voy a tener tiempo de pasar por el gimnasio; a las dos tengo peluquería, necesito un toque de tinte, no he planchado el vestido de esta noche; tengo que quedar con Ulrike porque no pienso presentarme sola; la vida está bien, y lo de la agencia americana no es ninguna catástrofe, que les den por culo a los americanos; tengo que llamar a un taxista; Curra me dijo que la noche iba a ser buena; me voy a ir una semana a Chiclana, pero no se lo diré a Toni, no se lo diré a nadie, que no me encuentren y se preocupen, y luego yo aparezco misteriosa y morena, y que tengan que echarme de menos; definitivamente, no voy a ponerme sujetador con el vestido rojo, y que Curra diga lo que quiera, a ver si va a ser ella también la que me diga qué ropa interior tengo que ponerme; joder, me tenía que haber avisado de que iba a estar la Gangstey por aquí, a ver qué más sorpresas nos esperan; me imagino que Ulrike tampoco sabe lo de la Gangstey, como se lo dijeran a ella y a mí no, la lío; mejor no voy a llamar al taxista. O sí, lo llamo y luego ya veremos qué hago».

Sara Pop despega la mirada de su propia imagen y gira la cabeza en un gesto que abarca todo el apartamento. Es un piso de una sola pieza más el cuarto de baño. La habitación, rectangular, es amplia, de unos setenta metros cuadrados, con suelo de parquet rojizo y las paredes pintadas de un amarillo desvaído, casi vainilla. Su cama ocupa uno de los extremos estrechos del rectángulo. En el opuesto, un pequeño simulacro de barra de bar da entrada a la cocina

americana que reluce impecable por la falta de uso. Las dos paredes más largas dibujan las obsesiones de la inquilina: una de ellas se abre en dos amplios ventanales desde los que se divisan, convenientemente alejadas, las azoteas de los pisos de la acera de enfrente. La otra está cubierta en sus tres cuartas partes por un espejo que va de suelo a techo y sobre el que se ha hecho instalar una barra de madera para sus ejercicios diarios. Medio centenar largo de fotografías suyas cubren los huecos de pared, además de un póster del cartel anunciador de la película *Amor a quemarropa* y algunos recortes de revistas con fotos de actores jóvenes. Como todo mobiliario: una pequeña mesa limpia de objetos, dos estanterías con algún libro perdido, más fotos, el equipo de música, los CD y varios peluches, un carro con ruedas sobre el que la televisión, el vídeo y el reproductor de DVD enfrentan la cama, y un par de sillas. Entra con fuerza ese sol amarillo pollito que pinta Barcelona en primavera y el conjunto más parece un estudio de danza ocupado que la casa de alguien. Algo así piensa Sara al poner los pies descalzos sobre la madera y se siente a gusto. Justo lo que ella quería.

Acaban de rechazarla por segunda vez en una agencia de modelos de Los Ángeles alegando exceso de peso, pero ella no puede adelgazar más, su cuerpo es así, tiene esas redondeces en el culo y las piernas, nunca podrá ser flaca, jamás llegará a alcanzar el aspecto de yonqui de ultratumba que es todo su anhelo. Se sube a la báscula, 48 kilos con 600, para comprobar que ha adelgazado 50 gramos desde que, hace un par de días, recibió la noticia. Se tapa con un quimono negro de seda que cuelga de la puerta del baño y decide que puede comerse una manzana acompañada de un té sin azúcar. Piensa en Curra Susín mientras pone a calentar el agua en la tetera. Recurre a ella en muy pocas ocasiones, cuando tiene algún gasto especial, para ir de vacaciones o, como en este caso, cuando un golpe en su autoestima le deja el alma dolorida. Esto último no se lo confiesa, porque prefiere pensar que utilizará el dinero en unas vacaciones donde conseguir el primer bronceado de la temporada y

olvidarse de los rigores de las sesiones fotográficas y del pesado de Toni, viejo amigo, amante ocasional y aspirante a pareja de hecho.

Curra es dura, inflexible, y carga con una merecida fama de cosas mucho peores, pero tiene que admitir que a ella la trata como una madre, mejor aún, como atiende un representante de músicos de segunda al número uno de la temporada si cae en sus manos. Sara Pop. Tiene la cara pícara y honesta que los productores les suponen a las chicas educadas en colegios de monjas. Los ojos verdes, redondos como lunas, declaran una candidez asombrada que inmediatamente desmiente una nariz respingona y una boca grande de labios gruesos, carnosos.

Deja la manzana sobre la barra de la cocina tras el tercer mordisco y con la taza de té en la mano se sitúa frente al enorme espejo mirándose a los ojos. Levanta la cabeza en un gesto desafiante, uno de sus mayores éxitos frente a las cámaras, y con el semblante serio, la ceja derecha, aristocrática, alzada casi con asco, utiliza la mano que le queda libre para desatarse el cinturón del quimono. Se abre la cortina de seda y el espejo le devuelve un cuerpo blanco de tetitas insolentes con la punta de los huesos de la cadera rematando el final de dos piernas largas y rectas. Baja la mano hasta el coño y se revuelve el poco pelo que una depilación eficaz ha dejado en forma de sucinto rectángulo vertical, casi raya.

Capítulo IV

Aparte de la conversación con Ayerdi, si es que a aquello se le podía llamar conversación, y del descubrimiento de Laurita, el martes, mi primer día de trabajo, como quien dice, había dado bien poco de sí, por lo que decidí no cerrar la jornada. Es normal que las gestiones sobre tres muertas en un *after-hours* rehúyan la luz del día, así que dejé que la noche llegara sin apartarme mucho del fantasma de Amalia. Me rondaba la cabeza el juego de las casualidades, pero no se trataba del azar, tan romántico él, sino de otro de esos guiños de la pequeña ciudad. Tanto Amalia de Pablos como Sara Pop habían estado cenando en la celebración solidaria que tuvo lugar en el Palau Sant Jordi unas horas antes de que las mataran. Me las imaginé saliendo de allí, quién sabe si tomándose una copa también en el mismo sitio, a mitad de camino del final, y acabando con minutos de diferencia en el antro donde iban a pegarles sendos tiros. Ayerdi había declarado a la policía que ninguna de las chicas saludó a las demás; es más, si las informaciones de Ortega eran ciertas, llegó a asegurar que no se conocían. Él sabría por qué lo decía. Quizá se conocían como Amalia de Pablos y yo, de haberse cruzado más de una vez en esa misma barra. La Barcelona reducida, tan tacaña en locales, ciudad propiciadora de encuentros repetidos. Pensé entonces que lo más probable era que Álex Ayerdi también hubiera pasado por el Sant Jordi antes de dirigirse al Paradís, algo normal, dada su ocupación. Nada de azar, tamaño. Incluso cabía la posibilidad de que, como Amalia, alguna de las otras dos, un día, hacía tiempo, me hubiera dedicado el gesto de cabeza con el que se

reconocen los reencuentros de barra. Había visto la foto de Sara Pop en el dominical de *El País*, tal y como me había indicado Ortega, y su cara no me decía gran cosa. Por supuesto que sabía de su existencia, una colonia, unas braguitas, la portada de alguna revista femenina, uno de esos cientos de rostros que hacen, desde los quioscos, más llevaderas las entradas de metro. Pero no recordaba haberla tenido delante. Quién sabe. En cuanto a Estrella, si el currículum que circulaba de boca en boca tenía algo de cierto, habíamos compartido más de una noche, fijo que sí, pero no conseguía centrar en la cabeza una imagen suya, así que todo eran conjeturas.

Decidí que las casualidades y los guiños ya habían jugado demasiado en todo el entramado y opté por llamar a Tito Ros. Necesitaba datos, alguna certeza. También podía haber deambulado solo tentando a la suerte, seguro que en un lugar u otro habría acabado encontrándome con alguno de los múltiples corrillos de duelo, pero tenía prisa, y Ros era una vía segura. Por el momento, yo manejaba muy pocos datos, insuficientes para saber qué pasos debía dar. No sabía nada de nada sobre la Pop, modelero aparte. En cuanto a Estrella Sánchez, podía tomar la directa y llamar a su marido, pero no pensaba hacerlo, por mucho que tuviéramos en común varios conocidos, entre otras cosas. Si a tu mujer la matan en un *after*, ciega perdida, a las ocho de la mañana y está sola, no creo que te queden muchas ganas de dar respuestas. Más bien rebosas preguntas. O no, claro. Juan Santos pertenecía al grupo de los anormales.

Tito Ros, otro que tal, iba a echarme la mano que yo necesitaba en ese momento. Periodista en el pasado, vivía de redactar informes para editoriales, enciclopedias y otras rarezas. Un tipo grande. Unos años antes había quebrado el periódico en el que trabajaba, algo que en principio no le preocupó, dada su reputación de reportero con kilómetros de calle a sus espaldas y los mejores contactos entre los peores sectores. Pero empezó a pasar el tiempo, y lo que le parecieron al principio ofertas de trabajo de saldo —según él, se

aprovechaban de la quiebra reciente—, acabaron por destaparse como toda la oferta que iba a recibir. El sueldo de un periodista había cambiado sustancialmente desde que una década antes firmó su contrato con el desaparecido diario. Cuando al principio, tras recibir las primeras propuestas, respondió «Yo, por ese dinero, ni me molesto en salir de casa», todos pensamos que acabaría claudicando. O eso, o efectivamente no saldría de casa. Pero no dio su brazo a torcer, sencillamente dejó el periodismo y se ofreció en los sitios donde supo que le pagarían lo que creía merecer por hacer lo único que sabía: escribir. Desde luego, de todos los amigos era el que vivía mejor. Y lo más curioso es que aseguraba no sentir ni pizca de nostalgia. «Yo escribía en los diarios por dinero, ahora hago lo mismo en otros sitios... y me pagan más».

—Espérame —respondió a mi llamada sin un titubeo—, me visto y dentro de una hora puedo estar en el Glaciar de la plaza Reial, si es que el cuerpo te pide centro. La verdad es que me había dado media hora para ver si alguien llamaba antes de descolgar yo mismo el teléfono. La tele está hecha una mierda.

—Me parece bien —mentí.

El Glaciar había sido un antro generacional para mí, la plaza Reial misma, en una de cuyas esquinas estaba el local, me producía tal pereza que no podía ni pronunciar el nombre. Hacía cerca de diez años que no la pisaba. Tito era hombre de costumbres, tenía sus barras marcadas, en las que otras generaciones formaban ya la parroquia, pero eso a él ni le iba ni le venía, mientras no cambiaran de dueño, todos convertidos en viejos amigos, y siguiera encontrando chavalas dispuestas a acompañarlo hasta el final de la noche y más, hasta compartir el delicado trámite del desayuno, su preferido. Se pirraba por esos momentos desconcertantes. Tiene ese aire de fracasado exquisito que vuelve locas a las mujeres y despierta todas las simpatías, libre de envidias e inalterable. Digamos que una confesión a Tito Ros equivalía a una confesión con uno mismo, y la gente anda muy necesitada de diálogo interior. De resultas era, además de soltero recalcitrante, una de las personas

mejor informadas del mundillo por el que me movía. Por supuesto, no solo conocía a las tres mujeres muertas, sino también sus alrededores y, aunque nunca jamás por nada del mundo hablaba de sus escarceos nombrándolos, me dio la sensación de que al menos con una de ellas había desayunado en alguna ocasión.

A Tito no le cambia el gesto con facilidad, y esa vez torció el morro al darse cuenta de que íbamos a hablar del tema.

—¿Qué sabes de Sara Pop? —le pregunté en cuanto nos sentamos a una de las pocas mesas que quedaban libres en la terraza del Glaciar.

—¿La conocías? —preguntó.

—No, solo he visto sus fotos en los anuncios. No creo habérmela encontrado por la calle. ¿Por qué? ¿Debería conocerla?

—Sí, claro, seguro que la has visto alguna noche por aquí. No tenía mucha suerte, la chica. Esas chavalitas no saben lo que quieren ni dónde se meten, aparte de que la Pop tampoco tenía muchas luces. Para que te hagas una idea, la contrataron en la tele solo para hacer de tonta y ni siquiera consiguió ser una tonta convincente. Pero eso sí, el director supo sacarle tajada por otro lado y la llevó un año de putilla personal. Si no me equivoco, acabo en manos de Curra Susín, una gorda que igual te organiza una fiesta que un mitín o una manifestación.

—Hablando de fiestas —cambié de tema—, ¿tú fuiste a la Cena de la Solidaridad del jueves pasado?

—¿Me has visto cara de miembro de Amnistía Internacional? A esos montajes solo acuden los que están necesitados, y yo hace tiempo que no necesito a nadie. Hay muchos que todavía viven de dejarse ver... y luego fueron los muertos de hambre de los periodistas, claro, vaya hienas. Mira, esa fue una de las típicas fiestas de la Susín... No, no fui, pero tengo entendido que los taxistas hicieron su agosto.

Me guiñó un ojo y, todavía con la risa puesta, se levantó a hablar con una chica cañón que se acababa de acercar a saludarlo. En la terraza del Glaciar se apiñaban, como si no hubiera pasado el

tiempo, jóvenes con pinta de titiriteros y trabajadores del cuero, chavales de aspecto universitario con ánimo de protesta en busca de la última causa perdida, algún trasnochado de chupa de cuero negra y, también como años antes, una legión de pajaritas preciosas, jovencísimas, tan tiernas que uno se preguntaba si aún pedían permiso para salir de casa. Me di cuenta de que las chicas más guapas, a esas alturas de la ciudad, seguían luciendo pinta de libertarias, parecían buscar guerra, y me alegré de no haberle corregido el destino a Tito Ros. ¿Para qué desplazarse a los nuevos centros de la moda, según dictamen de la edad, si los bombones estaban donde siempre?

Tampoco iba a cambiar en nada el resultado final de la noche, y me di cuenta de que acabaría volviendo solo a casa, así que decidí disfrutar del espectáculo. Patear la zona de la plaza Reial y el Chino de bar en bar detrás de culotes redondos bebiendo *gin-tonic* seguía siendo una actividad más que recomendable contra la melancolía y, en contra de lo que pensé de camino, en ningún momento se me echaban los años encima. Teniendo en cuenta que aquel fue el escenario de mis primeros escarceos a los dieciocho y ya tengo cuarenta, razones había para el optimismo. Además, me sentía satisfecho, más que por los adelantos en mi empeño, porque hacía al menos un par de meses que no veía a mi amigo y seguro que más de un año que no salíamos juntos. Yo ya no estaba en forma como Ros, a quien le auguraba cama en compañía, pero podría asegurar que aquella noche, si me lo hubiera propuesto, tampoco habría terminado de vacío. Demasiado esfuerzo para el parco resultado que preveía. Excepto un par de amantes fijas del periódico, a quienes cada vez veo con menos frecuencia, mi vida sexual lleva tiempo en dique seco. Ni se me pasaba por la cabeza la posibilidad de plantarme en una barra y flirtear con una desconocida, mucho menos llevármela a casa.

En cuanto a mis pesquisas, el hecho de que Sara Pop perteneciera al elenco de la Susín ya me daba un asidero para empezar. ¿A qué se dedicaba la chica exactamente?, era cosa de

enterarse, porque esas agencias de organizaciones de actos han acabado inventando las ocupaciones más rocambolescas. Tito no me había preguntado en ningún momento de la noche por las razones de mi curiosidad, ni yo le di explicaciones. Cuando me percaté de que él prefería pasar de largo por la muerte de Amalia de Pablos, respeté su silencio y acabamos centrándonos en Juan Santos, el marido de Estrella Sánchez, amigo de Ros, quien estaba empeñado en que era imposible que ella estuviera en el Paradís sola, sin su pareja.

—Mira, hasta hace nada, esos dos iban siempre juntos, uña y carne, pero ella se hartó y decidió dedicarse a ganar dinero, que ya le tocaba. Está muy bien, a mí si me cae en suerte una Estrella, me retiro, lo juro. Pero Juanito tenía otros problemas, y ahora son el doble. Yo qué sé, el tío tiene mala suerte. Ya, ya, hablo mucho de la suerte, pero es que así van las cosas. Estás en un sitio, te dejas ver, mueves el culo por fiestas solidarias y de repente todo funciona, te llama un fulano para ofrecerte un curro de la hostia y te arregla el año. Pero el tío no sabe; no sabe o no quiere. Yo tampoco quiero. Que se jodan. Si te toca al lado una tía como Estrella, más vale que te hagas a la idea de que no vas a estar a la altura, porque si te haces a la idea te resultará todo más fácil. Juanito no se hacía a la idea, no tenía curro, y además no se resignaba a ejercer de marido. Yo tampoco lo veo esperando en casa a su mujercita con la cena hecha, qué quieres que te diga. La noche anterior, sin ir más lejos, me lo encontré por aquí ya muy tarde, y ganas me dieron de decirle: «Pero, tío, vete para casa a calentarle el riñón a tu chica, joder, ¿qué coño andas buscando?». Él era el que podría haber acabado la noche del jueves en el Paradís, no me habría extrañado un carajo, pero ¿Estrella? No, hombre, no, ¿qué coño pintaba la tía allí sola?

—Pues Álex Ayerdi —objeté— ha declarado que así era, y que llegó con tal ciego que perdía los zapatos.

—Ayerdi, otro desgraciado. —Las relaciones entre los dos periodistas, que habían sido excelentes, se deterioraron nadie supo por qué, y desde entonces se mantenían un odio cordial—. Ese tío

miente más que habla. Anda, que habría que ver en qué estado la recibió el colega en el Paradís, como para fiarte de sus apreciaciones.

De camino a casa, pensé que evidentemente tenía que volver a hablar con Ayerdi, y también pensé que no me apetecía lo más mínimo; me imponía cierto respeto, creo que era temor al cinismo con el que se defendía. Él era el único entre los presentes el día de autos que había visto a las tres mujeres, vivas, luego muertas, y sobre todo que había hablado con Estrella Sánchez, una tipa que, como me había pasado por la mañana con Amalia, aunque con menos emoción, empezaba a caerme bien. Sabía de ella solo lo que me habían comentado Ortega y Ros, pero por lo visto nada hacía suponer que una visita al Paradís entrara dentro de su ruta habitual. No, al contrario, todo apuntaba a que efectivamente Estrella había optado por la normalidad, y hay que tenerlos muy bien puestos para romper con la anormalidad y meterte en los cauces sociales, volver al redil, si es que alguna vez has estado en él. Más pensando que convivía con Juan Santos, el mayor taciturno que he conocido, esa clase de tipo que bebe sin entusiasmo y parece vivir sin energía, por inercia. Si había alguna explicación para la presencia de la mujer a aquellas horas en el *after*, solo se me ocurría que podía tenerla Ayerdi. ¿También había pasado ella por la fiesta solidaria?

29 de abril. 12.30 horas

Hacia las doce y media del mediodía de aquel 29 de abril, Juan Santos abre un ojo para comprobar si se encuentra en lugar conocido y vuelve a cerrarlo tras reconocer el despertador de siempre sobre su mesilla. Bien, ha caído en casa. Su primer pensamiento va directo al hueco de la cama donde a esas alturas ya no está, claro, Estrella. Su mujer debe de llevar en el cuerpo tres o cuatro horas de jornada laboral, y cabe pensar que no se ha ido molesta, porque en esos casos deja el despertador puesto para que suene diez minutos después de desaparecer ella. Por joder. En cuanto a la madrugada anterior y las horas que la mañana lleva consumidas, ese es el único dato que Juan está dispuesto a asegurar, el de no haber ofendido demasiado a su mujer. La velada se le pierde hacia las cuatro o las cinco de la madrugada en un club cerca de la Rambla, pero el hecho de no recordar la salida del sol le permite pensar que probablemente lo ha pillado ya en su propia cama y se relaja. Entonces, sí, entonces consiente que, entre el dolor de cabeza, asome la figura acolchada de Inés y una erección matinal y perezosa la saluda. Puede darse la vuelta y seguir durmiendo hasta que el cuerpo recupere el alma perdida o salir corriendo a buscársela en la cama de ella, donde todos los males se convierten en excusas de cura. Así que, reprochándose mucho pero incapaz, de reprimir una sonrisa, se mete entre pecho y espalda media botella de Coca-Cola; se da una ducha y se grapa al dolorido cerebro las gafas de sol.

Esta es la última vez, estoy mandando a la mierda todo lo que quiero, todo lo que tengo, por un par de polvos y un constante dolor

de cabeza. Y mientras tanto marca el número de la casa de la mujer: «Me duele todo, ¿te apetece que le pongamos remedio con unas buenas ostras cerca del mar?». Y otra vez que esta va a ser la última porque me la estoy jugando, voy a buscar un curro, cualquier curro, y voy a dejar la noche, todo este mal rollo, me voy a sentar a escribir, me gustaría una familia, hijos, sí, también hijos, esta tarde de camino a casa pasaré por La Maison y compraré alguna exquisitez para Estrella y le contaré que esto se va a acabar. Ella lo va a entender, porque si no me va a mandar a tomar por culo.

Mientras el taxi encara la línea de mar por la Via Laietana, los remordimientos van dejando paso en la cabeza de Juan al agujero donde volcarlos, el tierno pozo ciego del ombligo de Inés, coronado por una peca parda que empieza a desear, y sigue y sigue, hasta que el deseo lo puede todo y desaparecen el tam-tam cerebral y los buenos propósitos, justo en la curva donde la ciudad se hace Barceloneta y ya vale todo. Ha entrado en territorio amigo.

Más que delgado, flaco, largo y ligeramente arqueado hacia adelante, cosa de la altura, Juan Santos deja el taxi y enciende un Marlboro para andar las cuatro callejas que hay desde el paseo de Borbó hasta la casa de ella, su destino. Inés es su primera vez, una experiencia de impagable cargo de conciencia. Nunca antes en los quince años que llevan juntos le había puesto los cuernos a Estrella, y llegado a ese punto, al momento en el que enciende el cigarro para dejar atrás mástiles y poleas e internarse en el barrio mariner, cualquier resto de peso que le quedara en el recato desaparece. Retoma el momento de la noche anterior en el que la embriaguez estaba en su punto exacto, la rescata y se la calza para encontrarse con ella. En cuanto se desnude, le contará todas las invenciones que lleva maquinando, que come todos los días en el mismo restaurante chino donde una inquietante camarera asiática le sirve vino frío, que le gusta tomar el Martini siempre en el bar del Astoria antes de que den las siete, que estuvo en Nápoles y se encontró con Elvis Costello en una fiesta; le contará argumentos de libros que no ha leído e inventará los adjetivos que aparecen en ellos para no confesarle que

tanta cursilería es de producción propia solo para ella. Se inventará un personaje más digno a cambio de que le descubra el sexo a carcajadas, un sexo menos complicado que el cumplimiento de rituales conocidos, lleno de palabras y sorprendente. Y cada hora que pase allí será la última. Llama, e Inés le abre ya desnuda.

Capítulo V

Como me había despertado anormalmente pronto y sin resaca, contento por la noche de amistad ética, el miércoles decidí regalarme un rato de cama matinal. Me encontraba, además, rodeado de mujeres: Amalia, Estrella, Sara Pop, incluso la gélida Laurita, todas metidas entre las sábanas, jugando al gato y al ratón con mi discreta excitación matutina, rivalizando en atenciones. Mal asunto. Esas presencias y la inusual vitalidad con la que había amanecido dispararon algunas alarmas. Me estaba enamorando del tema de trabajo y yo intento evitar enamorarme, me incomodan las emociones, nublan la razón, y lo más probable es que acabes haciendo el ridículo a cada paso. Me horroriza el ridículo. ¿Me estaba enamorando? Las tenía allí, estaba metiendo las narices en sus vidas y ellas llegaban para espiar mis pasos. ¿Qué me dirían las tres difuntas si pudieran hablar? ¿Me pedirían que siguiera adelante, que les pusiera causa a sus finales y lo contara, o por el contrario me darían una bofetada peliculera por andar husmeando en su intimidad? Tuve que reconocirme de nuevo que no eran exactamente material de trabajo. ¿Qué, pues? Ahí estaba la euforia, inundando la mañana de sensaciones gratas. Sentía una especial agitación, ya lo he dicho, lo mismo que un enamoramiento, esa zozobra dichosa con la que amaneces el día después de haber notado el palpito, de haber saltado la chispa, cuando esa chispa enciende una mecha y ya todo se ve, a la nueva luz, trémulo, intenso y brillante. Distorsionado. Nunca sabes si la que acabas de encender es la mecha de un cirio o la del bidón de la dinamita.

Salté de la cama huyendo del posible estallido y me dirigí hacia el diario a recibir un baño de mediocridad que me salvara de los fantasmas. Se equivocan quienes critican las redacciones de los periódicos por prosaicas. Las noticias no pueden tener poesía, ni los reportajes, ni las entrevistas, ni siquiera las piezas de opinión deberían tener poesía. No es su función. Si la realidad es mediocre y mezquina, situémonos, pues, a su nivel y cumplamos con la pedestre tarea para la que nos pagan. Por suerte para los lectores y por desgracia para la mítica de la profesión, ya no existen héroes ni villanos en los medios de comunicación. Un baño de redacción, eso es lo que yo andaba necesitando, de la misma forma que mi cuenta corriente requería que todas las llamadas que me había propuesto las realizara desde el teléfono del diario.

A esas horas, el periódico, discreta delegación regional de otro mayor, estaba vacío. Sabía que hasta bien entradas las doce de la mañana nadie iba a dar señales de vida, lo que me permitía un par de horas de trabajo en paz. Lo primero era llamar a Curra Susín. Tito aseguraba que era ella quien había organizado la gran fiesta de la semana anterior y —esto lo deduje yo— algo tendría que ver entonces con la presencia allí de Sara Pop. En cualquier caso, era el cabo del que yo podía tirar para interesarme por la única de las tres mujeres de cuya vida no sabía absolutamente nada. Ya podía hacerme una idea del tipo de existencia que llevaban tanto Amalia de Pablos como Estrella Sánchez. En el fondo se trataba de mis chicas, de mi quinta, se trataba de mí, pero ¿cómo pasa sus días una jovencísima modelo? ¿Qué la lleva a terminar en un *after*?, ¿la costumbre o una casualidad?, ¿la regla o su excepción? Además, por mucho que mi amigo se empeñara en lo contrario, no me costaba imaginarme a una hembra como Estrella acudiendo sola a perder el sentido, ni por supuesto a Amalia, pero el caso de la chavalina era diferente. Veinte años. Cierto que a esa edad no existe el peligro, uno es indestructible, pero o mucho me había olvidado de las jóvenes, o los riesgos más extremos, a los veinte, se viven en grupo. Ella acudió, como las otras dos, sola. En fin, según Orteguita, entró

sola la primera vez, porque al cabo de poco rato de salir volvió al local, y esta vez acompañada por el asesino.

De repente me di cuenta de que en ningún momento se me había pasado por la cabeza la posibilidad de que Slovo Ras fuera el acompañante de la Pop. ¿Por qué no? A ello. Vestí a la chica de protagonista de *Asesinos natos* y me la imaginé entrando en el Paradís a echar una ojeada que le permitiera localizar a su víctima, o a sus víctimas, claro. Una vez confirmado el objetivo, salir en busca de su compinche, detallarle el plano de la situación y volver a entrar, esta vez con él y su automática para liquidar el asunto. Pero entonces quedaba una cuestión por resolver nada irrelevante: ¿por qué le disparó a ella también? Sara Pop no había muerto en el Paradís, sino en la ambulancia, y bien era cierto que el disparo que la mató había sido distinto. Ras disparó a Amalia en la cabeza, y a Estrella, en el corazón. Muertes instantáneas ambas. La chavala, en cambio, recibió un tiro que entró por la ingle y, todavía no sabía yo la causa médica exacta, murió camino del hospital del Mar. Tanto si el asesino intentaba, palabras de Ortega, volarle el coño, como si el disparo fue fortuito, lo que no se podía negar es que el trato recibido era diferente. Sin embargo, Barcelona no es Hollywood, ni la vida una peli de acción, así que el sentido común empujaba con todas sus fuerzas en la dirección opuesta a la idea peliculera de la pareja criminal. Bastante rocambolesco resultaba ya un asesinato múltiple en la ciudad como para que, además, saliera a escena una modelo sanguinaria. Vulgaridad de redacción, pies en la tierra.

Una voz femenina me comunicó que Curra Susín no estaba y, por el tono, no pensaba estar en la década siguiente para un miserable periodista como... ¿cómo ha dicho usted que se llama? Repetí mi nombre, mis credenciales, y pregunté el de mi interlocutora.

—Habla usted con Sandra Pita, su socia. Puede despachar sus asuntos conmigo con toda confianza, caballero.

Parecía que la tipa me tomaba el pelo, y pensé en Ortega. Tenía una voz temblona, como si fuera bebida, no borracha, bebida, algo improbable a esas horas de la mañana, pero cualquiera sabe. Esa

prosa rancia. Estaba entrando en el mundo de las relaciones *high quality*, algo que se me escapaba, y pretendía que se me siguiera escapando por mucho tiempo.

—Mire, soy periodista y estoy preparando una novela basada en los hechos del pasado viernes. —Mentí, mentí como un bellaco porque la falsa borracha me estaba pidiendo a gritos que le mintiera como se miente a las socias. Crucé los dedos para que no me preguntara qué viernes y qué hechos—. Sé que le parecerá un poco precipitado, pero estas cosas es mejor trabajarlas en caliente, ya sabe. —Si algo había aprendido de mi querida Laurita era que un «ya sabe» a tiempo le pone margaritas al sombrero.

—Ah, un desgraciado acontecimiento. Nosotras, desde entonces, hemos declarado una especie de luto oficial en la oficina, y le puedo asegurar que Curra lo cumple a rajatabla. —Me abstuve de preguntar, por miedo a que se desbaratara el buen talante de la mujer, qué clase de luto era ese que podía incluso cumplirse a rajatabla, pero no me cabía duda de que una explicación suya habría resultado succulenta—. No sé en qué podemos ayudarlo. Amalia nos era muy querida, como podrá imaginar, tantos años de colaboraciones... Una gran mujer, una profesional como ya no quedan, una triunfadora con todo el futuro en sus manos. Se nos escapa qué podría hacer una mujer como ella en un establecimiento de esa índole, a menos que se encontrara buscando localizaciones para alguna presentación de las suyas. Qué cabeza, la de esa mujer, siempre a la vanguardia. Ya sabe que actualmente los periodistas exigen que se los sorprenda constantemente, y no es tarea fácil, se lo puedo asegurar.

Eso sí que era bueno. A la señora Pita ni se le había pasado por la cabeza que yo llamara para interesarme por Sara Pop. Volvía a ponérmelo en bandeja.

—Si no le importa, ando recabando opiniones de aquí y de allá, ya sabe, políticos, escritores, artistas... El luctuoso suceso ha conmocionado la ciudad. Me encantaría poder tener una

conversación con usted y con su socia, en persona. Creo que sin su contribución la obra quedaría inacabada.

No me sorprendió mi soltura en la mentira, práctica habitual, pero sí el gustillo que me producía utilizarla después de haberles dado tantas vueltas a las explicaciones reales para que resultaran verosímiles. Una de las reglas de oro del periodismo: equilibrio entre veracidad y verosimilitud. No basta con que una cosa sea cierta, sino que debe parecerlo, como las doncellas y, a fin de cuentas, también como las putas. Con años de trabajo acabas aprendiendo que, en ese tira y afloja, manda la verosimilitud y siempre resulta más rentable sacrificar la verdad en aras de la apariencia. Ellos lo piden, el cliente manda. En este caso, resultaba muy poco creíble que un periodista se interesara por el caso para redactar un reportaje, porque ya nadie publica reportajes de ese tipo, no interesa ni a redactores ni a jefes. A los primeros, el esfuerzo realizado jamás les resultaría rentable. A los segundos, a los jefes, les interesa un pito. El libro, en cambio, con el auge del reportaje-ficción, no admitía dudas, y yo lo había bordado. La tal socia Pita me citó para aquella misma tarde con un gorjeo emplumado, totalmente de acuerdo con la necesidad, im-pres-cin-di-ble, de su aportación para mi encomiable empeño. Iba a matar dos pájaros de un tiro, porque claro que me interesaban sus comentarios sobre Amalia, faltaría más, a esas alturas a mí me interesaba absolutamente todo acerca de aquella mujer. Pero el objetivo estaba puesto en la joven Sara, que me tenía en pelotas. Si ni siquiera sabía cómo se llamaba de verdad la Pop, ¿a qué apellido respondía la «L» que aparecía en las iniciales de la noticia?

—¡Buenos días, compañeros!

Pepe Ortega entraba a voz en grito saludando a nadie, porque allí la única persona que había era yo, y de compañero, poco. Pero, en fin, su aparición me venía al pelo y le contesté con la camaradería masculina que exigen en el tono los periodistas de sucesos. La mañana iba rodada y un agradable optimismo llegaba a hacerle compañía a mi euforia de horas antes.

—Hombre, colega, veo que sigues colaborando con nosotros. — Me palmeó el hombro con fuerza—. Eso está bien, pero que muy bien, la prensa necesita tipos como nosotros, y déjate de mariconadas. Cuéntame, maestro, en qué andas ahora metiendo el hocico.

Siempre tenía la sensación de que Orteguita bromeaba, me parecía imposible que aquel hombre caricaturesco hablara en serio.

—Buceo en el asunto Paradís, a ver si saco algo nuevo, ya que veo que vosotros lo tenéis en *stand by*.

En cuanto lo dije, me di cuenta de mi falta de habilidad. Adulación, adulación y adulación era lo que se esperaba de mí, y acababa de plantarle en las narices a aquel tipo justo lo contrario. Me miró sorprendido, más por mi audacia que por la acusación.

—Error, error, error. Esto es como un buen asado, maestro, no te puedes precipitar. Una vez detenido el rumano y enchironado el pájaro que llevaba el local, hay que darles un tiempo a los investigadores, a ver si te crees que esto es un lupanar, que cada uno tira pa su cama. De eso nada, monada. Un detalle desvelado a destiempo puede desbaratarlo todo. Aquí no se va a mover ni Dios hasta que no se nos dé el pistoletazo de salida desde las más altas instancias. —Adoptó la postura de los actores americanos cuando van a derribar, pistola en mano, una puerta detrás de la que se supone que hay un sospechoso; hizo el gesto de dar una patada y, flexionando la pierna izquierda, giró sobre sí mismo, hasta que sus dos dedos índices, convertidos en arma, me apuntaron entre las cejas. Bajó las manos y volvió a palmearme la espalda—. Detalles sueltos hay, te lo puedo asegurar, porque el asuntillo se las trae, pero no se puede dar un paso en falso. ¡Nada de conjeturas!

—¿Algo nuevo?, ¿algo que yo no sepa?

—Pues no sé lo que tú sabes, amigo, pero o mucho me equivoco, y soy perro viejo, o el hijo de puta del Paradís no se quedaba solo en el tráfico de estupefacientes, ya te digo. Esto me huele a cosas mucho más gordas. Y hasta aquí puedo hablar.

Llegaba el momento de hacerse el interesante. Se quitó el chambergo que todavía llevaba puesto, recogió del suelo el maletín y partió hacia su mesa como quien da una tarea por cumplida. Lo seguí.

—Y de la chica joven, Sara Pop, ¿qué sabemos?

—Hombre, sabemos, sabemos... repito: ignoro qué información manejas tú.

Apretó el bolón de encendido del ordenador, se repantigó en la silla, puso los pies sobre la mesa y apartó con la puntera del zapato un cenicero repleto de colillas del día anterior. Estaba claro que el tipo me exigía que no lo traicionara, él y no yo era el reportero de sucesos, así que más me valía tranquilizarlo o por esa boquita no iba a salir una palabra más.

—Por no saber, ni siquiera sé cómo se llama. A mí no me hagas caso, colega, que este asunto me queda demasiado grande. Desde ya te lo digo, de reportaje, nada de nada. Lo que pasa es que, mientras no sale otra cosa mejor, aquí me tienes, dando palos de ciego para matar el rato. Estoy demasiado implicado en todo este asunto. Como sabes, yo conocía a Enrique, nada, solo de ir por el Paradís, pero es que si echas la cuenta, han sido muchas noches. Mi búsqueda es personal, Ortega, estrictamente personal. Solo quiero entender.

En ese momento debió de pensar que yo era un completo imbécil, si es que no era eso exactamente lo que pensaba siempre de mí. Se le recompuso la cara, antes distante, en un gesto paternal, sonrisa condescendiente, y encendió un pitillo.

—Ay, estos bohemios, no hay quien os entienda. —Estaba claro que él iba a intentarlo—. Andáis siempre a dos velas, más pobres que las ratas, y ¿a qué os dedicáis? ¿A trabajar? No. ¿A buscar un curro fijo que os saque de la miseria? Menos. Os dedicáis a buscaros a vosotros mismos. ¡Alto!, un noble empeño, no lo niego... si uno puede permitírselo, claro. No te mosquees, maestro, pero es que sois la leche. Mira esas tres tipas, un trío de ases, y ¿dónde les han acabado sacando la foto? En el puto suelo de un garito cochambroso

entre restos de sangre, mierda, coca y cosas peores, te lo puedo asegurar.

Empezaba a cansarme y sabía por experiencia que el sermón no había hecho más que empezar. «O cortas por lo sano —me dije— o acabas con un nuevo enemigo en la lista».

—Tengo entendido que Sara Pop trabajaba para Curra Susín. ¿Tú sabes qué es lo que hacía exactamente?

—Joder, tío, repartir banderitas, si te parece. —Hasta el momento, el periodista no había pensado, como creí, que yo era un perfecto cretino. Lo pensaba justo en ese instante, mientras me miraba con cara de «déjalo y dedícate a la horticultura»—. Pero ¿me lo estás preguntando en serio? —Asentí—. Pues debes de ser la única persona del ramo que no conoce los manejos de la gorda, colega, ¿o es que te crees que toda esa pasta se hace montándole los mítines al mamarracho de turno?

Tan grande era su satisfacción ante mi ignorancia que se vio en la obligación de bajar los pies de la mesa, levantarse, pasarme un brazo por los hombros y llevarme hacia la máquina de café como si fuéramos grandes amigos que hablaban de problemas de catre.

La agencia de la Susín era famosa en Barcelona, y más allá, por sus solventes servicios en la organización de convocatorias sociales, la gorda conocía a todo el mundo, parecía como si todo el que pintaba algo en la ciudad e incluso fuera de ella le debiera un favor. No había artista, ministro, embajador o incluso intelectual que a su paso por Barcelona pudiera rechazar una invitación de la Susín. Sus servicios costaban dinero, mucho, pero cualquier convocatoria en sus manos llenaba páginas de periódicos, contaba con caras extranjeras y aseguraba el éxito no solo en asistencia, sino también en crítica, lo más importante. Hasta ahí sabía yo. Pero, por lo visto, los cimientos de tanta solidez, o gran parte de ellos, estaban en su actividad paralela, otra agencia, alejada esta del dominio público, dedicada a la «gestión de compañías», así se refería a ella la golfa de la Susín, según Ortega. Sus clientes eran hombres muy ricos y, sobre todo, hombres y mujeres que por culpa de su cargo, su

presencia pública o su profesión, no podían o no querían permitirse el lujo de presentarse en un prostíbulo o conseguir por teléfono un cuerpo al que acercarse. Curra Susín ofrecía belleza o inteligencia o juventud o cultura o todo eso junto a quien pudiera pagarlo.

—La gorda opera con una flota de un centenar de hombres y mujeres de los más variados pelajes y edades, eso sí, siempre por encima de los quince, colega, que la tía no se chupa el dedo —explicaba el de sucesos relamiéndose con cada dato—. La mayoría ha salido por edad, o por razones más turbias, de las filas de las agencias de modelos. Pero también mueve a actrices y a actores de segunda, a figurantes de televisión, a ex mises, a presentadores, a presentadoras... O sencillamente a carnecita joven, maestro, dulce adolescencia, de esa que no duda en prestar el pellejo a cambio de dinero fácil. Y estoy hablando de bastante dinero. Desde luego, más de lo que van a ganar haciendo de canguros.

—¿Y Sara Pop estaba entre ellos? —A esas alturas, yo ya me encontraba solo en situación de enunciar preguntas simples e intentar que no se me abriera la boca más de lo necesario.

—La Pop, de nacimiento Sara López, no entraba en el catálogo, y por eso valía su peso en oro. Por eso y porque todavía era una modelo relativamente cotizada en las pasarelas nacionales, una carita conocida y más apetitosa que las tetas de tu puta madre. Además de estudiante de Humanidades en la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona, claro. En resumidas cuentas, que la chavala lo tenía todo.

29 de abril. 13.55 horas

El reloj de la iglesia de Santa Teresa y Santa Isabel, en la glorieta del Pintor Sorolla, no ha dado todavía las dos cuando el empresario Arcadi Gasch i Llobera entra en la antesala del restaurante Molino Viejo de Madrid. Todavía le quedan restos de los cacahuetses del puente aéreo de Iberia entre las muelas, sobre todo entre el segundo y el tercer molar de la mandíbula inferior izquierda, de donde un dentista desaprensivo le arrancó una pieza cuando aún no había cumplido los quince, algo que en la actualidad debería suponer, si no una condena, al menos una multa del colegio profesional. Así que espera a José Pablo, el propietario que siempre sale a recibirlo, con la lengua luchando por desatascar el eterno agujero que se resiste a suplir con una de esas piezas de porcelana que, según sus amigos, casan tan bien con la dentadura después de que a uno le implanten, bonita palabra, un clavito en toda la mandíbula a través de la encía.

«Un palillo, por favor, y prepárame la mesa de las de ceremonias en el reservado, ya me entiendes, que hoy el asunto está jugoso y a los socios hay que contentarlos, tú». Su buen amigo Casas, ahora diputado en Cortes, le ha enseñado cómo manejarse en la capital. Humor grueso, buena comida y putas, ese es el resumen. Y lo mejor de lodo, saber elegir el local, donde sin tener que expresarlo en voz alta, le sirven lo necesario. Vamos, que si a él le dicen que tiene que detallarle a José Pablo que después de los postres lleguen las putas, van buenos. Pero Casas ya lo conoce y Madrid tiene restaurantes donde los trámites son fáciles. Qué diferencia, qué provinciana queda Barcelona.

Cumplidos los sesenta, el cuerpo aún elástico del empresario catalán luce un tanto chamuscado. No se puede convencer a los del foro de que el sol de Cataluña te deja ese bronceado a finales de abril, aunque sea verdad y te haya costado cuatro horas diarias de playa modelo Semana Santa en Premià. No queda más remedio que mencionar la ayuda de los rayos UVA, porque estos madrileños no saben más que de gimnasios, masajes y putas, desengáñate, aquí no se pueden vender las ventajas del paseo kilométrico e incluso poético al sol del Mediterráneo; a la hora de hacer negocios nadie se fiaría de un señor que pudiéndose tostar en sesiones de diez minutos pase horas en la playa. Sobre todo por lo de la playa. ¿Llega ese palillo o no, que me van a coger los invitados con la lengua descarnada?

El empresario Gasch i Llobera sabe lo que le toca. Ya es 29 de abril, y el contrato de la promoción de Catalunya todavía sin cerrar. Encima, tiene que pedirles —va a ser una súplica— patrocinio y apoyo para el nombramiento de la representante de Catalunya, la encarnación nacional en forma de chavala de la tierra, sana, culta y un puntito guarra, lo justo para usarla de estandarte en negociaciones y contubernios comerciales dentro y fuera de las fronteras patrias.

El resto de los comensales, hasta un total de ocho, no tardan en aparecer, porque con los catalanes la cosa siempre promete, y más en donde José Pablo, *bocato di cardinale*. En el fondo, al empresario Gasch i Llobera no le cabe la menor duda de que va a comprar paja a precio de oro, pero él no deja de hacer lo mismo si puede, y París bien vale una misa, que es una frase cuya procedencia ignora pero de herencia materna, y los dichos y costumbres de su madre le han servido de mucho desde que empezó los negocios con la Generalitat. Por eso, por Cataluña y por la memoria de su madre, aguantará lo que le depare esta velada, un horror de groserías múltiples, pagará lo que mande la nota, que nunca se ciñe al restaurante y sus servicios, y luego se volverá a Barcelona, que lo espera una cena

para la que lleva un mes preparándose y que piensa convertir en *casting* de candidatas. No se la puede perder, de ninguna manera.

Este José Pablo, siempre con lo mismo, que llega el momento de los postres y aún se hace de rogar para dejarlo en evidencia, como si no hubiera quedado bien claro desde que entró que la casa no repara en gastos y que todos los extras corren de su cuenta. Así que el amo, que se nota que no es ni catalán ni madrileño, en el caso de que los madrileños existan, sino que debe de haber llegado de Segovia o de Valladolid o de más lejos, que si desean algo más los señores, y el empresario Gasch i Llobera, que lo convenido, venga ya, que me espera (y esto lo piensa) la cita de esta noche, mi primera gran gala social, y aquí todavía quedan unos cuantos machos hispánicos por contentar. Pero el dueño del Molino Viejo no es de los que dan su brazo fácilmente a torcer, quiere ofrecer una ronda de su parte y con gran ceremonia mientras llegan las chicas. Es porque le hace ilusión, después de haberlo visto en alguna película porno-lux, aparecer con una bandejita de plata en la mano, y en la bandejita, dos docenas de rayas de cocaína equidistantes, equipesantes incluso, para que los señores se vayan entonando. Ya nos tocó el encule, piensa Gasch i Llobera mientras intenta que aquellos polvos no salgan despedidos de su nariz de la misma manera que han entrado, de un golpe verbenero.

Después, gracias a Dios, aparecen por fin las hembras, solo cuando todo indica que en el restaurante se han quedado los íntimos en franca intimidad. El catalán se mira el Rolex, y después de encontrarlo un pelo burdo, qué manía con llevar ese trasto, hace sus cálculos y llega a la conclusión de que le queda una hora para cerrar los tratos, recibir la inevitable mamada bajo mesa, bromear al respecto y salir volado en un taxi para cumplir en su tierra. Es su noche y no piensa perdérsela. El gabinete de la señora Susín le ha hecho llegar una invitación personal para una cena de campanillas, y luego ha sido la propia Curra Susín, una mujer de cuyos servicios ha oído hablar pero no ha catado y sobre los que aún conserva la duda de que se traten, como diría su hija, de una leyenda urbana, quien

le ha reiterado el convite de viva voz. Las chicas que le puede presentar la Susín tienen que ser de órdago, sin duda, a Casas se le han puesto los dientes largos de la envidia, y por lo que tiene entendido, todas cultas, todas jóvenes, todas bien formadas.

Está impaciente e intenta que no se le note, pero ahora resulta que la fulanita le ha salido cariñosa, y si hay algo con lo que él no puede es con los amores bajo mesa. «Ay, mi negro, no me des tormento». ¡La puñetera inmigración! Hace que una tanda puteril cualquiera, de esas que las valencianas llevan con mano diestra, se convierta en una sesión de boleros, y él, que tiene sus debilidades, acaba de rodillas para poder departir de tú a tú con la chiquilla morena que le está recordando sus mejores noches de *festa major*. «¿Sabes? Yo tengo una hija de tu edad, está estudiando, y tú también podrías hacer lo mismo, buscarte otro tipo de trabajo, no sé, limpiar en alguna casa, o en oficinas. Nosotros tenemos una chica como tú, muy mona, que viene por las mañanas a hacer la casa, y por la noche sacarte alguna titulación...». Mientras la chica lo mira a los ojos sorprendida por encontrarlos a su misma altura, que es la del borde bajo del mantel largo, le dice: «Si quieres bajo la bandeja, porque me queda un cuarto de hora y el taxi estará en la puerta a punto para mi despegue».

Capítulo VI

Sara Pop poniendo el culo. No me quitaba de la cabeza la imagen de Sara Pop a cuatro patas ante lo que llaman un mandatario internacional, pongamos un miembro alemán del Parlamento Europeo de visita para estudiar la eliminación de purines en el área de Lleida. El muy bestia le había arrancado con los dientes el tanga azul añil adquirido en la quincena de la lencería de El Corte Inglés. Sara Pop entrando en un cajero automático de «la Caixa», amarillo moneda de cuento infantil, para comprobar que en su cuenta de ahorro ya consta el ingreso de los mil euros de parte del contable de la gorda Susín. Y la gorda Susín:

—... Claro que el caso de Amalia de Pablos era excepcional, porque ella podía permitirse esos lujos sin temor al futuro. De ahí a que lo sucedido tenga algo que ver con esta decisión del año, o quinquenio, sabático, pues cualquiera sabe. Realmente, ha acabado resultando una mujer muy oscura, no diré que me asombre. El estatus de Amalia dependía de su pasado y de su familia, todo lo había tenido demasiado fácil, y eso no es bueno. A su vida privada me remito, un desastre. Se aburría, eso está claro, y por lo visto no se le ocurrió mejor remedio que llevar una vida paralela. Sí, pero no se merecía lo que le ha acabado pasando, mezclada con toda esa escoria. Ha sido una muerte muy desgraciada, sobre todo por la publicidad que se le ha dado. Claro, que la bola era imparable. Si hubieran matado solo a Amalia, aún podríamos haber hecho algo, gestionar la discreción, pero así...

¡Gestionar la discreción! Negociar el culo. Gestionar la discreción. Administrar la anormalidad para que no salpique. Abastecer de juguetes cárnicos excepcionales el fondo de poderosos de la normalidad. Me tocaba intervenir, preguntarle en ese momento qué era eso del año sabático de Amalia, a lo mejor guiada, administrada y abastecida por la mujer batracio. Pero no, seguro que no. Amalia, imposible. De ella solo podía gestionar la discreción de la muerte, el desprecio con el que la trataba la ponía en evidencia. La niña Pop, sí; su culo, sí; la gran De Pablos se te escapa, cerda gorda —pensé—, y ahora intenta vengarte. No podía interesarme por el asunto de las vacaciones de Amalia, no iba a darle a Curra Susín la oportunidad de seguir adelante.

—Tengo entendido que otra de las fallecidas, Sara Pop, también trabajaba con ustedes. —No se le movió un músculo de la cara.

—Ah, sí —fingió reflexionar—, la chica López. Trabajar, lo que se dice trabajar, la pobrecita Sara trabajaba ya poco. Tenía demasiados gastos, una vida muy por encima de sus posibilidades, y cada vez menos requerimientos en las pasarelas, por eso nos ocupábamos en ocasiones de ella. Pero no laboralmente, claro, ¿qué iba a hacer aquí? Atendíamos sus llamadas para poder asistir a alguna que otra fiesta, y nosotras, por supuesto, siempre que podíamos le echábamos una mano.

—¿Qué tipo de mano? —El diálogo estaba alcanzando una tirantez que solo se le escapaba a Sandra Pita, la socia, cuyo rostro mantenía el mismo gesto de luto que a mi llegada, la mirada perdida más allá de la cortina, mientras su mente vagaba Dios sabe por qué mundos.

—Era una chica sin futuro. —Tajante, seca. Así de simple. Ahora sí. Esa última afirmación tensó a la gorda, pero no por la chica y su futuro, sino contra mí, y esa tensión me hizo casi feliz. Su lucha interna había acabado por aflorar, poco, pero lo suficiente. Quería partirme la cara, estaba acostumbrada a partirle el alma a la gente, a gestionar sus discreciones, y ahora no podía permitirse el pequeñísimo lujo de partirle la cara a un insignificante insolente

como yo, a un mierda—. Ahora tengo que marcharme. Espero que nuestra conversación haya satisfecho sus necesidades. Si necesita algo más, no dude en preguntárselo a mi socia.

La socia en cuestión salió inmediatamente de su ensueño para darse de narices con la mirada pétrea de la Susín. Pude ver cómo intentaba interrogarla con los ojos, seguramente decirle «No me he enterado de nada de lo que habéis hablado hasta ahora, así que dame pistas», pero la otra ya se iba. Después, un elocuente portazo y la sonrisa de Sandra Pita volviéndose hacia mí, pero su gesto rogaba clemencia.

—Le preguntaba a la señora Susín por las ocupaciones de Sara Pop. Por lo que me ha contado, ustedes se portaban con la chica como unas verdaderas señoras, qué digo, como un par de madres. —Era mi única posibilidad, atacar directamente y probar suerte. Si había seguido la conversación, aunque fuera desde su nube, me mandaría a la mierda, pero de lo contrario...

—Esa es la pura verdad —afirmó abriendo todavía más sus ojos de lechuza depresiva—, y ya ve con qué moneda nos pagaba.

Se levantó de la silla a la que estaba, más que sentada, encaramada, y desplazó su figura filiforme hasta el gran ventanal que daba al jardín. Al verla volví a imaginármela desayunando alcohol. Había podido comprobar que no estaba borracha, pero si lo hubiera estado no se habría comportado de manera diferente. Tiraba de su cuerpo hacia la cristalera y casi me sentí obligado a ayudarla cuando levantó el brazo para correr la cortina a punto de jadear por el esfuerzo.

—El señor Gasch i Llobera está consternado, y a nosotras, desde luego, nos ha dejado en pésimo lugar. Imagínese, todo un alto cargo del Govern mezclado con delincuentes y drogadictos, icon asesinos extranjeros! Quién iba a imaginarse que la niña... La marrana de su amiguita, esa tiene la culpa. Ya se lo decía Curra: «Esa chica no te conviene, solo puede traerte problemas», pero una no puede estar en todo, si tuviéramos que vigilar a todas las chicas nos volveríamos locas, ¿se hace usted cargo? Solo espero que no se moleste más al

pobre Gasch i Llobera, todo un señor, se lo aseguro. Menos mal que es buena persona, porque otro igual se volvía contra nosotras, y no quiero ni pensar en las consecuencias. —Se dio la vuelta llevándose una mano a la cabeza para retirar de la frente un mechón que no le caía.

—Ya me han hablado de la amiga a la que se refiere, una buena pieza, por lo que tengo entendido. Vanesa... —aventuré, pensando en un nombre que pareciera verosímil para, no sé, una amiguita golfa.

—No, no. Se hace llamar Ulrike, pero su verdadero nombre es otro, ahora no recuerdo, Ernesta o Francisca, muy ordinario. Aunque puede que también se haga llamar Vanesa, claro. Qué mal gusto para los nombres tiene la pobre. Aquí ya no queríamos ni verla, pero como se atreva a aparecer a partir de ahora, yo, desde luego, llamo a la policía. —Y la cabeza de pajarito mareado asentía casi con brío hasta que un sollozo agudo le cortó la respiración—. Es espantoso, espantoso, ¿por qué tiene que pasarnos todo esto a nosotras? —gimoteó dando cuatro pasos hacia donde yo estaba.

Me levanté y acudí al consuelo de aquella imagen desvalida. Al abrazarla para que pudiera apoyar su cabeza en mi hombro, no se me ocurrió nada más original, me encontré con una codorniz pegada al pecho. Tenía el esqueleto frágil de esos pajaritos que se comen como quien devora angelillos, y entre lo que temblaba y su poco peso, me pregunté qué haría con los trozos cuando por fin se me rompiera entre las manos.

Aquella mujer era un regalo del cielo por mi buena conducta. Había amanecido rodeado de fantasmas femeninos y ni siquiera me había tocado un poco. Premio. No sabía si su locuacidad era sincera o inducida por aquella que gestionaba las discreciones, pero no me cabía duda de que los datos sí eran reales. Podía ser que aquel desastre de mujer pajarito fuera una inconsciente de tomo y lomo, o tonta, o incluso un poco demente, y me hubiera soltado todo lo que la otra callaba. Pero también era posible, más, probable, que Curra Susín lo hubiera preparado todo para que yo acabara manejando los

nombres de Gasch i Llobera y la tal Ulrike sin tener que intervenir directamente en ello. No me parecía una mujer que dejara cabos sueltos. Tenía que conocer las debilidades de su socia, y si se atrevió a dejarme solo con ella era por algo, desde luego. Qué personaje.

Y mi niña Pop de carita frutal en manos de ese ser. ¿Qué era eso de que llevaba una vida muy por encima de sus posibilidades? Puede que las pasarelas le dieran la espalda, pero allí estaba, en los dominicales, con su ropa interior de oferta pícara, sentada sobre una colcha de pétalos de flores con el morrete fruncido. Lo primero que hice al llegar a casa fue volver a abrir el suplemento de *El País* por la página 85. A ver, pequeña, cuéntame cuál es el camino que lleva desde esa cama romántica hasta la puerta del Paradís, desde las braguitas color fresa y el sostén bordado hasta ejercer de escudo de un asesino rumano. ¿Quién te quería? ¿Quién te hacía daño? ¿Quién es esa Ulrike tan pervertida a los ojos de la maestra de las perversiones? Allí estaba la chica con aire de inocencia, los ojos muy abiertos, y podía ver la maléfica sombra de la Susín sobre la pared de aquel dormitorio de pegolete para publicidad de revista. Hija de puta. Me irritaba de pura ternura, mecagoen la leche, Sara Pop, a tu edad uno es todavía inmortal, indestructible. Me duele tu muerte como no me han dolido ninguna de las otras, estoy herido de tu edad. A los veinte, uno puede hacerlo todo, absolutamente todo, jugar con el mal, poner el culo, torear a la señora de las putas, arriesgar el pellejo noche tras noche tras noche todas las noches del año, porque a tu edad uno no corre todavía riesgos, no debe estar alerta, no puede. A los veinte uno está en la obligación de vivir por encima de sus posibilidades, claro que sí, es imprescindible ser más lista de lo que se es, y más vieja y más rica de lo que se es, y más puta. Si no, ¿qué? Sin esa ristra de irresponsabilidades necesarias, ¿qué sería del futuro de los otros, del porvenir de las jóvenes que estudian, se ennovian y suenan con lavadoras, hipotecas y maternidades? Miraba la imagen de la chica semidesnuda y solo quería acunarla, lamerle las lágrimas intuidas, las primeras lágrimas que ya debían de haberle empezado a brotar tras algunas sesiones

que preferí no imaginar. Sara Pop en la frontera de la edad, todavía indestructible pero ya consciente de su papel, veinte años, todavía inmortal pero ya corriendo los riesgos conscientemente. ¿Eras tú esa que yo pienso, mi niña rubia? Caía la tarde templada de mayo y me quedé dormido con la cara contra la revista.

29 de abril. 15.00 horas

Sandra Pita se muerde un dedo sin uña con la pasión de un roedor, sentada en un amplio sofá de piel blanca donde, dada su delgadez, habrían cabido cinco Pitas más. A las tres de la tarde ha mirado ya catorce veces la hora desde que a la una y media llegó la masajista. La tiene enfrente, sumisa y vulgar, sentada fingiendo que estudia un manual de tai-chi que da, a lo sumo, para una lectura de veinte minutos. Tras realizar todos esos cálculos, cambia a otro dedo al que le queda algo de cutícula y agarra el teléfono móvil decidida a llamar a Curra, pese a prever rayos, truenos y granizo. «La chica sigue aquí», es todo lo que puede decir antes de que les llegue desde la planta de arriba la voz cazallera de la Susín cagándose en la raja de la virgen, de una virgen cualquiera, si es que queda alguna, cosa dudosa en esta puta ciudad, y cosas así. La escalera le queda detrás del asiento, lo que permite a Sandra oír bajar a su compañera al trote de elefante sin necesidad de enfrentarse directamente a ella. Sí puede ver, en cambio, la cara de espanto de la jovencita que tiene enfrente, cómo baja el librito hasta las rodillas, abre la boca, la vuelve a cerrar y deja resbalar inmediatamente los ojos hasta depositarlos justo allí donde ha dejado el manual, lamentando no poder arrancárselos, los ojos y la cabeza entera, para esconderlos debajo, «Esa chica huele a cocina gallega —se planta Susín delante de Pita, que permanece inmóvil, señalando al techo con el índice, huele a col, como las pulas en tu tierra».

Curra Susín es pequeña, gorda y rebotuda, pero cuando se desata puede llegar a hacer asfixiante un salón como el de su casa, de un centenar largo de metros cuadrados. A pesar de llevar juntas

más de dos décadas, su compañera, amiga y sirviente sigue temiendo sus ataques de cólera, así que mira a la masajista con lástima y teme seriamente que le dé una lipotimia a fuerza de aguantar la respiración. Toma aire y se enfrenta al trueno. «¿Masaje o comida?». Es demasiado tarde para andarse con remilgos. A las cinco tienen que estar en el palacete recibiendo a los organizadores de la cena, los músicos ya deben de estar probando el sonido, y han llamado un par de veces de la alcaldía.

Desde el piso de arriba les llegan unos sollozos ahogados que solo pueden provenir de la chica nueva. Desde luego, corto trayecto. Llegó ayer mismo a probar suerte al reclamo de la gran fiesta. Por su edad, muy menor todavía, y su aspecto desvalido, la Susín se encoñó al instante y se empecinó en que volviera esa misma mañana para dar el aprobado a un material tan prometedor. Y resulta que la chavala le ha oído a col, vaya por Dios.

La jefa se deja caer en el sofá con una mueca de asco en la cara, y al hacerlo se le abre el albornoz negro dejando al descubierto dos muslos amarillentos de carne blanda que se cierran mórbidos bajo una tripa excesiva, masculina. En algún lugar allá al fondo debe de quedar el área de insatisfacción genital que impide a la masajista alzar los ojos. Recuesta la cabeza y con los ojos cerrados expulsa un suspiro afónico. Curra Susín sabe que todo está atado y bien atado, porque lo que a esas alturas no esté resuelto, ya no tiene solución, y ella no puede permitirse esos lujos. El único lujo que puede permitirse es continuar manteniendo a su pusilánime amiga al lado para que le recuerde en todo momento la inutilidad del resto del mundo, como un chivato imprescindible para no bajar la guardia.

«Hala, chata, para arriba —dice dirigiéndose a la masajista pero mirando al jardín—, y dile a esa otra que se suene los mocos y que deje de babear, que algo haremos, que se pase esta noche por Montjuïc y que se dé una ducha, por favorrrrrr... Toda agua será poca, me parece...».

Sube la joven en un silencio felino y solo entonces Curra Susín se cierra el albornoz sobre las piernas. Ha decidido no comer por el

simple gusto de ver sufrir a su colaboradora y porque además sabe que, si ella ayuna, la otra se obligará también a hacerlo. Tiene que darle aún algunas instrucciones: que llame a Sarita Pop y asegure su presencia y la de sus amigas zangolotinas, seguramente de morros por el poco caso que se les ha hecho frente las asistentes internacionales; que no falten proveedores de nada, de nada en absoluto; que prolongue como sea la incógnita sobre la asistencia de algún miembro de la Casa Real hasta que se abran las puertas, que... No le apetece mirarla a la cara, piensa que si lo hiciera sería incapaz de contenerse las ganas de darle una bofetada o de morderle la boca hasta hacerla sangrar. Puede ordenarle todo eso sin enfrentarse a ella, sin necesidad de arrancarle un labio, pero al fin y al cabo es lo mismo, Sandra se va a hacer la dolidita, lo está, y si algo la asquea desde hace un tiempo es percibir la vejez y la autocompasión en la cara de la que ha sido su mejor amante. ¿Ha envejecido de golpe o es ella la que se ha pasado los últimos años sin mirarla? Sandra es unos cinco años menor que ella, lo que en la sesentena quiere decir poco, pero empieza a verla más como a un remedo de madre, como si procediera de la generación anterior a la suya. No se reconoce a sí misma en la mujer que la acompañaba desde que, con cuarenta, lo abandonaran todo, maridos, hijos, vida y muerte, para estar juntas. Como si para ella hubieran pasado solo diez años y para su amiga, en cambio, más de treinta.

Consciente de que Sandra está esperando alguna respuesta, alguna orden, cualquier gesto de cariño o desprecio, se levanta sin dejar de mirar al jardín y sube en silencio hasta el pequeño gimnasio donde la masajista ya la espera vestida de profesora de aeróbic morbosa figurante en película porno. A ella sí la mira mientras deja caer el albornoz, intentando clavarle entre los ojos todo el desprecio que le despierta y gran parte del que siente por el resto del mundo. Se tumba y le advierte un «hoy no quiero pajas» que suena como una amenaza.

Capítulo VII

Despertarte con el papel de un dominical pegado a la cara no es agradable. Era medianoche, estaba soñando con Sandra Pita, no había abierto los ojos y todavía podía jugar con los últimos jirones de esa ensoñación que ya había iniciado su escapada hasta las regiones donde acaban los sueños. No recuerdo dónde estábamos, en un bar, creo que coctelería. Sí, seguro, era una coctelería. Yo bebía y miraba de reojo hacia un armario situado a la entrada. Allá estaba la socia de Curra Susín, colgada de una percha como si fuera un abrigo, llorando mansamente, sacudida de tanto en tanto por un ligero golpe de hipo.

La imagen venía de lejos. Cuando era pequeño, mis padres nos llevaban a mi hermano y a mí a tomar el aperitivo dominical con sus amigos y los hijos de estos. Una familia, la de los Ramírez, acudía a la cita directamente de misa de doce, circunspectos, emperifollados y con un halo de santidad, el aire bovino de las representaciones católicas. Ninguno de los demás íbamos a la iglesia, pese a que mi madre siempre se ha declarado católica, apostólica y casi romana, y en mi cabeza infantil los Ramírez componían una especie exótica. Aquella rareza del culto despertaba una admiración morbosa entre nosotros. La primogénita, Cristina, era también la mayor de todos los niños que acudíamos al aperitivo, en total, no más de diez. Pongamos que la media de edad, en la época que yo más recuerdo, era de ocho años y ella ya había cumplido los once, toda una eternidad. Su mayor afición consistía en explicarnos asuntos relacionados con la iglesia, la misa y las pías actividades que su

familia llevaba a cabo, y lo hacía de un modo tan truculento que pasábamos aquellas veladas embelesados a su alrededor. Explicaba que a Jesús le clavaban clavos en las manos y en los pies, y que ella había tocado los agujeros de la carne y que no sangraban porque ya se le habían acabado los líquidos del cuerpo después de agotar las lágrimas y haber llorado incluso pis y sangre. Cosas así. Pero lo más aterrador no eran los mártires ni los sacrificios, sino las narraciones detalladas de sus visitas al Cottolengo. Se trataba del lugar, según Cristina, donde las familias de Barcelona y alrededores llevaban a criaturas deformes, monstruos humanos nacidos por error de Dios o por castigo, que no querían tener en casa. Ellos, los Ramírez, que por suerte y buen comportamiento jamás habían tenido que recurrir a tan espantosa institución, se acercaban todas las Navidades para llevarles a los monstruos los juguetes viejos en previsión de que los Reyes Magos evitaran aquella parada. Solo recuerdo uno de aquellos seres con los que la niña Ramírez nutría nuestra imaginación: el chico percha. Se trataba de un niño nacido sin esqueleto o con el esqueleto tan blando, apostillaba, que no le sostenía el peso. Por eso, la única manera que el Cottolengo había encontrado para mantenerlo con vida consistía en colgarlo de una percha al techo, como si estuviera de pie. Exactamente así se encontraba Sandra Pita cuando me desperté aquel miércoles de la pegajosa siesta vespertina.

Álex Ayerdi me miró de reojo, hizo un gesto con la cabeza y siguió hablando con una chica estupenda. El Rouge es un buen refugio para chicas estupendas y escritores con aspiraciones de malditismo. Mira por dónde —pensé observando a Ayerdi—, igual la siesta no ha espantado a la suerte, y me eché una almendra a la boca de forma teatral para caer en la cuenta de que era la primera cosa sólida que ingería en todo el día. La una de la madrugada y tres pisco sours. Demasiado tarde para poner remedio. Pedí un *gin-tonic* para suavizar el ritmo y me rendí a la segura borrachera.

Había empezado mi periplo por el Dry Martini, en Córcega con Aribau, una coctelería amplia que, pese a la moqueta y a un par de

divorciadas fijas modelo lencería fina y griego jocosos, no acaba de dar el pego. Le sobran luz y metros cuadrados, secretarias maduras y comerciales de inmobiliaria. La costumbre de acudir al local me venía de cuando todavía existía la revista *Ajoblanco* y tenía la redacción situada tres pisos más arriba, de las horas que me había tocado hacer puerta esperando a una novia, o similar, que ejercía de redactora. Pero la afición al pisco sour tenía más historia que la que le pudo prestar aquella encantadora desequilibrada. Qué más daba, me había despertado a las doce de la noche con la cabeza en una coctelería y no tuve ni que tomar decisiones, los pasos me habían llevado al Dry por una cuestión de inercia. Tras mi segundo pisco en compañía de Sara Pop, guapa, más que guapa, te juro que no paro hasta enterarme de si la gorda tiene algo que ver con todo esto, con tu muerte imposible, preciosidad, se me había ocurrido que si hubiera conocido a la chica no sería ese el lugar más adecuado para llevarla. ¿Dónde, pues? Mezclar una parte de coctelería, una parte de putilla veinteañera más que sobradita y una parte de hambre de intimidad. ¿Dónde, pues? Al Rouge, claro, ¿cómo no lo había pensado? La coctelería que yo andaba buscando no era el Dry Martini, aunque la costumbre me hubiera arrastrado allá, sino el Rouge, un pequeño garito estilo gruta situado en el barrio del Poble Sec, todo él en terciopelo rojo, amueblado con sillones de saldo de distintos padres, mesillas desvencijadas y pomposos marcos dorados sin cuadro. Cambio de rumbo.

Al entrar, ya vi que no había sido una idea original.

Beber solo. Solo. Había salido a beber y eso era lo que estaba haciendo. Podía intentar hablar con Ayerdi, pero lo cierto era que no me apetecía. La conversación con Ortega y el posterior encuentro con Curra Susín me habían dejado cara de tonto. ¿Tenía que haber sabido yo de los manejos de la gorda? ¿Hasta qué punto era de dominio público? Que el periodista estuviera al tanto no quería decir nada, porque al fin y al cabo su tarea consistía en revolver la mierda con un palo, a ver si había mosca, pero otra cosa era el público, su público. Y mi candidez. Los grandes hombres, las grandes mujeres,

van de putas. Vaya descubrimiento. Alguien les consigue a esas cortesanas de lujo. Otra que tal. Y se trata de personas fuera de lo común, lo mismo que los clientes, una actriz que hacía de princesa en la película infantil, la presentadora de un concurso con tintes culturales, el joven cantante desaparecido, un hijo de... vamos, la sopa de ajo. ¿De dónde me salía, entonces, la indignación? De la candidez. Era el guiño de un futbolista cocainómano protagonizando un anuncio contra la droga, ese gesto pícaro para los enterados y una burla para el resto. Mirad, compañeros, ja, ja, qué os parece, ji, ji. Mi candidez era, de nuevo, la ingenuidad de los normales. Mi cabreo era el del estafado, más, el del ciudadano recto en cuya jeta se ríen los referentes. El juego de la frontera que me dedicaba a practicar no siempre me sentaba bien, tenía esos golpes. Si te entrometes en su esfera, en la de los anormales, debes haberte despojado antes de prejuicios y, sobre todo, renunciar al escándalo. La capacidad de escandalizarse es exclusiva de puros y virtuosos, precisamente gente que no quiere ver, nunca sabrán que cuando dicen clínica de desintoxicación, en referencia al futbolista-anuncio, no están diciendo clínica de adelgazamiento. Si quieres ver, renuncia al escándalo. La rabia por la intervención de la Susín iba contra mí mismo, la indignación con ella era mi pequeño fracaso del día. ¿Qué más errores candorosos estaba cometiendo?

Bebí más, hipnotizado por una de las múltiples velas que le dan al Rouge un aire gótico. Bebí hasta que aquella chavalina rubia sobre cuya imagen me había quedado dormido entre lágrimas fue ya por fin una puta en toda regla, la fulana ignorante que ponía el culo en pompa para poder pagarse un par de gramos más, otra operación y un olvido fácil. Allí estaba Álex Ayerdi, tocándole las tetas a su acompañante de manera que todo el mundo pudiera verlos, para que los vieran, los dos camino del lavabo y volviendo un poco más colocados, todavía casi nada, hablando un punto más alto, riéndose para los asistentes, la mayoría colegas, y el resto a punto de resultar amigos. Si se dicen el nombre —pensé—, se darán cuenta de que se conocen. Se pasan la vida hablando los unos de los otros,

inventándose éxitos y desatinos, hasta el punto de que se olvidan de que jamás han visto la cara de aquel a quien hoy toca calumniar. Luego un día alguien les dice «yo soy tal», y le responden «hombre, si yo a ti te conozco», mientras intentan recordar cuántas batallas le han inventado. El otro, que lo sabe, agradece en el alma ese gesto, no el reconocimiento, sino la calumnia que lo convierte en protagonista del pequeño teatrillo que componen todos juntos.

Iba por mal camino, estaba mareado, y aquellas se parecían ya demasiado a las reflexiones alcohólicas de un acomplejado. No recuerdo a qué hora salí del Rouge ni cómo, pero sí que en la entrada me crucé con Juan Santos y parecía un muerto. Él también iba solo y estaba tan borracho que antes de atinar con la puerta tuvo que apoyarse un par de veces en la fachada. Me pareció más alto y mucho más delgado de como lo recordaba. Creo que hice el ademán de saludarlo o de abrir la puerta para ponerme a tiro y que me saludara, pero desistí. La presencia de Ayerdi en el interior me disuadió. ¿Hablarían de aquella última noche de Estrella Sánchez en el Paradís? ¿Se dirigía Santos a preguntar «qué te dijo mi mujer»? ¿Sabía que ella y Ayerdi habían estado hablando? Permanecí unos minutos parado frente a la puerta del Rouge. Recuerdo que discutía conmigo mismo, entrar o no. Después, nada más. Imagino que cogí un taxi y caí desmayado en mi cama.

29 de abril. 16.15 horas

La tarde inicia horario laboral con un sol fresco y limpio que convierte el barrio del Borne en una fiesta con decorado medieval. En la calle del Comerç, unas cuantas personas hacen cola a la puerta de una tienda de legumbres, semillas y especias que, con un revivir de la gastronomía a caballo entre las bellas artes y la recuperación del ámbito doméstico, florece tras décadas muerta de asco y cucarachas. Estrella Sánchez pasa por delante y tarda un minuto en decidir que no se pone a la cola; ya habrá tiempo para ver si la cena merece o no el esfuerzo. Está convencida de que encontrará a Juan agonizante de resaca en la cama, con la pierna y la baba colgando, recién dormido de nuevo tras haberse levantado para engullir cualquier cosa y un litro de Coca-Cola. La escena es demasiado frecuente en los últimos tiempos como para que se le escape un solo detalle, y ella, demasiado consciente de que han perdido el paso en su relación. Después de años de juergas, festivales, sexo, drogas y *rock'n'roll*, fue precisamente Juan quien decidió que había que poner coto a los desmanes, cosa que le agradeció, porque la pillaba en un buen momento. De repente ya no le hace gracia perder los fines de semana en interminables siestas metabolizando alcohol y cocaína, ya no la divierten las noches de amigos hasta la mañana de garito en garito intimando con camellos y malpelos varios en busca de la última papela. Tengo ganas de cogerte por banda, JuanSantos —le dice mentalmente—, te vas a enterar de lo que vale un polvo de sobremesa sobria perdida y no vas a querer otra cosa en tu puta vida. Cada vez más animada, dobla por la calle Fusina y franquea el portal en el que en más de una ocasión se han echado al cuerpo las

cuatro últimas rayas tras jurarse que ya no entra en casa más mierda.

Se conocieron con dieciséis en un instituto de extrarradio, que es lo que les tocaba, y desde entonces, hace ya veinte años, no se han separado. Por aquel tiempo él quería ser el autor de *Sed de mal* y hacer películas, se lo sabía todo e inventaba guiones caseros ambientados en fronteras lejanas. Era una flor extraña entre tanto desecho, una flor que se dejaba engullir por el barro para salir indemne, siempre un pelo arrepentido de haberse salvado una vez más. Ella decidió estar allí cada vez que volviera a abrir los ojos y se quedó. Ahora, por primera vez, han perdido el paso. Estrella camina segura consolidando un merecido prestigio de creadora original en un ambiente en el que la impostura ha echado de escena a la creación, mientras Juan no sale de redactar informes mediocres para agencias de comunicación de corto vuelo. Últimamente, además, tras bajar el ritmo, Estrella tiene ya ganas de un poco de rutina, esas costumbres diarias que pacifican a las bestias. Demasiadas acechan a su pareja como para darles cancha. Se ha propuesto preñar tras un polvo de mañana enamorado, o por lo menos rojo pasión, y desde el momento en que tomó la decisión es como si todo se hubiera conjurado para no encontrarse con el que debería ser el padre de la criatura.

Mete la llave en la cerradura intentando no hacer ruido y deja la puerta entreabierta. Se descalza las bolas altas y de puntillas cruza el pequeño apartamento hasta el dormitorio. Abre la puerta de la habitación vacía y por un momento permanece sin saber qué hacer. Después, deja caer el bolso y la cazadora, se sienta en el suelo y se abandona a un llanto manso, más triste que rabiosa. ¿Cómo no se le ha ocurrido la posibilidad de que Juan no estuviera? Ni se le ha pasado por la cabeza, porque creía que él interpretaría el hecho de haberle apagado el despertador como una invitación a esperarla. Al fin y al cabo, el hijo de puta lleva ya un par de meses sin pegar ni golpe, y no tiene mucho más que hacer que esperar a que su mujer

llegue a casa para, como mínimo, darle un apretón. Eso piensa contra el marco.

Cuando deja de llorar, han dado ya las cinco de la tarde y Estrella Sánchez siente un punto de asco por haberse compadecido de sí misma más rato del que le tocaba, así que se levanta, vuelve a calzarse las botas y se sirve una copa de JB decidida a esperar que aparezca el imbécil de su marido para darle lo que le tenía preparado antes de descubrir que se había largado. En realidad, está un poco avergonzada porque no es la primera vez que siente celos en los últimos meses. A estas alturas. Duda de si esa reacción tiene alguna conexión con la realidad o si responde a un cliché que ella ha sorteado hasta el momento. Muchas mujeres tienen celos, muchos hombres tienen celos, tres cuartas partes de las relaciones de pareja de este mundo están condicionadas por los celos, la exclusividad, el control y esas martingalas. Quizá es que a ella ha acabado por tocarle también. Intenta rechazar la idea de que el frenesí que mantiene a su consorte en estado de embriaguez casi constante tenga que ver con sus deseos de maternidad, pero ese pensamiento siempre acaba volviendo, con cada decepción y cada desilusión. Si Juan está de acuerdo en tener un hijo, ¿por qué parece hacer todo lo posible para no encontrarse con ella? Se da cuenta de que se columpia entre dos explicaciones que considera excluyentes: o Juan se ha echado una amante, cosa que le parece más que improbable, y de ahí sus celos; o sencillamente es víctima de un miedo similar al que dicen que aqueja a algunos hombres justo en el momento de dar el sí matrimonial y los obliga a salir corriendo pese a tener la decisión tomada. Prefiere pensar que es la paternidad lo que amedrenta al cobardica de su novio, e incluso siente un punto de cariño más maternal que conyugal hacia él. Se sirve una segunda copa, se la lleva al baño y se dedica durante media hora a pintarse y arreglarse como si fuera a una boda o como si esperara a un hombre para compartir la cena de sus vidas. Esa es precisamente su idea, hoy no te escapas, colega, llegues a la hora que llegues, aquí estaré yo, despierta, llegues en el estado que llegues, te voy a

agarrar en el pasillo y vamos a jugar a papás y a mamás hasta que supliques clemencia, Juan Santos, te voy a follar hasta el alma, tontito. Ya verás como te gusta.

Capítulo VIII

Si me fueran las señoras maduras, me la tiraría —pensé. Y luego—: Le falta humanidad. ¿Por qué nadie llora a los muertos? Pilar Serra, como la mayoría de las mujeres de su generación, tenía mejor aspecto entrado el siglo XXI que en los años ochenta, cuando ya empezaba a no ser joven. Vivía esa otra lozanía espléndida que les llega con la jubilación a las damas de pasta culturalmente preparadas. Pantalón y camisa blancos de hilo, abalorios de inspiración étnica, un echarpe en tonos bronce a conjunto con la piel y las alpargatas, sesiones de gimnasio, masajes y relajaciones zen. Usa tanga, seguro, las mayores consumidoras de ropa interior lujuriosa son mujeres como la Serra, de su edad.

El verano llega a Barcelona por entregas. Reciben la primera los ociosos que pueden permitirse aperitivos eternos después de sesiones de playa y solarium y los miembros de la tribu de los jóvenes reivindicadores urbanos. La Serra pertenecía a los primeros.

—No creo que Amalia fuera feliz, se había convertido en una mujer muy desequilibrada. —Me miraba, revolviendo el zumo de zanahoria y manzana con un palito de madera, intentando descifrar mi gesto, sacando conclusiones acertadas: me sorprendía su falta de dolor al referirse a la hija muerta. La terraza del club náutico era para la mujer como un porche particular—. Sé lo que estás pensando. Mira, con el tiempo acabas contemplando a tus hijos desde un punto de vista un poco frío. Tú aún eres relativamente joven, ya lo entenderás si un día tienes hijos. Es imprescindible. Llega un día en el que te das cuenta de que tu hija es una persona

absolutamente independiente de ti, sencillamente *otra* persona, que has compartido un tiempo precioso con ella, pero que terminó. Su vida, su conjunto, y la tuya, tu conjunto, tuvieron una intersección (¿recuerdas las clases de matemáticas?) que termina justo en el momento en que está ya en disposición de ser madre. No me refiero biológicamente, sino cuando decide que tú eres una abuela y empieza a tratarte como tal, cuando ves que tu hija juzga tu vida privada, se atreve a juzgarla, algo hasta entonces impensable, y da la vuelta a la relación, intenta ejercer ella contigo el papel de madre, que es lo que se hace con los abuelos. Entonces puedes dejarte y acabar convertida en lo que se espera de ti, una mujer asexuada, inactiva, y con necesidad de asistencia; o no dejarte y seguir tu camino, porque ella y tú ya solo podréis ser enemigas en el caso de insistir en los vínculos familiares. —Su discurso estaba blindado—. Al margen de que fuera o no hija mía, yo tengo mi opinión sobre la vida que llevaba Amalia, sobre todo en los últimos años, desde que decidió jugar a empresaria triunfante... Ay, hijo, un día intenté hablar con ella, decirle que si uno quiere triunfar en la vida, y te juro que la vida es un suspiro brevísimo, primero tiene que encontrar las razones que lo empujan, no se puede luchar solo para ganar dinero, que no era el caso, ni solo para demostrar al mundo que has vencido, porque una vez lo consigues, ¿qué? Las razones, ahí está el secreto. Pero ella se lo tomó como una agresión personal, nunca, ni de pequeña, supo aceptar una crítica o el más leve comentario sobre su comportamiento. Además, Amalia tenía un poso católico que le venía de su padre, un gran hombre, pero demasiado pesado con los valores cristianos, contra el que luchó toda su vida. Eso tarde o temprano acaba saliendo.

—¿A qué se refiere?

—Pues a la mala vida que se daba, caray, en los últimos tiempos no la he visto ni una mañana sin resaca. Por eso me extrañó tanto el resultado de la autopsia. A mí, que Amalia estuviera en un *after-hours* a las ocho de la mañana borracha, ciega y yo qué sé qué más no me habría chocado lo más mínimo. Soy ya muy vieja, y más sabe

el diablo... Cuando me llamó la policía para darme la noticia me llevé un gran disgusto, faltaría más, era mi hija, mi única hija, pero no me descubrieron nada nuevo en cuanto a las circunstancias. Lo que sí me dejó pasmada fue, después, el informe forense. No sé si sabes que Amalia estaba completamente serena cuando la mataron. Es para mí un misterio qué manejos se traía entre manos. Laura, la joven que trabajaba con ella, dice que había estado muy rara todo el día y que pensaba dejar la agencia en sus manos para retirarse no sé adónde. Bueno, me parece comprensible y hasta cierto punto lícito que la chica quiera heredar el negocio, ha trabajado mucho y es como de la familia, pero no acabo de creerme su versión. Si Amalia pensaba retirarse, lo normal es que lo hubiera comentado conmigo, al fin y al cabo, yo fundé la agencia, y la mayor parte de la empresa sigue a mi nombre. Pero estos son temas secundarios, me interesan muy poco.

—¿Cuándo fue la última vez que se vieron?

—Esa misma noche estuvimos hablando un momento. Coincidimos en una cena de sociedad, ¡bah!, un encuentro multitudinario donde había tanta gente a la que saludar que nos fue imposible hablar durante más de cinco minutos seguidos. Estaba guapa, pero de nuevo con resaca y, francamente, me dio un poco de pereza volver a preocuparme por ella. Quedamos en hablar un poco más tarde, pero yo me fui antes de que sirvieran el postro. Cada vez me gustan menos los gentíos. —Giró ligeramente la silla siguiendo el sentido del sol y levantó la cara para recibirlo de pleno en un gesto que interpreté como el final de su intervención.

La resaca y las tres cervezas con las que intentaba paliarla me estaban dejando empapado. Los socios del club náutico, que ya habían declarado abierta la temporada de bañador y pululaban medio desnudos con el moreno de la Semana Santa impecable, conseguían que me sintiera como un intruso abrigado, y mi incomodidad debía de ser evidente, porque la Serra propuso que la acompañara a comer algo en el interior acondicionado. Pero no podía aceptar, porque en tal caso me tocaba hablar a mí y contarle

que, por lo que había dicho Curra Susín, la versión de Laurita era completamente cierta: Amalia pensaba retirarse del negocio, ya fuera para disfrutar de un año sabático o definitivamente. El tono empleado por la Serra me había dejado claro que se lo tomaría como una traición por parte de la hija, una falta grave de atención, y no iba a ser yo la persona que le diera el disgusto. Menos aún después de la diligencia con la que me había recibido y la franqueza de su conversación. Había bastado una llamada a primera hora de la mañana para que me citara al aperitivo, así que decliné la invitación y soporté media hora más de encuentro escuchando su discurso sobre el pensamiento positivo y las ventajas de la meditación para ganar calidad de vida. Era lo mínimo.

Salí aliviado a la calle en busca de una terraza playera donde acabar de reponer el nivel alcohólico y empaparlo con un plato de paella. Vaya, vaya, a Orteguita le había faltado tiempo para contarme el estado semicomatoso de Estrella Sánchez, pero se calló como un puta que Amalia de Pablos no estaba en el local clandestino rematando una noche ciega. Quizá pensó que el detalle le restaba morbo a su narración. Desde luego, en lo relativo al asesinato, eso cambiaba las cosas. Ella se convertía en la única de las tres que había ido al Paradís serena, es decir, que había tomado la decisión de acudir al local con alguna intención más allá de beber y colocarse, puede que incluso la única que lo decidiera de manera consciente. Tenía que volver a hablar con Laurita. Según ella, Amalia le había dicho que tenía ganas de ir a ver a Enrique porque habían discutido, una discusión de amantes, puntualizó. Cualquiera se fiaba de la chica, otra con los silencios escogidos. Seguramente, cuando nos encontramos ya había hablado con Pilar Serra sobre la decisión de su hija de dejarlo todo, así que su representación al preguntarle qué pasaría en el futuro con la agencia y su trabajo, fue exactamente eso, una puñetera interpretación teatral. La chavala había echado sus cálculos, dibujándose un futuro a medida del que era evidente que no me iba a hacer partícipe.

La resaca de piscos y *gin-tonics* decidió por mí y tomé un taxi, abandonando mis planes saludables. Jamás me doy las paellas que me prometo, soy incapaz de disfrutar una velada al sol, aunque me lo propongo frecuentemente. Prefiero regalarme, como aquel día, una visita al Hard Rock Café de la plaza de Catalunya, cuya sola visión ya me estabiliza los humores. No tiene que ver con la mítica de los USA, ni con el *rock'n'roll*, ni por supuesto intervienen consideraciones gastronómicas. Es una cuestión de cultura alimentaria. Mientras la calidad de los restaurantes españoles, y europeos en general, es directamente proporcional al tamaño de sus ventanales y la cantidad de luz natural que ofrecen, los locales norteamericanos forran sus exteriores, en caso de tenerlos, para proteger al visitante de la incómoda sensación de escaparate. Consiguen convertir el acto de alimentarse en una experiencia íntima, no exactamente realizada a escondidas, pero casi. Comer, lo que se dice comer, no es algo de lo que uno pueda presumir hasta el punto de mostrarse. Ese tipo de restaurantes y los *pubs* ingleses han entendido bien la cuestión. En el Hard Rock Café, una comida no tarda en convertirse en algo parecido a una cena, con la luz eléctrica y los vídeos de roqueros de ayer y de hoy atronando a los clientes. Mejor mesa que barra —pensé—, porque no voy a tener prisa. Quería tomarme uno de aquellos espantosos margaritas gigantes servidos en vasos de Coca-Cola y meterme entre pecho y espalda cualquier tipo de plato lo suficientemente guarro como para estar a la altura de mi deplorable estado general. Aros de cebolla para el cóctel y un Traditional Bacon CheeseBurger gigante con patatas fritas, guacamole y salsa barbacoa picante, con cerveza, también en vaso de Coca-Cola.

Así que a mi querida Amalia la mamá le había salido respondona. La Serra, como objeto de estudio: «Abuelas sin nietos» o «Actividad sexual femenina tras la jubilación» o «La seducción después de los sesenta». Resulta que la señora, tras vivir sus propias guerras, todas ellas políticas, ninguna inocente, se había acomodado en el limbo de la vida relajada para decidir que su hija se manejaba mal en las

artes de la batalla. Le echaba en cara nada menos que la falta de razones, algo muy propio de su generación. Ah, el maravilloso mundo de las causas, a lo mejor habría preferido verla militante de Intermón inaugurando pequeños planes de regadío fruto de microcréditos en las selvas centroamericanas. O no, activista de la antiglobalización de alto nivel, miembro de la internacional no-logo. O mejor, al frente de una refundación de los Verdes españoles, esa entelequia, línea neogermánica. Pobre Amalia, padre de compromisos cristianos y madre de militancias sociales. ¿En qué guerra podrías haber satisfecho y dado continuidad a tan definidos antecedentes? Aunque, si de verdad había decidido retirarse, quizá era porque había acabado encontrando esas razones en las que su madre basaba el sentido de la vida. No se me ocurría dónde, y el olor de *ketchup* agrio y fritos del entorno tampoco ayudaba. Me imaginé a esa adolescente, hija única en familia de compromisos. Por definición, porque así van las cosas, debería haberse revelado contra la compasión del padre y contra la militancia materna. ¿Lo hizo? No me daba esa impresión, al menos no explícitamente. El desencanto de la Serra con su hija tenía pinta de proceder más de la falta de rebeldía de esta, en todos los sentidos. Tus mayores, Amalia, modelos inservibles. Pero arrogándose el derecho a sentirse defraudados. Nacimos en mala época, *amore*, o quizá en la mejor. Ya nadie con dos dedos de frente creía en el comunismo, pero todavía no se habían extendido los pequeños sentimientos nacionalistas; la multinacional y el desarrollo industrial ya no eran meta ni todavía enemigo, y aún nadie sospechaba que algo llamado «Internet» despertaría los pros y los contras de otro engendro cuyo nombre era «globalización». La fragilidad de los conceptos, su efímera condición nos cogió en pelotas, guapa, y tú te acabaste refugiando entre los brazos de un camello con altillo, ¿por qué no? Puestos a perder la conciencia, más vale hacerlo en el centro exacto del suministro. Pragmática entre pragmáticos.

Enfilé las Ramblas con sonrisa de alcoholes recuperados agarrado a mi querida Amalia de Pablos. De nuevo juntos. El bar del hotel

Rívoli me parecía un buen lugar para hacer tiempo hasta que llegara el momento de encontrarme con Tito Ros sin necesidad de llamarlo por teléfono. Pero lo llamaría. Jueves por la tarde, día de libranza de asistentas, parejas de ecuatorianos, peruanos, colombianos, y más ecuatorianos currándose un futuro nuevo Rambla arriba. Rambla abajo. Pensé; Vuestro es el futuro mítico, de vuestros hijos la próxima literatura de la diáspora, mientras caminaba ingrátido en busca de otro refugio sin salida al exterior. Los jueves por la tarde, Eddy sonríe con la boca llena de dientes desde detrás de la barra del Rívoli porque a los golfos de la ciudad con sede en el Blue Moon, que así se llama el piano bar, se les calienta el morro a la vista del fin de semana, tan próximo.

—Prepárame una copa como para esperar a Ros... ponle un par de horas... o un par más.

Me notaba el ánimo encendido, ligero ciego sobre ciego grave, y advertí que Eddy sabía ver mi anhelo. Un soberbio jefe negro detrás de la barra de un hotel en las Ramblas, ¿qué más se le puede pedir a la sobremesa de un Hard Rock Café?

29 de abril. 17.20 horas

Amalia de Pablos se despierta porque no puede respirar. Intenta sorberse los mocos pero la densidad de su nariz es tal que no consigue más que una arcada, la primera. Se ha dormido vestida, no pienses en nada, no pasa nada, ya está, y tiene las costuras de los vaqueros clavadas en los flancos, la camiseta retorcida y una teta fuera del sujetador. El reloj de la mesilla marca las 17.22. Le duele la garganta como si la tuviera en carne viva, la lengua es una suela tras horas respirando por la boca, está empapada en sudor y le cuesta mucho más de lo necesario retirarse la melena de la cara y acabar de emerger de entre la maraña de pelo. Cuando por fin se deshace de los pantalones y logra un cierto orden físico, percibe en la habitación el fantasma de la culpa. Allí está, acechante, sobrevolándola a la espera de que se abra alguna de las ventanas de su mente para colarse con toda su recua de matadero y perpetrar un nuevo destrozo indiscriminado.

«¡Vete, puta!», exclama en voz alta sin reconocer su propio timbre y echándose la mano al cuello en un intento inútil de mitigar el dolor de garganta. No pienses, no pasa nada, estás acorazada, no te des tiempo. De un plumazo espanta la imagen de un colchón y el miedo sin reconocerlos como propios, cerrada a admitirlos; casi sin ser consciente de que lo hace, ahuyenta sin revivirla la conversación telefónica con Laurita y le pone el punto final a la noche anterior justo en el momento en el que abandonaba la casa de sus amigos en Sant Cugat de retorno a Barcelona.

Años de práctica. Sus batallas contra la culpa son cada vez más cortas y fáciles. Ha desarrollado una capacidad asombrosa para

eludir los pensamientos y los recuerdos dolorosos, los mismos que al principio la obligaban a doblarse literalmente, a gemir en soledad, y que poco a poco van siendo ellos doblegados. Esos ejercicios de acoso y derribo comenzaron de manera inconsciente cuando se dio cuenta de que las actividades que se reprobaba empezaban a ser demasiado frecuentes, y el daño de su propio castigo, mucho mayor que el mal real que sus travesuras podían hacerle. Hasta tal punto fue una lucha instintiva, impensada, que acabó sentada ante un psiquiatra tratando de solucionar, como le dijo, ciertos problemas de amnesia que la tenían desconcertada. Un par de visitas le bastaron para darse cuenta de que no quería recordar, de que el olvido era voluntario, tan logrado y eficaz, que habría sido una pena desbaratarlo con un tratamiento de indagación cuyos resultados le resultaban del todo indeseables. Hurgar en lo olvidado significaba ni más ni menos que desandar un camino recorrido con tesón y esfuerzo.

Esta tarde, recién levantada, con la culpa todavía agarrada al techo como un enorme animal negro y viscoso preparado para lanzarse en picado al menor despiste, sí se permite pensar. Justo lo conveniente. Las cosas podían haber sido mucho peores, ¿qué cosas? Indulgencia. Mucho peores. A estas horas, en lugar de abrir los ojos en su cama, podría estar saliendo del Paradís, como en tantas ocasiones, o todavía dentro, intentando arrancarle un orgasmo a dos cuerpos, el suyo y el de Enrique, duros de cocaína, secos, puros manojos de ansiedades. Cuántas veces se le ha echado la tarde del día siguiente encima en el altillo del Paradís. Sí, indulgencia, a estas horas, en vez de haber comenzado a cocer ya la resaca, podría estar todavía cavándola con el ahínco que se pone en marcha cuando se han pasado todos los límites horarios y físicos. Pensar en Enrique la ayuda a salvarse de la noche anterior pero, a cambio, tiene que pagar el tributo de los recuerdos, la náusea de evocar sus polvos con olor a cerveza rancia y ambientador de retrete de bar, su forma de agarrarla, llegado a cierto punto, con una ansiedad animal que da miedo, el miedo mismo que tantas veces ha

sentido a no ser capaz de salir ya nunca más de aquel altillo, el terror y la tentación de abandonarse a la inmundicia de una relación adictiva, fronteriza, dejar suelta a la bestia y desaparecer.

Se levanta de un salto, mareada, termina de desnudarse mientras nota cómo el sudor frío que precede al vómito va mojándole el cuero cabelludo, y llega al cuarto de baño justo a tiempo de que la arcada la coja de rodillas agarrada a la taza del váter. Una vez vaciada, se mete casi a rastras en la bañera, pega la cara a la loza fría del borde para recuperarse algo y deja correr el agua. Hay que darse prisa, me he quedado frita más de la cuenta; lo primero de todo, una cerveza larga que me equilibre en la medida de lo posible el organismo y algo de comer. Luego ya veremos, no puedo faltar a la fiesta, de alguna manera tendré que coger fuerzas, en este estado no puedo presentarme, con la que va a caer. Decide hacer tiempo hasta que los taxis se pongan en funcionamiento y sale rumbo a algún bar del barrio cuyos bocadillos le ofrezcan las mínimas garantías para empapar un par o tres de cervezas a gusto, pero en cuanto pone un pie en la acera, se da cuenta de que esta vez la cosa no va a resultarle tan sencilla. No quiere estar en casa pero tampoco en la calle o en un bar, ni en ningún otro lugar en particular. De hecho, no quiere estar en ningún sitio. Quiero desaparecer. Qué extraño. ¿Adónde voy? ¿Adónde va uno cuando quiere perderse en Barcelona?

Amalia de Pablos llega al bar del hotel Majestic, en el paseo de Gracia, hacia las seis y media de la tarde. Pide una copa de champán y se arrellana en uno de los sillones del fondo del salón. A esa hora, la penumbra permanente del local acoge sobre todo a extranjeros de paso, que se meten entre pecho y espalda el primer cóctel de la tarde pegados a sus móviles. El bar del Majestic es el tipo de refugio ideal donde a cualquier hora del día cae la tarde, y desde el rincón de Amalia, además, resultaba imposible distinguir la mínima señal de luz natural. Regla número uno de la resaca depresiva: busca un refugio caro con moqueta y perpetua luz artificial, siempre al fondo.

Con la segunda copa y a fuerza de no pensar, teme quedarse traspuesta, así que comienza a hacer recuento de los diversos ejemplares con los que le va a tocar lidiar en la Cena de la Solidaridad. Sobresale en aquel zoológico, por razones evidentes, la siempre estupendísima Pilar Serra, su señora madre, a quien no ve desde hace al menos un par de meses. Ya ves, Serra, aquí me tienes, con un gripazo de la hostia pero enterita y al pie del cañón. No te he llamado por los líos, ya sabes, pero ando bien, excepto la gripe. ¿Cuándo empezó a llamar a su madre por el apellido? La Serra es la Serra para todos los que la conocen, que no son pocos, cabeza socialista desde los tiempos del PSUC, casada, divorciada, lesbiana transitoria y vuelta a casar con un gilipollas viajero cuya mayor aportación a la familia ha sido iniciar a la madre en el mágico mundo de la cirugía estética. La Serra está mejor a sus sesentaymuchos que en su época de diputada, más guapa, con otro aire, el plus de aspecto saludable que aportan las sesiones de rayos UVA. Y gracias a varios estiramientos, igual de joven. Para Amalia, la Serra nunca ha sido mamá, sino Pilar, hasta el momento en el que se dio cuenta de que aquella señora era una total desconocida y comenzó a llamarla Serra.

La cena lleva días llenando páginas de periódicos, y las radios no paran de machacar el asunto, así que con el camionero Susín bastarán un par de palabritas. Más mimos requerirán los chicos de la prensa, nada menos que un centenar de asistentes por la jeta. En esta ocasión no ha llevado bien lo de los medios, lo sabe porque cuando piensa en ellos la invade la sensación de estarse presentando a un examen sin haber estudiado, mal asunto, demasiadas mañanas ausente, que les den por culo.

Gracias a la rabia que le provocan los periodistas, consigue pasar a segundo plano la molesta sensación que le ha dejado pensar en su madre. Amalia —nada mejor que un poco de inquina para despertar el organismo abotargado— coge el móvil y busca en la agenda «taxi1». Nada, buzón de voz. Igual que «taxi2», igual que «taxi3». Estos hijos de puta cada vez viven mejor, curran menos y pasan

mierda de peor calidad. Ya que tiene la herramienta en la mano, llama al despacho para empezar el día como debe ser, solo que hacia las siete. «Hola, Laurita, estoy bien, pero intenta no dirigirme todavía la palabra porque acabo de romper la voz. No te agobies, niña, iré directamente a la fiesta, así que hazte cargo tú de las televisiones. No te preocupes, estaré puntual dentro de una hora allí. Ah, a la hija de puta de la Susín déjamela a mí».

Capítulo IX

—Hola, Ros, estoy con Eddy en el Rívoli y necesito que me eches una mano. Vente.

—¿Cuánto rato llevas ahí?

—Hora más, hora menos, dos horas.

—¿Estás solo?

—Solo con Eddy.

—¿Me necesitas a mí o necesitas un taxi?

—Ambas cosas.

—Llamo al taxi y estoy allí en una hora.

—¿Qué te voy pidiendo?

—No te pases...

Había llegado el momento de empezar a separar a las muertas. La idea era de Eddy y me pareció la mar de bien. Con tres mujeres asesinadas que no tienen nada en común, más vale que adivines a cuál de ellas iba destinada la primera bala, la fetén. Descartada desde el principio la idea de una masacre de género, el término era para mondar, y con una juerga interior de jueves tarde habíamos decidido jugar a la ruleta con mis chicas. No tengo ni idea de cuál era la experiencia del amigo anfitrión al respecto, pero no me cabía duda de que su cabeza funcionaba a esas alturas del día mucho más engrasada que la mía.

—No te metas en estos asuntos, colega, nunca jamás, pero si ya estás metido, te recomiendo que seas práctico. Ningún asalariado, por muy rumano que sea, se cuele en un *after* para cargarse a todo el plantel femenino. Y menos en el Paradís, donde lo máximo a que

puede aspirar es a encontrarse con lo que se encontró, un trío de damas. —Pensé en el trío de ases al que había hecho referencia Ortega; estaba claro que el número daba juego. ¿Cuál iba a ser la siguiente alusión: a los tres cerditos, a las tres gracias o a las trillizas rubias de Julio Iglesias?—. Joder, para un pirado misógino radical lo suyo habría sido los *after* de la plaza de Espanya, o los de la playa, repletos de chatis tiernas y viciosas. A su lado, el Paradís es casi un centro de negocios. El rumano iba a matar a una de las chicas, solo a una. ¿A cuál? Alto ahí. Lo primero que tienes que hacer es descartar: ¿a cuál no?

Era cierto, no se me había ocurrido tomar ese camino; en realidad, no se me había ocurrido nada, porque tampoco esperaba que las cosas fueran tan rodadas desde el principio. Había previsto al menos cuatro o cinco días de llamadas infructuosas, lo típico en estos casos, a lo sumo encontrar un hilillo del que tirar. Pero todos los tanteados hasta el momento habían respondido a la primera, excepto Ayerdi. Lo insólito de la situación me había pillado desprevenido. Primero Laura, que me recibió como si la cosa más normal del mundo fuera que se presente un periodista a hablar de tus muertos. Y eso que en su caso era comprensible, estaba tan acostumbrada a tratar con los medios de comunicación que podía no haberse dado ni cuenta, pero que la Susín y Pilar Serra accedieran a recibirme de inmediato se salía de lo normal. Claro que tampoco se trataba de personas normales. Eddy Collins, el elegante barman guineano de dos metros, enemigo acérrimo de las contemplaciones, me había echado en cara sin necesidad de palabras mi falta de pericia, y lo tomé como una invitación.

Aquella tarde tampoco me hizo más caso del habitual, seguía con su tarea, atendiendo cortésmente a rubicundos extranjeros de visita, pero cada vez que pasaba a mi altura en la barra, dejaba caer un comentario sobre ese asunto que me tenía comida la moral. Desde el viernes anterior, casi una semana, le había tocado presenciar todo un desfile de enlutados más o menos tristes, seguramente guardaba comentarios, confidencias y conversaciones cazadas al vuelo que

podrían serme de mucha utilidad, pero ni siquiera hice el gesto. Jamás de los jamases soltaría prenda, era un señor profesional, además de un hombre sin necesidades ni grandes compromisos. Nada lo iba a sacar de su rutina, ni feliz ni todo lo contrario, y mucho menos los asuntos ajenos, así que a lo máximo que podía aspirar era a que aquel goteo de frases me fuera dando luz en el camino. Con dificultades, porque a esas alturas no estaba yo para muchas sutilezas.

—Recopila datos, amigo, repasa lo que sabes, los detalles.

Los detalles. No creía tener detalles, pero volví al principio por si al menos ese ejercicio podía ayudarme a dibujar el mapa de lo que ignoraba. Amalia, Estrella y Sara, por orden de edad. Amalia de Pablos: empresaria enriquecida a base de contactos con los políticos y buena entrada en prensa. Sufre la noche anterior una conmoción al pararse en un caminito de la sierra de Collserola, ¿a qué? A hacer pis, según le contó a su secretaria, o hacerse una raya, según me pareció que ponía esta de su cosecha. Allí vio un colchón sucio donde estaba sucediendo algo hasta segundos antes de que ella apareciera, una imagen que le resultó insoportable hasta el punto de hacerla vomitar. Y luego se sintió espiada, le entró el pánico y se fue derechita a casa en lugar de acudir al Paradís, su idea inicial, a encontrarse con su amante, el dueño del local, un camello armado y por lo visto mucho menos inofensivo de lo que suelen ser los camellos corrientes. Toda aquella escena del monte podía ser fruto de su estado ebrio, aunque parecía poco probable, teniendo en cuenta sus hábitos: no estaba más borracha ni más colocada que la mayoría de las noches. Al día siguiente, que en realidad ya era ese mismo día cuando pilló la cama, en una cena a la que parece que había acudido todo el que pintaba algo en Barcelona, le comunica a su secretaria la decisión de abandonarlo todo por un tiempo. ¿Cuánto? Carecía de detalles. En esta ocasión no bebe ni se droga, prácticas habituales en ella, y sí acude al Paradís por lo visto a reconciliarse o lo contrario con su amante-camello. Allí le vuelan la cabeza. Otra. Estrella Sánchez: diseñadora, treinta y tres, que

después de años de nocturnidad y mala vida ha decidido sentar la cabeza y llevar una vida normal, probablemente empujada por eso que los entendidos llaman reloj biológico. Su marido, o compañero o lo que sea, no la secunda y continúa bebiéndose las noches en solitario. A esta mujer no parece conocerla en serio nadie más que Tito Ros y, a lo mejor, yo mismo, pese a que no la recuerdo. Tanto Ros como Pepe Ortega aseguran que era una tía de bandera, ¿por qué entonces guardo yo una imagen tan nítida de Juan Santos y nada de nada sobre ella? Por más que rebusco en mi cabeza, no manejo más datos, solo que ya no entra dentro de sus hábitos acabar en un *after-hours*, mucho menos sola. Pero lo cierto es que termina la noche del 29 de abril, que es como decir que empieza el día 30, hasta el culo de alcohol y cocaína en el *after* Paradís. Allí se encuentra por casualidad con Álex Ayerdi, que ha llegado a alargar la noche con su colega Pitu Gallo, y entabla conversación con él. Entonces entra un tío y le pega un tiro en el corazón. Otra. Sara Pop: de apellido López, modelo de veinte años a la que no le acaba de ir todo lo bien que sería deseable en el mundo de la moda. Quizá por eso responde a las llamadas de Curra Susín para prostituirse con gentes de muchos posibles a cambio de elevadas sumas de dinero (se supone, de nuevo fallan los detalles). Es la gorda Susín quien la cita en la Cena de la Solidaridad, parece que con la intención de darle curro, todo indica que a acompañar a Gasch i Llobera, alto cargo de la Generalitat de Catalunya, a la cama. Aquella misma noche, ya amanecía el día siguiente, seguramente después de haberse deshecho del cliente, se dirige al Paradís. Entra, compra algo, sale y vuelve a entrar con el hombre que matará a Amalia de un tiro en la cabeza y a Estrella de un tiro en el corazón. A ella la bala le va a la ingle, un punto que no tiene por qué significar muerte segura, pero tiene mala pata y la espicha en la ambulancia. Hasta aquí, las muertas.

El resultado era pobre, pero no desesperanzador. Me había propuesto recorrer el día de los clientes del Paradís, en realidad, de las tres mujeres y el periodista Ayerdi, único testigo, hasta el

momento en el que las mataron, y en el caso de Amalia de Pablos lo tenía bastante encaminado. De Sara Pop tenía pocos datos, es verdad, pero muchos más que al principio, y además sabía cuáles tenían que ser mis próximos pasos: hablar con la tal Ulrike, su amiga, y con Arcadi Gasch i Llobera, que en aquel momento, y si como todo indicaba se había visto salpicado por el crimen, debía de tener el culo más prieto que el de una gallina. Quedaba Estrella Sánchez, un misterio cuya clave podía estar en el propio Ayerdi. Él tenía que saber el motivo que llevó a la mujer a ese estado catatónico, porque cuando uno llega a ese punto le contaría sus penas hasta a una farola. A no ser que no pueda hablar o razonar. Era imprescindible que consiguiera encontrarme con el periodista, para lo cual era a su vez necesario que él estuviera dispuesto a largar y que yo mismo acabara de decidirme.

Cualquiera podía ser la destinataria de la bala a la que se refería Eddy. Amalia de Pablos y sus turbios tratos con el camello armado; Estrella, cuya anormal aparición en el local quién sabe si también respondía a una especie de existencia paralela, como la de Amalia. Las dos eran mujeres de carácter, complejas, y sus vidas podían deparar cualquier tipo de sorpresa. Como la guinda de Sara Pop, que me había salido puta sin esperármelo, aunque en su caso el desconcierto tenía más que ver con mi candor que con el carácter de la chica, y su presencia allí se me antojaba mucho más casual que las otras dos. Primera candidata a descartable. Y, por fin, otro que podía tener mucho que decir al respecto era Enrique, el dueño del Paradís, pero estaba encerrado y, de hacer caso a las medias palabras de Ortega, la cosa podía ir para largo. También este había resultado una sorpresa, así que pistolitas en el altillo, quién lo iba a decir.

—¿Qué te hace creer que recomponiendo la jornada de las muertas descubrirás por qué las mataron?

El trasiego de clientes descendía entre los tés de media tarde y la hora de la cena, y Eddy aprovechó un momento libre para plantarse delante de mí. Venía a reponerme la copa, pero yo permanecía tan

absorto en mis pensamientos que el segundo *whisky* seguía casi intacto. Cruzó los brazos sobre el pecho y me miró con aire socarrón.

—Yo qué sé, soy periodista, no policía. Imagino que era otra manera de descartar, aunque no me lo hubiera planteado así. A un *after* la gente va a seguir consumiendo cuando se cierra todo lo demás o a comprar el material que ya no encontrará en otro sitio. Eso es lo normal. Pensé que si te matan allí será que no has ido a lo normal, sino a otra cosa. ¿Te parece una tontería?

—Eso, tú sabrás. ¿Qué piensas hacer, suponiendo que consigas el material que andas buscando?

Tampoco lo sé. Al principio se me ocurrió colocar un reportaje largo en el dominical del diario, pero cada vez lo veo más descabellado. Todo este asunto me ha dado un mazazo en la cabeza del que no sé si me repondré. Tengo la sensación de que con la muerte de Amalia y Estrella, sobre todo con ellas, se me acaba un juego. Tendría que pensarlo mejor para poder explicártelo y todavía no he tenido tiempo.

En ese momento apareció Tito Ros en camiseta, la chupa al hombro, y con las gafas oscuras metió en el fondo de la barra todo el sol al que yo había renunciado hacía horas. La verdad es que me había olvidado de él, cosas del alcohol, lo había llamado en plena euforia y lo que ahora estaba sufriendo se parecía mucho más a una resaca que a la previsible borrachera. Por eso, cuando me dejó delante de las narices un paquete de tabaco evidentemente sacado del taxista, lo acompañó con gesto de «no me jodas que se te han pasado las ganas». No era cosa de hacerle un feo. Me eché el Marlboro al bolsillo, rematé el *whisky* y me dirigí al lavabo.

Cuando salí, ya había decidido que me iba a tomar aquella noche y el día siguiente de asueto, nada de muertas, duelos ni investigaciones. Dos días antes me había quedado con las ganas de visitar a fondo el Chino con el amigo Ros, y ya que había sido tan amable de venir con todo lo necesario, no pensaba privarme de nada. Dejé a las muertas haciéndole compañía a Eddy hasta la hora

de cierre, hacia la una de la madrugada, cuando había quedado en unirse a nosotros. *Ciao, belli*, descansad y dadme tiempo para que se pose todo lo que no sé que sé.

29 de abril. 18.10 horas

Inés está sentada en una silla de tijera ante una pequeña mesa de madera pintada de añil situada contra el único balcón del modesto piso de pescadores modelo Barceloneta, un cuchitril. Entra el sol de la tarde y su figura desnuda se recorta mostrando un perfil que engaña a la edad. Tiene treinta y cinco años, pero por la forma en la que los pechos se mantienen firmes y el vientre dibuja una ligerísima curva morena se le podrían echar diez menos. Se ha sentado a corregir unos exámenes que debe entregar al día siguiente. Juan Santos la contempla desde un orejero desmedido para la reducida sala, consciente de estar compartiendo de nuevo con ella un rato demasiado doméstico y de que no debería permitírselo. Sabe que sentarse a esperar a que termine equivale a confirmarle que pasarán el resto del día juntos y no puede evitar que le guste. Fuma un cigarro con la cabeza recostada en el respaldo y las piernas colgando sobre uno de los brazos, él también desnudo, después de comer y de haber hecho el amor dulcemente durante casi tres horas. Lo embarga la emoción del enamoramiento, el sobrealiento lo obliga a ahogar de vez en cuando el suspiro que lleva ocupándole el pecho desde que ha entrado en el piso e Inés se le ha metido en la boca y, a través de la boca, en todo el cuerpo. Coge la lata de cerveza, echa un trago e inmediatamente la deja en el suelo para llevarse disimuladamente los dedos de la mano derecha a la nariz. El olor de ella es intenso, permanente. Juan piensa que le gustaría quedarse allí, así, para siempre, y vuelve a rondarle la cabeza una idea que ya ha desechado un par de veces: decirle a Inés eso mismo, que se junten definitivamente, que sea su novia en el sentido más

tradicional de la palabra, como si fueran adolescentes, para ser jóvenes. Es con ella con quien quiere levantarse y luego, por la noche, ir al cine y viajar en coche sin destino fijo, como acostumbran. Siente que la mujer lo salva de una vida insatisfactoria, mate, y muy distinta de como la esperaba. Ella es lo único que se parece a una existencia única, extraordinaria, la que él creía que iba a llevar.

Se levanta, y en tres zancadas se le coloca detrás. Se agacha para besarle el cuello bajo la mata de pelo color miel. Va a decírselo. «Inés...». Dando por hecho que no es llamada sino suspiro, la mujer sigue enfrascada en sus torpes folios. Pero él insiste: «Inés». Hasta que se vuelve resuelta, sonriente, llegando de otros pensamientos, y Juan opta por ofrecerse a traerle una cerveza como cogido en falta y sintiéndose cobarde. Soy un completo hijo de puta, además de un gallina, es el miedo a estar solo, porque ¿y si con Inés no funciona, y si ella resulta veleidosa y se cansa dentro de un año o dos? ¿Qué garantías ofrece, en el fondo? ¿Cómo podría entonces recuperar a Estrella? La habría perdido para siempre y Estrella es su vida, es la vida que tiene, pero, ay, Inés es la que quiere, la vida que desea más que nada en el mundo en ese momento, demasiado preciosa para creerla cierta. Abre la puerta de la nevera. Dentro solo hay varias latas de cerveza, una botella de champán, chocolate y una bolsa de pan de molde. De repente se ve a sí mismo ante Inés, Inés y la nevera como una misma cosa, ante una mujer que todavía tiene el frigorífico de una adolescente, una vida que no conoce los viajes al súper, improvisada a salto de mata, la nevera de una mujer que no sabe todavía si mañana seguirá utilizando aquella cocina o estará muy lejos o vivirá quién sabe si cerca, pero en una casa diferente, de otra manera, una mujer sin provisiones domésticas, y vuelve a sentir una punzada de pánico por haber pensado en la posibilidad de proponerle dejarlo todo y unirse a ella.

De vuelta al salón, le sugiere, y de nuevo se salva, sacar la papela que le quedó entera la noche anterior, comprada con el cuerpo en movimiento pero la cabeza ya inconsciente, y ella cabecea

con aire recriminatorio pero accede. Así vuelven a empezar, esta vez con furia, los ejercicios de amor y desamor que habían dejado colgados, ya con la botella de *whisky* a los pies de la cama, como un remo.

Capítulo X

Lo que iba a ser una tranquila noche por el barrio Chino con Tito se convirtió en veinte horas desenfundadas, y, en cierto modo, para muchos de los que las compartieron con nosotros era una despedida. Por lo visto, no era yo el único que necesitaba un buen meneo. Con mi inmersión en el mundo de las muertas, se me había olvidado por completo que mucha, muchísima gente en la ciudad, en el reducido cosmos de los vivos, llevaba una semana llorándolas con distintos grados de sinceridad. Parecía que todos habían esperado hasta aquel jueves, aguantando la respiración, para soltarse de repente. Yo, entre que iba por la segunda borrachera tremenda y que Ros puso lo suyo de parte del taxista, recupero los recuerdos de aquella jornada apartando nieblas, pero los recupero. Recuerdo que la costumbre de cruzarte con algún conocido a lo largo de la noche aquel día llegó al extremo de provocar la risa. Todos los locales estaban abarrotados, y todo el mundo parecía ir ciego. Se vivió una sensación parecida a la de los festivales de verano con la gente lanzándose a la calle y los taxis que no daban abasto. Porque esa es otra, en cuanto salimos de donde Eddy, me di cuenta de que se nos había echado el verano encima. Ese olor que aparece de repente para indicar el cambio de estación, que el minuto anterior no estaba allí y al siguiente flota en el aire. El aroma y la densidad húmeda del ambiente.

Entre los periodistas de la ciudad existe la costumbre de citarse en algún lugar después de cada campaña electoral, justo cuando acaba el recuento de votos y se cierran las últimas crónicas con el

nombre de los ganadores en los titulares. Al principio acudían solo aquellos profesionales que habían cubierto la campaña, pero la cosa se fue extendiendo hasta el punto de reunir redacciones enteras, políticos en ejercicio, militantes y demás, una ficción de catarsis tras la tensión acumulada de tres semanas de locura. Aquel jueves parecía haberse llevado a cabo una llamada semejante, solo que festiva en lugar de electoral, una convocatoria no explícita que lanzó a la calle a periodistas, a miembros de asociaciones, a jóvenes empresarios, a escritores con aires de futuro, a sus jóvenes editores, a modelos, a artistas y a otros rostros populares de la pequeña Catalunya, todo el que había tenido algo que ver con las mujeres muertas, y no era poca gente. En cada bar que pisábamos nos recibía algún grupete conocido con el que compartir copas y demás, las chicas coqueteaban como si les fuera el honor en ello, saltábamos detrás de las barras a poner música de otros tiempos y nos acabábamos citando con todo el mundo, esta vez sí, tras el cierre de las discotecas en el Wild Horses, el único *after* que quedaba junto al parque del antiguo matadero, un agujero residual y triste.

Al amanecer de aquel viernes, su dueño, un calvo viejo malcarado y taleguero, no daba crédito. Coincidimos allí más de medio centenar de enloquecidos de todas las edades y explotaron las causas.

La primera en reventar fue Paula Redondo, una redactora local de *ABC*, grande y aparatosa en todo, íntima por lo visto de Amalia de Pablos, que pidió al calvo la conexión de un viejo karaoke fuera de servicio. Con un gemido que sonó entre sexual y doloroso, agarrada al micro con ambas manos, consiguió la atención de la mayoría de los asistentes: «¡Joder, en este momento hace exactamente una semana que las mataron! Joder, joder, tíos, ¿es que no os dais cuenta? Era un sitio como este, ¡podríamos haber sido cualquiera!», y se derramó en un llanto impúdico a micro abierto que nos dejó sin habla. No, claro que no nos habíamos dado cuenta hasta ese instante, aunque de golpe se hacía evidente que

por eso estábamos allí, y en ese momento la multitudinaria reunión cobró un sentido extraño, como se descubren las cosas a esas horas y en ese estado: catastróficamente.

Recuerdo que sonaba de fondo el *Fever* de Elvis Presley y que Margarita Tura, modelo y contetulia de programas de sexo en la radio, que se había quedado con el sujetador al aire durante su tórrida danza, corrió a buscar la chaqueta abrochándose la blusa, avergonzada. Algunas chicas se abrazaron a sus amigas con cara de funeral, muchos se abalanzaron hacia la barra a reponer sus copas para darse tiempo a digerir la noticia, y alguien gritó que subieran la música, pero el calvo parecía haber desaparecido. Busqué con la mirada a Tito Ros por la pequeña sala atestada y lo localicé al borde de la tarima desde donde la Redondo acababa de arrojarlos a la pena. Abrazaba a una jovencita rubia a la que, de espaldas como estaba, con la cabeza hundida en su sobaco, no pude identificar. Él también me miró para lanzarme un gesto de «ya ves en lo que estoy, espera un poco», y no sé cómo, un instante después, yo también tenía a una mujer entre los brazos, «invítame a algo, sácame de aquí, bésame, joder, haz algo», e hice lo más fácil en ese momento, comérmela a besos sin ni siquiera pararme a mirarle la cara. Luego vi que era una chica dura, y que cuando no estuviera tan desencajada podría resultar incluso guapa. En cuanto al sentir general, conseguí mantener mi decisión primera de no pensar en ellas ni sufrir durante las siguientes horas, y creo que fue esa frialdad serena la que mantuvo pegada a mí a la chica que besaba con el alma en vilo.

Los transeúntes que pasaban aquel mediodía de viernes por la calle de Vilamarí, frente al parque, de camino a sus casas a comer, se pararon a contemplar el desfile de zombis que la persiana entreabierta del Wild Horses vomitaba lentamente a la acera. Es lo que me contaron después, porque a esas alturas yo, de nuevo, había perdido la conciencia tras veinticuatro horas, desde las cervezas compartidas con Pilar Serra, sin parar de beber. Por lo que dicen, no parecíamos la típica panda de fiesteros reenganchados que

abandonan los *after* los domingos a la hora de comer, pálidos, con las mandíbulas desencajadas y los ojos asimétricos, tampoco cuadrábamos con ellos en edad ni indumentaria, sino más bien una procesión, la comitiva de velatorio conjunto que las tres muertas no habían tenido. Tito Ros, que nunca ha pecado de poético, aseguraba que la estampa era más bien la de las víctimas de un terremoto saliendo de los escombros de un hotel tres estrellas venido a menos, pero él estaba demasiado enfadado por la desaparición de su chupa como para ser objetivo en el retrato. Precisamente fueron sus impropiedades los que me despertaron.

Me encontraba acostado en una habitación que no reconocía, por la ventana entreabierta se colaba la luz amarilla de una farola casi adosada al edificio y alguien dormía al lado. Ejercicio de conciencia número 1: el pulso me golpeaba el cráneo desde el cerebro con intención de echarlo abajo, tenía todos los músculos del cuerpo peor que si hubiera corrido una maratón, y en las piernas esa sensación de las resacas duras, que parecen llenártelas de arena, como si por las venas circulara lodo y cada muslo fuera un *punching hall*. Ejercicio de conciencia número 2: abrí los ojos solo una ranura para echar una ojeada a la situación sin ser descubierto por mi acompañante de cama, en caso de que no durmiera, y pude ver una preciosa pierna larga de señora saliendo del barullo de sábanas y colcha. Inmediatamente se activaron el cerebro y los sentidos, que en un visto y no visto centraron mi desconcierto. Era de noche, y deseé que se tratara de la noche del viernes y no de la del sábado. Estaba en casa de Tito Ros, lo supe por el fuerte olor a pintura fresca que casi más de un año después de inaugurar el piso no había manera de eliminar, él decía que porque en esa casa no se cocinaba. La chica que ya ronroneaba a mi derecha tenía que ser aquella en cuya boca me había instalado por la mañana, no sabía cuál, una mañana, todavía dentro del Wild Horses, solo que no podía recordar su nombre, si es que lo había sabido, ni siquiera su cara, y tampoco me atrevía a mirarla. Agradecí mentalmente al amigo el haberse hecho cargo de mí y a la chica haberme acompañado, o quizá su

estado a la salida había sido el mismo que el mío, y entonces había que agradecerle a Tito doblemente la labor. Meter a un tío beodo en un taxi suele resultar trabajoso; para una pareja, hace falta lo peor: que el taxista te eche una mano.

Dudé. Podía intentar un avance con la propietaria de los labios hospitalarios o salir a apoyar con mi presencia los improperios que Tito no dejaba de lanzar contra los ladrones de chupas. Opté por una cerveza. Me hacía mucha falta, y además no tenía claro si mi papel en el camino había sido lo bastante desastroso como para recibir un rechazo para el que no estaba ni física ni anímicamente preparado.

—Qué pasa, tío. Vaya dormidita, ¿eh? —Ros fumaba envuelto en una bata de cuadros fuera de lugar y de año que parecía sacada del remate de un geriátrico—. Alguno de los hijos de puta modernos de ayer me robó la chupa, ¿entiendes? La chupa, no tengo otra ni quiero otra, mi chupa naranja de cuero, la perdición de todas las guapas de la noche. —Me pareció que ya, o todavía, estaba un poco bebido.

—¿Cómo me porté?

—Como un hombre, no te preocupes. Esperaste a estar en casa para morir en la cama, pero no me atreví a facturarte con la compañía que llevabas, por si las moscas. Ya me di cuenta de que se te había ido el santo mucho antes de coger el taxi. A propósito, no tuve alma para mandarla a paseo. No sé qué os lleváis entre manos, pero se empeñó en meterse en la cama contigo a llorar y ahí la dejé, hecha un mar de lágrimas. ¿Qué tal?

Yo qué sabía. Lo más seguro es que la mujer se hubiera pasado un rato derramando lágrimas sobre mi cadáver y luego se hubiera quedado dormida harta de esperar alguna respuesta. Nada olía a que hubiera habido sexo, así que me encogí de hombros y fui hasta la cocina en busca de un par de botellas de cerveza. Encontré, además, una lata de berberechos y un poco de queso, lo necesario para empezar.

—¿De qué conoces tú a esa fiera? —hizo un gesto con la cabeza hacia el dormitorio desde el que ya empezaban a llegar sonidos de vida, y le indiqué con la mano que bajara la voz.

—De nada —contesté en un susurro—. Por lo que veo, tú sí, y está claro que o yo he alternado con mucha menos gente de la que creía o tú no has hecho otra cosa en los últimos treinta años. ¿Quién es?

—Has estado consolando nada menos que a la monumental Eva Sacaluga, en sus tiempos uno de los mejores cuerpos de la noche barcelonesa y ahora consorte en la dirección de una influyente productora de la tele. ¿Te acuerdas del reportaje con cámara oculta sobre transexuales para fiestas privadas de alto copete? Aún debe de andar con pleitos.

Lo último que me apetecía era enfrentarme a una chica con carácter, guapa, fea, tuerta o reina de los mares, menos aún si además era inteligente. Pero no me dio tiempo a más pensamientos fúnebres porque en ese momento asomó ella por la puerta, vestida y peinada como si no saliera de la misma leonera que yo había abandonado un rato antes. Me dio un punto de vergüenza comprobar que, efectivamente, no me acordaba de su cara, me dio vergüenza no haberme fijado más en ella y, cómo no, haberme encamado con un cuerpo semejante en mi estado. Hacía ya tiempo que había decidido acabar las noches solo para que no me ocurrieran cosas como esa. Como si me estuviera leyendo el pensamiento, me aguantó sonriente la mirada el tiempo suficiente para acabar de desarmarme, casi nada, y luego se acercó a Tito, lo besó en la mejilla y le dio las gracias por el préstamo de la cama.

—Ríete de los de Alcohólicos Anónimos, lo de ayer sí que fue una terapia de grupo en toda regla —dijo mientras agarraba mi botella de cerveza para echar un trago. Estaba ronca o tenía voz de travestí. Muy muy *sexy*—. Qué pasión. Ni en los conciertos de los Rolling. Ni en los viejos mítines de Felipe. Hay que ver el poder de convocatoria que tenían nuestras amiguitas.

Acercó la única silla que quedaba en el salón a la mía y se sentó como si de verdad tuviéramos algo que ver, hasta el punto de hacerme dudar de nuevo sobre lo sucedido en la cama. Cero recuerdos, blanco resaca. Atacó Tito:

—¿Tú venías de parte del novio o de la novia? —Y ante la falta de respuesta—: ¿A cuál de ellas llorabas?

Me pareció tan duro que carraspeé, y me hubiera levantado de haber sabido adónde ir, pero en la cocina no quedaba ya más bebida y tampoco quería perderme, aunque corrido, la escena.

—Muy ingenioso, gitano. ¿Nos las repartimos? Yo me quedo con Sara, la única que no debe de haber pasado por el purgatorio. Lo llevaba puesto.

—¿Conocías a Sara Pop? —intervine sin haberlo decidido; la pregunta salió sola e inmediatamente supe adónde quería ir a parar.

—Pobre niña. Trabajaba de puta madre, pero le perdían los jefes. Y luego todo era deshacerse en disculpas y remordimientos. Pero mira, no le iba mal, la vía vaginal siempre acaba dando sus frutos. —Se volvió hacia Tito compartiendo con él algo que yo ignoraba. Le brillaba en los ojos el desafío—. Lo digo por experiencia, claro.

—¿Y a Ulrike, conoces a su amiga Ulrike? —Yo iba a la mía, erre que erre, allá ellos con sus asuntos. Mis queridas muertas habían vuelto y las recibía con alegría, con un entusiasmo familiar.

—Mira este, ¿tenías tú algo con Sara o qué?

—No, nada, pero querría conocer a Ulrike porque me han hablado de ella y porque fue la última que la vio con vida. No es interés morboso. —No quedaba cerveza y yo necesitaba cerveza para despegar la lengua del paladar y seguir hablando con Eva Sacaluga mientras ella me ponía la mano en la pierna, para que no me la quitara, nunca jamás, para llevarla siempre pegada a la altura del muslo, por favor, y porque había vuelto a ser el portavoz de mis amores muertos y ya no iba a dejarlas hasta saciar la pequeña curiosidad que me había llevado a conocerlas, tan tarde—. La explicación es larga y a estas alturas ni siquiera creo que merezca la pena. Quiero hablar con la tal Ulrike. Lo antes posible.

—Te cambio la información por más besos. —Me tenía el corazón cogido por los huevos. No parecía una fiera; alguien capaz de pedir besos con resaca a un desconocido da la impresión de todo lo contrario. Tito había desaparecido sin que me diera cuenta, seguramente camino de la ducha. En mi cabeza, la imagen de la chica anuncio de la quincena de la lencería de El Corle Inglés se movía queriendo salirse de la página mientras Amalia y Estrella bebían vasos largos en una barra infecta. Y ella no se daba por vencida, como si me conociera—. Son las doce y media, todavía llegamos a cenar algo por ahí y luego me acompañas a casa en taxi. No te preocupes, no te estoy pidiendo que te quedes, solo que me acompañes a cenar y a casa. Me duelen todos los huesos.

—¿Qué día es hoy, viernes o sábado? —Quería acompañarla, claro que sí.

—Es viernes, nos hemos acostado esta misma mañana, o a lo mejor ya era por la tarde, pero tú llevabas demasiado de todo en la cabeza como para darte cuenta.

—Empiezo a deberte muchos besos ya.

Me levanté mientras pronunciaba la promesa y me vestí sin pasar por la ducha. Solo esperaba que Eva Sacaluga «voz de travelo» no fuera de las que cenan la resaca en locales modernos.

29 de abril. 18.30 horas

Santesmases, el jefe de Cultura, se levanta de la reunión de redacción hecho una furia. La cosa debe de haber estado tensa, porque a través del cristal que separa, en la sala de reuniones, a los jefes de área del resto de los mortales se ha podido ver al director de pie gesticular como un energúmeno, cabeceando y mesándose el poco pelo que le queda. Esas funciones teatrales suelen llenar la redacción de una electricidad histérica que impide a los periodistas trabajar. No se puede seguir con un texto cuando no sabes si tu sección se va a ir a la mierda media hora después, protestan unos, y los otros asienten. En la pecera, todos los reunidos excepto el vociferante han bajado la vista, así que es imposible saber con exactitud quién o qué le ha provocado tal berrinche al pope. Hasta que Santesmases, jefe de Cultura, abandona la sala con los puños cerrados y desde la puerta grita: «¡Ayerdi, Tapia, Klein, joder!, ¿podéis dejar de hacer lo que estéis haciendo, si es que alguien hace algo aquí, y prestarme unos minutos de vuestro valioso tiempo?». Un silencio repleto de sonrisas, puro veneno, acompaña el paso de las tres víctimas hacia el despachito del fondo, un cubículo también transparente presidido por una enorme foto de U2 con Bono en primer plano, melena al viento.

«Vosotros debéis de ser imbéciles o funcionarios o las dos cosas juntas, que vienen a ser lo mismo. A ver si alguno de los tres me puede resolver una duda para que yo sea capaz de ofrecer una respuesta convincente al jefe y salve mis cojones. ¿Se puede saber por qué coño no hemos pedido una entrevista con Linda Gangstey? ¿Os suena el nombre o tengo que poner la radio para que os

enteréis de quién estoy hablando? ¿Es que os creéis que aquí publicamos un periódico para las élites culturales de Kazajstán o qué? Mañana *El País* abrirá la sección con una entrevista a la Gangstey a toda página, y me juego un huevo, si es que para entonces me queda alguno con yema, a que le dan la foto de portada, y nosotros, ¿qué, eh, qué? ¿Qué meto yo, la de Mandela? Pero, a ver, ¿qué coño creéis que quiere la gente, qué pensáis vosotros, oh, mentes preclaras de la alta cultura, que les interesa más a nuestros lectores, un anciano contando lo mismo que ha dicho cuarenta veces o la top más potente que ha existido desde que se inventó la minifalda, que para más inri me acabo de enterar de que se ha metido a actriz y va a ser el bombazo de la temporada? Porque esa es otra, ha tenido que ser Gallo, un puto analfabeto de deportes, el que diera la noticia de lo de la película, pero, claro, como yo solo trabajo con listillos de versión original...». Ana Tapia y Álex Ayerdi, bregados en esas lides, intercambian una mirada de resignación mientras la pobre Anuska Klein, una becaria cuyas tetas le han granjeado un puesto discreto en la sección de Cultura, ve peligrar la publicación de su primera entrevista importante, que no ha dudado en calificar con orgullo entre sus amigos, todos parados, como el encuentro de su vida, un cara a cara de diez minutos con Nelson Mandela, es decir, una semana de documentación, una noche sin dormir y un día entero con diarrea y palpitaciones. Tiene a sus padres y a la abuela tan emocionados que incluso proyectan una cena de celebración para el día siguiente, con la entrevista ya impresa, así que por más que se esfuerza no puede evitar que se le llenen los ojos de lágrimas. «Vosotros, vosotros dos, sí —brama Santesmases al verla dirigiéndose a los veteranos—, lo que pasa es que sois un par de cabrones, mecagüen san dios... así que además le pasasteis el marrón a la niña. O sea, que no era suficiente despreciar a la Gangstey, sino que además la puta pieza que me queda va firmada por una becaria. ¡Esto ya es la leche!».

Ana Tapia, eterna aspirante al puesto de Santesmases, piensa: Si tú te enteraras de algo alguna vez, si no fueras un cateto integral y

peludo, a lo mejor las cosas irían de otra manera, pero, claro, el señor Santesmases debe de ser de los Santesmases de toda la vida, y come con ministras, tiene casa en el Empordà, casa en el Pirineo y chacha filipina de las de antes; el señor Santesmases ha nacido para ser jefe de Cultura a pesar de no haber abierto un libro en su vida, jódete y ojalá pierdas los huevos. Ayerdi, que se la sabe de memoria, intenta lanzarle una mirada suplicante para que no eche más leña al fuego, lo martiriza un dolor ácido de cabeza. No ha pegado ojo tras el episodio de la paja callejera, y piensa que si no se toma inmediatamente una cerveza fría caerá redondo. A esas alturas tiene claro, además, que el marrón acabará siendo suyo. «Nadie nos ofreció la entrevista a la Gangstey —explica ella con una exasperante tranquilidad que no es fingida—, así que dimos por hecho, como por otra parte era de suponer, que no concedía audiencia... pero el asunto con los medios lo lleva tu amiga De Pablos, así que igual lo puedes arreglar con una llamada, o al menos preguntarle qué ha pasado y por qué tu colega Juanjo sí tiene su pieza para mañana». Tocado y casi hundido, con los nervios de punta, el jefe tira, tal y como se temía Ayerdi, por el único pasillo que aún ofrece una puerta abierta. «Álex, escúchame bien, y no voy a aguantar excusas ni una letra menos de lo que pido. Quiero saber donde ha comido hoy la Gangstey, cuáles han sido el primer plato, el segundo y el postre, si ha bebido vino e incluso el número de licencia del taxi que la ha llevado al restaurante. Quiero saber con quién ha pasado cada hora desde que aterrizó en el puto aeropuerto del Prat, si ha dormido la siesta, si usa pijama, cuántas veces se ha cambiado de ropa y de zapatos. Quiero declaraciones del camarero que le ha servido la mesa, que te cuente a qué olía, y una entrevista con el cocinero, el dueño del local o la puta madre que los parió. Quiero titular "La Gangstey huele a orquídeas salvajes, firmado: el camarero". Son las siete menos cuarto. Espero hasta segunda edición. Mantendremos en primera la entrevista con Mandela, pero tú vas a entregarme antes de las doce de la noche una crónica pormenorizada, morbosa y caliente que convierta la entrevista de *E/*

País en un cuento para colegialas. ¿Me vas a hacer el puto favor?». Ayerdi no lo mira porque acaba de sacarse el móvil del bolsillo y ya está buscando un número en la agenda. Se pone de pie, «haré lo que pueda, pero no me pidas milagros a estas horas», y abre la puerta del despacho. «Llama a todo el que se te ocurra, remueve Roma con Santiago, pero no me jodas», zanja Santesmases ya con un deje de sosiego en la voz y las oraciones puestas en el móvil del cronista. Este encuentra por fin lo que buscaba, en la te, «taxista», aprieta la tecla de llamada y le dice a su superior desde el quicio: «Estoy con el móvil en la oreja, ya ves que no pierdo el tiempo».

Capítulo XI

El Chicago Pizza Pie Factory está casi enfrente de La Pedrera, entre el paseo de Gracia y la calle de Pau Claris, otro antro de los míos para el que resultó evidente que Eva Sacaluga no estaba preparada, pero yo llevaba más de veinticuatro horas sin ingerir alimentos, tenía una resaca dolorosa y lo último que iba a permitir era que ella me metiera en algún local que jugara a su favor. En la semioscuridad de aquella pizzería pseudonorteamericana con las paredes forradas de anuncios institucionales del ayuntamiento de Chicago por lo menos me sentía lejos. ¿Lejos de qué? De todo menos de mis chicas muertas.

—Ya está. El asesinato de las tres mujeres del Paradís me ha mandado al carajo la capacidad de frivolidad. Sé que dicho así resulta rimbombante y teatral. No me importa. Se ha terminado un juego e intento entender si es el suyo, el de los anormales, o el mío, el del parásito. Ahora ya no me hacen gracia. —Estaba más enfadado de lo que me había percatado hasta el momento, era un cabreo íntimo e inexplicado—. Han empezado a morir, cosas que pasan. Pero han empezado a morir sin ser capaces de haber dado nada, sin dejar más restos que una muchedumbre de adultos dispuestos a drogarse en un *after* todos juntos como si fueran adolescentes. ¡Joder! Ahí está el final del juego que yo andaba buscando, lo representasteis todos, lo representamos, solo que de nuevo yo estaba allí de pipa. Esos pequeños anormales domésticos, esos que vemos todas las noches luchando contra la edad y los compromisos, esos que hasta hace nada resultaban maravillosos,

divertidos, impertinentes, proyectos de pensamiento o creación, se me han quedado en nada, señora, con la muerte de mis tres amigas recientes. Dejar que tu mujer reciba un tiro sola, ciega, ya muerta de antemano, permitir que la intensa soledad de Amalia se busque la ruina bajo un camello armado, ver cómo la joven Sara Pop se emputece de empresario en empresario es algo que puede suceder, sí, pero a cambio de otro algo, de alguna cosa que dé sentido a esas muertes y a esas actitudes. Y aquí parece que los únicos que ganan son los que sobreviven, la Susín, la Serra, los clientes...

—¿Son así todos tus bajones o es que eres un depresivo?

—Y yo qué sé. Mira, no tengo ni idea de qué haces aquí conmigo, así que tampoco sé por qué debería callarme todo esto. Te ha tocado. Los anormales deben dar sus frutos, pagar su tributo también ellos por la vida que llevan, antes de que los primeros empiecen a morir. Puede incluso que su único rastro sea la destrucción, o la autodestrucción, pero debe ser al menos ese.

—Creo que estás cabreado sencillamente porque no le encuentras ningún sentido a la muerte de las chicas, pero ¿qué sentido quieres encontrarle?

Un sentido. Estaba hablando como un autómatas, sin pensar las palabras, y seguramente Eva tenía razón al nombrarme el bajón depresivo que queda tras el ciego. ¿Era eso lo que yo quería, que la muerte tuviera sentido? Podía ser.

—Todos esos personajes que encuentras tan irritantes sencillamente llevan sus vidas de la forma que mejor les parece. — Siguió. Estaba tan guapísima que daba vértigo—. No sé quién eres tú para pedirles cuentas de lo que sucede o deja de suceder. ¿O es que esperas algo de ellos?

—¿Algo de qué?

—Quizá que ellos hagan lo que tú no consigues hacer...

—En realidad, ellos tenían que ser los escritores, los críticos, los artistas, los creadores... Perdóname la expresión, tenían que ser los intelectuales de esta época de mierda, ¿no? Llevamos tiempo,

debería decir, llevo tiempo esperando... y ahora ya empiezan a morir. Creo que esta es mi rabia.

—Oye...

—Déjame. Sufro un ataque súbito de gilipollez.

—*Shut up!* ¿Te das cuenta de sobre quién estás hablando? ¿En serio esperabas no todo eso, sino siquiera algo de semejante panda de majaras toxicómanos?

—No me interrumpas. Ellos representaban toda transgresión, la única transgresión. Ellos, los anormales. ¿Por qué no depositar en ellos la esperanza? Ya, por el tipo de vida, claro. Su tipo de vida... Desvarío. Escucha, creo que se trata precisamente de eso, de la mínima transgresión, qué triste, de la mezquindad que demuestran a la hora de elegirla. Con estas muertes tan miserables... Nada de nada, juegos malabares con pequeñas huidas de la realidad en forma de gamberreo, nada de jugarse la cara. Mueren, sí, pero sin ni siquiera jugarse la vida. Las mejores cabezas de mi generación, ja, destruidas por la locura, ja, por un pistolero. No te jode. Y ni siquiera eran cabezas. Aun así, puede que representen lo mejor. De entre los que juegan. Un juego, es a lo máximo a lo que aspiran los transgresores.

—*Amore, amore...* —Desde sus ojos grises guiñaba de repente la bestia aquella que Tito Ros había mencionado, un instante de exactitud medida, lo justo para que pudiera más la incertidumbre, y después, nada—. Me parece una teoría más que discutible. En cuanto a la elección de tus héroes de barrio, no solo me parece subjetiva: completamente, *I'm sorry*, com-ple-ta-men-te imbécil.

—Ya, pero es la mía.

El restaurante estaba repleto de parejas jóvenes que comían sus enormes *pizzas*, olía a mantequilla tostada y a orégano. Yo estaba allí sentado con una mujer imponente que esperaba mis besos y solo se me ocurría hablarle de absurdas *rayaduras* de coco y pedir un par de *pizzas* picantes.

—A lo mejor es que tú no lo sabes, pero eres un vengador agazapado —recuperaba el tono de broma que no deberíamos, que

no debería haber abandonado. Un destello de nuevo, pero esta vez sin fieras, inteligencia solo—. Si lo que necesitas es simplemente conocer a Ulrike, mañana mismo te presento a Ulrike y se acaba el asunto. Pero si lo que quieres es vengar la muerte de esas chicas por la razón que sea, vas a tener que desempolvar máscara y agenciarte una espada para dejar tu marca en la frente de los malos. Mientras tanto, más vale que lleguen pronto las *pizzas* o voy a acabar con el queso rallado.

Salimos del local satisfechos de *pizza* y Coca-Cola y, en lugar de tomar un taxi, decidimos empezar a andar hacia el norte de la ciudad, en dirección a su casa. La noche, ya casi veraniega, me deparaba compañía inteligente y la posibilidad de disfrutarla serenos. Había pasado demasiado tiempo, más de un par de años, desde la última ocasión que tuve sensaciones similares. En ese momento me habría mostrado ante aquella mujer que caminaba a mi lado agarrándome la mano con fuerza, tenía ganas de hacerlo, de dejarme llevar y abrazarme a su cuerpo hasta el vacío. Eso era lo que me apetecía de verdad. Una insensatez. No era sexo lo que me estaba pidiendo el alma, sino algo mucho peor. Lo peor. De repente tenía nostalgia del enamoramiento, tan lejano, pero yo había renunciado al enamoramiento hacía ya mucho tiempo, la última vez que hice el ridículo. Enamoramiento y ridículo, de nuevo, dos conceptos indisociables.

¿Y ella? ¿Qué coño quería Eva Sacaluga de ese paseo nocturno? ¿Qué me pedía cuando reclamaba besos? Llevábamos ya más de un cuarto de hora en silencio. O la besaba por fin o me largaba. Paré un taxi. Subió sin pedirme explicaciones, dio una dirección de Horta y el taxista nos acercó hasta una casita de dos pisos en la zona antigua del barrio, donde aún quedaban las torres construidas a principios del siglo pasado. Me miró:

—¿Vienes?

—¿Cómo puedo encontrar a Ulrike? —No iba a salir del vehículo, y ella lo sabía.

—¿Te llevo yo mañana o te doy la dirección?

—Mañana, no. Llámame el lunes por la mañana al periódico.

Salió sin volver a mirarme y le di al taxista mi dirección. Aunque no sabía si quería meterme en casa, al menos ya estaría en el centro. Zona amiga, territorio apache. No me sentía satisfecho de mi comportamiento, pero sobre todo tenía la sensación borrosa de que algo se me estaba escapando. Con el tiempo me he convertido en un tipo huraño, mi aspecto no es amable, ni aseado, ni atlético, ni moderno, más bien parezco un pajalarga sacado del cajón de los recuerdos de hace un par de décadas. No quiero que las mujeres se me acerquen, y ellas, más listas que el hambre, lo saben sin ni siquiera tener que ponerme la vista encima. Ya tuve mi ración. Como aquellos alcohólicos que, para disculpar su negativa a la bebida, arguyen: «Es que ya he bebido todo lo que me tocaba en esta vida». Como si después fuera a venir otra vida en la que empezaran desde cero, repleta de licores amables, copas largas, vasos con hielo. Como si en una existencia posterior volviera a haber mujeres. ¿Por qué, entonces, se me ponía una tentación semejante delante de las narices, con su olor a hembra inteligente, a cabeza compasiva y a capacidad para pequeñas perversiones deliciosas? En algo había fallado, quizá un descuido en mis gestos fruto de la convivencia de los últimos días con mis muertitas. Entré en casa calculando en qué tenía que poner más cuidado y deseando ponerme en remojo. Faltaban pocas horas para que amaneciera el sábado, y llevaba desde el jueves por la mañana sin probar el agua, en ninguna de sus acepciones.

No tenía sueño y la ducha había acabado de despejarme del todo. Pensé que era jugar sucio salir a la calle a las tres de la madrugada completamente sereno y con el espíritu lleno de Coca-Cola y me hizo gracia. Iba en busca de Ayerdi.

Antes de salir, intenté trazarme una ruta de bares que recorrer y fui incapaz de llegar al tercero. El tiempo o la ciudad misma se han encargado de borrar del mapa los locales referentes para gentes de la edad y el talante de Ayerdi, aunque quizá hayan sido sus propios protagonistas los que desertaron. Por el centro, en los alrededores

de la plaza Reial, quedan cuatro o cinco garitos de los de toda la vida. No valen, ya nadie los frecuenta; recorrer el Chino con alguien como Tito Ros, que no se ha movido de allí, es una cosa, y hacerlo solo otra muy distinta. Me di cuenta por primera vez de que no tenía ni idea ya de dónde tenía que ir por la noche, yo solo, para encontrarme con gente conocida, siquiera similar, y me sentí viejo. No habían desaparecido los locales, no era que ya las gentes que trasnochaban hubieran cambiado de costumbres. Barcelona no se había convertido en un Tokio de película compartimentado en cabinas de uso individual. Solo era que yo estaba fuera de lugar.

Aun así, sabía adónde ir. Aquella madrugada de sábado recorrí el camino de los clubes nuevos donde modernos pinchadiscos aseguran crear ambientes electrónicamente propicios, supongo que para los entendidos o para cabezas de última generación. Me habían aconsejado buscar por ahí al periodista, y, efectivamente, di con mi hombre. En dos ocasiones, en diferentes locales, lo encontré, pero demasiado dentro de sí mismo una vez, y dentro de una piolinda en sujetador, otra, como para abordarlo. Su aspecto desaliñado rozaba la suciedad, y su estado mental estaba mucho de estar centrado. Tanto solo como en compañía de la chica, danzaba un éxtasis electrónico sudando, se sudaba.

No habían dado las cinco de la mañana cuando lo localicé por primera vez en uno de los clubes tecno de los alrededores de las Ramblas. Bailaba en una pista minúscula donde cuatro jovencitos flacos se mecían. Una punzada de lástima me sorprendió y salí a buscar alguna cerveza amiga de última hora. No me importaba perderle la pista. Ya sabía que estaba fuera y lejos. Yo seguiría mi noche tentando alcoholes tardíos e intentaría no pensar en la pena. Pero volví a encontrarlo un par de horas después en un *after* dominical, y el puntillo de tristeza aquel se centró y tomó contorno exacto. Ayerdi parecía mucho mayor, es decir, de repente, era un adulto rodeado de chavales que intenta seguir un ritmo que no conoce, brillante de sudor, jadeando, con el pelo mojado delatando una calva incipiente. Una lolita siglo XXI con coletas le caracoleaba

los costados con la blusa atada a la cintura y un sostén de nada, oscuro, al aire. La figura de Ayerdi se me aislaba del resto y se hacía más patética. Me refiero a que no conseguía ver a la vez al periodista y el entorno, unirlos. La sensación era parecida a la de las películas antiguas en las que el protagonista va en un coche y tras él discurren imágenes evidentemente falsas, tomadas en otro lugar y en otro momento. Así estaba él allí, con toda aquella parafernalia de música y jóvenes pastilleritos desfilando por detrás, solo que en este caso ellos eran los reales, y Ayerdi, la imagen proyectada sacada de alguna remota grabación.

29 de abril. 19.00 horas

Por fin aparece Ulrike. Sara Pop ya se ha olvidado de su nuevo *look* y tarda unos minutos en entender el silbido y la cara de admiración de su colega. Está demasiado cabreada para agradecer los elogios a su nuevo tinte blanco plata, un ojo de la cara, tras cerca de una hora esperando en el portal de la Via Augusta, sintiendo cómo el humo del tráfico, la humedad de Barcelona, el asqueroso espacio exterior en general, van descomponiendo un maquillaje que le ha costado otro ojo, el equivalente a un par de gramos de cocaína. «¿Tú estás loca o qué? ¿No sabes contestar al móvil? Tía, te vas a ir a la mierda, estoy de los nervios, creía que te había pasado algo, tía, no sé ni por qué te he esperado, porque el taxista se ha retrasado, que si no, te vas a la puta cena tú sola». No se puede estar una hora de pie en un portal vestida con tus mejores galas, la espalda enmarcada en rojo al aire, con tacones de palmo, al final incluso colocada, y además resultar comprensiva, así que Sara intenta no prestar atención a los perdones que sin demasiada pena le pide su amiga. «Tía, he tenido que entrar en “la Caixa” de enfrente para meterme una raya, ¿tú lo encuentras normal, estando en el portal de tu casa?». La otra se echa a reír. Tiene ese aire soñoliento y satisfecho que suele sacar de quicio a Sara, pero en esta ocasión, al verla a cuatro palmos, dentro del ascensor, la encuentra demasiado guapa para echarle nada en cara. Ulrike es una mezcla perfecta, hija de madre alemana y padre africano, negro oscuro. Como si alguien hubiera estudiado las dosis exactas escondidas en los extremos de las razas para dar a luz a una criatura excepcional. De color bronce, luce piel de caramelo, ojos enormes azul pardo, nariz ancha de

grandes agujeros y una enorme boca pura fruta. Ulrike no parece una mujer mulata, sino un dibujo vibrante coronado por una eléctrica melena azabache. Lleva unos vaqueros de tiro bajo y una camiseta negra dos tallas por debajo de sus dimensiones cuya tensión mantiene en vilo un par de tetas de otra época. Sara sabe que la amiga es incapaz de darle importancia a su enfado, piensa que con unas tetas como esas ella también se dedicaría a vivir tranquilamente. Con unas tetas así, nunca falta el alquiler ni puede preocuparte el futuro.

Entran en el caótico piso, que las recibe con todas las luces encendidas. Ulrike las mantiene así incluso para dormir, y desde luego, cada vez que sale de casa se preocupa de que en cada habitación quede al menos una bombilla encendida. La aterra la oscuridad. Eso, y permanecer sola en casa, el silencio, cruzar plazas y calles amplias, las escaleras de los inmuebles sin ascensor, los aparcamientos, las puertas cerradas, los niños desconocidos de ojos claros, los objetos ordenados, el bosque, los repartidores de mensajería... «Si tienes toda la casa en orden, inevitablemente te das cuenta de si ha entrado alguien —le explica por enésima vez a Sara, recriminándole la pulcritud de su estudio—, y yo prefiero ahorrarme el susto. Si alguien ha entrado, no quiero enterarme, prefiero morir de golpe que de un infarto». «Pero ¿quién puede entrar, si solo tú tienes llave?». Y Ulrike se vuelve con cara de espanto y sorpresa: «Cualquiera, tía, cualquiera, tú no sabes cuánta gente mala hay suelta por ahí, cualquiera puede querer entrar en tu casa a robar, ojalá sea solo a robar, o a cosas peores. Hay que dejar las luces encendidas, y a poder ser, un aparato sonando, nada de música clásica ni bandas sonoras, me dan terror, lo mejor es *reggae*, hip hop, o algo así. Lo que pasa es que tú eres una confiada, pero me juego el careto a que por lo menos hay cuatro o cinco tíos que te tienen clichada, que te ven entrar en casa todos los días y piensan: “A esa guarra me la cepillaría yo”, incluso puede que sean vecinos tuyos, ¿te has fijado bien en tus vecinos? No hace falta que sean jóvenes ni solteros ni que se parezcan a Hannibal Lecter; cualquiera

sirve, y a veces los padres de familia son los peores. Pues de todos esos que te miran y que ya se habrán hecho más de una paja pensando en tu bonito culo, basta que a uno le dé un día un yuyu majarón y en un plis plas te tiene atada a la cama, rodeada de cuchillas o cosas peores. ¿Pero es que tú no has visto *Seven*? Yo al principio tenía miedo de los muertos, de que se me aparecieran como en *El sexto sentido*, con sus heridas abiertas, a pedirme que les resolviera yo la vida eterna para poder descansar en paz. Por ejemplo, me daba horror pensar que mi muerto fuera a ser uno al que le hubieran sacado los ojos, ¿te imaginas qué palo?, y que apareciera con los agujeros rojos y goteando sangre, o que le hubieran arrancado los dientes, imagínate que intenta comunicarse contigo y hablarte un muerto sin dientes y con las encías destrozadas, y así, pero ya no, tía, ya no, me he dado cuenta de que los peores son los vivos, los hombres vivos. Fíjate lo que te digo, hombres, machos, masculino, men, porque tías majaras hay muy pocas y solo matan a tíos, y generalmente para vengarse por lo que les han hecho. Un muerto puede darte la murga, pero no es un asesino en serie, nunca, esos son fontaneros, farmacéuticos, el que te sube la compra... Ahora el sexo se ha puesto muy extraño, tía, le lo digo yo, que se colocan con cosas muy raras, hasta el más inocente te pide un numerito. Pues eso, que siempre van a más, que si han visto en Internet esto o aquello y que se lo hagas y que hay que montar un escenario. Y de eso a calentarse con un cuchillo en la mano va un paso. Y luego, ya te digo, les da la volada y te abren la tripa. Mira, tía, yo no me fío ni de mi padre, que en paz descanse».

Se han metido en el cuarto de baño y Ulrike mantiene su discurso debajo del agua de la ducha, a voz en grito para hacerse oír sobre el equipo de música del lugar cuya función es paliar el terror que le dan las duchas. «Esa es la ventaja de Curra, que los hombres que te presenta son tíos que no te van a hacer daño, serían idiotas, porque al día siguiente, si no estás muerta, llamas a Curra y le dices lo que te ha pasado. Y si te matan, pues al día siguiente los trincan porque ella sabe quién estaba contigo. Pero no te preocupes, que no

te matan, porque si empiezan a ponerse un poco raritos, tú les nombras como de pasada a la Susín, que ellos ya saben, no son tontos, unos cretinos, sí, pero no tontos, y fijo que se cortan».

Sara Pop la deja hablar fascinada por esa capacidad para imaginar cosas terribles. No ha tenido miedo nunca, y achaca los temores de su amiga a la edad. Ulrike es diez años mayor, y ella imagina que, en esa década que le queda por delante hasta alcanzar la experiencia y la vida que la otra ha acumulado, seguramente le tocará vivir episodios que la hagan más cauta o incluso algún tipo de agresión que la saque de su candidez. Por el momento, todavía recuerda una bofetada que le propinó su padre la primera vez que, a los catorce años, llegó a casa borracha y de madrugada, como la peor muestra de violencia de su vida. «Yo creo —le grita a su amiga desde la taza del váter, mirando cómo se embadurna de crema hidratante de pies a cabeza— que lo que pasa es que estás un poco paranoica, tía. Yo vivo en la calle de Balmes y allí solo hay mamás guapas y gente con prisa, Además, te voy a contar una cosa que dijeron el otro día en la tele, que la droga puede afectarte al cerebro y ponerte paranoica, sobre todo las pastis, así que no te agobies tanto, porque los peligros que te imaginas no son culpa de los locos que andan por ahí, sino de tu cabeza, tía, que es que a veces se te va la mano con las pastis, y las pastis son superparanoicas, tía, yo no sé qué les encontráis, porque no controlas nada y luego pasa lo que pasa... Yo necesito controlar la situación, no me mola nada el rollito ese de flipar en las nubes, ya ves». Y piensa, pero se guarda bien de decirlo, que acabas así, viviendo a los treinta años todavía de la gorda de la Susín, que está bien para un apuro o una juerga loca, pero no para que te controle la vida, ¡a los treinta! Al hilo, se le escapa en voz alta «porque yo quiero tener hijos, ¿sabes?». Y Ulrike, su cuerpo elástico ya cubierto con el albornoz y los rizos negros goteando: «Vale, allá tú, pero hazte una raya en el salón, que aquí se humedece con el vaho».

Capítulo XII

Lo mejor de llegar a la redacción antes de las diez de la mañana es que te reciben las señoras de la limpieza con cara de pasmo. No ceder a la tentación de ejercer de jefe ante ellas, como si fueras un vulgar redactor que las advierte que los papeles no se tocan nunca, son sagrados, cuidado con las anotaciones en pedazos de diario o folio o en sobre, que son vitales, y ustedes, esto comunica el tono sin necesidad de palabras, no tienen puta idea de la relevancia que trastean.

—Pronto empezamos hoy —ellas.

—Pronto, sí —yo.

Lunes de redacción tras la gran dormida de sábado completo y dedicarles el domingo en exclusiva a mis tres difuntas. Falso. Más de veinticuatro horas intentando sin éxito no pensar en Eva Sacaluga, la traicionera sensibilidad de las resacas, cómo todo te llega hasta el fondo atravesando las carnes y el alma abiertas a lo bestia, indefensas. Me comía la rabia por no haberme quedado la noche con ella y la rabia de estar pensando en ella, y le iba a tocar a la fugaz Laurita pagar los platos rotos.

—Adivina quién soy. —Incluso a mí me sonó extraña no solo la expresión, hasta la voz que utilicé para dirigirme a la discípula de Amalia de Pablos.

—¿Nos queda algo pendiente, periodista?

—Estuve hablando con la Serra y me gustaría compartir algunas impresiones contigo.

—Mañana a primera hora de la mañana puedes pasarte por el despacho, pero no te hagas ilusiones. Te tengo que dejar ahora. — Nada más.

Casi pude ver salir del auricular el cuello de garza de la chica estupenda. Estaba claro que en cualquier partida rápida ella tenía las de ganar, semejante entrenamiento para las distancias cortas. Si su maestra en el arte del amago había sido mi querida Amalia, bien por ella de nuevo. Resultaba rotunda, parecía invencible. Tanto que, antes de pensar cuál era el siguiente paso, preferí acercarme hasta la máquina de cafés para restablecer la confianza perdida tras no haber sido capaz de sorprender, qué sorprender, ni siquiera de provocar un titubeo en la chavala. ¿A qué estaba jugando yo ahora? Me había pasado el domingo entero contando las horas de espera hasta la llamada de la mujer ante cuyos besos interpose un taxi ordinario y todos mis temores. Ella era la culpable de que acabara de concertar una cita con Laura, a quien decididamente no tenía ningunas ganas de volver a ver. La había llamado inventando trámites en los que ocupar el tiempo hasta que Eva diera señales de vida, pero lo único que podía decirme miss Ice, que mintió y que ya se había encargado de atarlo todo con la Serra, yo ya lo sabía. Cayeron todavía otros dos cafés infectos, pero cuando sonó el teléfono, aún estaba desierta la redacción del diario.

—Hola, vengador. —Joder, esa voz con la cara más preciosa, ese timbre de travestí me volvía loco, el apelativo recuperaba la broma en el punto en el que la habíamos dejado, pero en su tono no quedaba ni rastro de todo aquello.

—¿Dónde nos vemos?

—No tengas tanta prisa ahora. He hablado con Ulrike y tiene un rato para estar contigo hacia las siete de la tarde. Antes que nada, te advierto que no le apetece una mierda este encuentro, y que si lo hace es porque me lo debe, y con esto no quiero decir que tú me debas nada, ¿vale?

—Vale, entendido. A las siete, ¿dónde?

—A las seis te llamo. Dame tu móvil y ya te diré algo más concreto. Estaremos por los alrededores del Boulevard Rosa, en la rambla de Catalunya.

Se lo di.

—¿Todo bien?

—¿A ti qué te parece?

Colgó sin esperar respuesta dando por hecho que yo entendía sus razones, y claro que las entendía, o creía entenderlas, pero no me encontraba en disposición de darme tregua. Demasiada emoción. Hasta que colgué el teléfono no me di cuenta de que lo que me tenía atenazado y descolocado era la posibilidad de que no llamara, la casi certeza de que no lo iba a hacer. Pero sí, había llamado, Eva Sacaluga me tenía tan en cuenta como para esperar hasta el lunes, buscar el teléfono de mi periódico y marcarlo. Tanto como para molestarse en buscar a la amiguita de Sara Pop y ponérmela en bandeja. Con el ánimo alimentado, salí del periódico rumbo al taller de Estrella Sánchez, sintiéndome implacable, qué idiotez.

Un chaval que era la imagen misma que yo me había construido del Juan Marsé chaval haciendo de orfebre, guapetón, achulado y serio, me recibió en la puerta del taller de mi muerta treintañera. Vestía una bata azul marino salpicada y raída, y sus ojos eran también los del personaje que uno esperaría encontrar en las páginas de una novela años cincuenta, tristes y pardos. Todo eso, solo que en ecuatoriano o peruano o algo así.

—Hola, ¿puedo hablar con el encargado? —Me sentí miserable por ir a hurgar sin aviso, a traición.

—Sí, un momento —contestó sin inmutarse.

Un hombre entrado en los sesenta apareció en el quicio frotándose las manos a la manera de los jesuitas. Alzó la cara como quien levanta un peso y me quedé colgado de una cicatriz azul que le surcaba la nariz desde la ceja hasta uno de los orificios. Azul cobalto.

—Estamos de remate, usted perdonará. —Sus gestos eran decididamente católicos, tenía algo de figura de El Greco: los rasgos demasiado alargados, una ligera asimetría facial—. ¿Viene por un encargo?

—No. Investigo la muerte de Estrella. —Sabía que el uso del nombre sin más y el término investigar llamaban a engaño, pero ya estaba embarrado en miserias. No era mi papel, y me pesaba—. ¿Trabaja usted... trabajaba con ella?

El jesuita de la cicatriz azul se presentó como Ricardo, a secas, maestro orfebre, y me cedió el paso a un almacén que, al contrario de lo que parecía desde el exterior, refulgía iluminado por la luz que la primavera barcelonesa colaba a través de numerosos tragaluces. El suelo, el techo, las paredes, todo era de hormigón gris garaje, pero en vez de resultar frío, el polvillo dorado que flotaba en el ambiente dibujando columnas exactas de luz bajo los tragaluces conseguía un efecto de mágica calidez. Con suavidad me fue conduciendo hasta el final de la nave donde tres chicos, entre ellos el que me había atendido a mi llegada, todos de similar procedencia, se afanaban sobre sendas mesas.

—Rematamos, como le he dicho, los encargos insoslayables. Después echaremos el cierre.

Me rendí ante la dignidad que denotaba aquel «insoslayables» colocado en su lugar exacto y volví a sentir la vergüenza cosquillearme en la nuca cuando solicité al trabajador herido en azul que nos retiráramos un momento para hablar a solas.

—¿Recuerda usted su jornada del pasado jueves 29 de abril?

—¿Quiere usted decir el día que mataron a Estrella? —Estrella, por su nombre, y el verbo matar en boca de aquel hombre sonaban a crónica histórica.

—Sí, me refiero a eso, aunque, en realidad, cuando murió, ya era el día siguiente.

—Solo dijo que no volvería por la tarde. Ella tenía en cuenta ese tipo de atenciones, porque aquella advertencia era innecesaria. Creo que estaba contrariada.

—¿Por qué?

—¿Por qué estaba contrariada?

—O por qué lo cree.

—Porque se pasó la mañana saliendo. Cuando Estrella estaba contrariada, salía constantemente al bar de aquí al lado a tomar té, todos lo sabíamos, no había nada más que objetar, y aquella mañana fue una de esas.

—¿Le pareció que se trataba de una cuestión de trabajo?

—No, claro que no. —Su expresión inocente no dejaba lugar a dudas—. Aquí formamos un equipo, y los contratiempos los vivimos juntos. Era otra cosa... Pero yo de eso ya no sé nada.

—¿Solía venir a buscarla Juan, su marido?

La misma cabeza que a mi llegada se había levantado con esfuerzo bajó como con un resorte, los ojos fijos en las manos, y las manos, de nuevo, frotándose el polvo con gesto de cura. Me pareció, pero seguramente fueron imaginaciones, que la cicatriz azul de la nariz se teñía aún más cuando apretó las mandíbulas. A Ricardo, Juan no le hacía la menor gracia, estaba claro.

—De eso yo... —Y levantó las manos mostrando unas palmas secas de dedos romos.

Cualquier pregunta más me habría resultado vergonzosa frente a aquella cicatriz que denotaba antiguos tornos. Era más que suficiente, y me despedí con todo el decoro que fui capaz de sacar del poco que me quedaba. Tramposo. Eso era lo más dulce que podía dedicarme después de la visita.

Así que Estrella Sánchez se había pasado la mañana entre la cafetería y el taller, contrariada, según palabras de su maestro orfebre. ¿Y por la tarde? ¿A qué dedicaste, guapa, la última tarde de tu vida? Tu marido había llegado a casa la noche anterior tarde, muy tarde, y borracho, me lo ha contado Tito Ros, que se lo cruzó en la plaza Reial ya de madrugada. Igual incluso te lo encontraste todavía despierto a esas horas de la mañana en las que se cruzan los borrachos y los currantes. ¿Era eso lo que te tenía contrariada? Si Ros no miente, lo dudo, porque debería tratarse de una situación a

la que estabas acostumbrada. Extraño. ¿Puede uno acostumbrarse a ese tipo de cruce matinal? ¿Besabas a tu marido empapado en alcohol, ahumado, recién llegado de la noche más guarra con la tibieza blanca de las sábanas todavía en la boca? ¿Cada vez? ¿O acaso le pedías un cambio o le echabas una bronca, o solo lo mirabas desde lejos y salías contrariada? Contrariada. Más bien furibunda me imaginaba yo a una mujer que aguanta esa desconexión total con su pareja. La vi saliendo a la calle con su contrariedad, y llegando al almacén de los tragaluces donde Ricardo y los tres inmigrantes la habrían saludado, ¿con afecto? Al menos, el mayor, sí. «Aquí formamos un equipo, y los contratiempos los vivimos juntos», una aseveración que decía mucho de Estrella, de su manera de ser. No me extrañaba que aquel hombre no le tuviera ley a Juan Santos.

29 de abril. 20.00 horas

Acaban de dar las ocho de la tarde cuando Amalia de Pablos llega al Sant Jordi con el rostro todavía un poco abotargado, un aspecto y una morosidad de diez de la mañana en los movimientos que contrastan con la febril actividad de gentes vestidas y pintadas de gala. En cuanto cruza el umbral de la gran carpa acondicionada para la cena, la aborda Laurita resplandeciente, enfundada en un vestido negro de raso de cuello alto sin mangas que recorre como una segunda piel su pequeño cuerpo de proporciones exactas hasta los pies. «Están todos, Amalia, ab-so-lu-ta-men-te todos, y más, incluso algunos extranjeros que no habían confirmado asistencia. Hay un poco de cabreo por el asunto de las declaraciones, pero creo que los he convencido, dos ruedas de prensa son más que suficientes. A propósito, una pena que te hayas perdido la del mediodía. Redonda, cari, ha salido redonda». El cuello soberbio de la joven parece alargarse de orgullo con las explicaciones, y toda ella vibra en cada información ante su jefa. «No te lo pierdas, hemos conseguido dos conexiones en directo con televisión, una en Telecinco y otra en La 2. Y ahora viene lo bueno, ilas dos serán en los telediarios! Caaaari, creo que la Susín, después de esto, nos va a poner una placa en su asqueroso jardín. Todavía no le he dicho lo de los telediarios, te estaba esperando, pero no le creas que me ha sido fácil lidiar con todas las hienas».

Amalia sigue las explicaciones de la chica con curiosidad. Pero la sorpresa no le viene de lo que está oyendo, sino de cómo lo está escuchando. Desde muy lejos. Entiende lo que recibe, sigue el hilo de las cuitas e incluso les presta atención, pero le llegan en forma de

murmullo lejano, como si estuviera paseando por algún remoto malecón, sin apremios ni intenciones, y se parara a escuchar el rumor del mar, ese sonido que llega siempre relegado a un segundo plano, condenado a ser un ruido de fondo. El primer plano lo ocupa su percepción de Laura, conoce esa tensión que emana de la chica como un estado propio, muy familiar, pero perdido. Se reconoce en la joven, refleja al detalle una imagen de sí misma que hasta ese preciso instante no era consciente de haber abandonado. ¿Cuándo ha dejado de trepidar con su trabajo, cuándo la aparición de un acto en un directo de televisión ha dejado de ser un orgasmo dichoso? La invade una intensa sensación de extrañeza que la obliga a repetirse que Laura es su ayudante, casi su amiga, que la conoce desde que era una chavalina y se tumbaba en la proa de la barca de los De Pablos como una lagartija tostada para hacer la ruta de Cadaqués a Port de la Selva. Tiene que recuperar esos recuerdos y agarrarse a ellos para despachar la impresión de que se encuentra delante de una total desconocida. Esta, ignorante, sigue con lo suyo: «Ha corrido la voz de que lo de la Casa Real era un bulo y están como locos, sobre todo los fotógrafos y las tontas de sociedad. Todos los que cubren la Casa Real han venido, y no veas qué aires, como si fuera la boda de una infanta, Marichi incluso se ha echado al cuello un collar con unas piedrecitas que cortan la respiración».

Amalia pierde definitivamente el hilo y se pregunta si la sensación de extrañeza que la aleja es fruto de la resaca amarga o de un exceso de lucidez. En un gesto inconsciente, se echa la mano al culo y tantea el minúsculo bulto que una bolsita recién comprada al taxi número 3 de su agenda forma en uno de los bolsillos traseros de su pantalón de cuero color hueso. Con el tacto cae en la cuenta de lo que está haciendo y de que lo hace sin ansiedad ni intenciones inmediatas y sonríe sorprendida. «Amalia, ¿me estás escuchando?», la saca Laura del ensimismamiento. «Perdóname, guapa, hoy me he levantado un poco rarita», y deja escapar otra sonrisa que exaspera a la chica y la hace sentir excluida de algún secreto, pero que en realidad es inconsciente. «¿Se puede saber qué te pasa? Joder, tía,

estamos hasta el cuello, llevamos tres meses preparando esta convocatoria, hay al menos cincuenta periodistas esperando a ver si algo sale mal, y la Susín ha preguntado ya cuatro veces por ti... Primero me llamas por la mañana colocada con una historia de un colchón y de que estás cagada porque te espían y cuarenta cosas más fruto del colocón, que a mí no me engañas. Luego me dejas todo el puto día colgada, precisamente hoy, con la rueda de prensa del acto más importante que vamos a llevar este año, y puede que en los próximos, convocada. Y para colmo, me vienes ahora con secretitos y medio volada, con risitas, como si tuviéramos tiempo para esas mierdas». La mirada de Amalia corta en seco las quejas de Laura. No queda ni rastro de la sonriente melancolía de hace unos instantes, sino una dureza mineral que se convierte en ferocidad cuando saca la bolsita del bolsillo trasero y se la estampa a la chica contra el pecho mientras le mastica en voz baja y tono determinante: «Ya no tengo nada que ver con todo esto, con ninguno de vosotros, esto se ha terminado».

Laura, en un ataque de despecho pequeño y seguramente harta de lidiar sola sin reconocimientos, ha traspasado el umbral prohibido y es consciente. «Lo que no se puede decir jamás se dice, bajo ningún concepto», es una de las primeras y poquísimas órdenes estrictas que recibió de Amalia cuando comenzó a trabajar con ella. Ambas sabían muy bien a qué se refería. Por aquella época, las juergas las corrían juntas, Amalia había sido su instructora mucho más allá del ámbito de los medios de comunicación y la agencia. Con ella aprendió a manejarse en el mundo de la noche, a camelar a los artistas e interpretar a los políticos, aprendió a seducir y, sobre todo, a fingirse seducida por alguien. El pacto se refiere a esas noches que uno desearía olvidar, porque se ha pasado en la seducción, o en consumiciones, o en la muestra de sí mismo, o por cualquier otro desmán. Pueden salir juntas siempre que se mantenga un respeto estricto en este punto. Lo que pasa es que en los últimos dos años las distancias entre ellas se han acentuado. Después de una relación frustrada y frustrante con un hombre que Laura considera incluso

denunciable, Amalia se ha empeñado en denigrarse con tal perseverancia que a la chica le parece que los episodios que debe olvidar son demasiados y muy difíciles de sortear, así que se han acabado distanciando. Cada una por su lado, lo que no quiere decir que hayan dejado de compartir ciertos gustos y veladas íntimas, solo que llega un momento en el que cada una opta por un taxi diferente.

La De Pablos se ha quedado en el sitio, agarrotada, con la vista fija en algún punto lejano más allá de su interlocutora y los músculos de la quijada tirantes por la tensión. Lo cierto es que en este momento le habría resultado muy difícil moverse, porque las palabras que acaba de oír han puesto en marcha su cabeza, que necesita de toda la energía que el cuerpo sea capaz de producir para mantenerse firme. La ha pillado desprevenida y duda sobre si no puede o no quiere alejar de sí las sensaciones que con tanta facilidad ha expulsado unas horas antes al despertarse. Están allí, todo está dentro de ella, el colchón mugriento, los restos de sangre y vómito, los pasos apresurados entre los árboles, la sombra presentida y la carrera enloquecida desde el bosque hasta su casa. ¿Cómo puede haberlos olvidado con tanta facilidad? ¿En qué tipo de monstruo se ha convertido? Más: ¿qué ha pasado para que ahora, en cambio, quiera bucear en ello, y no solo eso, sienta la necesidad de rebobinar y rebuscar entre las cosas que ha ido enterrando en el agujero mental de los olvidos negros? La costumbre le trae a la cabeza la posibilidad de renunciar, no pasa nada, estás a salvo, es solo la resaca depresiva, y la rechaza tajante. De nuevo la ocupa la extrañeza, pero esta vez no es dulce, mueve al asco, e instintivamente se rodea el vientre con los brazos. En ese instante, quizá respondiendo al gesto, Laura, que tampoco se ha movido del sitio y permanece con la vista fija en las botas de su mentora, alza la cara dispuesta a decir algo, pero la corta el grito de Curra Susín, que se acerca implacable a paso de apisonadora. «Hombre, ya veo que empieza a llegar la gente importante. Debe de ser que comienza la fiesta», grita refiriéndose al retraso de Amalia.

Capítulo XIII

Las tardes primaverales de la rambla de Catalunya. No hay nada comparable en la ciudad, ningún otro paseo. Barcelona no es ciudad de pasear, por mucho que se empeñe en vender Ramblas y paseo de Gracia. Uno necesita, para disfrutar ese ejercicio, lugares donde la gente sea discretamente feliz, donde se alternen madres jóvenes con hijos sanos, parejas dichosas, algunas bicicletas, terrazas con señoras de las de toda la vida, o sus dignas sucesoras, viendo pasar el día con tranquilidad y al menos una iglesia antigua. Si además pulula algún que otro turista, no pasa nada, pero sin exagerar. Solo rambla de Catalunya cumple en Barcelona esos requisitos, y la tarde del lunes de mi cita con Eva y Ulrike la recorrí entera, desde la Gran Via hasta la Diagonal, varias veces. A la segunda vuelta, el espectáculo de una población con la vida resuelta me había calmado buena parte de los nervios que cargaba. Los paseos son el mejor escaparate de gente normal, inconscientemente normal, personas que no han tenido que realizar ningún esfuerzo, al menos que recuerden, para llevar la vida que llevan y que legarán a sus vástagos. Las Amalias, Estrellas, Saras, Ulrikes, los Ayerdis y Titos que en el mundo han sido no tienen nada que hacer en lugares de paseo, a no ser descubrir su propia anormalidad.

No me extrañó que desde el otro lado del móvil Eva Sacaluga me alejara de aquel escenario, pero sí que quedáramos en un bar tranquilo en medio de una calle peatonal del barrio de Gràcia. Extraño lugar, no por el espacio en sí, un local de buen gusto a medio camino entre el restaurante cómodo y el café literario, sino

porque a aquella hora, las siete de la tarde, ni ellas ni yo dábamos el perfil del cliente, la mayoría espectadores de los cines Verdi, lugar de culto, situados en el inmueble vecino. Me sorprendió por lo pacífico, había esperado más bien una coctelería, algún bar de diseño o sencillamente el bar de un hotel.

Franqueé la entrada, y desde allí abarqué con la vista todo el local sin dar con las chicas. Estaba decidiendo si quedarme o esperarlas en la calle cuando me llamaron desde la barandilla de un piso superior, como un altillo. La cabeza de Eva Sacaluga asomaba sonriente al final de una amplia escalera que arrancaba a mi derecha.

Pese a haber estado antes en el café, aquella era la primera vez que subía al altillo, y apenas me dio tiempo a fijarme en una zona con mesas de billar, porque la apabullante presencia de Ulrike me deslumbró hasta el punto de quitarme de la vista a la mismísima Eva de mis ansiedades. Aquella extraordinaria mujer tenía el brillo propio de los seres nacidos para ser expuestos, de los ejemplares únicos en su especie. Con la foto de Sara Pop en la mente como toda referencia, había esperado encontrarme a una jovencita frágil y aniñada, y tenía ante mí a una de las hembras mejor construidas que habían visto y seguramente verían mis ojos, ya sea en el mundo real o en la ficción. La sonrisa que mostraba la otra cuando por fin pude abstraerme de aquella visión no dejaba lugar a dudas, había quedado en evidencia.

—Bueno, aquí te dejo con Ulrike, como habíamos quedado. Espero que os entendáis. —Ya recogía su bolso.

—Pero ¿cómo?, ¿no te quedas?

No era la situación que yo esperaba, y el tono me delató de nuevo, la ansiedad por volver a perder de vista a Eva. Ella sacudió la cabeza confirmando la negativa e hizo un gesto inequívoco llevándose la mano derecha a la oreja con los dedos pulgar y meñique estirados, pero no volvió a decir ni palabra. Solamente dio un beso suave en los labios de Ulrike y bajó apresuradamente la escalera. La amiga de mi amiguita muerta empezó a hablar sin

dejarme tiempo siquiera de acomodarme o pensar qué estaba pasando.

—Mira, porque me ha dicho Eva que eres un buen amigo suyo, que si no... —Me gustó la consideración—. Yo estoy destrozada, todo esto ha sido horrible, tío, te juro que estoy acojonada, no sé qué hacer, no me atrevo a trabajar ni casi a salir de casa, no puedo ir sola al baño ni subir las persianas. Porque esto se veía venir, estaba cantado, si tratas con los malos, tarde o temprano acabas pagando, y eso es ni más ni menos lo que le ha pasado a Sara, ¡a ella!, era la más buena, tío, era tan buena que no tenía ni miedo, porque era incapaz de ver el mal. Pero yo sí que lo veo, vaya si lo veo...

—¿Qué mal? ¿Quiénes son los malos?

Ulrike no parecía escucharme. El banco largo que recorría la pared le servía de diván y se desmadejó todavía más, estirando sus piernas inacabablemente por debajo de la mesa, de manera que la cinturilla del vaquero bajó un par de dedos. Pensé que en cualquier momento asomaría por aquella frontera movediza la primera muestra de los pelillos del coño de la chica, imaginaba que negros y de un rizado eléctrico, como los de la cabeza. El top que llevaba encima, una pieza mínima de tirantes en terciopelo granate, dejaba al descubierto todo el vientre desde cuatro dedos antes de llegar al ombligo y, por encima, asomaba la blonda de un sujetador negro e historiado. Pero no fue eso lo que me puso caliente, sino la manera en la que la mujerona que me había encontrado a la llegada se iba convirtiendo, palabra a palabra, gesto a gesto, en una chavala candorosa. ¿O era una pose?

—Ulrike —la saqué de su abstracción—, escúchame, ¿qué malos, a qué malos te refieres?

—Pues a los malos, ¿a quién, si no? Tío, ya intenté explicárselo a Sara, por un lado estamos los buenos, y por otro, están los malos, ¿entiendes? —Por el momento, lo único que yo entendía era que ella se encontraba bajo el efecto del *shock* o de alguna droga—. Los malos no son como en las películas, pero sí son monstruos, monstruos de carne y hueso como nosotros, hombres y también

mujeres que viven del mal, de hacer el mal, y con eso ganan mucho dinero. Son sencillamente malos, ¿entiendes? No es fácil de entender, porque no queremos verlos, pero ellos son como el demonio. Ellos matan, eso está claro, tío, clarísimo, ahora más que nunca, y están cerca. Matan, hacen daño, y a veces disfrutan haciéndolo, no tienen remordimientos, porque no saben lo que son, solo ganan dinero, y hacen que otros ganen dinero, y más vale que no te cruces en su camino porque estás perdido, no se puede jugar con los malos.

—Vamos por partes, para que yo pueda entenderte. —Necesitaba poner orden en aquella preciosa cabeza destartada—. Tú estuviste con Sara la noche que la mataron.

—Sí. Estuvimos trabajando.

—¿En qué?

—Tío, más vale que Eva tenga razón, porque, si no, la voy a cagar mucho. Tienes que escucharme, pero no me hagas preguntas difíciles de contestar. —De golpe se incorporó y volcó todo su cuerpo hacia mí sobre la mesa, dos enormes tetas estrujadas contra su propio nacimiento en la bandeja del tablero de madera—. Aquella noche Sara tenía que hacer un trabajo con un cliente, ella sola, pero decidimos ir juntas porque habíamos salido juntas y no nos apetecía separarnos. No era la primera vez que lo hacíamos, además, el tipo era un cliente fácil, un panoli al que le iba a dar igual una que dos que el coro entero del casino de Lloret. Es igual. Total, que acabada la faena él la acompañó al Paradís a comprar algo de farla, ya me entiendes, tío, coca y tal; Sara era así, no sabía parar, nunca tenía bastante. No sé, tío, estuve esperando en el hotel hasta casi las doce del mediodía. Al principio pensé que la muy tonta se había echado atrás y me había dejado plantada. Podía ser, tío, no pasa nada, la habitación estaba pagada y yo qué sé, no habíamos dormido, íbamos muy colocadas, a cualquiera le puede dar una volada y largarse... Estuve viendo la tele sin darme cuenta de que pasaba el tiempo, y cuando miré el reloj, ite cagas!, tío, eran ya las

once de la mañana y ni siquiera un mensaje en el móvil. Yo ya sabía que le había pasado algo malo, muy malo.

—¿Qué hiciste?

—Nada, joder, ¿qué querías que hiciera? Esperé un rato más, una hora, creo, pillé un taxi y me fui a casa. Cerré todas las persianas y los cerrojos a la espera de noticias.

—¿Tú crees que el tipo que la acompañaba puede tener algo que ver?

Abrió dos ojos como platos mostrándome además de la sorpresa un par de pupilas anormalmente dilatadas.

—Tú no estás entendiendo nada, pero nada de nada. Aquel tío era un cliente que solo quería pasar una noche un poco cochina sin que su mujer se enterara, seguramente un hombre recto, un buen tío, seguramente, no, totalmente, te lo podría jurar. Si había que dárselo todo hecho... No te voy a dar detalles, pero créeme si te digo que él no tuvo nada que ver.

Me empezaron a hacer gracia sus expresiones: una noche un poco cochina, un hombre recto. Estaba delante de la más espectacular puta de lux que me había cruzado hasta el día de los hechos, perteneciente al escuadrón de Curra Susín, con toda probabilidad adicta a alguna sustancia más o menos permitida que utilizaba, extraños adjetivos sin nombrar a Arcadi Gasch i Llobera ni a la Susín seguramente por una inercia de profesionalidad.

—¿Fuiste tú quien le dio a la policía el nombre de Gasch i Llobera?

En su tensión, no se dio ni cuenta de que yo había empezado a introducir en la conversación los nombres propios que ella me rateaba.

—No, claro que no. Cuando la policía llegó a mi casa ya sabía que habíamos estado los tres juntos, e incluso que ellos se habían marchado sin mí por la mañana. Yo no me fío de la policía, por eso no añadí ni una palabra a lo que ellos preguntaban, solo contestaba sí o no, pero tampoco pusieron demasiada atención a lo que les

decía. Bah, policías, tío, por algo son policías y no abogados o médicos, ¿no te parece?

—¿Y sus padres?

—¿Los de Sara? Ella no tenía padres. Bueno, sí pero no. Su padre murió cuando ella era pequeña, no sé más porque no hablaba mucho del asunto, y su madre se largó para Andalucía en cuanto Sara terminó los estudios, bueno, los estudios... debe de hacer tres o cuatro años. Creo que al principio no estaba de acuerdo con la decisión de Sara de hacerse modelo, pero cuando la vio en las fotos de la calle, y sobre todo en la tele, se convenció de que ya podía largarse a su tierra, a fumarse todo el costo del moro al sol, eso decía Sara, que su madre se había vuelto al pueblo de sus abuelos porque era el único sitio donde podía vivir sin pegar ni golpe. No sé, cuando yo conocí a Sara, su madre ya no estaba en Barcelona.

—Así que no tenía familia.

—Claro que tenía, el hijo de puta de Fran, su hermano, un pieza de mierda. A él fue a quien llamaron cuando pasó todo, ¿y sabes qué hizo, el muy bastardo? Les dio el teléfono de Curra Susín y les dijo que allí era donde tenían que buscar a la familia de su hermana. No te creas, que él conoce bien a la policía, más de una vez se ha tenido que ver las caras con ellos. Esquinate de los de *tunning* y tráfico de rulas, ¿entiendes? —Volvió a recostarse en el banco y se recolocó la minicamiseta—. Todo esto es feísimo, te lo estoy contando y no me lo puedo creer, tío, es que no me lo puedo creer. A ver qué hago yo ahora, dime, ¿qué hago?

Pero no esperaba que yo le dijera nada, volvía a colgarse del techo mientras rebuscaba el neceser dentro del bolso. Se levantó y, sin mediar palabra, bajó la escalera con él en la mano, supuse que camino del cuarto de baño.

La amiga de Sara Pop. Con ella había pasado la tarde de aquel maldito jueves 29 de abril, luego acudieron a la cena solidaria, y de allí, a la cama con el de la Generalitat. Más o menos esa era la secuencia. Al final, también con él hasta encontrarse con un tiro en el Paradís. Punto final. Pongamos que mi muerte más joven acababa

de contarme la secuencia completa de su jornada fatal. O mucho me equivocaba, o el azar era el que había hecho coincidir al pistolero y la modelo a esa hora precisamente allí. ¿Por qué la mató, entonces?

Volvía a subir Ulrike como una pantera de dibujos animados. La escalera me quedaba a la espalda, y me volví hacia la mesa para esperarla sin tener que mantenerle la mirada, justo un momento antes de notar sus dos brazos desnudos alrededor del cuello y un aroma a naranja que se mezclaba con el característico olor agrio de la transpiración humana, aunque ella no pareciera pertenecer a la especie. Era lo único que me faltaba, el toque final del sudor, para plantearme muy seriamente la posibilidad de subirla en un taxi y llevarla a mi casa para su protección, o para la mía. En fin, para descargar la molesta erección que había acompañado todo nuestro diálogo.

—Te digo una cosa —su aliento caliente y húmedo, la boca a escasos centímetros de mi oreja, olía a alcohol y subía con una copa en la mano—, la gorda Susín y Enrique son de los malos. Nosotras tratamos con los malos, y por eso no saldremos bien paradas. Nosotras también ganamos dinero, por eso tengo miedo.

Decidí jugarme el todo por el todo antes de que aquella mujer perdiera definitivamente la conciencia.

—¿Por qué mataron a Sara Pop?

Se sentó de nuevo, volvió a servirme las tetas en bandeja, con los ojos ya medio extraviados.

—Porque jugaba con los malos.

—Intenta ser menos misteriosa conmigo, como si fuera tonto.

—La mataron por casualidad, qué fuerte, tío, qué fuerte decir esto... pero ella no estaba allí por casualidad. Si no hubiera conocido todo aquello, no habría estado por la mañana en el Paradís. Quien se mete en la boca del lobo se expone a que se lo coman.

Después, mi papel se limitó al de consolador de una mujer que desvariaba contándome penas de su pasado que ni me incumbían ni me importaban. La acompañé hasta su casa, subí con ella al piso y

me negué a entrar, aún no sé de dónde saqué la rectitud, como habría dicho ella, para aquel proceder.

29 de abril. 20.45 horas

Al final, tanto sudar, tanta carrera, tanto agobiarse, y no solo ha llegado a tiempo a la cena, sino que incluso tiene la sensación de haberlo hecho demasiado pronto. Arcadi Gasch i Llobera piensa, mientras pisa la moqueta roja que conduce al interior del Sant Jordi, que es un primerizo y que le faltan muchas flexiones y algún padrino para jugar en primera. Podría haber pasado tranquilamente por casa, incluso haberse dado una ducha, y aparecer, como le había recomendado Eulalia, con el primer plato ya servido. Además, está lo del atuendo. Duda mucho. No es su estilo, pero, en fin, nada de lo que pasa últimamente tiene que ver con su estilo. Se ha dejado convencer por su mujer y su hija, y en la sala vip del aeropuerto del Prat ha cambiado su traje oscuro de los de siempre, los únicos en los que se siente realmente cómodo, por una camisa blanca de hilo cuello mao, un pantalón gris marengo con fina raya negra de Toni Miró y una chaqueta de saco del mismo modisto cuyas mangas le quedan largas, de eso no le cabe la menor duda. «Ni se te ocurra, *carinyo*, esto se lleva así... *Mare de Déu, que n'ets de quico!* Piensa que no vas a Palau, sino a una cena donde habrá artistas, gente importante, internacional, gente de la moda, de la tele, ¿tú has visto a alguien de la tele con traje gris y corbata? ¿No te has fijado cómo se viste incluso el *president* cuando va a una fiesta de verano, a Perelada, sin ir más lejos? Pues tú lo mismo, *nen*, a ver si te van a confundir con los de seguridad». Eulalia le ha montado con mucho esmero el pequeño maletín con el terno que debe utilizar en caso de no tener tiempo de pasar por casa, vamos, con tanto esmero que lo tiene desconcertado, más, aturdido. Además de pantalón, camisa,

chaqueta e incluso calzoncillo limpio, su mujer ha añadido un neceser que contiene peine, un bote de Armani sin estrenar, cepillo y pasta de dientes, y una caja de preservativos. ¡Joder! ¡Una caja de preservativos! Cuando ha abierto el estuche de aseo en los baños del Prat y ha visto la pequeña caja de Durex, ha sentido en el estómago un vacío parecido al que recuerda haber notado en el primer y último viaje de montaña rusa en Port Aventura realizado años atrás por la única razón de considerarlo una contribución a la causa nacional. ¿De verdad le ha colado Eulalia esos condones o se trata de una broma de su hija Susana? La chica se ha hecho mayor, lleva ya una vida muy independiente, aunque viva todavía en casa, y no le cabe ninguna duda de que mantiene relaciones prematrimoniales con el nen Misquella, su novio de toda la vida, pero de ahí a perpetrar esa jugarreta... No la ve, la verdad, tomándose esas confianzas, es más, le parece una falta de respeto grave. Pero es que no puede ni quiere pensar que ha sido Eulalia, su propia mujer, la responsable de esa clara incitación al cornudeo. Ellos forman, y siempre ha sido así, una pareja normal con gustos normales, y malabarismos de cama, los mínimos. Condones, sí, pero pocos. Ellos son más de marcha atrás. Ya lo decía su padre, *amb la dona, paciència; amb les meuques, imaginació*. Hosti, tú, a ver si es que con sus cambios de estatus Eulalia ha iniciado una vida paralela que la está conduciendo por los senderos de la permisividad y quién sabe si la práctica de tanteos extramatrimoniales. Se ha metido en uno de los retretes, llevándose consigo el neceser, por lo que pudiera pasar, y se ha sentado en la taza a pensar. No ha conseguido recordar ninguna actitud ni palabra extraña en los últimos tiempos que pudieran hacer sospechar algún cambio en la rutina de su mujer. A ver, su ascenso dentro del partido y en la propia *Conselleria de la Presidencia* sí han propiciado un cierto reciclaje, y buena prueba de ello son no solo la extraña camisa sin cuello que acaba de ponerse, sino el nuevo empeño de su familia en perfumarlo, cambiarle el reloj y obligarlo a abandonar a su barbero de siempre para caer en manos de un maricón obsesionado por que

lleve flequillo, pero de ahí a que sea su propia mujer la que tome una iniciativa semejante media un trecho intolerable. Porque, claro, si Eulalia le ha metido los condones en el maletín, eso quiere decir no ya que sospeche posibles aventuras, sino que está de acuerdo con ellas; es más, ¡qué horror!, que se lo hace saber discretamente con un mensaje inequívoco en forma de cajita azul. Siente auténtico pánico. No son pocas las ocasiones en las que el matrimonio ha comentado que la perdición de muchos de los compañeros de partido, antiguos amigos ya lejanos, es culpa de las desmedidas ambiciones de sus mujeres, de su voracidad social, pero ni se le había pasado por la cabeza que su propia esposa formara parte de ese ejército de arpías estiradas. Llegado a ese punto, no le queda más remedio que recordar y admitir la estrategia de acoso que sufrió por parte de Eulalia desde que empezó a sonar su nombre entre los candidatos a encabezar el plan de promoción exterior de Catalunya. Por principio y por carácter, él habría preferido que las cosas siguieran su rumbo y esperar tranquilo a la designación final, fuera él o cualquier otro el elegido. En cambio, le tocó pasar un verano de espanto. El nombramiento se esperaba para el inicio del curso político, a mediados de setiembre, y su mujer decidió que de ninguna manera se iban a quedar con los brazos cruzados viendo cómo cualquier trepa desaprensivo, recién llegado y con toda probabilidad amigo de alguno de los hijos del *president*, les arrebatara una gesta de tal importancia que les pertenecía por méritos propios después de más de dos décadas no solo de militancia en el partido, sino de contribución contante y sonante, sobre todo contante, a las arcas sin fondo de su financiación. Total, que dejaron para los chicos la casa de verano familiar en Calafell y se instalaron en un hotel de Llafranc, en la Costa Brava, que para colmo se había convertido en el centro de la moda y la juerga del Empordá. No solo tragó cenas interminables con matrimonios conocidos y desconocidos, aburridísimos conciertos y actuaciones en Perelada, y sesiones de bronceado rayanas en el masoquismo, sino que una vez retirados, como decía con una risita infantil Eulalia, a

sus aposentos, no podían pegar ojo hasta pasadas las cinco de la mañana. Pero, ah, Dalí había sido un habitual en el hotelito, daban fe de ello las omnipresentes fotos del artista, y eso tiene su precio.

Se le ha ido el santo al cielo pensando en su mujer y los condones sin intención de sacar ninguna conclusión, y se percata de que está plantado como un pasmarote junto al quicio del arco de cartón piedra que intenta convertir el recinto en comedor. Cuando levanta la vista, por el amplio espacio, semivacío a su llegada, pululan ya numerosos asistentes, sonriéndose unos a otros como si se conocieran. ¡Qué soltura! ¡Vaya chavalas! Vuelve a sentir que le falta mucho trecho por recorrer para moverse con habilidad entre todos aquellos jugadores de primera, un desasosiego que se le junta con el desconcierto escondido en el neceser y el recuerdo de la extravagante comida madrileña. ¿Es esto lo que quiere? ¿No estaba mucho mejor en su despacho de la Diagonal, con su secretaria de siempre y negociando denominaciones de origen aquí y allá, entre Tarragona y el Segre, en un campo que dominaba, para que Catalunya le sacara una mano de ventaja a la Ribera del Duero? No las tiene todas consigo.

Lo tranquiliza un poco vislumbrar la figura prieta de Curra Susín unos metros más allá. La que considera su anfitriona mantiene una charla más que animada con otra mujer notablemente más joven, dos palmos más alta y otros dos más estrecha, así que decide esperar a que terminen y busca una esquina donde pasar desapercibido; maniobra innecesaria, ya que resulta poco probable que se cruce con alguien conocido. De forma inconsciente, se echa la mano al cuello para recolocarse la corbata que no lleva y vuelve a comprobar que las mangas le llegan a media mano incluso levantando el brazo, reflexión en la que se encuentra cuando ve acercarse a una mujer extraña. Llega tan concentrada en arrancarse de un dedo alguna cosa minúscula, uña o piel, con los dientes, que Arcadi da por hecho que no es que vaya hacia él, sino que no se ha dado cuenta de su presencia, sobre todo cuando ella detiene el paso a escasos cuatro metros de su rincón para terminar su labor de

carcoma. Esa presencia exigua lo tranquiliza, despierta en él una corriente de simpatía y confianza. La manera en que se muerde las uñas importándole un pito las convenciones y sobre todo la inseguridad nerviosa que denota el gesto tienen mucho de doméstico, justo lo que él necesita en ese momento de crisis personal, laboral, matrimonial y casi casi existencial que está a punto de engullirlo. Si ella se muerde las uñas y eso no tiene importancia, quizá tampoco la tenga la longitud de las mangas de su chaqueta. Somos dos personas y no dos figurantes, piensa.

La mujer, ahora ya entrada en años y amojamada, conserva ruinas en el rostro y la figura de una belleza no extinguida del todo. Desde luego, es tal su delgadez que en un primer vistazo acapara toda la atención del observador privándolo de los demás detalles. Pero Arcadi tiene tiempo de detenerse en el rostro anguloso de pómulos altos y gran frente despejada. Tiene los ojos y los labios justo como a él le gustan, ojos grandes de sorpresa y ese tipo de boca pequeña, en este caso muy pequeña, pero de labios gruesos, modelo Silvia Munt, ¡ah!, *la nostra colometa*, que consiguen el aspecto de una fruta redonda abierta por la mitad. Fibrosa, puro nervio, una camiseta dorada de tirantes bajo la chaqueta larga de punto, también dorada, deja al descubierto la clavícula en barra tirando de la piel y un cuello ligeramente masculino en el que se marca la nuez. Cuando por fin la tiene delante de las narices, se da cuenta de que, además, aunque ya no lo es, debe de haber resultado una mujer alta en sus tiempos mozos.

«Querido Arcadi, no sé si te acuerdas de mí, déjame que me presente, soy Sandra, Sandra Pita». Y ante el pasmo del empresario, que desde luego no tiene ni idea de quién es ni acierta a sonreír con la prestancia necesaria, le larga un discurso al trote, él tiene la ligera sensación que de memoria, como si tuviera prisa por volver a ese dedo que ahora envuelve en un *kleenex* para evitar que una gotita rebelde de sangre le eche a perder el terno. «Pero qué tonta, si no nos han presentado nunca, lo que pasa es que tú resultas ya tan conocido y tan popular que, claro... Soy la socia de Curra Susín. A

Curra sí la conoces, ¿no? Sí, claro, qué tontería. Nos alegra mucho que te hayas dignado venir a la cena, es para nosotras un honor, ya ves que va a ser el acontecimiento de la temporada. Desde luego, sin tu presencia no habría sido lo mismo. No te quepa la menor duda de que también tú y la importantísima tarea que desempeñas saldréis beneficiados de este encuentro. Y digo tú y tu tarea queriendo decir tú y tu tarea, ya me entiendes, tú como individuo, y tu tarea como si dijéramos tu lado profesional. En fin, ya sabrás que nosotras consideramos siempre a las personas en una doble faceta. Como si dijéramos, por un lado estás tú, Arcadi, y tu bienestar y tu satisfacción son nuestros objetivos; y por otro lado está usted, señor Gasch i Llobera, y haremos todo lo que esté en nuestra mano para contribuir a la causa, porque lo consideramos una causa, del proyecto de promoción exterior de Catalunya. Pero ya ves que he comenzado por tutearte, Arcadi, porque, no nos engañemos, hoy venimos a esta cena por negocios pero queremos divertirnos, ¿o no? Lo primero es lo primero, y sin un cuerpo satisfecho y libre de tensiones es imposible que trabaje esa cabeza en la que todos, y el *president* el primero, hemos puesto tantas esperanzas». Para la mujer a tomar aire y cambiar el sobado *kleenex* del dedo por uno nuevo. Arcadi no ha entendido ni una palabra de lo oído y, si no fuera porque ella parece conocer su nombre y ocupaciones mejor que él mismo, habría asegurado que se ha equivocado de persona. A ver si la leyenda urbana de la Susín va a ser más urbana que leyenda y resulta que ese bacalao de carita inocente es la puerta a un lupanar, mejor, a un harén entre el que elegir por fin a la chica llamada a encarnar a la nación en el exterior de la misma manera que Marianne encarna a la República francesa. «Pero, bueno, no quiero entretenerte más, seguro que tendrás a mucha gente esperando para hablar contigo, y no seré yo quien los prive. De todas formas, cuando lleguen unas amigas no voy a tener más remedio que interrumpirte para presentártelas. Son unas chicas maravillosas y arden en deseos de conocerte. No olvides que ellas serán quienes, en un futuro que a nosotros ya nos queda muy lejos,

hagan crecer la Catalunya que tú y los hombres como tú estáis construyendo ahora». Dicho esto, pone la mejilla contra la cara a modo de despedida, sonríe y se va por donde ha llegado dejando a Arcadi Gasch i Llobera muy agradecido por la idea, venga de donde venga, de cargar el neceser con todo lo necesario.

Capítulo XIV

Había pasado solo una semana desde mi primer encuentro con Laurita, la llamémosla sucesora de Amalia de Pablos, pero al volver a verla me pareció mucho más tiempo. Desde entonces había conocido a dos mujeres, Eva Sacaluga y sobre todo Ulrike, que conseguían rebajar la innegable belleza de la chica no hasta la vulgaridad —algo imposible—, pero sí hasta una cierta normalidad; y otra mujer, Curra Susín, que dejaba sus pequeñas perversidades y engaños en juegos pueriles. Crucé de nuevo el previsible vestíbulo de diseño notando cómo había crecido de la mano de mis amigas muertas. Al empezar mi pequeña investigación paranoica creía saber mucho de aquel mundo de anormales, creía conocer sus resortes por el simple hecho de haber compartido noches y juergas con ellos, pero de repente las modelos eran putas, las agentes, proxenetas, y los camellos, pistoleros. Ella era muy lista, desde luego, seguramente más que yo, pero yo ya no era el tonto aquel después del intensivo de miseria que me habían aplicado en los últimos siete días.

Laurita «cuello largo» me había recibido hablando por el móvil con un gesto de «sígueme», y continuaba con la oreja pegada al aparato. Pensé que al otro lado de la línea podía no haber nadie y ser todo un truco para observarme, así que decidí hacer lo mismo. Camisa masculina, pantalón vaquero estrecho y botas negras de tacón alto, parecía una de tantas chicas monas ataviada para pasar la tarde de sábado en algún lugar de asueto o vacación. El pelo recogido en una coleta a su vez anudada con ayuda de un boli a

modo de moño bajo volvía a dar todo el protagonismo al cuello que yo recordaba bien. O mucho me equivocaba, o la muy traidora estaba coqueteando conmigo, inventando posturas y gestos, dedicándomelos en una nueva función de teatro. De perfil, de frente, andando, a contraluz, retirándose el pelo de la cara, rascándose los pelillos de la nuca... Por fin colgó.

—No sabe cuánto agradezco esas actuaciones tuyas, como la del otro día, sin otro público que yo, pero esta vez me gustaría que se olvidara del papel que ha preparado y jugáramos a la sinceridad. Amalia ya está muerta, la Serra le cederá la dirección de la agencia, no lo dude, y toda la cartera. Me parece que usted le gusta más como hija que su propia hija. Por mi parte, sospecho que será la última vez que la moleste, ¿cree que le va a costar mucho trabajo ser sincera y después olvidarse de que me ha conocido?

—Vaya, veo que esta vez no me tuteas, tú sabrás por qué. ¿Qué quieres saber? —preguntó, utilizando ya la silla tras la mesa principal del que evidentemente había sido el despacho de su mentora. Supuse que me tocaba utilizar la silla del cliente, y así lo hice.

—¿Qué le dijo exactamente Amalia cuando se vieron la última noche?

—¿Sobre qué?

—No vamos a jugar al gato y al ratón. Amalia le dijo que dejaba la agencia. ¿Por qué?

—Dijo que *me* dejaba la agencia. A mí. Que se iba porque ella ya no tenía nada que ver con todo esto. Si no eran exactamente estas palabras, fueron muy parecidas. No me preguntes a qué se refería, porque no tengo ni idea.

—Usted me contó que la había llamado por la mañana, asustada, porque creía que la habían estado espiando en el bosque.

—Ya te conté la historia que ella me había contado con pelos y señales.

—¿Por qué no la creyó?

—Sí la creí. En fin, creí que ella creía haber vivido eso. Otra cosa es que sucediera exactamente así. Cuando Amalia alargaba la noche

hasta las ocho o las nueve de la mañana, como era el caso, llegaba a esas alturas con la cabeza y los recuerdos bastante distorsionados, por no decir inventados. Todo esto ya te lo conté el otro día.

—¿Piensa que puede tener alguna relación todo aquello con la decisión de abandonar su trabajo y probablemente la vida que llevaba?

—Puede que sí. —Se quedó pensativa, como si fuera la primera vez que se paraba a considerar el asunto—. De todas formas, sigo pensando que el causante de todo aquello era Enrique. Era ya muy tarde cuando hablé con Amalia en serio después de la Cena de la Solidaridad, y además de muy cansada, estaba enfadada con ella. Tuvo algún detalle que me molestó mucho más que su cuelgue y que me dejara sola con toda la organización. Tenía que ver con nuestra intimidad y no viene al caso. Te digo todo esto para que entiendas que a esas alturas de la noche no le presté demasiada atención. No sé, no lo recuerdo bien, porque yo también había bebido, y a lo mejor estoy metiendo la pata, pero creo que me dijo que tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Creo que de Enrique. ¡Lo siento! No es verdad, no me acuerdo de qué, no me acuerdo. Algo me dice que de Enrique, pero yo no estaba ya serena. —Su rostro se había descompuesto y ahora no era la señoritinga altiva que había conocido hasta ahora, sino más bien una joven a la que le duele un mal comportamiento que ya no tiene remedio. Se quitó el boli del pelo y cayó la coleta en cascada sobre la espalda—. ¿Tú crees de verdad que querían matar a Amalia?

—Sí, sí lo creo —le admití a ella, a la vez que me lo admitía a mí mismo—. Y no querría pensar que ella se lo temía, espero que no.

Laura se levantó de la silla y yo hice lo mismo en previsión de que se le ocurriera acercarse a mí. Nuestro tono, el de ambos, había cambiado, de un momento a otro ella se derrumbaría esperando mi consuelo, vendría a buscarlo, me lo iba a suplicar. Cuando una mujer como Laura se abre las confianzas y te deja mirar, es que se está preparando un cobijo. No pensaba dárselo. No iba a darle nada, ni

siquiera un gesto de despedida. En ese momento solo tenía ganas de salir a la calle a encontrarme con la Amalia de mis pensamientos, a preguntarle qué había hecho, qué terrible pecado había cometido, cómo había acabado mereciéndose la compañía de aquel proyecto de hija de puta incapaz de compasión. No había escuchado a Amalia cuando esta le confesó sus miedos, ni siquiera quiso enterarse de qué era aquello que asustaba a la mujer que le daba de vivir, pero en cambio podía repetir casi exactamente las palabras con las que renunció a aquella empresa que ahora era suya y se la había entregado.

El aire del Born, con su carga de piedra, me hizo bien. Todavía era pronto y la vida del barrio se reducía a un pulular de comerciantes y transportistas. Me estaba creciendo una rabia que no se correspondía con lo vivido, lo superaba de lejos. Joder, Amalia, no tienes ni idea de todo lo que dice de ti esa pequeña ególatra, de cómo eras y de lo sola que habías decidido vivir. Me acordé en ese punto del orfebre Ricardo, el hombre con la cicatriz azul cobalto, compañero de fatigas laborales de Estrella Sánchez, «los contratiempos los vivimos juntos», había dicho él. Estrella podía enfadarse con su marido y ver cómo se hundía su vida de pareja, pero no estaba sola, no completamente. En cambio, tú, Amalia, con tu madre incapaz de perdonarte la opción de vida, recriminándote no ser lo que ella dibujó, y esta pequeña arpía de hielo contemplándote desde una distancia prudencial cada vez que te hundías en el pozo del horror, para no molestar, por respeto. ¡Ja! Por respeto... Tuviste miedo, mujer. ¿Por qué, porque sabías que iban a matarte? No lo creo, uno no va a su muerte y se para a esperarla tomándose una copa, mucho menos sereno.

Me había largado de la oficina sin ni siquiera cerrar la puerta, y recordarlo me iba reconfortando. Uno se agarra a los pequeños gestos para salvarse al menos provisionalmente. Aparecí en la redacción en el peor momento de la mañana, cuando la mayoría ya ha llegado y todavía no han empezado a irse los primeros a comer. Es decir, entre la una y media y las dos de la tarde, un rato tonto en

el que los periodistas aprovechan para mirar la prensa de la competencia, a ver si van o no a recibir un varapalo por algo que se les escapó el día anterior. Un rato ocioso, el peor para hacer la llamada a Arcadi Gasch i Llobera que yo me proponía. Orteguita no iba a perder ripio, lo dejó claro desde que entré.

—Hombre, maestro, ¿a qué debemos en esta ocasión el honor de su presencia en esta humilde casa? —Estaba guasón. Bien. Me tocaba improvisar algún modelo básico de halago.

—Necesito tu ayuda.

El muelle de la importancia lo levantó inmediatamente y me guio hasta la máquina de café, su oficina particular.

—Quiero saber quién era el proveedor de Enrique. ¿Tú me puedes conseguir esa información?

—Colega, pides más que los curas. —Esa prosopopeya antigua de Orteguita, esos giros anacrónicos atacaban directamente mi capacidad de aguante—. ¿Pero sigues con el tema del Paradís? Pues te advierto que se encuentra informativamente muerto, al menos por el momento. Pero, claro, a lo mejor tú, en tu papel de Marlowe, te estás adelantando a los investigadores del Cuerpo y nos das la sorpresa, ¿no?

—Mira, Pepe, hacemos una cosa. Un pacto entre caballeros. Yo sigo a lo mío, porque a estas alturas no voy a echarme atrás; corro el riesgo de darme cuenta de que no tengo otra cosa mejor en la que ocupar mi tiempo. Tú me ayudas en un par de gestiones y, a cambio, mis resultados son tuyos.

—Explícate, maestro, que me he perdido.

—Es un intercambio. Yo esto no voy a negociarlo ni aquí ni en ningún otro periódico, pero creo que he encontrado una buena veta. Si tú me ayudas, te regalo todo el material final para que hagas con él lo que le parezca.

—Joder, tío, no te pases. Si la cosa da de sí tanto como te parece, podemos firmar las entregas a medias, porque supongo que dará para ir dosificándolo, ¿no? Creo que es lo justo. Tendría que ir

mi firma delante, porque soy el titular de la casa, pero la gente no se fija en eso.

El lugar de la firma, ese era el principal interés del amigo periodista, sin preocuparse siquiera por los datos que yo manejaba; eso y sacar provecho de un material ajeno que podría tenerlo sin trabajar un par de semanas, o más, si sabía gestionarlo, reportándole un pequeño lustre a su carrera, algo que le venía haciendo falta desde hacía un tiempo. A Ortega le sucedía como a todos los periodistas que llegan a una cierta edad, dejan de entusiasmarse, dejan de trabajar y se limitan a cubrir el expediente a golpe de teléfono. Sacar un tema propio como si además hubiera llevado a cabo una investigación le iba a venir muy bien. A cambio, él conocía todos los resortes de un mundo, el policial, que a mí se me escapaba por completo.

—Entonces, de acuerdo. ¿Quién me podría poner en contacto con el proveedor de Enrique?

—Colega, para eso no me hacen falta demasiadas gestiones. Tavito, el gran Gustavo Culodeoro, tiene que estar en ese ajo, es el baranda de los camellos autóctonos, los pocos camellos autóctonos que nos quedan, porque la inmigración se está haciendo con el mercado a zancadas. Baste decir que en este momento los colombianos mueven el gramo de perica de diez a quince euros por debajo de los nacionales. Así no hay quien compita, porque además el material es bueno, eso hay que admitírselo. Y Tavito Culodeoro tiene la boca más grande que el ojete, lo que en su caso ya es decir, así que si no es él, que lo dudo, sabremos quién. Además, te ha tocado un bingo, porque el pájaro y yo tenemos una relación digamos que amistosa. ¿Cuánta prisa tienes?

—Toda la prisa, Pepe. ¿Tú crees que podríamos pasarnos a verlo esta misma tarde?

—¿Esta tarde? Error, maestro, error. A ver, para empezar, al tipo hay que visitarlo por la noche, cuando ha terminado de recibir clientela, y para seguir, nada de prisas con estos pavos. Yo lo llamo ahora, a él se le pone el culo prieto, ja, ja, en la medida de las

posibilidades de su trajinado culo, me invitará a visitarlo hoy y yo le comunicaré que no podemos, que tendrá que ser mañana o pasado. Así que cuenta con las presentaciones para mañana por la noche, ¿ok? ¡Manos a la obra!

Había conseguido excitar al periodista, que salió hacia su mesa con aire misterioso a mantener una conversación telefónica en voz baja, algo que la parroquia interpretaba como síntoma inequívoco de que iba a haber chicha, Toda aquella parafernalia dio sus frutos y yo pude hacer mi llamada a Arcadi Gasch i Llobera con discreción, pese a que la curiosidad provocada por nuestra conversación había mantenido a casi todos los redactores en sus sillas posponiendo la hora de la comida. En las redacciones pequeñas nunca sucede nada, y los meses pasan de rueda de prensa en rueda de prensa esperando la llegada de mister garganta profunda, un señor que, si la profundidad es la necesaria, no tiene por costumbre acudir a las redacciones pequeñas.

La secretaria del empresario metido a promotor de Catalunya para el gobierno autonómico era eficiente. No podía pasarme con él, estaba reunido, pero dígame qué quiere, y al enterarse de que era un periodista quien llamaba y que quería una entrevista con el señor Gasch i Llobera, con cierta urgencia, me citó para el día siguiente sin hacer más preguntas. Qué poca profesionalidad, pensé al darme cuenta de que la mujer había interpretado que no es que yo quisiera entrevistarme con él, sino que quería hacerle una entrevista a su jefe. Me guardé mucho de rectificar. Esa celeridad que da el ego político de los cargos bajos me iba a venir de perilla.

29 de abril. 21.15 horas

Son ya las nueve de la noche y Estrella sigue sola frente a la televisión vestida de amante. Las sucesivas copas de *whisky* la han colocado en un estado de euforia que roza la excitación. Cuatro veces ha imaginado con todo lujo de detalles la escena que tendrá lugar con la llegada de Juan, por supuesto borracho, y en cada ocasión la representación ha sido más sexual que la anterior, hasta el punto de que hace apenas veinte minutos ha tenido que echar mano del poco control mental que le queda para no masturbarse allí mismo, en el sillón, frente al televisor en el que da comienzo el telediario de la noche. Se ha propuesto no tener prisa; tarde o temprano, su novio volverá a casa, como todos los días durante los once años que llevan conviviendo, y allí estará ella para hacerle saber que los miedos vienen de la estupidez. A veces parece un adolescente, y por eso es mejor no presionarlo. Ha decidido no contarle nada sobre sus propios temores, ni meterse en recriminaciones, solo hacerle el amor con toda la intensidad de quien lleva horas preparándose y esperando.

Se levanta para volver a mirarse bien en el espejo grande que ocupa una de las paredes del salón. Se encuentra guapa, muy guapa. A su edad, Estrella cree estar, con razón, en el mejor momento de su vida. No es que parezca más joven, como suponen los cánones, sino que los treinta y seis años que aparenta, los que tiene, han sido intensos y los siente plenos. Alta, de cuerpo grande y delgado, la cara concentra toda su fuerza. La melena negra y lisa, la nariz afilada y grande, como la boca, ancha, los ojos oscuros ligeramente achinados siempre con huellas de pintura negra

alrededor, la barra maxilar inferior dibujada y ligeramente prominente, todo forma un conjunto bravo de carácter marcado que en los momentos necesarios puede llegar a resultar seriamente amenazante. Momentos necesarios ha habido, sobre todo en la adolescencia de extrarradio, cuando empezó a tentar los ambientes en los que una chavala de su planta o metía miedo o más le valía sentirlo. Recordando aquellos tiempos frente a su propia cara reflejada, Estrella vuelve a emocionarse al pensar en la hija que aún no tiene. Se la merece, quiere quedarse preñada porque está ya en condiciones de contarle a la niña todas las cosas que ha aprendido, quiere leerle y ponerle música, se ve ya bailando con la pequeña por el salón al ritmo de la Velvet, mejilla contra mejilla. Jamás se le ha pasado por la cabeza que el vástago vaya a ser varón.

La voz de la locutora del telediario la saca de sus pensamientos, «En Barcelona, la celebración anual de solidaridad ha convocado a políticos, artistas y ciudadanos en una cena que pretende recoger fondos para la ONG Amnistía Internacional. En el palau Sant Jordi de la capital catalana, donde los asistentes ya han tomado asiento, está Nati Echauz. Cuéntanos, Nati». Se acerca a la televisión por inercia, para ver cómo van vestidos y amueblados los asistentes, qué pinta tiene la gente que acude a una cena con la que la prensa los ha estado machacando durante la última semana. Por las imágenes que retransmiten, la cosa está animada. Han conseguido convocar a un par de miles de personas, que a ella no le parecen demasiados, pero que así, en una panorámica general, dan el pego.

Cuando la periodista aparece en la pantalla para contar los detalles, Estrella, que contempla la tele todavía de pie, cae de rodillas, apoya las manos en el suelo hasta que queda a cuatro patas, con la cara a un palmo del aparato, y escruta la imagen. Es Juan. En la mesa redonda de mantel blanco hasta el suelo y profusión de copas hay sentadas una veintena de personas, y una de ellas es Juan Santos, *su* Juan Santos. Su imagen aparece en segundo plano y bastante difusa, pero está claro, no hay error. Juan Santos está sentado en aquella mesa, con el flequillo cayéndole ante

los ojos, y tiene sobre las rodillas a una chica. Ella le rodea el cuello con un brazo desnudo mientras le comenta con la nariz prácticamente rozando la suya algo que a él le está haciendo mucha gracia. Antes de que corten la conexión, a Estrella aún le da tiempo de ver cómo él tiene la mano apoyada en el vientre de la chica, y le parece que están a punto de derretirse el uno frente al otro. Se tiene que sentar sobre los talones porque una oleada violenta le sacude el cuerpo hasta que, tras un par de minutos nublados, comienza a temblar. Si tuviera ánimos para pensarlo, se daría cuenta en ese preciso instante de que la expresión «se te hiela la sangre» no es un recurso poético, sino la manera más aproximada de definir lo que está sintiendo. Algo se ha paralizado dentro de ella, física y mentalmente. Por unos momentos permanece con la mente en blanco hasta que piensa: O sea, que esto era el dolor, esto es. Y abre la boca, el único movimiento del que es capaz en la siguiente media hora, como si no le entrara el aire suficiente para oxigenar toda la sangre que, ya deshelada, parece querer hacerle estallar las sienes. Siente el pulso en todo el cuerpo y una contracción en la boca del estómago que le recuerda a los momentos más agudos de alguno de los ataques de ansiedad con los que en el pasado no muy remoto estaba familiarizada.

La imagen de Juan con la chica se le ha quedado grabada hasta el mínimo detalle y tiene tiempo para repasarla un centenar de veces antes de levantarse del suelo con las piernas dormidas y los tobillos doloridos. La chica, pese a no tener cara, es guapa y parece joven, bastante más joven que ella, lleva el pelo castaño recogido en un moño casual y viste una camiseta de manga corta roja sobre un pantalón negro. En la imagen, entre la boca de esa chica y la de su pareja median cuatro dedos, solo uno separa las narices. O lo que es lo mismo, Juan está sintiendo el aliento tibio de aquella extraña en los labios, lo está oliendo, seguramente un punto etílico, y es evidente que le gusta. Se ríe con la historia que solo ellos comparten, emanan familiaridad. El Moquillo de Juan denota que ya ha empezado a beber muy en serio, algo indudable, viendo la

postura de la pareja. Nadie más en la mesa tiene a otra persona sentada en el regazo, por supuesto, nadie parece estar viviendo instantes de intimidad; de hecho, no es ni el lugar ni el momento para ese tipo de gestos, nada menos apropiado que una cena pública entre cientos de personas para jugar a los amores íntimos y las confesiones, mucha debe de ser la confianza mutua. Siguiendo este camino, no tarda en imaginárselos tocándose por las esquinas, bailando juntos en los lugares que ellos ya han dejado de frecuentar, devorándose las bocas, y luego desnudos en movimientos frenéticos y camas desconocidas, en escaleras y rellanos. Pero aún más doloroso que el juego sexual imaginado es el gesto que ha visto, esa impunidad, ese descaro, el impudor de los amantes para los que el mundo está parado, es un mero escenario de su amor. Juan es un hombre tímido, de una timidez enfermiza que suelo llevarlo a un extremo asocial. Juan eso no se lo hace a ella, no se lo ha hecho nunca. En los veinte años que llevan juntos, son extrañísimas las ocasiones en las que su novio la ha agarrado por la cintura en público o se ha permitido algún gesto de cariño, nunca un beso ni un abrazo. Y allí está, con una desconocida sobre las rodillas ante una platea gigante sin importarle un bledo, sin sentir otros ojos que los ojos de su amante.

Una hora tarda Estrella en llegar hasta el sofá y volver a sentarse. Le tiemblan las manos en una tiritona histérica cuando intenta servirse una copa y derrama la mitad sobre el cristal de la mesa de centro. Siente un fuerte dolor de estómago y el resto del cuerpo flotando, la ingravidez física del dolor. Quiere llorar, hace todo lo posible por abrir alguna vía por la que escape aunque sea una esquirla de la metralla que le está torturando el interior tras la explosión, pero no hay manera.

Hasta otra hora después, cuando se cruza el espejo en su campo de visión, no se abre una espita. El recuerdo de su imagen hace nada, algunos siglos, de su hija bailando con la Velvet Underground, le da la excusa para desatar la autocompasión y por ahí empieza a emerger al fin la rabia.

Habla entre dientes. «Mecagüen todos los muertos de tu familia, Juan Santos, y en todos los vivos. Mecagüen ti y en tu estirpe, y en tu descendencia, hijo de la gran puta, de esta no sales vivo, te voy a joder la vida hasta que emigres, y aun entonces te encontraré. Eres un patán, un pobre hombre, un incapaz, y lo peor es que yo ya lo sabía, eres una rata hijo de la miseria y no mereces nada, nada de nada. Mecagüen tus hijos, si te queda salud para tenerlos, y en tus putos padres por parirte. Mecagüen tu vida, desgraciado».

Capítulo XV

Ayerdi se echó una ojeada a las uñas de la mano derecha en un gesto demasiado cinematográfico para él, o es que la hora y las circunstancias no daban para más. Levantó la cabeza, me miró a los ojos y, con entonación de «he contado hasta diez y por eso te salvas», soltó: «¿Qué te he hecho yo, eh? ¿Qué coño te he hecho para sufrir esta persecución?». Hay hombres que ensimismados ganan mucho, pensé. Él iba cargado, arrastrando un tedio de mocos nariz arriba sin miramientos, y yo estaba cansado. Me había pasado la tarde donde Eddy, y la noche siguiendo su rastro de garito en garito.

—Estrella tenía un ataque de cuernos, no entendí mucho más, ¿es eso lo que querías saber? Tú este tema no lo vas a escribir, no lo publicarías en ningún sitio ni pagando, ¿qué te pasa? ¿Te va el rollo pasma o qué?

No iba a tenérselo en cuenta. La verdad es que, una vez había conseguido hablar con él, cuando el genio de la ironía estaba ya colocado, blando y dispuesto a largar, era yo el que no sabía cómo formularle la pregunta, ni siquiera sabía qué esperaba sacar de Ayerdi y de su conversación, que de repente me parecía improbable, con Estrella Sánchez, pero ahí lo tenía, apurando el tercer cubata justo antes de otro viaje al retrete.

—Es jodido ver a tu colega por la tele con otra en las rodillas... Hay que ser un hijo de puta o estar completamente ciego, pero muy que muy ciego, para que te pillen en esas. —La locuacidad del colocón ponía su parte de ayuda, y tenía que aprovecharla sin

reticencias ni tapujos, aun sin estar seguro de entender lo que Ayerdi farfullaba.

—¿Quieres decir que Estrella vio a Juan Santos con otra? ¿En la tele?

—Hay que ser un cretino; desde luego, Juanito la cagó bien cagada.

—¿Dónde estaba?

—En la Cena de la Solidaridad. —Impostó una carcajada que se convirtió rápidamente en ataque de tos—. ¡En la puta Cena de la Solidaridad!, con una chavala sentada en las rodillas. Ya te cagas. Eso le pasa por ir a la cena, colega. Si tienes una chati y la pones en un escenario, no te quepa la menor duda de que la van a enfocar.

De nuevo, el juego de las casualidades. Así que Estrella Sánchez había descubierto por la tele que su inútil maridito le ponía los cuernos, o al menos que esa noche había decidido pasarla con otra sobre las rodillas. Mi querida Estrella contrariada, ¿qué se te pasó por la cabeza entonces? Estabas en casa, viendo un programa de sociedad o un telediario, quién sabe, pensando en que al día siguiente te esperaban en el almacén bañado por el sol Ricardo y su cicatriz, los tres chavales sudamericanos trabajando piezas, tus creaciones, quizá proponiéndote no estar tan contrariada esta vez, no salir tan a menudo al café de al lado a por los té, no ausentarte más tardes; estabas a lo mejor preguntándote dónde andaba tu compañero de fatigas en el momento en que la televisión, qué crueldad, te mandó la respuesta. Mierda de respuesta. Otra forma de soledad, pensé, y rectifiqué mis juicios sobre Amalia y Estrella. Ninguna más sola que la otra. Absolutamente solas las dos, junto a esas compañías con tanto ombligo. Cuando Estrella llegó al Paradís no se tenía en pie. Los datos oficiales lo dejaban claro: era improbable que conservara la razón con la cantidad de alcohol y cocaína que le circulaba dentro. Pero sí fue capaz de contarle a Álex Ayerdi las causas de sus pesares, el dolor.

Si Juan Santos llegó a la cena con una tipa y borracho o colocado o ambas cosas, lo más normal es que hubiera pasado la tarde con

ella. Querida, tú no te encontraste con tu marido, o quizá sí, lo justo para una bronca tormentosa que lo lanzara a la cama de su amiguita. Joder.

¿Dónde fue Estrella entonces?, ¿qué hizo? Todo indicaba que lanzarse de cabeza a buscar algún estado de inconsciencia que le hiciera más soportable lo que acababa de ver. Si tu marido se dedica a acariciar a otra mujer y te enteras, duele. Pero si además se dedica a sentársela en la falda en una de las fiestas más multitudinarias de la ciudad, rodeado de periodistas conocidos y no tanto y de cámaras de televisión, si encima de eso tú lo ves retransmitido en directo, si le sumas que lo estás manteniendo porque es incapaz de ganarse la vida solo y se dedica a bebérsela de noche hasta que tú te levantas para acudir al curro, entonces las ocho de la mañana es aún temprano para acabar con la purga de ti misma.

Faltaban minutos para que el local empezara a llenarse de restos de serie. Fuera ya debía de haber amanecido, y empezarían a caer los camellos de la cal, las putas de a tres la mamada en váter y los yonquis ociosos de estimulantes, los más nuevos, los que deciden empezar a drogarse ya entrados en noche y copas. Esperé a que Ayerdi volviera del baño para preguntarle algo que ni yo mismo me había formulado aún. Salió. Solo eso, salió de mi cabeza y luego de mi boca —«¿Tú crees que la mataron por casualidad?»—, y mientras salía, con la pronunciación de cada sílaba, a medida que iba cayendo me daba cuenta de que no debía, nunca se debe formular una pregunta así a no ser que seas policía, lerdo o un hijo de puta en toda regla. ¿Quién con un poco de amor puede admitir una muerte por casualidad, de un tiro, apuntando a la cabeza?

Había que cruzar dos puertas para salir a la calle. Entre ambas, un espacio de aclimatación, o de descompresión, poco mayor que un armario ropero. Me estoy viendo de nuevo, recuerdo la escena segundo a segundo. Atravieso la primera, respiro hondo, me paso los dedos por el pelo, clavo la barbilla contra el pecho, entorno los ojos y empujo con decisión la segunda. A paso marcial. La mañana

barcelonesa, brillante a la altura del parque del antiguo matadero, me acuchilla el cerebro sin compasión y sé que me lo merezco por la cara de la primera ciudadana que me cruzo. Vuelve de algún mercado con el carro repleto y me muero de ganas de pedirle una pieza de fruta. En cambio, entro en una tienda de chucherías y me compro unas gafas de sol de pega, de plástico naranja y verde. A estas alturas, me asquea tanto la situación que prefiero pasar por majara que por reenganchado.

29 de abril. 23.55 horas

Cuando Ayerdi pisa el Sant Jordi es ya más que evidente que no mandará al diario la crónica requerida, así que apaga el móvil para que no le toquen las narices más de lo necesario. Dentro de un par de minutos darán las doce, y ha hecho la última llamada media hora antes para informar de que las pesquisas no prosperan y proponer que dejen la entrevista a Mandela donde está, porque lo que pueda conseguir ya a esas alturas siempre será material menor. No ha hablado directamente con Santesmases, que a esas alturas debe de estar en su casa atiborrándose de televisión, sino con el jefe de cierre, pero le ha pedido que espere hasta las doce para comunicárselo a su superior directo. Él ya estará ilocalizable entonces. Lo cierto es que ha hecho solo un par de llamadas, las suficientes para ver que la cosa estaba cruda, así que ha agarrado a Pitu Gallo y le ha propuesto acudir a la fiesta donde esta noche va a acabar todo el mundo que en Barcelona pinte algo. «Cuando no puedes liquidar un artículo en un par de llamadas, más vale que te tomes un cubata y te vayas a paseo, porque es síntoma de que o la pieza no merece la pena o que lo que no merece la pena es el esfuerzo que requiere». Su colega Gallo, al estar bregado en la sección de deportes, no puede ser tan optimista. Ayerdi, a decir verdad, tampoco las tiene todas consigo, sobre todo en lo referente a las consecuencias que esa dejación pueda traer, pero en previsión se ha cogido dos días de fiesta que le quedan libres —el día siguiente, viernes 30, y el lunes 3 de mayo—, y que, unidos al fin de semana, le permiten un sosiego largo. A la vuelta es poco probable que Santesmases recuerde el cabreo. Vaya, es imposible. Y si no,

que se lo coma la Tapia, que es la verdadera culpable de todo el fregao.

Lo primero que hacen es acercarse al área reservada para los medios de comunicación. Como ya ha empezado a funcionar el *chill-out* montado en una carpa aneja, la mitad de sus colegas ha desaparecido, pero allí quedan los irreductibles de la última copa gratis, siempre una más antes de levantar el culo de la silla. Eso es lo que necesitan, al menos él, un par de copas para bajar la ansiedad del subidón y aprovechar para hacer las paces con Laurita *comunicació*, como se la llama en las redacciones, o Loba Laura, los más crueles. Ha estado especialmente desagradable con ella por teléfono un par de horas antes, en el único esfuerzo, pequeño, eso sí, que ha hecho por satisfacer a su jefe y encontrar la crónica deseada. Ha culpado a Loba Laura de la traición con la entrevista de la Gangstey y se ha pasado en el tono y en la forma; normal, volvía de ver al taxista y lo ha pillado eufórico. Total, que la chavala no tiene nada que ver con el asunto y él le ha pegado un rapapolvo que, incluso en el caso de haber sido ella la culpable, habría resultado improcedente. «Así van las cosas, chica —le dice cuando al fin la tiene delante—, siempre acaba tragando el inocente, pero aquí van mis disculpas y, si tú quieres, acompañadas de copa y un viaje al lavabo, además». No le hace a ella demasiada gracia la coletilla, está verdaderamente metida en su papel profesional y se le nota ya bastante harta de tratar con ese hatajo de beodos maleducados y pretenciosos. «Me acaban de decir que tú conoces a aquel de allá», le dice, a cambio, señalando la esquina de una mesa donde un tipo parece dormir con la frente apoyada sobre el brazo. Álex Ayerdi mira hacia donde ella señala y le cuesta un rato reconocer, sin verle la cara, a Juan Santos, un habitual de la noche y los últimos bares, bastante pasado de rosca últimamente. Le sorprende encontrárselo allí, no es tipo amigo de frecuentar ambientes sociales, y muchísimo menos solo. «Conocerlo, lo conozco, pero poca cosa más», miente Ayerdi, que ha compartido con Santos y su mujer Estrella más juergas de las que puede recordar. Sin embargo, desde hace al

menos un año es poco habitual que se encuentren. Desde luego, a ella hace mucho tiempo que no la ve y, con Juan, como mucho, cruza algún saludo de vez en cuando. «Pues mira, guapo, o me echas tú una mano o llamo a los de seguridad para que se encarguen de él, porque, entre otras cosas, todas desagradables, tu amigo acaba de sacarse la polla y, si no se aparta, le mea los zapatos a la concejala Carme Sort, así, en parábola y sin moverse de la silla». Ese era, desde luego, Juan Santos, genio y figura, pero no un Juan Santos de doce de la noche, sino de siete de la mañana. Ayerdi recuerda que es el tipo con mayor capacidad para el alcohol y demás sustancias que ha conocido en toda su vida, y se le ocurre que quizá ha llegado a la fiesta reenganchado ya desde la noche anterior.

Se acerca hasta donde ha caído redondo y lo zarandea primero suave, luego con más fuerza, y al final cierra el puño y le da un golpe seco con los nudillos en plena coronilla. No consigue la menor señal de respuesta. El tipo está completamente inconsciente, lo que refuerza su primera idea de que debe de llevar un par de días sin dormir y se ha quedado frito allí mismo. Del respaldo de su silla cuelga una chupa vaquera que supone es la suya, sobre todo porque no ve a nadie más por los alrededores con aspecto de haber llegado a la fiesta con cazadora Levi's. En un bolsillo interior encuentra la cartera de Juan con documentación, tarjetas y todo lo que se supone que lleva una cartera excepto lo que él andaba buscando, dinero. Se le ocurre que igual el tipo usa un monedero y mira primero en los bolsillos exteriores de la prenda, y luego, con no poco esfuerzo, moviendo como puede aquel peso muerto, en los del pantalón vaquero. En uno de los traseros encuentra dos billetes de veinte euros doblados, un tercero en forma de rulo que desenrosca y dobla como los otros, y una papelina a medio consumir que se echa a su propio bolsillo. «Lleva sesenta euros en el pantalón, así que ya puedes llamar a los de seguridad o a un taxi y que lo depositen en su casa. El carnet está en la cartera, guardada en la chupa. Buena

suerte, guapa», y se va por donde había venido en busca de Pitu Gallo.

«Sorpresa, colega, nos invitan a más farlopa, bola extra por lo bien que nos hemos portado esta tarde y porque este jueves de mierda ha terminado hace diez minutos. Bienvenido al viernes festivo y que se preparen las de Valeri Serra, porque me han ingresado la nómina». Gallo responde a la mano alzada de su amigo con una palmada. Todavía queda mucha noche por delante y bien podrían buscarse un par de chavalas, sobre todo, cargados como van y con pasta en la tarjeta, pero el de deportes no es la mejor compañía para un ligue elegante. Gallo es más bien un noctámbulo de karaoke clandestino y puta media ucraniana, de los que te sueltan frases del tipo «siempre sale más barata una lumi que una chati», o «más vale que, si te la van a chupar, tengan el paladar ablandado, ya me entiendes». Justo lo que Ayerdi necesita en una noche que prevé guarra. «Y antes de pasar por el pasaje, parada en el Paradís para reponer combustible, coleguita, que ese lo pago yo», lo oye decir eufórico, ya camino de la caseta-váter.

Capítulo XVI

El despertador sonó a las tres de la tarde del miércoles con sonido de mazo y campana y bocina, y con dolor. Tres horas mal dormidas desde que, con el sol en lo alto del cielo, me había metido en la cama tras bocadillo y caña en el Paral·lel. Y a las cinco tenía cita con Arcadi Gasch i Llobera. Tuve que apelar a mis tres compañeras muertas, volver a tratarlas durante veinte minutos entre las sábanas para no cancelar la cita con aquella torpe y engañada secretaria. Para colmo, estaba echando ya demasiado de menos una llamada de Eva Sacaluga; se la había tragado la tierra. Evitaba enzarzarme en pensamientos del tipo «habrá perdido mi teléfono, pero si quisiera encontrarme, me encontraría», y así, pero no acababa de lograrlo, y no me sacudía de encima una sensación de molesta adolescencia. Eso, y la impresión de que algo no cuadraba en su relación conmigo. No es falsa modestia, ni siquiera modestia a secas, yo no era un hombre para Eva Sacaluga, demasiada mujer para tan poco yo. Pero fue ella quien se quedó en mi cama, pensaba, terco; la que puso la mano en la rodilla, la que me acompañó en cena y paseo, fue ella la que me invitó a su casa. Y yo, el imbécil que se quedó en el taxi. Porque no señor, no las tenía todas conmigo, cuanto más le mostrara, más me exponía a que descubriera por fin el tipo de hombre que soy. Pensamientos de esta clase, del todo indeseables a partir de los veinticinco, me habían tenido en vilo durante todo el día anterior, desde que salí asqueado de la visita al que fue el despacho de Amalia, y en aquel despertar de badajo con resaca de alcoholes a deshora pude comprobar que allí continuaban.

En esas estaba cuando por fin sonó el teléfono y me puso al borde de un precipicio de imbecilidad. Salté de la cama y, en pelotas como estaba, agarré el móvil sin descolgarlo y me llegué hasta el salón buscando el paquete de cigarrillos y un mechero que me sirvieran de agarradero. Descolgué con el pitillo aún sin encender en la mano e intentando disimular el jadeo, a punto de llamarla por su nombre.

—¿Qué pasa, maestro, vienes corriendo o qué?

La voz de Orteguita me sonó más falsa que nunca, y cuando fui a contestar, me di cuenta de que se me había anudado la decepción en la garganta y no podía hablar sin delatarme. Tosí.

—Maestro, ¿estás bien? Cualquiera diría que te he cogido en plena huida, colega. Nada, nada, respira y tómate algo, que yo espero...

—No, no es nada, se me ha ido la cerveza por el otro lado.

—Espero que no te hayas olvidado de nuestra cita. A las doce *in point* de la *nuït* nos espera el gran Gustavito Culodeoro, y más vale que nos pille frescos. Te propongo que quedemos para cenar y así me pones al día, porque si no voy a ir más vendido que una exclusiva de los de Alba. ¿Ok?

—Sí, de acuerdo, yo tengo una entrevista y poca cosa más, esta tarde. Si quieres, quedamos a las ocho y media para tomar una copa y luego ya cenamos algo.

—Ahora te escucho, campeón, en el Boada's a y media.

—Si me surge alguna complicación, te llamo. —Pensaba en Eva, en la llamada que en cualquier momento podía llegar.

—Si te surge alguna complicación, colega, llamas al tío Orteguita y te la borro del mapa en menos que canta un gallo, será por recursos...

Y colgó.

Las cinco de la tarde en la Diagonal a la altura de la plaza de Francesc Macià con sol picante y resaca es lo más parecido al infierno que se me ocurre. Coches, cláxones, ajetreo de gentes que parecen tener infinitas responsabilidades, normalidad urbana de

zona donde los negocios se mezclan con mamás estupendas que conducen sus 4×4, exclusivas tiendas de moda y personas que acostumbran a merendar. El portal del edificio donde Gasch i Llobera tenía su despacho particular daba paso a un espacio con una ostentación de cartón piedra: dobles columnas blancas, techo con molduras, suelos de mármol en ajedrezado, y todo contribuía a hundirme más en un humor de perros. Lo pagó, claro, la secretaria de turno que, después de recibirme como si no recordara la cita, me avisó de que el señor Gasch i Llobera no disponía de demasiado tiempo para mí porque tenía que estar al cabo de una hora «en Palau». A los políticos catalanes, a sus frustradas aspiraciones republicanas, les encanta llamar al edificio de la Generalitat «Palau», así, a secas, como si de esa forma su poder tuviera algo de monárquico, o porque aspiran a que así sea. Recibidor en tonos claros con sillones de piel negra, hilo musical y un par de carteles *king size* con las distintas variedades de uvas que existen, uno, y con un centenar de etiquetas de botellas de vino, el otro.

—Ya veremos si puede más la prisa o la entrevista —contesté con un rencor que no tenía nada que ver con ella, pobre.

—¿No viene fotógrafo con usted? —preguntó, dejando claro otra vez su error.

—No nos va a hacer falta —mi contestación fue tan seca que no se atrevió ni a mirarme mientras me acompañaba hacia el interior de un piso luminoso por un pasillo lleno de puertas cerradas.

La aparición del empresario en el quicio de la última puerta, acceso a una gran sala rematada con un coqueto mirador de vidriera emplomada en verdes y malvas, me bajó los humos de un soplo. Joder, aquel no era el tipo de hombre que uno se imagina llevándose a dos lumis de lujo a la cama por el módico precio de un favor a la Susín. Arcadi Gasch i Llobera, alto y lo suficientemente delgado para imaginarle gimnasio diario, tenía la mirada húmeda y bovina, una nariz de palmo que llegaba a ocultar los labios casi inexistentes, calva cubierta de restos de cabello fino y una ligera chepa a la espalda que completaba el retrato de un mayordomo fiel de

costumbres refinadas pero origen incierto. Quedan pocos hombres —pensé— que sepan llevar con naturalidad un traje con chaleco, sea cual sea su tipo de cuerpo, y me lo imaginé negociando por tierras del Penedés, bodega a bodega, cruzando viñedos con la satisfacción de un capataz de la Administración. Ahí si me cuadraba.

Pasamos a la sala despejada, solo una mesa de reuniones para veinte y la preciosa cristalera que teñía el interior de aires antiguos. Tan antiguos como el morador.

—Me tendrá que perdonar, ya le habrá dicho mi secretaria que tengo cierta prisa... Ya sabe, esas llamadas imprevistas... Además, podemos hacer la entrevista, si quiere, pero no me está permitido desvelar aún la identidad de la elegida, el *conseller* prefiere hacer una presentación donde además de todos los medios de comunicación acudan representantes de la sociedad civil. No es para menos. Imagino que le habrá informado su director. Me llamó ayer mismo para interesarse por la chica y ya le avisé de que me era imposible saltarme las órdenes.

Así que ya habían elegido a la Marianne catalana. Si hasta el momento el asunto me había importado un carajo, conocer al seleccionador me despertó una curiosidad divertida. ¿Ese hombre al que no le está permitido y que no se salta las órdenes, con las uñas perfectamente cuidadas, ya moreno de sol playero y sin embargo con la mezquindad calcada en los labios y generaciones de servidumbre más en la mirada que en la chepa, ese mismo que daba vueltas a su Montblanc modelo polla con una amabilidad sin sonrisas, ese y no otro se había montado un trío con Sara Pop y la voluptuosa Ulrike de mis erecciones? ¡Anda ya! —pensé—, ahora me vas a contar qué hiciste con mi niña Sara, porque no me creo nada.

—Perdone, Arcadi, pero creo que hay una equivocación. —Por primera vez me miró directamente a los ojos, los suyos acobardados y esquivos—. Me encuentro recopilando datos sobre las muertes de las tres mujeres del Paradís y, según los informes policiales, usted fue quien llevó a la más joven de ellas hasta allí... —Iba a protestar, y rematé—: Extremo este que me ha confirmado su amiga Sandra

Pita, del despacho de Susín, así como la señorita Ulrike, quien asegura haber pasado la noche con ustedes.

La cara aberenjenada fue de tostada a blanca, luego casi verde, y comenzaron a brotarle brillantes gotillas de sudor sobre la nariz, tremendo apéndice efervescente en plena jeta color papel. Ni mu. Pasaron cinco minutos como cinco meses en un silencio tan desasosegante que pensé: Levántate y échame a la calle, imbécil, dime que no son asuntos míos, mándame a tomar por culo, remíteme a la policía o dame una patada con tu horrible Martinelli en pleno morro, pero no te quedes pajarito. Y por fin:

—Creo que no tengo nada que añadir. Si tiene los informes policiales, sabrá que yo sencillamente dejé allí a la chica y me fui.

No los tenía, pero qué más daba, me sabía la historia casi de memoria.

—¿Dónde dejó a la chica exactamente?

Costumbre de docilidad, me respondió al instante:

—En la puerta de un local... en fin, en la puerta del Paradís, solo que entonces no sabía cómo se llamaba el sitio.

—¿La vio entrar?

—Sí, sí la vi entrar.

—¿Y salir, la vio salir?

—No.

—A ver, se supone que Sara Pop entró, salió y volvió a entrar. Ulrike me aseguró que usted la había acompañado a que comprara lo que fuera que necesitara...

—Sí, la acompañé, pero la chica tardaba mucho en salir... tardaba tanto que pensé que se había quedado dentro y todo era una treta para que la llevara... Eran casi las ocho de la mañana, ¿qué pintaba yo parado en doble fila a la puerta de un lugar que parece, hay que admitirlo, un prostíbulo?

Había levantado un poco la voz, pero no la vista.

—¡Míreme, hostia! —Grité, yo sí grité—. ¿Me está diciendo que Sara Pop creía que la estaba esperando y cuando salió se encontró con que usted se había largado? ¿Sabe usted, señor Gasch i Llobera,

que a la joven Sara Pop le pegaron un tiro solo por estar en el momento equivocado en el lugar equivocado? ¿Sabe usted que si la hubiera esperado ahora la chica andaría tranquilamente por la calle con su cuerpo intacto, con toda su sangre dentro?

Arcadi Gasch i Llobera se levantó de su silla despacio y me dirigió una mirada de buey, puede que de buey arrepentido, pero buey al fin y al cabo. Lentamente se dirigió hacia la puerta y desapareció. Yo había dado una palmada tan furiosa a la mesa que sentía cómo la mano se me iba hinchando por momentos, pero estaba paralizado, y así seguí un buen rato sin pensar en nada más que en la foto de Sara Pop en el suplemento de *El País*. Tenía debilidad por aquella joven golfa desgraciada.

El último fulgor de sol directo dejó la vidriera, y los verdes y malvas se volvieron sombras. El tipo ya debía de haber llegado a su particular palacio de fantasía en la plaza de Sant Jaume, y a mí me quedaban un par de horas hasta mi cita con Ortega. Salí sin despedirme de la secretaria con aspecto de pariente, empezaba a ser costumbre, y enfilé la Diagonal en sentido mar. Sara, Sarita, ¿qué pensaste cuando viste que este miserable se había ido? Lo de follar, sí, lo de follar hasta el amanecer no se lo había perdido, no había desertado en mitad de vuestro polvo a tres, seguramente una experiencia única en su triste vida de rumiante sumiso. No tenía la culpa, en sentido estricto, no era culpable directo de tu muerte, como tampoco Laura tenía que ver, en rigor, con la de Amalia, ni Juan Santos directamente con la de Estrella, pero cuánta mierda, pequeña, cuánta mierda os rodeaba, joder. El tío fue capaz de mantener el tipo durante, pongamos, las cinco o seis horas que estuvo con vosotras, pero, en cambio, diez minutos, seguramente ni eso, se le hicieron insoportables porque la puerta le parecía la de una casa de putas. Y vosotras dos, ¿qué le habíais parecido vosotras dos?, ¿ángeles de la guarda, dulce compañía?

Cuando me encontré con la rambla de Catalunya, otra vez la rambla de Catalunya, tiré hacia abajo a buscar las Ramblas. Hacía un par de días que había recorrido ese camino varias veces, y volví a

pensar en Eva Sacaluga, pero en esa ocasión ya dudaba incluso de su existencia real. La idea Sacaluga, una fantasía fruto de mi paso por casa de Tito, el hombre capaz de defender la existencia del fantasma de Elvis con razones de experiencia propia. La idea de una mujer a la que poder llevar al Chicago Pizza Pie Factory sin remordimientos, y luego conversar y desear volver a instalarte en su boca como aquella otra vez. La idea de una mujer que siempre es de otro, para qué engañarnos.

30 de abril. 1.30 horas

«Esa zorra ha pasado más rato dentro del baño que fuera. Como vuelva a ver a ese pedazo de carne negra haciendo guardia en la puerta, le monto un pollo a la pava que se le va a quedar su bonita cara como un culo». Curra Susín está sulfurada. Linda Gangstey ha llegado a la fiesta tarde y acompañada por un par de amigas, también modelos, de las que nadie sabe el nombre porque ella no se ha dignado todavía hablar con ninguno de los asistentes. Desde que se ha servido el primer plato, los viajes de las tres esculturas humanas al lavabo situado en la zona vip han sido constantes, y si ya ellas solitas son un foco de atención suficiente, no ayuda a la discreción el hecho de que coloquen en la puerta al guardaespaldas de la Gangstey, un amenazante negro calvo, mientras se demoran diez minutos en salir. Se trata de uno de esos contenedores-baño móviles, de los utilizados en conciertos y otras concentraciones masivas, que alberga ocho retretes, en principio, más que suficientes para atender la demanda de las señoras sentadas en mesas preferentes. El problema reside en que el negro cierra el paso a la caravana entera, lo que significa que cada incursión de las chicas deja sin váter a la zona. Teniendo en cuenta que la Gangstey y sus amiguitas han hecho cuatro o cinco viajes por hora y que cada uno de ellos mantiene el lugar cerrado durante alrededor de diez minutos, ha llegado un momento en el que Curra Susín se ha quedado sin argumentos para justificarlas ante el creciente enfado de las asistentes más importantes. Incluso la mujer del alcalde, acompañada por la de un ministro catalán, ha tenido que desplazarse a la zona de los cenantes comunes para evacuar. «Esto

es un desastre completo, Sarita, me mandan a esa tía, que no vale un pimiento, que por el momento no ha hecho más que mear, o aquello a lo que sea que se dedican allí dentro, y dar desplantes a todo el mundo, y tú te presentas con Antonia, que ya sabes que no me hace ninguna gracia que vayáis juntas. Tú no tienes nada que ver con esa inútil, mi niña, intenta metértelo en la cabecita, no te va a aportar nada bueno. Lo mínimo que se te puede pegar a su lado son unas ladillas. ¡Es la única persona de esta época que conozco que ha tenido ladillas, la muy puta! Y te advierto que llevarla al lado te baja puntitos, niña, piensa que tú eres distinta y por eso tengo contigo el trato que tengo, pero si según quiénes te empiezan a relacionar con Antonia, la cosa caerá en picado, algo que no nos conviene a ninguna de las dos, pero sobre todo no te conviene a ti, zorrita... ¡Coño!, es otro nivel». Antonia es el nombre real de aquella que se hace llamar Ulrike Yanko y que en estos momentos espera en una mesa lejana el regreso de Sara Pop. Esta se ha acercado hasta la Susín preparada para recibir el discursito de turno, así que pone la cara prevista, aguanta el chaparrón con gesto de inocencia y morrete caprichoso y le pregunta dónde y cuándo por fin va a empezar la fiesta, «si es que hay fiesta, vaya». Está molesta porque, con Linda Gangsley y sus amigas haciéndose notar constantemente, a ellas dos se les queda el brillo a la altura de las reinas de fiesta patronal. Para colmo, Curra ha sacado toda la artillería y tiene a una docena de rostros conocidos, televisivos, jóvenes, solteros y bien dispuestos diseminados por la mejor zona, mientras ellas han sido colocadas cerca del área de la prensa, en una mesa de parejas que ni se conocen ni han demostrado la menor intención de hacerlo en las casi tres horas que ha durado el ágape.

La mujer la agarra por la cintura y la guía entre las mesas hasta uno de los extremos del improvisado comedor. Solo le dirige tres palabras por el camino, «después te cuento», que desde luego no presagian nada bueno. Sara sabe por experiencia que, si hacen falta explicaciones, el bocado no va a ser de cardenal. Por eso no se lleva un gran disgusto cuando llegan por fin hasta el objetivo y Curra se

acerca a un tipo con pinta de peñista del Barça venido a más tras pasar a vestirse por casa del enemigo. «Querido Arcadi, perdona que te moleste, pero es que mi amiga Sara lleva toda la noche queriendo conocerte, y ya que por fin veo que salen las copas, he pensado que es el mejor momento para importunarte». El interpelado, que permanece en su mesa ahora ya semivacía intentando no empezar a dar cabezadas, consigue de golpe abrir los ojos y salta de su silla como impelido por un muelle, y tal es el aburrimiento acumulado que cuando intenta hablar tiene que aclararse la garganta un par de veces para dotar a la voz de sonido. La visita dura lo justo para que Gasch i Llobera dé un par de besos a Sara y esta vuelva a desaparecer empujada por su presentadora.

«Arcadi Gasch i Llobera, empresario del sector del vino, ahora responsable de la Generalitat para la campaña de promoción de Catalunya en el exterior. Este trabajo es una burbuja», con este nombre designa Curra a aquellos clientes que no pagan, al menos la primera vez, pero cuyo interés los hace merecedores de atenciones gratuitas; ya vendrán luego las compensaciones, los favores debidos, etcétera. «Necesita una carita inocente, relativamente conocida y no gastada para que represente a este país por el mundo, por las Españas o por donde la madre que lo parió perdió la alpargata. O mucho me equivoco, y yo no me equivoco nunca, o esa carita de zorra catalana internacional es la tuya, así que ya puedes ir moviendo ese culete que Dios te ha dado y me lo dejas más fino que la seda. No te pases con él, es un paleta incauto, pero no es tonto. Ni amantes ni líos conocidos. Putitas de empresa y poca cosa más. Ni drogas ni numeritos, ¿entendido? Dale tiempo para que te eche de menos y, mientras tanto, te piensas cuatro preguntas de vinos que le den carrete. ¡Hala!».

Sara vuelve a la mesa en la que la espera Ulrike a paso ligero. «Vamos al baño —le dice sin ni siquiera pararse—. ¿No te jode, tía, no te jode...? La fiesta está a reventar de guindas y bombones, y va la gorda y me pasa una burbuja. Tía, ¿te lo puedes creer? Una puta burbuja. Blanca, además. ¿A que te creías que ya no quedaban

clientes blancos? Pues sí, tía, ni coca, ni juerga ni nada de nada, blanco impoluto, el único que queda en la ciudad, y me tiene que tocar a mí». Están ambas metidas en el mismo retrete y las carcajadas de la otra la obligan a abalanzarse sobre ella y taparle la boca. Sara ha dado por sentado que, sea lo que sea lo que depare la noche, lo compartirá con Ulrike, de la misma manera en que en ese preciso instante su amiga da buena cuenta de sus últimas reservas. «Quedan tres rayas para cada una —sentencia Ulrike—, y me juego lo que quieras a que nos las acabamos metiendo juntas con ese tocinito de pueblo que te ha tocado en suerte. Venga, tía, corta el rollo, vamos afuera, me presentas al tío ese, y ya verás. ¿De verdad te crees lo de los clientes blancos? Un pavo es blanco hasta que le das una mano de pintura y lo pones verde. A este lo vamos a poner colorao, colega». Vuelve a reírse con ganas, y esta vez sí logra contagiar a Sara, ¿Cómo no se le ha ocurrido?

Desde luego, está hecha un cándida, creyendo todo lo que le dice la gorda, vaya una para creérsela. «¿A ti te gusta el vino, tía?», le pregunta a su morenaza amiga. «A mí me gusta cualquier cosa que te saque el muermo de encima. El problema del vino es que es muy lento, pero si hay que beber vino, pues se le echa un chorrillo de ginebra y tirando, ¿o no?».

Capítulo XVII

A Pepe Ortega le gustaba el Boada's por Carvalho, por la mítica de la Barcelona negra y porque le parecía que allí se iba a codear con escritores que, la verdad, nunca estaban. Aparte, él jamás había leído un libro de Vázquez Montalbán, y de su detective sabía lo que había visto en una pésima serie de televisión protagonizada, a quién se le ocurre, por Eusebio Poncela. Creo que le gustaba el detective porque no se había enterado de que tenía por novia a una puta. A Orteguita ese tipo de cosas no le caían bien. Entre otras cosas, por eso me daba tanta pereza el encuentro.

Cuando llegó, yo ya había callejeado por la zona durante una hora e iba por mi segundo pisco a cubierto. O sea, que había tenido demasiado tiempo para repasar mis dos últimos días, las conversaciones con Laura, con Ayerdi, con Gasch i Llobera. La rabia y el asco se habían convertido en un profundo abatimiento, agravado por la semipenumbra alcohólica del lugar y los lugareños, una panda de señores oscuros habituales y bebedoras a punto de la euforia. No quería cenar con Ortega, ni mucho menos acudir a nuestra cita con la miseria, no tenía fuerzas, pero en ese momento ya no tomaba mis decisiones, sino que era la inercia de la curiosidad —¿curiosidad, venganza, curro...?, ¿qué era exactamente lo que me había dado cuerda durante aquellos días? ¿Dónde estaban mis amigas muertas, que las sentía de repente muy lejanas?— la que me iba llevando a golpes hacia unas conclusiones que no creía querer conocer. Es tan cómodo dejarse llevar en esas circunstancias, tanto más que tomar decisiones, que salí en compañía del periodista en

busca de algún garito donde nos dieran algo de comer, «preferentemente un chino», había dicho él.

Y allí estábamos, el estómago luchando con extraños aceites y sustancias seguramente tóxicas, apurando un par de licores sin nombre regalo de la casa, llamada «Chino Felicidad».

—Pero, colega, ¿tú te das cuenta de lo que me estás contando? Nada menos que el comisario para la promoción exterior de Catalunya metido hasta las ingles en el fregao, vamos, con los cojones untando el barro. Te cagas, colega, te cagas por la pata abajo. Bueno, y lo de Loba Laura, que se quiere quedar con la agencia; a saber qué manejos se traía, la muy zorra. Así que don Arcadi Gasch i Llobera estaba amorrado al coño nada menos que de una de las muertas, y al de su amiguita... Lo peor es que, conociéndolo, nos va a costar mucho que esto se lo crea alguien. Pero, claro, si además me dices que fue él quien la llevó hasta el puto centro de la carnicería, el *tortell* tiene hasta *fava*. Me estoy imaginando el titular, maestro: «Chanel, cocaína y Dom Perignon». —Y se mondaba de la risa—. Dom Perignon, colega, Dom Perignon para el promotor del cava autóctono, fijo que lo que más le molestaría al muy cretino sería lo del champán. Se me saltan los puntos de la risa.

Hacia las once y media salimos por fin del dañino comedor. A esas alturas, Orteguita había conseguido contagiarme su enorme alegría, porque cuando uno se muere de sed traga con cualquier cosa, y bajamos al *parking* de la plaza de Catalunya como un par de representantes de accesorios para el automóvil que preparan una noche de putas. Hasta ese momento yo no sabía que el camello de camellos tenía su guarida en Bellvitge y enterarme no me hizo puñetera gracia. Hellvitge es uno de esos barrios-pueblo de edificios clónicos contruidos sobre columnas, sin fachadas corridas, sin manzanas, una zona de las que me tenía prohibidas. Profilaxis mental: declaradas desde hacía tiempo sectores non gratos.

Justo en uno de los inmuebles prototipo del hacinamiento sin contemplaciones, en el piso más alto, nos recibió un hombre sin

cuello, dos ojillos rijosos clavados demasiado cerca el uno del otro en medio de una masa de carne sin nariz ni labios, la cara de un bebé gigante. Un bote de Dan'up del que bebía a morro le había dibujado sobre el agujero que hacía las funciones de boca un bigote rosado de yogur líquido. La casa olía a ambientador de retrete de bar guarro.

—Hombre, Tavito, cuánto tiempo, figura, ya me estabas echando de menos, ¿a que sí? —saludó Ortega. Y a mí—: Ya verás, ya verás qué maravilla de vistas, este cabrón vive en la torre vigía del extrarradio, desde las ventanas se ve el mar, Castelldefels, y por el otro lado, hasta Badalona. Ya te digo, un lujo.

El tal Tavito no le había hecho ni caso y ya desplazaba su insoportable morbidez por un pasillo estrecho con varias puertas abiertas a habitaciones iluminadas donde parecía haber vida. Por lo que pude entrever sin querer fijarme, hasta tal punto temía la náusea, en una de ellas dos tipos trajinaban algo con el riñón doblado sobre una mesa metálica; la segunda parecía la sala de operaciones de un submarino, tapizada de máquinas en funcionamiento, bajo la atenta mirada de un chaval que seguramente se dedicaba a realizar las copias de los DVD que almacenaba a miles la tercera habitación. La última, supuestamente el salón, era una estancia extraña terminada en punta. La proa acristalada de aquella espesa nave, abierta a un mar de parpadeos luminosos, carreteras hormigueantes y guiños de aeropuerto. Aquella debía de ser la vista que tanío maravillaba a mi colega.

Sobre la mesa de comedor, más botes de Dan'up vacíos, paquetes de tabaco desventrados, colillas de semanas en varios ceniceros, un buen pellizco de cocaína y restos de rayas, tarjetas de plástico, billetes enrollados, un vaso con restos añejos de Cola-Cao sobre un plato lleno de migas. Nos sentamos alrededor como si nada de todo eso fuera repugnante, y Tavito nos invitó con un gesto a servirnos, oferta que Ortega se apresuró a rechazar, porque, dijo, «como ya sabéis todos, a mí, esto de la droga no me va», y tres o cuatro razones que no escuché. El olor me estaba matando. Volví a

mirar a aquel extraño eunuco rubio que era nuestro anfitrión y pensé que igual el botoncillo colorado que le hacía de nariz no tenía capacidad para los matices ácidos y dulzones del ambiente, un hedor doloroso que llegaba hasta lo más sensible del cerebro y conseguía convertirse en sabor bajando hasta la boca. Pero todavía me quedaba una sorpresa.

—Podéis pasaros por ahí, si queréis. Invita la casa.

No me había percatado de que, hasta ese momento, el tipo no había abierto la boca. Joder, aquello no era la voz de un hombre, era una grabación de Shirley Temple en sus primeros bolos. Hizo un gesto de cabeza y miré hacia donde señalaba. Lo que al principio me había parecido un armario entreabierto era una habitación minúscula iluminada solo por la luz que le entraba desde donde estábamos nosotros, con un colchón de matrimonio en el suelo. Sobre él, una mujer joven, toda huesos, cuya cabeza no alcanzaba a ver, yacía desnuda, no se podía saber si dormida o muerta.

—¿Pero es que sigue contigo la Mari? —preguntó Ortega.

—¿Qué quieres? Se fue a putear, pero aquí tiene gratis todo lo que pueda querer. Me costó poco convencerla de que era mejor putear en casa que en la calle.

Le lancé a mi compañero una mirada de súplica, que cazó al vuelo, para que agilizara la conversación. Mientras Tavito introducía por uno de sus minúsculos orificios nasales la punta de una paja y aspiraba una cantidad difícilmente asimilable de cocaína, Ortega le contaba que la policía estaba muy inquieta con el asunto de Enrique Paradís y que lo habían tanteado buscándolo precisamente a él, a Tavito Culodeoro, pero que él se había hecho el longuis, faltaría más. Pura patraña. El otro asentía intentando hurgar el castigado agujerillo con la uña del meñique para luego llevársela golosamente a la boca.

—Abrevia, ¿qué queréis?

—Aquí, mi amigo, que está interesado en que le cuentes cómo era Enrique.

Giró, no la cabeza, sino todo el cuerpo hacia donde yo me había quedado tieso, estupefacto por la interpretación de Orteguita, pero sobre todo por la familiaridad con la que trataba a aquel batracio, y francamente sorprendido de que este le siguiera la corriente cuando a todas luces le acababa de colocar una trola de las que hacen época. Pensé que me iba a preguntar para qué quería la información o por qué estaba investigando o algo parecido, pero en cambio me lanzó con los ojos una advertencia aterradora e intentó apoyarla con palabras.

—Mira, tío —esa voz, joder, ese hilillo de sonido infantil—, sea lo que sea lo que quieras oír, yo no tengo esa información. Una cosa sí puedo decirte: olvídate de Enrique. Si lo conocías, ya no lo conoces. Si no lo conocías, eso que sales ganando. Vienes por lo del Paradís y aquello fue mierda pura. Ni droguitas, ni pistolitas, ni juegos de cama. Lo de Enrique son otros asuntos. Yo no los conozco, ¿me entiendes? Tú no los conozcas. Aprende de las chicas y dedícate a otra cosa.

Fui a abrir la boca, pero Ortega me puso la mano sobre el brazo y apretó para que no lo hiciera. Se despidió de su amigo Tavito asintiendo con la cabeza y me indicó con un gesto que tocaba retirada. No tenía fuerzas para oponerme después del martirio al que acababan de someter a mis sentidos. Salimos rápido, esta vez solos.

De vuelta hacia Barcelona, sin apartar los ojos de la carretera, fue Ortega el primero en abrir la boca.

—Ya ves, colega, Más claro, agua.

Aquello resultó demasiado para mí, que llevaba una acumulación insana de decepciones empozada a la altura del esternón.

—¿Más claro, agua? ¡Más claro, los cojones! Que yo sepa, hemos venido hasta esta zona que me tengo radicalmente prohibida, hemos vuelto a ver y sobre todo a oler la puta mierda demasiado de cerca, y hemos salido igual que llegamos. Peor, porque además nos vamos con la sensación de que ese hijo de puta de tu amigo se estará riendo de nosotros durante una semana, si es que su boca de culo le permite reír, que lo dudo.

—Pero, bueno, no me estarás hablando en serio, ¿no?

—Si quieres, te lo canto.

—No esperarías que Tavito te diera direcciones y teléfonos, ¿o es que acostumbras a sacar tus fuentes de los patios de colegio? El tío nos lo ha dejado bien claro, y te aseguro que, tal como lo he visto, en esta se la jugaba. Mira, tío, cuando Tavito Culodeoro te admite que se ha retirado y que tiene miedo, que ni más ni menos es lo que nos ha venido a decir, más vale que te pongas en guardia. Te habrás fijado que el tío no es precisamente una clarisa. Pues imagina los niveles en los que se mueve el otro para que le queden grandes, qué digo grandes, le aterrorizan.

Tenía toda la pinta de ser el segundo baño que me pegaba el periodista en una semana, y eso duele, sobre todo cuando se trata de un tipo que no suele merecerte demasiado respeto. Mantuve el tipo.

—Según tú, ¿qué nos ha venido a decir?

—Uno: Enrique era, es, un tipo peligroso, no un camelleto de *after*, sino una pieza dura. Dos: sus negocios no eran la droga, aunque la vendiera, ni tenían que ver con las armas que le encontraron en el local; esas armas debían de tener otro tipo de uso. Tres, y este es el verdadero mensaje: si no te olvidas de Enrique, te puede pasar como a las chicas. Te lo ha dicho clarinete: aprende de ellas. —E hizo un gesto peliculero con el pulgar como si se cortara el cuello.

Entramos en Barcelona por la Gran Vía. A esas horas de un miércoles que ya era jueves, la ciudad descansaba plácida, sin apenas tráfico. Nosotros rodábamos en silencio, yo con el cansancio que ya se me había echado encima y Ortega seguramente preguntándose por la clase de animalillo que llevaba sentado a su derecha. Hace falta mucho trato para familiarizarte con el lenguaje del lumpen, con sus maneras y sus medias palabras. El periodista llevaba ya cerca de dos décadas en esos manejos, y de repente entendí su retirada, la higiene de los teléfonos de redacción y las

ventajas que ofrece la intimidad con los comisarios. Al menos ellos no esconden a chicas en habitaciones como armarios.

El pitido del móvil me avisó de que tenía un mensaje. Era Tito Ros, que me pedía una llamada, pero me pudieron las ganas de llegar a casa y dormir hasta que el cuerpo decidiera hartarse de descanso.

—Pepe, ¿quién era aquella chica desnuda?

—¿La Mari? Su hermana pequeña.

30 de abril. 2.30 horas

Los ruidos de jarana que llegan del exterior se mezclan con ritmos electrónicos suaves procedentes de la pequeña carpa destinada a alargar la noche con sillones, pista de baile y servicio de copas incluidos. Sentada en una precaria silla de madera, Amalia de Pablos lleva ya más de dos horas recluida en la trastienda del acontecimiento, sin cenar, sin apenas moverse, enfrascada en sus nuevas sensaciones. ¿Hay que hacerle caso al miedo cuando se presenta? ¿Es el miedo un síntoma, un signo, algo fuera de sí mismo? Siente el miedo como la vanguardia de un ejército arrasador, un miedo que engendra más miedo, temores en cadena. Piensa, piensa más, no cedas al terror, y sobre todo no cedas a la tentación, no salgas, no claudiques, no te salves.

La extrañeza que sintió en un momento ante su madre, la que la ha invadido un rato antes frente a Laura, son una anécdota comparadas con el asombroso desconocimiento de aquella que se le ha plantado delante desde hace unas horas, o que lleva todo el día a su lado, y es ella misma pero no exactamente ella. Ha intentado repasar los acontecimientos vividos desde ayer, en la fiesta de los Pàmies. Allí, como de costumbre, se sintió una extraña, pero una extraña para sus amigos, no para sí misma. Aquel grupo de matrimonios selectos y relativamente tradicionales se ha acabado convirtiendo en una especie de conciencia de fracaso y, por más que lo intenta, no consigue encontrar en su interior ni un ápice de cariño hacia ninguno. Cree quererlos, seguramente desea hacerlo, ha crecido con muchos de ellos y compartido momentos cruciales de su vida, pero puede más el desprecio mutuo. No es un gran desprecio,

ojalá, sino pequeñas desatenciones acumuladas que con el tiempo se han ido convirtiendo en un desdén mediano y ofensivo. Ahora ya no queda cariño. Nada nuevo, concluye, solo este acto de enunciar lo ya sabido, un ejercicio de higiene y sinceridad que debería haber realizado hace ya mucho tiempo.

El miedo arranca justo después, en la parada en Collserola y aquel colchón... Incluso si los pasos oídos en el bosque y la sensación de estar acompañada fueron fruto de su imaginación, allí contempló algo aterrador que no logra situar, enfocar. Sentada en el *backstage* de la fiesta, llega un momento en el que sabe que no va a poder descifrarlo, porque cada vez que llega al punto en el que la memoria vuelve a enfrentarla al siniestro colchón, la repugnancia puede con el ejercicio racional y la aleja una y otra vez de aquel escenario en un despiste de imágenes y sensaciones banales. No te salves —insiste—, no te salves en esto.

Suena el móvil y vuelve a reconocer el número de Enrique. Es la segunda llamada que le hace en una hora, y duda si atenderla. La primera vez no ha contestado porque, en cuanto ha caído en la cuenta de que era él, le ha sobrevenido un miedo irracional, el mismo terror que ahora no logra sacudirse de encima. Vuelve a quedarse paralizada oyendo el timbre del móvil una y otra vez, sintiendo de nuevo ese mismo temor de brea. No sabe en qué sentido, pero Enrique tiene que ver con la escena que ha vivido en el bosque, está mezclado en ese momento horrible. Iba a su encuentro cuando decidió pararse y no deja de culparlo de todo lo sucedido, no está segura de si justa o injustamente le achaca parte de la responsabilidad. Él y su altillo trampa donde las bestias campan a sus anchas, él, siempre dispuesto a bajar hasta el fondo de los instintos y acogerla en los momentos más sucios. Su disgusto consigo misma duerme en aquel antro y Enrique está en el centro mismo del desconocimiento y del miedo de esa noche de descubrimientos. Deja de sonar el teléfono y al cabo de un par de minutos recibe un mensaje: «Pásate por aquí. Te echo de menos. Un beso». Esto sí que es una novedad, Enrique cariñoso y requiriendo

su presencia. A ver si es que todo el mundo ha decidido revisar sus afectos y sus actos a la vez que ella. La sorpresa y ese inusual gesto de ternura le hacen sopesar la posibilidad de acercarse al Paradís a última hora. Será una despedida, solo será ese gesto que hace falta para que todo lo pensado se concrete, adiós Enrique y tu altillo y adiós a la perra que se pone entre tus garras para jugar a la muerte. No estoy, ya no estoy ahí. No tengo nada que ver. Eso hace falta, un gesto, los gestos escriben y hacen creíbles las decisiones, sin ellos, todo es humo. Aun así, duda de si vuelve a ser autoengaño o verdad, pero por lo mismo decide probarlo. Probarse.

Cuando por fin se levanta, ve que se ha quedado helada. Tiene las piernas entumecidas y le duelen los dedos de los pies dentro de las botas. Sale a la gran sala con la sensación de emerger de un sueño o, al contrario, de entrar en él. Son cerca de las dos de la madrugada, pero todavía quedan más de un centenar de asistentes, casi todos apiñados entre la zona de la prensa y la que acoge a los invitados de diversas asociaciones de la ciudad. Más allá, la pequeña cubierta denominada *chill-out* se ve a rebosar. Iluminada en tonos rojos intermitentes, parece un ligero infierno en el que famosetes medio pelo, funcionarios, algún político y representantes de profesiones liberales bien situados alternan con falso calor.

Amalia siente que está a punto de ponerse a tiritar y, tras preguntar a varios conocidos, localiza a Laurita, que no ha abandonado su papel de anfitrioncilla orgullosa. En ese momento departe con uno de los jóvenes emergentes de la siempre renqueante derecha nacional y un par de mujeres de ademanes ebrios. Se da cuenta de que la chica finge no haberla visto y, segura de que el juego no durará demasiado, se sienta a la mesa más cercana a ellos a la espera de que se acerque.

«Estoy cansada, no tengo muchas ganas de hablar», le dice la joven por todo saludo. Amalia nota que va colocada. Y que miente, es una forma de revancha por el mal rato que le ha hecho pasar hace unas horas y también una defensa para ocultar los restos de culpabilidad que deben de quedarle. «Escúchame, y quiero que

entiendas lo que voy a decirte. Tengo miedo. Hay momentos esta noche en los que he estado verdaderamente aterrada, es como si todo lo que conozco se estuviera deshilachando, o mejor, como si fuera de arena y se cayera... No es una sensación agradable, te lo puedo asegurar... Voy al grano, todo esto es un rodeo, voy a pedirte un favor que te va a costar aceptar, pero te suplico que, antes de contestar, lo pienses y me des el crédito que necesito. Esta noche voy a ir al Paradís a despedirme de Enrique para siempre, y tengo miedo, ya te lo he dicho. No porque vaya a hacerme algo ni nada parecido, no creo ni siquiera que se enfade, pero aun así tengo miedo, y el miedo no se puede explicar. Quiero que me acompañes». En la cara de Laura, a medio camino entre la incredulidad y la sorpresa, Amalia puede ver que se va a negar. «No volveré a pisar ese garito infecto —afirma con altivez la chica—, esto ya lo habíamos hablado alguna vez, no pienso entrar en el Paradís, y no entiendo por qué me lo pides. —No sirve de mucho que Amalia le repita sus intenciones—. Bueno, pongamos que te creo, que ya es mucho poner, y que por fin has entrado en razón y dejas de ver a ese cerdo, ¿para qué coño tienes que despedirte de él? No vayas, sencillamente, no vayas». La De Pablos encaja el golpe sin rencor. Es parte de la venganza de la chica, y una vez que ha empezado a hablar tiene derecho a seguir haciéndolo, ya que es ella, Amalia, la que había vuelto, y además con un ruego. No hay piedad para los débiles, que no haya piedad para el que se rebaja a la súplica. Laura tiene la lección bien aprendida. Sorprendentemente, Amalia no pierde la calma ni le duele. Sigue hablando como si no hubiera oído lo dicho. «Me ha llamado varias veces. Entiéndelo como un forma de liquidar las cosas, de poner punto final sin que quede la sensación de tener algo pendiente...». Se da cuenta de que por ese camino no va a conseguir nada, la atención de la otra empieza a dispersarse. Cuando uno está colocado necesita emociones intensas, sensaciones fuertes, o pierde el interés. «Laura, escúchame, antes te lo he dicho de manera poco correcta y ahora te lo repito con otras palabras: es como si yo ya no estuviera aquí. Ha pasado algo, todavía tengo que

descubrir qué es concretamente, pero seguramente solo son cosas de la edad, me estoy haciendo vieja y quiero otro ritmo, otra vida menos dolorosa, y no me digas que a los cuarenta aún soy joven, etcétera; me siento envejecida, gastada. Sabes que mi cabeza no funciona bien ahora, creo que quiero recuperar lo que he ido borrando, saber quién soy y qué he hecho en los últimos años... Cuando digo que me retiro de escena, me refiero también a la agencia. No quiere decir que me vaya a deshacer de ella, demasiado me ha costado y es todo lo que tengo, pero solo permaneceré como propietaria de una parte, la otra es para ti, y el trabajo y la dirección también son para ti. No los quiero... Calla, sigue escuchando, necesito este gesto para cerrar la puerta y salir tranquila, y solo te pido que me eches una mano, no tienes ni que tomar una copa, solo acompañarme al Paradís, esperarme diez minutos, no llegará a diez, y volver a salir conmigo. Mañana arreglaremos el resto».

Bien. Esta vez sí que lo ha conseguido. Laurita la mira estupefacta. El cuello, más estirado que nunca, mantiene el rostro en alto como una máscara aislada de ojos inmensos y boca abierta en un gesto grotesco. «No es un chantaje, ni un intercambio, no te cedo la agencia a cambio de que me acompañes, porque estoy serena, y yo serena no hago ese tipo de estupideces. Solo te pido que vengas conmigo e intento explicarte hasta qué punto llegan mis decisiones». Nota cómo lucha la joven por que la alegría que debe de haberle acelerado el corazón no se le salga por todos los poros, pero ya resplandece y todo la delata: el temblor de las manos, los ojos brillantes, el cambio de talante: «Tampoco te pongas así, cari, piensa las cosas con más calma, porque hoy estás como fuera de ti. De todas formas, cuenta conmigo». Ni siquiera la afecta la mezquindad que envuelve estas últimas palabras, ese «cari» recuperado. La siente a años luz y, en el fondo, ella también la está utilizando, como si fuera un perro protector, o quizá lo que necesita es un testigo.

Capítulo XVIII

El amanecer me encontró sentado en la cama. Había planeado dormir hasta que se me hincharan los párpados, hasta borrar la más mínima memoria olfativa de la guarida visitada la noche anterior, pero la cabeza llevaba su propio ritmo. Abrí la ventana del dormitorio para despejarme, puesto que había decidido sentarme a pensar, y volví a darme cuenta de que el verano ya estaba en Barcelona, despuntaba un amanecer cálido de día laborable. Recordé que exactamente dos semanas atrás, un jueves como aquel pero más frío, Amalia de Pablos debía de estar conduciendo por Collserola a punto de pararse a ver la ruina de un colchón destripado entre los pinos. Cualquier colchón fuera de su lugar, que es un jergón bajo techo, representa la miseria en estado puro, más si exhibe restos de haber sido utilizado recientemente, manchas. Los colchones de los mendigos en las entradas de los garajes; los que, sustituidos por sus propietarios, van a parar a la acera, junto al contenedor de basura; los colchones de las putas de carretera, todos nos producen un punto desagradable entre el pudor y el asco. Debe de ser jodido ver tu retrato en un colchón mugriento.

Amalia era, de eso no me cabía ya ninguna duda, la persona a la que Slovo Ras había ido a matar al Paradís. Sí, pensé en Eddy del Rívoli y en sus consejos. Sí, Eddy, ya he descartado. La pobre Sara Pop pasaba por allí en busca de un par de gramitos para continuar la fiesta en el hotel con su amiga Ulrike y quién sabe si también con el cobarde de Arcadi Gasch i Llohera, que en el último momento se dio el piro. La incauta de Sarita le sirvió al rumano para acceder al local,

solo eso. En cuanto a Estrella Sánchez, seguramente la búsqueda de la inconsciencia la depositó allí tras pasar la noche en una ceremonia de venganza y olvido contra su pareja, Juan Santos, y contra sí misma. Acabó en el Paradís como podía haber terminado en cualquier otro *after* de la ciudad, o porque, estando en los alrededores de la Ciutadella, era el que más cerca le caía de casa. A lo mejor estaba ya de regreso y temió enfrentarse a su hogar y al hombre que estaba esperándola ajeno a su descubrimiento. Pensé que a lo mejor la muerte le había pillado justo en la última copa.

Amalia, no. Ella fue allí con toda la intención a ver a Enrique, un tipo que da miedo incluso a los camellos de Bellvitge. A Amalia también le daba miedo aquella noche. ¿Por qué?

En vista de que la actividad mental no me iba a permitir volver al limbo, me levanté a preparar café y encendí el móvil. No había servido de nada apagarlo para mantener el silencio. Yo tenía el ruido dentro. Diez minutos después, aún no habían dado las ocho de la mañana, sonó, y a mi respuesta extrañada contestó Laura con tono enérgico:

—Tío, llevo toda la noche intentando comunicar contigo. No he podido dormir.

—Yo sí. Es lo que suele hacerse por la noche, ¿no?

Me di cuenta de que la ironía estaba fuera de lugar a aquellas horas, pero lo único que me faltaba era que la chavala me endilgara una bronca telefónica. No hizo ni caso.

—Dime dónde estás, por favor, y me paso a verte. Tengo algo importante que decirte.

A juzgar por el tono, debía de ser, sí, algo importante, y sobre todo urgente, pero yo no me fiaba de la glacial Laurita. Temía que me fuera a pedir piedad tras descubrir su insensibilidad con Amalia, que se tratara de una treta para recibir consuelo. Me dije que estas jovencitas trepadoras tardan demasiado en darse cuenta de cómo suceden las cosas y de la envergadura que tienen.

—Estoy en la cama. ¿Qué es eso tan importante que no me pudiste decir anteayer?

—Algo relativo a la noche de la fiesta solidaria y a lo que pasó entre Amalia y yo. En serio, creo que es vital que sepas una cosa, pero no quiero decírtela por teléfono.

Vital, pensé, qué sabrá ella lo que es vital y lo que no.

—Mira, si no has dormido, te aconsejo que te metas en la cama a descansar y nos vemos después de comer, tomamos un cafecito y me cuentas lo que tengas que contarme.

—Pero...

—Que no, Laura —la atajé—. Tengo cosas que hacer. A las cuatro, en el Salambó.

Era un guiño a las mujeres puñal que me citaron en aquel bar de Gracia y también era mi pequeña venganza. Me sentí pueril provocando la ansiedad de la chica y dándole a beber de su mismo jarabe, pero la satisfacción que me provocaba era mucho mayor que el innegable cargo de conciencia, pequeño. Lo que yo no sabía es que iba a ser una mañana insistente en llamadas telefónicas.

La segunda fue la de Tito Ros. Al ver su número en la pantalla, recordé que me había dejado un mensaje la noche anterior al que no contesté. Volvía a ser extraño. Para empezar, no es del tipo de personas que mandan mensajes, nunca me había llegado un recado escrito de Ros, ni creía que hubiera enviado más de tres o cuatro en su vida, todos en caso de necesidad apremiante de fémina. Y esa llamada a las diez de la mañana era más que sospechosa viniendo de un hombre cuya jornada suele empezar pasado el mediodía. Así que cuando abrió fuego preguntándome sobre cómo iban mis investigaciones, ya vi que algo se traía entre manos.

—¿Qué pasa, Tito? ¿Hay algún problema?

—Solo que me he enterado de una cosa que a lo mejor no tiene importancia, pero que igual a ti sí te importa. ¿Cómo conociste a Eva Sacaluga?

—Ya lo sabes, joder, en la noche de los muertos vivos. Nada, se me acercó en busca de calor y se lo di.

—Pues está trabajando con Curra Susín.

—¿Y?

Tito no tenía más que añadir, solo eso, que estaba con la gorda y quería hacérmelo saber. Al principio me pareció que era una manera de distanciarme de Eva porque podía haber algo entre ellos dos, algo que yo ya había notado en el breve rato que compartimos en su casa. Pero luego pensé que, si fuera eso, Tito sencillamente me habría mandado un mensaje de «aléjate» lo suficientemente claro como para que yo me la envainara. Eva Sacaluga estaba al frente de una productora de televisión de las pesadas, así que entraba dentro de lo esperable su relación más o menos formal con la Susín, es más, todos en la ciudad menos yo parecían estar en tratos con la Susín. Tito Ros, un buen amigo, un tío legal, agradecí sinceramente que se tomara en serio mis pesquisas, no creía que lo hiciera. Lo pensé y no lo dije. Era su manera de contribuir a mi investigación, pero el caso es que, al sacar el nombre de la mujer-idea, me devolvió su ausencia y acabé por pedirle el teléfono. Llevaba deseando hacerlo, sin atreverme, un par de días, y me lo había puesto en bandeja. Así van las cosas. Pensé en el destino.

Por fin, la tercera llamada llegó cuando ya salía de casa en busca de un aperitivo temprano que me enderezara el ánimo para llamar a la mujer de mis pensamientos. Había previsto quedar con ella aquella misma noche y no volver a permanecer en ningún taxi, ni siquiera cenar, si es que la ocasión requería medidas inmediatas: reconquistar su boca, eso y dejarme ser tranquilamente, al fin, implorando perdón y amores y paz. Eso, pero llamó Ortega y me borró el pensamiento.

El periodista estaba alterado. Cualquiera diría que cada vez que yo decidía calmarme alguien descolgaba el teléfono para impedírmelo. Hasta el momento no lo habían conseguido. Hasta el momento.

—Hola, maestro, ¿dónde estás? —Otro que pedía audiencia.

—Saliendo en dirección al Jaica.

—Voy para allá, si has quedado con alguien, desqueda *ipso facto*, repito, *ipso facto*. Hay noticias frescas y graves. ¿Cuánto tardas en llegar?

Le dije que veinte minutos por no mandarlo a la mierda. Aún me dolía la imagen de aquella Mari esquelética desnuda en el armario-habitación y la cara sin rasgos de su asqueroso hermano. Tenía que ver a Laura, quería llamar a Eva, se me estaba amontonando el trabajo. De repente, todo el mundo había decidido hacerme caso y yo no estaba acostumbrado. Pero que Ortega me hablara de novedades en ese tono consiguió ponerme nervioso.

El Jaica es un pequeño tugurio con terraza situado en la calle Ginebra de la Barceloneta. Creo que además ejerce en el barrio de sede para los socios del Barça o para la antigua cofradía de pescadores, o sencillamente se trata de un local de tapas para los residentes, el único que desprecia e incluso intenta ahuyentar a los turistas, barceloneses y extranjeros, que son la parroquia y dan vida a la zona, otrora de pescadores.

Cuando llegué, allí estaba ya Orteguita frente a una caña y una tapa de calamares a la romana. No era esa precisamente la idea de aperitivo que yo llevaba, pero pedí lo mismo y me dispuse a escucharlo.

—Colega, aquí está pasando algo mucho más gordo de lo que tú o yo podíamos imaginar, ya te lo digo. Despliega la antena, maestro, que van las buenas nuevas, o malas, o vete a saber, igual nos bordan el curro. Esta mañana, a primera hora, me ha llamado la Mari, no sé si la recuerdas, la hermana de Tavito Culodeoro... —Le dije que sí, joder, cómo iba a olvidarla—. Resulta que su hermano se ha largado con todo el equipo. Parece que la chica ha salido de su cuelgue particular hacia las seis o la siete y en el piso solo quedaban las máquinas. Del resto, *nothing de nothing*, hasta las balanzas se han trincado. Estaba tan histérica que solo se le ha ocurrido pensar que nosotros aparecimos ayer con la pasma y nos los llevamos por delante. Tendrías que haberla oído, me ha dicho de todo menos guapo. No sé si la he tranquilizado, solo espero que no se me presente en el periódico, que la tía es muy capaz. En cuanto a Tavito, tiene el móvil desconectado. Seguiré llamando.

Me señaló con la mano que esperara, que iba a seguir, mientras se echaba un trago largo de cerveza y pedía otra.

—Pero eso no es nada, colega, puritita anécdota. Ahora viene lo bueno. Ayer, después de dejarte, seguí un rato la juerga por mi cuenta, para amortizar la salida, y acabé en el karaoke de Adriano, ya sabes que por allí se pasan algunos agentes a última hora y nunca está de más un rato de alterne. Por si cae algo. Y cayó, maestro, vaya que si cayó. —Volvió al vaso y picó un par de calamares en un intento, bastante logrado, de alargar la tensión—. Esto que va ahora es *top secret* total, y me juego el escroto, así que más te vale escuchar y callar porque va en ello mi reputación en el Cuerpo. No te impacientes. Como quien no quiere la cosa, y cuando los ánimos ya estaban a punto de caramelo, saqué el tema del Paradís, a ver cuáles eran los últimos comentarios... Pues bien, maestro, no andaba desencaminado Tavito ayer, cuando nos alertó sobre Enrique. El pájaro almacenaba, junto a las pastillitas y las armas, un catálogo completo de cintas de vídeo porno. ¿Protagonistas? Pues el mayor ronda los diez años, colega, un repertorio de pornografía infantil para poner de punta los pelos del culo. El chaval que me lo comentó asegura que algunas escenas sadomasoquistas habían mandado de cabeza al váter al mismísimo comisario. No tenía mucha información, él no las ha visto, solo su jefe, pero parece ser que las encontró en un registro en la queli de Enriquito, después de la detención. Imagino que ahora empezarán las investigaciones en serio, porque según me comentó el chaval, se trata de material autóctono, *made in Catalunya*. Qué fuerte, tío, luego se quejan de que la industria cinematográfica local no funciona.

Soltó la broma, pero ni él mismo tuvo ganas de reírse. Yo me había quedado de pasta de boniato. Mi primer pensamiento fue que conocía a Enrique, las noches que habíamos pasado juntos hasta bien amanecido en la barra del Paradís, nuestras charlas sobre nada en particular. Yo había estado intimando con aquel tipo, un hombre que disfrutaba con *eso*, sin darme cuenta de nada. Uno imagina que

cuando tenga delante a uno de esos tíos que se masturban viendo sufrir a niños se va a dar cuenta, que será algo así como la aparición de la muerte, del mal. Pero no, Enrique solo me había dado la impresión de ser un cabrón tirando a lumpen que vendía cocaína para sacar dinero fácil entre los clientes de su local, y para ofrecerles una mejor atención. Incluso a veces me había llegado a preguntar qué hacía un tipo de aspecto elegante y maneras cuidadas en ese mundo nocturno terminal. Y me vino a la cabeza el encuentro con Ulrike, su idea de los malos. Luego, las miles de copias que había visto la noche anterior en casa del Culodeoro.

—¿Tú crees que tu amigo Tavito tenía algo que ver con todo esto? Imagino que te diste cuenta, como yo, de toda la parafernalia de copias pirata que tenía montada en casa.

—Joder, colega, Gustavo es un delincuente legal, respetado incluso en las dependencias oficiales. Copias pirata, sí, algo de drogas... y en cuanto a putas, solo su hermanita, porque no tiene donde caerse muerta, y únicamente para los clientes.

—Entonces ¿por qué ha desaparecido?

Ortega no me contestó. Volvió a enfrascarse en sus calamares, masticando con una fuerza que le marcaba el músculo de la mandíbula.

—Voy a hacer un par de llamadas y esta noche volveré al karaoke de Adriano a ver qué. Hablaré también con la Mari, que en este momento debe de andar por ahí desesperada en busca de que algún cliente de su hermano le fie. Estará blanda como una croquetilla y va a necesitar ayuda. ¿Tú qué te propones?

Después de lo que había oído, a mí solo se me ocurría encerrarme a llorar, pero eso no se lo podía decir a Pepe. Le conté que Laura, Loba Laura, miss Ice, tenía información interesante que pensaba darme esa misma tarde, y que luego quería llamar a Eva Sacaluga. A esta última la nombré para dar impresión de actividad, porque Ortega había convertido mi búsqueda íntima en una especie de investigación detectivesca que me sobrepasaba.

—¿Qué tiene que ver con todo esto la Sacaluga, colega? No me jodas que también está en el ajo, porque si hay entrevista con ella, yo no me la pierdo.

Vaya, otro que se codeaba con más mujeres que yo en la ciudad.

—No sé si está o no en el ajo, pero conocía bien a Sara Pop, fue ella la que me puso en contacto con Ulrike, la amiguita de cama de la chica. Además, trabaja con Curra Susín, y tengo una duda que ella igual sabe resolverme...

—Comparte, colega, comparte tus dudas.

—Cuando el asesinato, la policía llamó al hermano de Sara Pop para avisarle de lo ocurrido. El chaval, que por lo visto es un pieza de cuidado, los remitió al despacho de la Susín. El muy hijo de puta parece que les dijo que esa era su familia. Bueno, pues supongo que la policía llamó a la Susín. Hasta ahí, todo correcto. Lo normal, corrígeme si me equivoco, sería que la gorda les hubiera dicho que sí, que la niña trabajaba con ella, pero que hacia las dos de la mañana se fue de la fiesta solidaria y que ella no sabía más, ¿no?

—Sí, bien visto, es lo que pasó si nos saltamos algunos detalles. Te sigo, maestro, te sigo y me estás gustando.

—¿Por qué, entonces, Curra Susín les dio el nombre de Arcadi Gasch i Llobera como acompañante de Sara Pop? ¿Qué falta le hacía?

—No estarás queriéndome decir que la gorda Susín intentaba salpicar al mambrú de Gasch. Mira, tío —el periodista se relamía—, a mí todo lo relacionado con ese tipo me pone cachondo, no puedo evitarlo.

—No lo creo. El empresario, a ella, ni le iba ni le venía, era otro más entre los muchos que aquella noche debieron de disfrutar de la solidaridad de sus servicios. La cosa tiene que ir por otro lado. O no, o sencillamente es tan hija de puta como para joder sin necesidad.

30 de abril. 4.00 horas

Nadie sabe lo que buscan las mujeres del Medianoche, qué quiere cada una, cuáles son prostitutas y cuáles no. Forma parte del juego. Ellas esperan, eligen y solo después descubren al escogido su identidad, verdadera o falsa. No todas las que cobran son profesionales ni todas quieren hombres. Al *cabaret* del pasaje Rosal, en el acomodado barrio de Sant Gervasi, acuden putas, madres de familia, estudiantes sin trabajo, señoras que se aburren y otras que no reciben las satisfacciones necesarias en lo cotidiano. No es la primera vez que Estrella Sánchez bebe en esta larga barra, pero sí hace mucho tiempo desde la última.

Su primera visita tuvo lugar alrededor de diez años atrás, acompañando a una colega, en medio de una noche de juerga, a pillar algo de química para salpimentar la velada. Su amiga aseguraba que los currantes de allí movían el mejor material de Barcelona. Compraron, consumieron y finiquitaron lo comprado sin moverse del sitio, espantando pretendientes o dándoles coba hasta que se aburrían de ellos y cambiaban de público. Bailaron como posesas y protagonizaron un *striptease* a dos casi completo que recibió incluso aplausos. Recuerda a la chica, Patricia, y aquella época desmadrada, pero no sabría situar la fecha exacta en la que dejaron de verse. No tiene ni idea de qué ha sido de ella. En estos momentos también ignora cuánto rato lleva subida al taburete. ¿Una hora, cuatro? Se le va la cabeza, esporádicos lapsos-laguna, aunque no lo suficiente como para no darse cuenta de que el tipo sentado a su derecha le está dando palique sin importarle que ella no le preste la menor atención.

Ha entregado la tarjeta de crédito al camarero al llegar, cuenta con fondos para beberse la barra entera y tirarse a media clientela, y no tiene previsto reparar en gastos. Para empezar, el mismo hombretón que administra su capital con ademanes de marquesa va a reponer inmediatamente lo que ha provisto el taxista, ya agotado, y tiene orden de pasar del champán al *whisky*. Ella sigue mentalmente en casa, intentando tomar decisiones. Puede no volver a aparecer por allí, esfumarse, o echar a Juan, para empezar. Te voy a dejar con el marrón de un piso que no puedes pagar, imbécil, con toda nuestra vida dentro para que la echas de menos cada minuto del día, que huelas mis restos y no falten los recuerdos. Igual no me vuelves a ver, y ojalá tengas que llamar a la policía y a todos los hospitales preguntando por mi desaparición mientras yo me largo de viaje y ni Ricardo ni nadie que me quiera te podrá dar noticias mías, porque nadie sabe que te he visto y que me he muerto, pero ya estoy resucitando. No podrán darte razón porque nadie va a tener ni idea de lo que ha pasado. Estaba sola, como he estado sola durante los últimos tiempos, y esa es mi baza, yo soy la idiota. No vas a entender nada y ojalá te mueras de pena. Lo que te dure, porque yo volveré y te haré la vida imposible. No sé cómo todavía, pero no me van a faltar ni recursos ni quien me ayude.

Se levanta, va al baño, vuelve, apura la copa y exige inmediata reposición. Necesita acción. El hombre de su derecha sigue hablando, ahora con un camarero, no el que la atiende a ella, sino otro mayor. Intenta fijarse en él, en la medida en que su dispersión se lo permite. Abogado, decide que es un relativamente joven abogado de éxito con su traje impecable, su corte de pelo impecable, su calzado impecable. Este tío impecable me va a oír, se dice, y le da un par de golpecitos en el hombro.

—¿Qué pasa, míster impecable, es que ya te has hartado de mi conversación?

Nota que le resbalan algo las erres, lleva demasiadas horas sin hablar, desde que ha llamado al taxista y ha decidido salir a tomar el aire. Tiene la mandíbula inferior luchando por incrustar la superior

en la nariz y la lengua como una hamburguesa, pero el tipo responde. Deja caer un par de excusas educadas y le pregunta su nombre.

—Creo que te estás equivocando, míster impecable, eso es algo que aquí no se pregunta... ¡A la mierda!, me llamo Estrella y me apetece bailar.

Lo coge de la mano y lo arrastra a la pequeña pista que queda al fondo de la sala, tras unas columnas, casi como si fuera un reservado. Si en la barra hay poca gente, la pista es un desierto. Solo una rubia cincuentona y prostibularia fuma apoyada en uno de los pilares. Saltan al ruedo.

Música, más música, el abogado me mira con deseo, claro, le gusta mi cuerpo, no le gustan las chiquillas flacas y discretas, las modernas putillas modosas; le gustan las mujeres, y yo soy una mujer. Una puta mujer con mis curvas y los años cosidos al coño, Juan Santos, una hembra de cojones y no una chavala con la que jugar a los amantes. Mira, abogado, mira cómo muevo la cadera, mírame la cara y la melena, estoy enfurecida, soy una fiera, llevo todo el día preparándome para joder y voy a joder, no lo dudes, seguro que me lo notas, hijo de puta, seguro que me rondas porque lo hueles, no dejes de mirarme, me voy a abrir la blusa para ti, solo para ti, y luego vamos a jugar a que tú no puedes más y me vas a follar contra la pared del fondo, al ritmo de la música, más música, joder, más música.

Se acerca al hombre que la mira desde una discreta distancia, abrigado por la sombra de una esquina. Lleva la blusa abierta hasta el ombligo y el pezón izquierdo a punto de salirse del sujetador blanco de encaje. El pelo se le ha pegado a la frente y a las mejillas sudorosas. Apoya su cuerpo contra el de él, que permanece inmóvil, se baja la cremallera del pantalón y, cogiéndole la mano, se la introduce hasta que nota un lío de dedos pugnando por abrirse paso en la estrechez de la postura, al fin uno de ellos ya dentro. Suelta un gemido seco, luego otro, adelanta la pelvis para ayudar a los nudillos, flexiona las rodillas, se abre, y de repente piensa que quiere

más, beber más, drogarse más, y se le va el santo al cielo. El hombre lo nota. Sin sacar la mano aún, le propone que se vayan juntos a algún sitio, un hotel. Pero ¿quién es ese tío? ¿Cómo se va a meter ella en la cama con un abogado semejante? ¿Está loco o qué? ¿Qué hace con la mano en su coño? Se la saca de un tirón, vuelve a subir la cremallera y no repara en lo de la blusa y el pezón cuando vuelve a la barra, apura su *whisky*, coge su bolso y parte de nuevo hacia el baño.

Frente al lavabo, una jovencita morena de origen sudamericano se pinta los labios con todo el aspecto de llevar horas haciéndolo. Estrella le coge la mano y señala hacia uno de los váteres con la cabeza. La chica está allí para que ella la invite, y la invita sobre la tapa del retrete, varias veces, hasta que una taquicardia feroz le llena de sangre la cabeza. Emputecida por la rabia, besa a la chica con violencia contra la puerta del váter; la obliga, agarrándola del pelo, a que le lama el escote y las tetas mientras intenta sin éxito masturbarse, hasta que se cansa y la echa de un empujón con intención de hacerle daño. Luego, se sienta en el suelo para tratar de recuperar la respiración normal, tomándose el pulso y perdiendo a ratos la conciencia de dónde está. Así permanece más de una hora, hasta que el camarero marquesa la saca, le moja la cara y la nuca y le sirve otro *whisky*.

Capítulo XIX

Laura ya no es loba sino cordero —pensé—, y va a empezar a balar tiernamente palabritas de remordimiento. Laurita estaba acojonada. Fuera de su ámbito, se convertía en lo que era, una chavala guapa todavía a medio hacer, ni tan segura de sí misma ni tan despectiva como se mostraba dentro de su huevito de diseño comunicacional. En el café Salambó, a las cuatro de la tarde, todavía quedaba gente comiendo y un ambiente de menú para salir del paso muy alejado de mis recuerdos de Ulrike, la pantera recostada en el banco del altillo con el vientre al aire y los ojos extraviados. Los lugares con altillo empezaban a inquietarme, pero miré con nostalgia hacia arriba al proponerle a Laura que nos sentáramos a una mesa de la planta baja. No había comido y me pedí un *whisky*.

Ahí la tenía. Bastante mermado mi trato con las muertas, las vivas cobraban nuevo interés, y la chica ocupaba uno de los primeros puestos en la lista de animales en observación. Mientras nos servían, se dedicó a mirar alrededor con una mueca inconsciente de desamparo, ese tipo de cara que se le queda a la gente con sus gestos muy estudiados cuando se olvida de aplicarlos. Por fin su ambición se había retirado un poco para dejar paso a los sentimientos y los pesares. ¿O no era eso?

—Iban a por Amalia.

Bueno, la cosa pintaba bien, empezábamos a hablar en serio. Me guardé de decirle que esa era una conclusión a la que ya había llegado yo solito, para no quitarle esa importancia que le gustaba

tener, y esperé a que me diera más datos ofreciendo a cambio ligeros movimientos de cabeza.

—El otro día te volví a mentir. Cuando por fin hablé con ella, al final de la fiesta, cuando me dijo que tenía miedo, ¿recuerdas?, pues de quien tenía miedo era de Enrique. No me dijo por qué, tienes que creerme, pero sí que él la había llamado varias veces para decirle que fuera y que la estaba esperando. Enrique es un hijo de puta, es imposible que llamara a Amalia porque tenía ganas de verla y cosas así, como le dijo. Es imposible... Bueno, Amalia me pidió que la acompañara a la cita, dijo que iba porque quería romper con él. Estaba muy rara, le pasaba algo, algo había cambiado de un día para otro. Eran casi las tres de la madrugada y la encontré completamente serena, como si estuviera enferma. Tú no conocías a Amalia, pero verla a esas horas, en una fiesta, en ese estado, solo podía ser señal de que estaba mala o de que le había pasado algo muy gordo. Total, que me pidió que la acompañara y yo le dije que no, que de ninguna manera iba a acudir al Paradís con ella. Tenía mis razones. —Me moría de ganas de preguntárselas, pero seguí asintiendo en silencio—. Entonces, no sé si para hacerme chantaje o porque lo había decidido en serio, se le ocurrió decirme que me dejaba la agencia y que ella se retiraba. La cosa era muy gorda, joder, y a mí me dio un vuelco el corazón. Yo siempre he querido ser como Amalia, no sé si lo entiendes, para mí representaba el tipo de mujer que yo quería ser: lista, independiente, rica, culta... Lo que pasa es que ella tuvo mala suerte. Primero se lió con un tío en una relación que la alejó de todos sus amigos. Eso le dolía mucho, siempre salía de los encuentros con ellos, los pocos a los que acudía, enfurecida. Como el día anterior a la noche que la mataron. Yo creo que la vida que ellos llevaban le daba un poco de envidia, pero también se sentía defraudada, había esperado mucho más de su gente. Puede que a veces pensara que quería ser como ellos; ahora, que te puedo asegurar que nunca lo intentó. Luego, cuando por fin se separó de aquel hijo de puta, se enredó en lo de los olvidos... era como si quisiera castigarse porque aquello no le había salido bien.

También creo que le tenía miedo a la soledad. Muchas veces, al principio, me pedía que me quedara a dormir en su casa. Casi nunca, o puede que nunca, llegó a dormir sola estando serena. Prefería llevarse a algún tipo que a cambio de un polvo le hiciera compañía, o llegaba tan ciega que no era consciente de estar sola. Esto era lo más habitual. Eso, si no acababa en el altillo de Enrique hasta el día siguiente.

—Estábamos en que te pidió que la acompañara.

Fui duro, y la chica me miró con los ojos llenos de lágrimas. A medida que seguía la explicación, iban resbalando por sus mejillas, solo eso, sin un gesto de dolor, como si lo más normal del mundo fuera que, al hablar, a uno le gotearan los ojos.

—No fui. Le dije que sí, que la acompañaba, y eso la tranquilizó bastante. Y cuando se lo dije pensaba que iría, estaba alucinada con lo de la agencia, pero cometí el error de pedirle que fuera tirando en un taxi, que se tomara una copa por ahí, porque a mí me quedaban un par de cosas que arreglar con los organizadores. Tuve tiempo de pensarlo. Quedamos a las cinco de la mañana y sencillamente no me presenté.

—¿Por qué? Usted le había dicho que iría, y asegura que pensaba hacerlo, ¿por qué la dejó sola?

—Porque yo no quería presentarme con Amalia en el Paradís, no podía. Enrique la había llamado para decirle que la echaba de menos, yo vi el mensaje que le dejó en el móvil, y eso era imposible. Hazme caso, por favor, y deja de tratarme de usted, ¡joder, te estoy contando cosas muy serias!

—Bueno, entonces ¿me puedes decir, tú, Laura, por qué era imposible que Enrique echara de menos a Amalia y, sobre todo, cómo lo sabes tú?

Inesperadamente, se puso de pie y volvió a sentarse. Se tapó la cara con las manos y por fin lloró como las personas normales durante algunos minutos. Me debatía entre levantarme y abrazarla o seguir sentado delante de ella, solo esperando; estaba claro que a la chica le sentaba bien la tensión, que era lo único que la empujaría a

seguir hablando, pero su aspecto casi infantil y la fragilidad de aquel cuello al recibir las pequeñas convulsiones que llegaban desde el pecho me estaban matando. Hablé suavemente, paternal.

—Laura, ¿por qué?

—Porque Enrique estaba conmigo. Yo, y no ella, era su amante. —Se secó las lágrimas con la palma de la mano y recobró algo de serenidad—. Desde el primer momento, desde la primera vez que la acompañé al Paradís, surgió entre nosotros una química brutal e inmediatamente nos liamos. No estaba bien, pero fue superior a nuestra voluntad. Amalia no sabía nada de eso, claro, no se lo podía decir, me habría matado. Él era todo lo que ella creía tener, a quien acudía en sus peores momentos... Además, Enrique ya no la soportaba, y me da la impresión de que se dedicaba a humillarla cada vez que la tenía delante.

La cosa empezaba a superarme, solo faltaba la alusión a la química de la chavala, ¡una química brutal! O sea, que no solo se estaba tirando al amante fijo de su amiga a escondidas, sino que además permitió que fuera hacia allí sabiendo que Enrique podía querer muchas cosas de Amalia, pero lo que seguro que no quería era darle el cariño que le había insinuado. Y la dejó sola. Sola con su miedo.

—¿Y nunca os encontrasteis? Quiero decir, si nunca se presentó Amalia de repente mientras estabais juntos.

—Nosotros quedábamos directamente en casa de Enrique.

Hombre, en la cueva de Barba Azul. Por un momento intenté mirar a la chica sopesando la posibilidad de que ella compartiera con el tipo sus escabrosos gustos, intenté imaginármelos a los dos frente al vídeo donde una niña era sodomizada, etcétera. Incluso repitiéndome a mí mismo que no llevan el cartel colgado y que de Enrique no lo habría pensado jamás, fui incapaz de dar crédito a la escena. Y, a propósito, ¿qué hacía aquel tío follándose a dos mujeres como Amalia y Laura, pero sobre todo Amalia, sabiendo por dónde tiraban sus preferencias?

—A ver, Laura, si Enrique llamó a Amalia insistentemente, si la engañó para que fuera al Paradís y no era por razones amorosas, si ella llegó allí, según todo indica, para que le metieran una bala entre pecho y espalda, todo me lleva a pensar que Enrique contribuyó al asesinato de forma más que necesaria. Vaya, que menos el disparo, lo puso todo. ¿No te parece?

—Sí. Eso creo. —Y volvió a llorar con la cara escondida entre las manos.

La pregunta siguiente era: «¿Por qué me dices todo esto? ¿A qué vienen estas confidencias?». Ella estaba liada con aquel delincuente, seguramente dolida por su detención o por lo que había hecho con su amiga. ¿Cuál de las dos cosas le dolía más? Habría querido preguntarle si ella era también de los malos o si, como Ulrike, solo se dedicaba a tratar con ellos, pero pensé que si realmente pertenecía al lado oscuro, su interpretación era tan buena que no quería enterarme. Ya estaba llegando al momento que buscaba desde hacía un par de semanas y de repente no me apetecía seguir. Ante la inminencia del desenlace, ante la presencia de tantos miserables, mis tres amigas muertas apenas me visitaban, ya casi no hablaba con ellas, tenía la cabeza invadida por la mierda. ¿Estas cosas pasan? ¿Puede suceder en la tranquila y bienviviente Barcelona que un camello pederasta mande matar a su amante porque ya le molesta o porque sabe demasiado o vaya usted a saber por qué?

—Mírame y, por favor, intenta darme una respuesta. ¿Por qué quería Enrique matar a Amalia de Pablos?

—No lo sé, de verdad. —Hablaba entre hipos y suspiros desde detrás de los dedos con voz húmeda de mocos y babas, pero yo no podía ya dejar paso a la compasión. La miré intentando herir—. Amalia se había puesto muy pesada últimamente, no lo puedo asegurar, pero creo que lo estaba chantajeando. Enrique es un hombre con muchas cosas que esconder, y en eso, ella, llevaba las de ganar.

—Tú conocías bien a Enrique, habías estado en su casa y, por tanto, te habrás dado cuenta de la cantidad de DVD que almacena, de temática... dejémoslo en pornográfica. ¿Te refieres a eso?

La chica levantó la cara enrojecida con los ojos muy abiertos y negó con la cabeza vehementemente.

—No sé de qué me hablas.

—Venga, Laurita, coño, no me vengas a estas alturas con melindres; estamos hablando de un asesinato, niña, un asesinato a tiros, como los de las películas. Enrique tenía una colección más que importante de pornografía infantil, ahora en manos de la policía. —Seguía mirándome con cara de no dar crédito—. Esta bien, no hace falta que me cuentes si conocías la existencia o no de esas grabaciones, solo dime si crees que podrían tener algo que ver con la muerte de tu amiga.

—¡Qué horror! —Y más suave, casi inaudible—: Qué horror...

En ese momento, la chica se levantó, recogió lentamente sus cosas y salió por la puerta del Salambó sin despedirse, todavía hipando. No hice nada por retenerla. La inquietud provocada por una sospecha pequeña, solo un destello, me obligó a permanecer sentado y dejar que aquella idea creciera en la cabeza, tomara sus formas y pudiera ser enunciada. Su formulación llegó en forma de pregunta.

Cogí el móvil y marqué el número de Pepe Ortega.

—Maestro, te iba a llamar en este preciso instante. Esto va de bólico y yo estoy que me mareo. —Intenté interrumpirlo. Inútil—. Calla, joder, que la cosa está que arde. He hablado con la putilla de la Mari, y estabas en lo cierto, figura, has dado en el puto clavo, a este paso me vas a acabar quitando el curro. Al grano, el cerdo de Tavito no era solo proveedor de polvitos para nuestro amigo Enrique. Doblador de sus filmaciones guarras, eso es lo que era; el puto maricón se dedicaba a hacer las copias de los DVD. La pobre chavala se caga por la pata abajo, está convencida de que a su hermano le han dado el matarile para que no cante y que ahora irán a por ella. Al final iba tan colocada que no he podido moverla del portal donde

se ha instalado, pero tenemos que volver allí y ver qué podemos hacer con la tipa. Mínimo una entrevista, ya mismo, antes de que la espiche de una sobredosis, de un tiro o de lo que sea. Necesitamos esa entrevista, figura. Yo me encargo de llamar al fotógrafo, a ver si podemos tomarle un par de retratitos antes de que salga del muermo. ¿Cómo quedamos tú y yo?

Eso sí que no. De golpe, yo no era periodista, no quería entrevistar a una yonqui desgraciada, y mucho menos aprovechar para sacarle unas fotos. Si los temores de la chica eran ciertos, lo único que se me ocurría era llevarla a la policía y que les contara todo lo que sabía a cambio de que la protegieran, si es que la policía hace ese tipo de cosas. Sabía que Orteguita no iba a dar ese paso sin haber hecho antes la entrevista. En ese punto, yo me rajaba.

—Mira, Pepe, yo aún tengo un par de encuentros pendientes —mentí—, así que lo mejor será que nos repartamos el curro. Te voy a encargar, eso sí, un par de gestiones.

—Habla, colega.

—Para empezar, que lleves a la Mari a la policía después de la entrevista.

—Hablas con un profesional, tío. ¿Qué más?

—Quiero que localices al agente que te contó lo de los vídeos, como sea, a él o a cualquier otro que esté metido en el tema, a poder ser que los haya visto, y le hagas la siguiente pregunta, si no lo sabe, que se entere: ¿cuál es el escenario de las filmaciones?, ¿hay alguna que esté grabada en el exterior, más concretamente en un colchón entre la maleza o en un bosque o similar?

30 de abril. 7.15 horas

El empresario Arcadi Gasch i Llobera pide disculpas y se encierra en el baño, respiro que aprovechan las chicas para incorporarse y servirse sendas copas de champán. Han bajado el colchón de la cama de matrimonio a la moqueta y ahora toda la estancia está sembrada de ropa en desorden. La otra cama, tamaño *king size* e inmediatamente adjudicada al hombre, también ofrece escenario de batalla. Ningún espacio se ha quedado sin su invasión. La neverita permanece abierta, vacía, y sobre los diversos folletos turísticos de la mesa se alinean una docena larga de cadáveres de botellín cuyo orden desentona. «Tía, vaya pavo raro», exclama en voz baja Ulrike, tapándose la risa con la mano. Apoya la cabeza en los pies de la cama que todavía tiene colchón y atrae hacia sí a Sara para que se le siente entre sus piernas abiertas con la cabeza en el pecho, ambas mirando hacia la puerta del baño. Desnudas, despeinadas, con las mejillas encendidas y las pupilas dilatadas, en ese gesto de dejadez componen la imagen del reposo de la amazona. Sobre la exuberancia morena de su amiga, Sara Pop es una mancha blanca sin contrastes. «Tía, no sé cómo lo ves, pero le voy a pedir que me acerque en un momentito al Paradís y vuelvo. Nos lo hemos ganado. Ah, y de esta habitación no nos mueve ni Dios hasta mañana, este que haga lo que quiera; si se va, que se vaya, pero nosotras nos vamos a dar un homenaje a la salud de la gorda. Menos mal que el tío es un candelas y no abrirá la boca, porque como la otra se entere de que nos hemos venido las dos, me corta las tetas». Ulrike se las tapa con ambas manos, como para protegerla, asintiendo con gemidos cortos.

Al final, ha resultado una velada mucho más agradable de lo que cabía esperar. El tipo de la Generalitat es, desde luego, una burbuja blanca, pero tan dócil que resulta hasta dulce. Nada más subirlas al coche ha entendido cuál es su papel y no ha hecho falta ni siquiera una parada de cortesía en ningún local, directos al Gran Hotel Havana. Allí, pura gentileza, las chicas han interpretado el papel de la conquista del primerizo, una actuación de manual que ha resultado redonda. Han hecho subir a la habitación una cubitera con un par de botellas de champán fingiendo estar realmente interesadas en el mundo del vino y en el papel de la representante de Catalunya que él anda buscando, han llegado incluso a proponer hacer allí mismo un pase para que él valorara sus aptitudes. En esto, Ulrike le ha rogado con gesto modoso que le permitiera darse un baño porque, tras la velada y un día de duro trabajo, necesitaba limpieza y relajación. El viejo truco. Consiste en dejarlos solos para que él no se sienta avasallado ni desbordado nada más empezar. Así que, en cuanto Sara ha oído correr el agua de la bañera, ha servido un par de copas y ha empezado con las carantoñas, sentada sobre las rodillas del encantado empresario, luego a horcajadas y ya pasándole la lengua por los labios, besos no, empresario, solo así, como un gatito. Luego, el cuello, qué moreno, a ver, quítate la camisa, empresario, si te la quitas yo me quito el vestido, mira qué comparación, tú tan moreno y yo, tan blanca. No te preocupes por mi amiga, ya la oiremos. Qué suerte, una bañera, ¿por qué no me das a mí un masaje, empresario? Vamos a la cama, a ver si me relajo, que estoy muy nerviosa.

Cuando, después de casi media hora, Ulrike ha salido del cuarto de baño envuelta en una toalla, Sara Pop estaba recibiendo tumbada boca arriba sobre la cama sin deshacer, completamente desnuda, un masaje poco casto por parte de un Gasch i Llobera que todavía conservaba los pantalones puestos. Ese es el juego, y entonces fingir sorpresa; Sara que se levanta y le pide disculpas a la recién llegada ante la mirada entre atónita y expectante del hombre. Que estaba muy cansada, que es solo un masaje, no tengas celos, que a ti

también, vamos a la cama y el empresario nos hace un masaje a las dos, ya verás qué manos, son una maravilla. No le han durado mucho rato los pantalones ni el calzoncillo, inmediatamente suplido por un condón que le ha dado la tranquilidad imprescindible. Después, otro, e incluso un tercer preservativo cuando, a petición suya, las chicas han bajado al suelo para interpretar juntas y solas uno de esos números que Gasch i Llobera debe de haber sacado de alguna película de porno suave. Les ha costado aguantar la risa al darse cuenta de que hasta para masturbarse abría el empresario la cajita de Durex. Ha rechazado la raya de antes del numerito y la de después, agradecidas ellas, sin gesto de reproche ni de sorpresa, sin ese discursito que se empeñan en soltar los clientes blancos cuando sale la papelina a escena, eso sí que no, no en mi presencia, y cosas así.

«Tía, ¿sabes lo que te digo?, que no está nada mal el empresario. Pide poco, tiene un buen cuerpo para su edad, y sobre todo se lo pasa teta, tía, no sé si te has fijado en la cara que ponía, solo le ha faltado levantarse y aplaudir». Sara habla mientras se pone el tanga. Eso y el vestido son su único atuendo, así que espera para acabar a que el hombre salga. El momentáneo retiro ha hecho su efecto, y Gasch i Llobera aparece aislado en su primera timidez. Está claro que no sabe cómo reaccionar y que el vestido de Sara que ya cae sobre su cuerpo trajinado le quita un peso de encima. Seguramente está pensando en la hora, en su casa y en sus obligaciones. Hace un rato ya que han dado las siete y no es cosa de alargar la velada hasta los remordimientos, así que la chica ataca antes de que a él se le ocurra dar un paso hacia la ventana clausurada y tomar conciencia de la primera luz del día siguiente. «Mira, empresario, si no te importa, me vas a acercar a un sitio porque tengo que hacer un recado sin falta y no quiero quedarme dormida y que luego se me olvide, ya sabes lo que pasa cuando uno no descansa, es solo un momento, aquí cerca, al lado de la Ciutadella. Me llevas, esperas un minuto a que recoja una cosa y me vuelves a traer. Luego, si quieres, te quedas a pasar un rato más con

nosotras, y si no, te vas. No es un truco para echarte, al contrario, nos gustaría mucho que te quedaras, porque nos lo hemos pasado muy bien, pero tú sabrás qué líos tienes. La habitación corre de nuestra cuenta hasta mañana por la mañana... vamos, como si te quieres ir un rato y luego volver. Tú mismo».

Pasadas las siete y media de la mañana, el Jaguar azul polvo de Arcadi Gasch i Llobera sale del aparcamiento del Gran Hotel Havana y enfila la Gran Via barcelonesa. A Sara Pop, sentada a su lado, no le impresiona verse de repente inmersa en la mañana laborable de un viernes cualquiera, con el consiguiente atasco que a esa altura se ve agravado por los coches que salen de la ciudad rumbo al norte. El empresario, en cambio, acusa el golpe y no deja de frotarse los ojos y enjugarse el sudor hasta que, ya entrados en el paseo de Sant Joan, el tránsito disminuye notablemente y solo parece la mañana de un domingo, y ellos, de no ser por el atuendo, un padre y una hija madrugadores camino de un buen desayuno en los alrededores del parque. Ni el rostro de él ni el de ella acusan demasiado la noche en vela, pero los gestos y las intenciones distan una eternidad.

Capítulo XX

La mañana había amanecido nublada, con uno de esos cielos bajos y pesados que en Barcelona despiertan todas las irritabilidades, y yo, más que caminar, flotaba por el centro de la ciudad sin rumbo fijo, haciendo tiempo para encontrarme por fin con Eva Sacaluga. El día anterior había tenido que tomarme un par de Valium o siete para encarar una noche que preveía de fantasmas, y todavía andaba con mi propia nube en la cabeza.

Después de mi conversación vespertina con Ortega, había llamado por fin a la mujer que me tenía en vilo. Me contestó seca, más distante que arisca, y nos citamos para tomar el aperitivo al día siguiente, ese mismo viernes que mañaneaba con los peores presagios. Recordaba vagamente que, ya entrada la madrugada, había recibido una llamada del periodista que atendí completamente zombi. No conseguía recordar de qué habíamos hablado, pero sí permanecía de aquellas palabras una sensación de desaliento, algo así como que Ortega se echaba para atrás o que había fallado algo. La verdad es que me sentía asqueado. Esta puta debilidad mía por las mujeres, más por las frágiles y las dañadas, la pesadumbre por la Mari, a quien ni siquiera conocía, fotografiada en un portal del centro con la chuta por los alrededores; Amalia ignorando los tratos de Laurita con Enrique; la propia Laura, tan loba ella, en las manos del miserable. Necesitaba encontrarme pronto con Eva y que me contagiara algo de esa fortaleza suya resuelta y enérgica. Me moría de ganas de verla, y aún eran las once de la mañana.

Hacia las doce, ya sentado en una terraza anodina del Eixample, tomándome la primera caña de la mañana, decidí que era una hora prudencial para llamar al Orteguita-post-karaoke. El periodista contestó afónico, saliendo evidentemente del sueño más profundo.

—Buenos días, Pepe, perdona por despertarte.

—Nada, tío, nada. ¿Qué coño te pasaba ayer, que no conseguí entablar conversación contigo, maestro?

—Tortilla de Valium. A propósito, ¿qué me contabas? No me enteré de nada.

—No te digo... Pues que se nos ha ido el reportaje al puto carajo, colega, al foso de los esfuerzos inútiles, así que más te vale volverte a la cama, como yo, y descansar, que llevamos un par de días muy moviditos.

No había ni rastro de sarcasmo en su voz.

—¿De qué me hablas?

—Ayer me fui otra vez para el karaoke de Adriano por lo de tu encargo, ya sabes, las filmaciones de los cojones y lo del bosque... pues bien, agárrate: no hay filmaciones. Nasti de plasti, coleguita, *nothing de nothing*. Que si fue un error lamentable, que si debían de ser de otro caso, que si yo no dije eso y que si te he visto no me acuerdo. Eso es todo lo que pude sacarle al pavo. Por arte de magia, las putas filmaciones se han volatilizado, quién sabe si como Tavito Culodeoro o más aún. Lo que sí te digo es que cuando algo así desaparece ya puedes volverte majarón, que no vuelve a aparecer.

No daba crédito. A Ortega le parecía lo más normal del mundo, pero yo sencillamente no podía creérmelo.

—¿Y qué pasa ahora, qué harán con Enrique, de qué se lo acusa?

—Por supuesto, permanece la acusación de tenencia de armas y tráfico de drogas, pero el caso ha dado la vuelta completamente. Según los pocos datos que ayer se avinieron a facilitarme los amigos más amigos, todo apunta a que Enriquito del Paradís es ahora víctima y no verdugo. A propósito, ellos, de las grabaciones, no tenían ni noción, maestro, ni pajolera idea de qué les estaba hablando. Las investigaciones van por el siguiente camino: Slovo Ras

era de una banda de traficantes del Este, que lo era, en eso no se equivocan, traficante de polvitos y putillas varias, y tenía asuntos con Enrique, algo que no sé de dónde se sacan ni si podrán probar, pero el caso es que piensan que el rumano se presentó en el Paradís para darle pasaporte a Enrique. Un clásico y nada interesante ajuste de cuentas entre polveros.

—¡Qué coño me estás diciendo! —Con el grito conseguí llamar la atención de todos los transeúntes que pasaban por allí, y al levantarme y tirar el vaso al suelo, la del camarero.

—Lo que oyes, figura, que todo el marronazo se nos queda en una miserable pieza de color sobre la implicación del empresario Gasch i Llobera en un rifirrafe puteril en el que ni siquiera estuvo presente.

—Ya, pero ¿y las muertas? ¿Y las chicas?, ¿qué pasa con ellas?, ¿también eran cómplices de Enrique o es que les hacían de camellas a los del Este?

—Las chicas murieron en el tiroteo porque estaban cerca de la puerta... ¡no te jode! Y yo qué sé. Si quieres más datos, puedes imaginar que Enrique es tan hijo de puta que las utilizó de escudo o cosas así.

—Pero, bueno, eso no se lo cree nadie. Pero qué coño... ¿Y Ayerdi? Ayerdi ha declarado que Ras entró y disparó directamente a las chicas. Tenemos que...

—Maestro —me cortó Ortega en tono paternal—, déjalo. Ayerdi iba hasta el culo de todo, ¿qué mierda va a saber ese pedazo de majara drogadicto? Lo mejor es que lo dejes. Hay temas que salen y temas que se hunden. Este se nos ha hundido. Ya encontraremos otro, no te comas la cabeza, hombre. Tú y yo no estamos aquí para enmendarles la plana a los cuerpos de seguridad del Estado, baja de la nube, tú y yo somos putos informadores, y la información es la que hay. ¿O no? ¿O ahora quieres sacarte el carnet de investigador privado y dedicarte a corregir los males del sistema?

Informadores. Si la declaración de Ayerdi no valía, a la Mari aquella del portal y la jeringa, mejor ni mentarla. Y una mierda. Yo

no era informador. A Ortega se le había ido al carajo un reportaje en el que llevaba un par de días metido, algo que él consideraba una desgracia gorda, claro, pero a mí se me estaba hundiendo el esfuerzo de un par de semanas por saber. La necesidad de saber y el dolor de ir enterándome. Corté la comunicación sin poder decir nada más. Se me nublaba la vista y sentía la garganta anudada con soga. Amalia, Estrella, Sarita, ¿estoy equivocado? ¿Os habéis metido en mi cabeza para inventarle un sentido trepidante a mis días ociosos? ¿Estáis jugando conmigo? ¿Qué pasa, niñas, qué hostias está pasando? De golpe dudaba sobre la cordura de mi investigación. Quizá sencillamente estaba inventándomelo todo, imaginando. Pero no, las cintas habían existido, un poli se lo dijo a Ortega y, sobre todo, la Mari lo había ratificado: Gustavo Culodeoro copiaba pornografía infantil para Enrique del Paradís. Un momento —pensé—, si aquel eunuco de Bellvitge hacía copias, obviamente no eran todas para Enrique, nadie tiene cinco veces la misma grabación; forzosamente, el del Paradís tenía que ejercer de distribuidor para alguien. Era eso. Enrique no era el consumidor, el destinatario, sino el enlace con alguien más allá. La idea, inútil ya a esas alturas, me animó lo suficiente como para permitirme pedir la nota, pagar y salir a encontrarme con Eva Sacaluga. Me di cuenta de que había depositado en ella todas mis esperanzas de recuperar fuerzas y ánimos no ya de aquel día, sino de todos los días desde que la conocí y salí huyendo, cobarde gallina, capitán de las sardinas.

Ya estaba allí cuando llegué al lugar de la cita, una terraza de colores con parroquia moderna en las traseras del mercado de la Boqueria. Ojeaba el diario y se bajó un par de dedos las gafas de sol para saludarme, sin sonreír. Su presencia, en contra de lo que había previsto, me hizo sentir pequeño e indefenso y, si no hubiera sido porque andaba metido en mis elucubraciones, habría pretextado prisa. Nada más verla, volvió la sensación de que no era mujer para mí, algo no encajaba... O no encajaba nada. Pero necesitaba contarle a alguien todo lo que había ido sabiendo del caso, mis últimos descubrimientos y la decepción por el sentido que había

tomado el asunto. Así lo hice, sin darle opción a responder, sin contar con ella.

—Parece que tus anormales no lo son tanto, y que al final todo ha resultado de lo más corriente.

Lo dijo con sarcasmo, retándome con el gesto y la voz. Si alguna vez la había sentido cercana, si existió entre nosotros la camaradería que yo imaginé, desde luego no quedaba ni rastro. Eva Sacaluga era de piedra sobre su silla de plástico naranja, y yo, imbécil de mí, decidí ejercer de picapedrero.

—No has entendido nada. —Lo dije con rabia, masticando—. Enrique del Paradís era proveedor de pornografía infantil, no sé de quién, pero me juego las piernas a que a Amalia de Pablos la mataron por eso, por algo relacionado con eso. ¿Lo entiendes o tengo que repetírtelo?

Eva se quitó las gafas y me miró despreciándome desde algún punto situado a kilómetros luz de donde yo estaba.

—¿A lo mejor porque metió las narices donde no debía? ¿A lo mejor porque decidió comprobar por su cuenta sus propias sospechas? ¿A lo mejor porque a según qué horas Caperucita no debe ir por el bosque so riesgo de encontrarse con el lobo? Y ahora ¿crees que entiendo o que sigo sin entender nada? Mira, guapo, te guste o no, las cosas tienen que cuadrar, y lo que cuadra es que la amante de un camello muera en un ajuste de cuentas. ¿Entiendes tú ahora? Lo normal es que el culpable sea Enrique, porque era un puñetero traficante mediano, lo normal es que haya un ajuste de cuentas, lo normal es que se cace a los participantes y se los meta en la cárcel. Eso es lo normal. Lo demás son desviaciones que a nadie interesan. No se le puede ofrecer soluciones complejas a la gente normal. Tú, con tus peregrinas teorías, deberías saberlo mejor que yo, pero, en el fondo, no eres más que un inocente que se ha encontrado con las manos en la masa de un pastel que le sobrepasa; tú, metido a vengador, a crío defraudado, ¿o a qué? Tú, que ni siquiera sabes el papel que juegas, siguiendo como un perro obediente la pista de los rastros que te ponen ante las narices...

Juro que no me sorprendió comprender. Eso sí, no pude mirarla a la cara. Bajé los ojos y dejé que las piezas de aquel rompecabezas vomitivo fueran dibujando, de nuevo, el colchón en el que había pensado demasiado durante los últimos días. Eva Sacaluga lo conocía. No solo el puto colchón, sino también su aparición ante Amalia un par de semanas atrás, incluso la relación de aquel cacho de miseria con la automática de Slovo Ras. Noté las manos mojadas por el sudor. Una intensa sensación de vergüenza me impedía secármelas contra el vaquero, me impedía incluso abrir los ojos ante la sospecha de que podía caer una lágrima que no tenía ninguna intención de regalarle a aquella zorra. No era dolor, todo lo que podía herirme ya lo sabía cuando llegué a nuestro encuentro, e incluso el puñetazo que suponía no encontrar ánimo ni consuelo en ella, sino más mierda, resultó un golpe suave frente al sonrojo de haber llegado hasta ese punto para, una vez allí, no tener nada que decir.

Amalia, mi querida Amalia, yo sé que tú no sabías, ¿quién es esta mujer del demonio que tengo delante, a qué ha venido? ¿Quién es esta guarra para llamarte Caperucita? Yo, mi querida Amalia, mataría a todos tus lobos si aún sirviera de algo. Pero ya... Un perro al que le acercan la prenda usada a las narices y sale presto a morder el primer tobillo. Eso es lo que había hecho, ¿no? Seguirles el juego. Entonces abrí los ojos para hacer una última pregunta y me di cuenta de lo sorprendentemente parecidas que eran Amalia de Pablos y Eva Sacaluga. El mismo tipo de mujer, entre los treinta y cinco y los cuarenta, guapas ambas, duras en el gesto, melena negra cuidada a media espalda, vaqueros y chupa de cuero cara, manos grandes, gran esqueleto. Ese aire de venir de otra época, de haber llegado galopando entre la tormenta y de haber sobrevivido.

—Te pareces a Amalia de Pablos.

Me miró sorprendida, esperando otra reacción.

—Si te refieres a eso, me parezco tanto como aquella otra infeliz a la que mataron por su culpa.

30 de abril. 7.40 horas

Álex Ayerdi y Pitu Gallo han salido del Jamboree, en la plaza Reial, pasadas las cinco y media de la mañana, y han cogido un taxi en dirección al Paradís, parada obligatoria para reponer material antes de recalar en el pasaje Valeri Serra, donde los esperan las putas habituales, un buen plantel limpio, entregado y cariñoso. Aunque Gallo ha insistido en ir allí directamente, su colega ha conseguido convencerlo de que, con un fin de semana por delante y tanta fiesta en el cuerpo, no hay prisa. Lo cierto es que le gusta llegar al pasaje con un par de gramos en el bolsillo, por si la juerga se alarga. Y para que no lo pille el bajón a media faena.

Cuando llegan a la puerta del Paradís, justo al ir a pulsar el timbre para que Enrique les abra, Álex Ayerdi ya ha empezado a arrepentirse de su compañía. No por ser justamente Gallo, sino de cualquier compañía, y se admite que albergaba la esperanza de que su compinche se hartara y se diera el piro antes que él. Sabe que va a llegar un momento en el que el tipo se le hará insoportable, y solo espera que ocurra una vez llegados a las piernas de las correspondientes lumis. Se ha acostumbrado a llegar solo a esas alturas de la noche y de Barcelona. Corre el riesgo de que un ataque de ansiedad o de mala baba injustificada lo enfrente a su inocente amigo, y no le apetece pasarse lo que queda de velada cuidando sus modales. A la mierda, que sea lo que Dios quiera y que se joda si se me va la olla, él ha querido venir, ya me conoce. El torpe de Gallo, ¿no va y me suelta un comentario sobre lo buena que está Anita?, ¿a quién se le ocurre?, como si yo no supiera lo buena que está mi novia, joder. No, si encima habrá sido un cumplido, te metes una

juerga camino de las putas y va tu acompañante y se acuerda de lo buena que está tu novia. Pues por muy buena que esté y por muy hijoputadamente que yo consiga portarme con ella, ahí sigue la muy lista, aguantando como una jabata.

Llaman al timbre, enfrentan la mirilla y solo entonces entran, como es norma del local. El olor a alcohol rancio acumulado del interior, el tinte prostibulario que las luces rojas prestan al ambiente y una canción de Frank Sinatra le sosiegan los ánimos. Está en casa. Enrique trajina detrás de la barra, y del lado de la clientela solo hay una persona, una mujer que Ayerdi reconoce inmediatamente como Amalia de Pablos, habitual del lugar, tan centrada en su teléfono móvil que ni se da cuenta de que han llegado. No le extraña que el Paradís esté vacío, sus días fuertes son los sábados, los domingos y algunos lunes.

Cuando Estrella Sánchez hace su aparición, ya llevan casi una hora allí. La mujer entra con dificultades y, sin mirar a nadie, ocupa el taburete contiguo al de Amalia de Pablos, es decir, la primera localidad desocupada contando desde la puerta. Se sienta tras un esfuerzo penoso, apoya los codos en la barra y mete la cara entre las manos. A esas alturas, Gallo ya ha conseguido convencerlo para que se larguen de allí en busca de su verdadero objetivo, y están a punto de hacerlo, pero Ayerdi le pide cinco minutos para saludar a la recién llegada, una vieja amiga a la que hace tiempo, más de un año, que no ve. Casualidades de la vida, unas horas antes, en la Cena de la Solidaridad, se ha encontrado con su marido en estado de inconsciencia y ahora hace aparición ella, sola y con aires de tener dificultades. Desfilan por la cabeza de Ayerdi problemas familiares, discusiones de pareja, líos, amoríos, malos rollos, y siente una inmensa pereza, pero aun así se acerca a Estrella y le pone una mano en el hombro. Lentamente, ella despega la cabeza de las manos, la gira y le ofrece una mirada asimétrica y desquiciada antes de abrazarse como un pulpo, con ocho u ochocientos brazos, al periodista y comenzar a llorar sin lágrimas. Así permanece unos diez minutos y tarda otros veinte en contarle a Ayerdi, de forma

inconexa, a borbotones, que ha visto a Juan Santos en la tele, que estaba en una fiesta y que tenía una chavala en las piernas. Eso es lo que acaba entendiendo él con dificultades, ayudado porque sabe de qué fiesta habla Estrella y ha visto el estado de su marido.

Piensa que no puede dejar a la mujer allí sola en ese estado. O sí puede, ¿qué se lo impide? Piensa: Ella ha venido aquí solita sin saber que se iba a encontrar con nadie, ella ha elegido purgar sus miserias sola y no será yo quien se lo impida. Pero no acaba de decidirse a abandonarla. No quieres taza... pues hala, carga con el simple de Pitu Gallo, con el recuerdo de Anita, lo buena que está, ino te jode!, y ahora con las penas de esta mujer, que tampoco desmerece. Eres un hijo de puta, Juan Santos, a ver si voy a tener que comerme yo tu mierda, cabrón, aún me acabaré tirando a tu señora, que no creas que no le ha caído ya más de una paja, y tú te vas a joder justo allí donde te haya dejado el taxi de la fiesta. Si no estuviera tan colocada... Las tías tan ciegas no sirven para nada, a uno no le apetece tirarse a un cadáver, y a esta le quedan cinco minutos para el grogui definitivo, pero aun así, ¿quién sabe?, me la retiro amistosamente, con cariño, y mañana por la mañana, con la marea baja y los agradecimientos... Ya, pero ¿dónde? Bah, no merece la pena, demasiado riesgo y pocas garantías.

Cuando suena el timbre de nuevo, Pitu Gallo aprovecha para recordarle sus planes. Se impacienta, lleva más de media hora solo en la barra y quiere saber si sigue en pie lo de las putas o no. Aparece por la puerta una chavala joven, un rostro no del todo desconocido para ambos, que le presta a Ayerdi la excusa para pedirle un momento de paciencia a su amigo. «Dale cinco minutos de conversación a esa chati y nos vamos», le dice.

Pero la chati en cuestión ha venido a hablar con Enrique, y parece tener prisa. Tanta que ni siquiera acepta la copa que le ofrece Gallo, aunque tampoco lo despacha. Deja que aquel desconocido bajito le cuente que es periodista deportivo y tres o cuatro cosas más hasta que Enrique la llama a un aparte y,

conseguido lo que venía a buscar, se despide de él con una sonrisa pícaro y sale.

Viendo que ya no le quedan muchos más recursos y atosigado por unas dependencias que son lo último que necesita, Ayerdi deja un momento sola a Estrella Sánchez con su *whisky* y se va hacia Gallo. «Pide la cuenta, métete una raya y nos vamos. Es un minuto. Salimos juntos, deposito a esta mujer en la puerta de su casa antes de que se quede en coma en este puto garito y acudo a Valeri Serra, ¿de acuerdo?». Aunque a regañadientes, su colega hace un gesto afirmativo con la cabeza y se dirige al dueño del local para la liquidación. Al cabo de unos minutos, Ayerdi lo ve enfilarse por los lavabos para proceder y se va hacia Estrella: «Vamos a salir, preciosa, y tú vas a acompañarnos, ¿vale?». La mujer empieza a murmurar sonidos ininteligibles alternados con gemidos y sonoros sorbetones. Intenta zafarse de la mano con la que Ayerdi le ha agarrado el brazo y tira de ella para que baje del taburete, «Joder, guapa, pon algo de tu parte». En ese momento vuelve a sonar el timbre.

De lo que sucede a continuación no se da cuenta hasta que se hace el silencio de nuevo. La chavala que acaba de irse vuelve a entrar, pero esta vez con un tipo agarrándola del cuello. Enrique, desde la otra punta de la barra se da la vuelta y, cuando empieza a andar hacia allá, el desconocido saca una pistola, le pega un tiro en la cabeza, desde atrás, a Amalia de Pablos, que seguía ensimismada, y otro a Estrella Sánchez, en todo el pecho. A Álex Ayerdi no le ha dado tiempo ni de reaccionar y ya tiene a la mujer en los brazos. Un «inoooooooooooo!» de Enrique potente y ronco se impone a la música ambiental y a los alaridos agudos de la joven chica que lucha por desasirse del de la pistola. Este mira a un lado y a otro, le grita algo a la chavala rubia y, seguramente para hacerla callar, como quien aprieta el botón de *off* de un juguete molesto, la empuja al suelo y le dispara también.

Salen a la vez Pitu Gallo y el asesino. El primero, del baño, y el segundo, a la calle.

Capítulo XXI

Era eso, claro. A Estrella Sánchez la habían matado no por error, sino para no errar. Cuando Slovo Ras entró en el Paradís la mañana del 30 de abril, esperaba encontrarse a una mujer en la barra, solo una, al menos de las características que manejaba él. Alguien, probablemente Enrique, le dijo que allí estaría Amalia de Pablos esperándolo inocentemente, y debió de describírsela. Pero cuando el rumano entró en el local agarrando a la pobre Sara Pop, su llave de acceso, en la barra había, no una, sino dos mujeres que respondían a la descripción recibida. Fue nombrar Eva Sacaluga la coincidencia de rasgos entre las tres y aparecer ante mí por fin la imagen de Estrella Sánchez que no había podido recuperar durante mi búsqueda. No es que se pareciera a Amalia, como tampoco se le parecía exactamente la Sacaluga, pero sí tenían la misma pinta y representaban el mismo tipo de mujer, ese que Tito Ros denomina «las viejas roqueras»: melena suelta, atuendo informal caro, aspecto de haber pisado muchos conciertos y estar volviendo, guapas, altas, delgadas, grandes... Juntas seguramente debían de resultar bastante diferentes, pero no para alguien que espera encontrar solo una. Así que el sicario optó por la vía más fácil y le pegó un tiro a cada una, asegurándose el éxito. Si Eva hubiera estado en el Paradís aquella mañana, también habría recibido su ración.

Pensé que ella no solo se parecía a Amalia. Era la hora de comer y me encaminé hacia casa sin demasiada convicción. Sentía que debería estar muy cabreado, rabioso incluso, pero no conseguía encontrarme la emoción por ningún pliegue del pecho. Al contrario,

una sensación de paz no del todo agradable me iba ocupando poco a poco, el mismo tipo de serenidad incómoda y agria que queda después del vómito; ya está, se ha expulsado, pero ese sabor, la acidez que permanece. Mi conversación con Eva Sacaluga había servido para poner palabras a mis temores.

—Tú no estabas en la fiesta del White Horses por casualidad, ¿verdad? —le había dicho—. ¿Qué coño pintabas allí? No, claro. Tú habías ido para buscarme, no sé cuánto tiempo llevabas detrás de mí, seguramente desde que aparecí por casa de la Susín. Sí, lo recuerdo bien, también ella y su socia representaron su papel a la perfección. Aquel pajarito de Sandra Pita nombrando a Arcadi Gasch i Llobera y a Ulrike como por casualidad... Entre vosotras no existe la casualidad, tenéis el azar calculado al segundo. Era la manera que tenía la puta de la Susín de ponerme sobre la pista. Tenía que encontrarme con el empresario y con Ulrike para que todo me condujera hacia el Paradís, es decir, hacia Enrique, concentrar en él todas las maldades ocurridas, la responsabilidad. La pobre Sara Pop, y esto sí es pura casualidad, os lo había puesto en bandeja apareciendo allí justo en el momento menos indicado. Pero debisteis de pensar que un merluzo como yo iba a ser incapaz de dar con la amiga de Sarita, así que tú te encargaste de ponérmela en bandeja, solo te faltó metérmela en la cama, algo que, dicho sea de paso, no descarto hacer yo solo. Pero no contabais con que yo, un bobo candoroso, diera con Gustavo Culodeoro y la cosa pasara del asesinato de un camello a su amante molesta, a la copia y distribución de pornografía infantil. Palabras mayores. Así que me enviasteis a Laura. ¿De verdad pensasteis que yo me iba a tragar la escenita de Loba Laura derramando lágrimas desconsoladas al descubrir que Enrique era el asesino de Amalia? Vosotras seguramente conocéis mucho mejor que yo a la pequeña hija de puta, así que lamento que me tuvierais en tan poca consideración como para pensar que yo creería que esa chica es capaz de tener sentimientos. Conste que con esto no quiero decir que ella estuviera metida en los planes de la Susín para Amalia, no me importa, pero

vuestros manejos le fueron de perilla a su ambición, e imagino que no puso demasiados reparos a la hora de echaros un cable, ¿me equivoco? Las lágrimas de Laura, fue justo ese momento en el que empecé a darme cuenta de lo que había pasado. ¿Quieres que te lo cuente? La Susín creyó que Amalia, en su parada de Collserola, le había descubierto el pastel. O lo creyó Enrique, o quien sea que se dedique a filmar ese tipo de cosas que luego ella aprovecha. Y cundió el pánico. Más cuando a la noche siguiente Amalia le dijo a su sucesora que lo dejaba todo. En cuanto a la elección de Slovo Ras para liquidarla, con quien no dudo que podáis tener tratos diversos, es difícil de creer que sea obra de Enrique. Por muy elegante que fuera el camello, ese tipo de cosas las gestiona la gente acostumbrada a gestionar, tú ya me entiendes. Pero os equivocasteis mucho. Os equivocasteis dos veces. La primera, al pensar que Amalia de Pablos era consciente de lo que había presenciado, o había estado a punto de presenciar. La quitasteis de en medio innecesariamente. Y, sobre todo, os equivocasteis pensando que yo era peligroso, que merecía todo ese esfuerzo que habéis hecho por guiarme. Ni soy un investigador, ni todo este material tengo posibilidades, ni ganas, de publicarlo en ningún sitio. Pero os agradezco la atención.

Eva Sacaluga me había mirado incrédula y sonriente durante toda mi perorata y, al final casi rio.

—No tienes ni puta idea de lo que dices.

Puede que tuviera razón, pero de lo que no me cabía ninguna duda era de que, de mis tres amigas, dos habían muerto por azar y otra por equivocación. Tampoco tenía posibilidad alguna de demostrarlo, y además, ¿para qué? Bastante iba a tener en lo sucesivo con eliminar la costra de miseria y asco que llevaba pegada a la piel. Y la sorpresa. Lo más sorprendente, al final, era la impunidad. La frialdad con la que Eva me había escuchado, cómo no le importó nombrar el bosque, utilizar sus datos para darme una solemne bofetada en todo el amor propio. Eva de mis desvelos dejando en pelotas su verdadero aspecto sin pudor: soy la bestia, te

lo enseño y aún me queda cuerpo para una carcajada. La impunidad, qué sorprendente.

Elegí como compañía para el camino a casa a la portentosa Ulrike, la viva, que cada vez me parecía menos cuerpo y más cabeza.

Claro que sí, bombón, claro que sí, tenías toda la razón cuando dijiste que la gorda Susín y Enrique son de los malos. Ahí está la clave del asunto, y tú la manejabas no sé si por casualidad o inconscientemente: la gorda Susín y Enrique. Y, entre ellos, Eva Sacaluga, la que yo creí mi cómplice y semejante y a quien todavía no puedo quitarme de la cabeza ni consigo que me ofenda tanto como su jefa Susín. Pero fíjate, preciosidad, atemorizada Ulrike, cómo se parecen ambas: «No se pueden ofrecer soluciones complejas a la gente normal», ha dicho Eva. Y esta es de Curra Susín: «Podríamos haber gestionado la discreción». ¿Has visto? También recuerdo cómo, refiriéndose a Sara Pop, sentenció, serena, la gorda, sabiéndolo: «Era una chica sin futuro». Gestora de futuros. Y: «Las cosas tienen que cuadrar», ha dicho mi amiguita Sacaluga. ¿Has visto, mujer? Así son los malos, ¿no? Así son quienes deciden cómo es y debe ser la realidad y, si no cuadra, la dibujan. ¿Te referías a eso, Ulrike? Y lo peor es que quizá tienen razón en lo de las soluciones complejas, a lo mejor la gente normal, aquella que cree que los modelos son inocentes, casuales, y que el circo que consume acude a clínicas para tratarse el colesterol, no les perdonaría a sus organizadores sociales que les robaran de un plumazo todas las inocencias. Tus malos. El problema no es la existencia de tus malos, divina, sino que salpiquen. Los malos, como los anormales, resultan imprescindibles por definición, por la salud de sus contrarios. Por eso, el camino termina, debe terminar en Enrique, el oscuro, el propietario de un *after-hours*, el traficante, el armado. Más no, más no se entendería, y debe evitarse a toda costa. Serían ya molestias excesivas. Imagínate, Collserola como plato de violaciones de menores filmadas, la Susín proporcionando material a su grupo de privilegiados, nada, solo a tres, seguramente

solamente a tres de los tres mil que la visitan, tres son suficientes, toda una inmensidad inmundada. Pero tres son la excusa para ir más allá. Puesta esa máquina en funcionamiento, ¿por qué quedarse corto? Muertos tres, muerto un millar. Es solo cosa de sentarse a esperar. La máquina funciona.

Yo me conformaría, Ulrike, con saber que ese colchón aparece en las filmaciones que ya no existen. Solo eso. No soy policía, ni creo que periodista, ni soy un vengador enmascarado. Soy una persona normal, y ahora lamento saber todo esto.



CRISTINA FALLARÁS, (Zaragoza, 1968) es periodista y escritora. Estudió Ciencias de la Información en la Universidad Autónoma de Barcelona, donde sigue residiendo. Ha ejercido como periodista en diversos medios (prensa, radio y TV). Entre otros El Mundo (jefa de redacción y columnista); El Periódico de Cataluña (colaboradora en series de entrevistas); ADN (subdirectora); Cadena Ser (guionista); RNE (creadora y subdirectora del programa matinal Día a la Vista/R4); Antena3 Televisión y Cuatro televisión. Asimismo participó en el proyecto de periodístico del diario online Factual, donde creó la redacción y ejerció de subdirectora. Actualmente trabaja de asesora en temas de comunicación online para el sector editorial y de los medios de comunicación.

Sus libros publicados hasta la fecha son *La otra Enciclopedia Catalana* (2002); *Rupturas* (2003); *No acaba la noche* (2006) y *Así murió el poeta Guadalupe* (2009), finalista del Premio internacional Dashiell Hammett de novela negra, y *Las niñas perdidas* (2011) ha merecido el premio L'H Confidencial 2011. Su última obra publicada

es la nouvelle *Últimos días en el puesto del este* (2011), ganadora del Premio Ciudad de Barbastro de novela corta.